

**LOS
CAMINOS
DEL
GUERRERO**

**LUIS
POSADA
CARRILES**

LOS CAMINOS
DEL
GUERRERO

LUIS POSADA

© Luis Posada Carriles

Primera edición: agosto de 1994

**Todos los derechos reservados.
Prohibida su reproducción total o parcial.**

Índice

	Pag.
Dedicatoria	13
Prólogo	15

DOS HISTORIAS

• <i>Ficha criminal de Luis Posada Carriles</i>	21
• <i>Luis Posada Carriles</i>	25
Los guerreros	31
Prefacio	63

I PARTE

La guerra por los caminos del mundo: Venezuela y los años críticos

1	Cómo llegué a Venezuela	77
	• El Contrato	77
	• Los Servicios Especiales	80
	• La DISIP	80

• Operaciones Especiales.....	81
• Mi trabajo	82
2 Bandera Roja baja de las montañas para formar sus cuadros urbanos	85
3 El grupo Punto 0 asalta el destacamento de Ocumare del Tuy	89
4 Punto 0 recluta a un funcionario de la DISIP	99
• Se descubre la infiltración.....	100
5 La DISIP recupera las armas.....	102
6 Se forma el Comité de Integración Revolucionaria (CIR) y surge un nuevo proyecto: el secuestro de Carlos Domínguez	110
• Seguimiento y vigilancia de Carlos Domínguez	111
• Construcción del sitio de reclusión: la baticueva	113
• Muerte del guerrillero Honorio José Navarro (a) Colina	117
• Muere el guerrillero Antonio Parra	118
• Muerte de Américo Silva	118
• Última reunión del CIR antes del secuestro	119
• Captura y liberación de Oswaldo Alcalá en Turnero	120
• Secuestro y reclusión de Carlos Domínguez	122
• Mensaje de los secuestradores	126
• Asignan el caso al comisario Luis Posada	129
• Rubén y el Loco Bottini mueren en combate contra la DISIP	131
• Combate con Punto 0 en La Victoria. Mueren cinco guerrilleros	132
• Cómo sucedieron los hechos	135
• Operación Pintura Blanca	138
• Operación Beeper	139
• Los secuestradores piden a Carlos Gasperi que sirva de mediador para el pago del rescate	140
• Carta de Domínguez a sus familiares	147
• Operación teléfonos monederos.....	148
• Cobro del rescate	152
• Liberación de Domínguez	157

7	Operaciones especiales después de la liberación de Domínguez	160
	• Pesquisas en el área del cobro del rescate	161
	• Operación máquina de escribir	162
	• Vigilancia y seguimientos	163
	• Interrogatorio a Domínguez y búsqueda de la baticueva.	165
	• Otilio y Raúl dan muerte a un agente de la Policía Metropolitana	168
	• Sigue el trabajo investigativo.....	169
	• Sigue la operación máquina de escribir	170
	• Bandera Roja ataca una patrulla de la Policía Metropolitana	173
	• La vigilancia y el seguimiento al Ciego Montilla	173
	• Vigilancia de la quinta	175
	• Llega el Ciego Montilla	178
	• Captura y reclutamiento de Brito	180
	• Un grupo de Punto 0 secuestra avión de AVENSA ..	183
	• Captura de los guerrilleros del secuestro de Carlos Domínguez.....	183
	• Captura de Otilio	185
	• Siguen los operativos de captura.....	186
	• Ubicación de la baticueva	188
	• Captura de Gerónimo y otros guerrilleros.....	191
8	Situación en que quedaron los grupos subversivos al esclarecerse el secuestro de Carlos Domínguez Chávez	196
	• Por Bandera Roja (BR)	196
	• Por el Frente Armado de Liberación Nacional (FALN)	197
	• Por Punto 0	197

II PARTE

Los crueles y largos años

9	Un nuevo reto, nueva misión	201
10	Orlando Bosh llega a Venezuela	204
11	La voladura del avión cubano	212

• La conspiración	213
• El pasaporte	217
• Origen y destino del vuelo CU-455	217
12 Los pasos de la muerte	219
• La tragedia	221
• Los agentes de la muerte. Primeras pesquisas	222
• Mi camino hacia el túnel	224
13 El Proceso Judicial	231
• El Auto de Detención	234
• La cárcel modelo	235
• La prisión militar	248
• Los cargos	249
• Otra navidad	249
• El proceso demorado	250
• Evacuación de pruebas	251
• El Consejo de Guerra y la petición del fiscal	259
• Las conclusiones militares	261
• Comunicado	266
• El General amigo de Castro	268
• “La infamia no quedará impune”, agrega un nuevo y virulento editorial contra el gobierno venezolano	268
• La salida	270
• Los verdugos	271
• El Mono comienza a hablar	271
• La Corte Marcial	272
• Los espías de Castro	276
• Los últimos días de los espías	278
14 Y la libertad se hizo una obsesión	280
• El hijo del general	282
• Bosh en huelga de hambre	283
• Una breve estadía en la Embajada de Chile	297
• De nuevo a la prisión	301
• La cobarde decisión del general	303
• Otra vez en la cárcel modelo	304
• De nuevo la fuga	310
• Un nuevo plan	313

15 En el mismo punto de partida	323
• San Juan de los Morros	327
16 La única solución	333

III PARTE

Mi actuación en Centro América

17 Comienza una nueva etapa de mi vida	351
18 La red de abastecimiento a la Contra	354
• Vuelos y más vuelos.....	360
• El vuelo de la muerte	361
• Se arma el escándalo	362
19 Mi nuevo trabajo con los venezolanos	365
20 Guatemala, nuevos horizontes	369
• El atentado	371
• La cúpula de la muerte	372
• De nuevo, fuerte y decidido	376

Dedicatoria

*A todos aquellos que ofrendaron su vida por la
libertad de Cuba.*

*A los que sufren y sufrieron prisión por no claudicar
en sus ideales y defender sus derechos.*

*A Pedro y Nelly, que tuvieron la entereza y el valor
de cambiar su libertad por la mía.*

*A Richard y Paco, que contribuyeron con valor y
desprendimiento decisivamente a mi libertad.*

A Rafael, mi hermano del alma.

A Janet y Jorge, mis queridos hijos.

Al pueblo cubano, que sufre y espera.

Al pueblo cubano, que sufre y espera.

A la memoria de mis padres.

Prólogo

Existe una raza de hombres en vías de extinción. El honor, la lealtad, el valor, el amor a la tierra que los vio nacer forman su carácter, condición y estilo de vida.

Esta especie humana, de la que todavía quedan algunos raros ejemplares, viven en un hábitat hostil. La falsedad, la hipocresía, la cobardía, la traición del mundo que los rodea, no pueden contra la decisión inquebrantable de luchar por sus ideales.

Estos hombres no temen a las prisiones ni a la muerte, no se rinden, no claudican en sus principios. Nadie ni nada los puede apartar de sus metas.

A esta raza en extinción pertenece el autor, Luis Posada Carriles.

Conocí a Posada a finales de los años 60. Venía de Cuba como asilado de la Embajada de Argentina, donde buscó refugio político después de haber protagonizado una espectacular fuga de un carro del G-2 cubano, donde lo llevaban detenido.

Desde el principio quedé impresionado por su valor, generosidad y profundo amor a Cuba. Su conocimiento, preparación y don de mando lo hacen un líder indiscutible para la acción en el proceso cubano.

Luis ha dedicado 35 años de su vida, integrado en cuerpo y alma, a la consecución de la libertad y el restablecimiento de la democracia en su patria.

Su causa, a través de los años, lo ha hecho sufrir prisión y heridas mortales. Sus enemigos lo han acosado y perseguido, atentando contra su vida en dos ocasiones. El valor y la decisión al enfrentar los eventos que han acaecido en su larga vida de

lucha y sacrificio, le han abierto las puertas de su injusta prisión y salir maltrecho, pero vivo, de los intentos de asesinato que se han propuesto contra su persona.

Desde nuestro primer encuentro se generó una hermandad que no ha sido entibiada por el tiempo, ni por las múltiples vicisitudes que el exilio nos ha deparado durante este interminable bregar por el regreso a la patria.

Fuimos juntos al primer campamento de Naranja, Florida. Después coincidimos en el mismo grupo que iba para los campamentos de la Brigada 2506, en Guatemala. Posteriormente, ingresamos en la Escuela de Oficiales del Ejército de los Estados Unidos, en Fort Benning, Georgia, licenciándonos también al mismo tiempo.

Lo acompañé en la estructuración y desarrollo del campamento para el fallido viaje de Manolo Ray a Cuba, el 20 de mayo de 1964.

Luis siguió su epopeya en países tan distantes como Venezuela, República Dominicana, El Salvador y Guatemala.

Su lucha constante y sus aciertos contra la expansión castro-comunista lo hicieron merecedor del odio de sus enemigos.

En Venezuela, donde ocupó altos cargos en la policía política, combatió y prácticamente aniquiló la guerrilla comunista que azotaba el país. En Trinidad y Tobago dirigió a un grupo de policías venezolanos que apoyaron al primer ministro Erick Williams a enfrentar un golpe de Estado que intentó el grupo radical de izquierda "Black Power". En El Salvador tomó parte en las operaciones de suministro a los contras nicaragüenses que, desde Washington dirigía el asesor presidencial de Reagan, Oliver North.

Su trabajo con la Agencia Central de Inteligencia y todo lo acontecido en su vida, siempre tuvieron que ver con la causa de la liberación de Cuba.

En este libro, Luis relata tres hechos de relevancia en su vida, que tuvieron repercusión internacional y todos estrechamente ligados al intento de expansión castro-comunista.

El relato del secuestro del industrial venezolano, Carlos Domínguez Chávez, y el desmantelamiento de los cuadros

guerrilleros, incluyendo un grupo guerrillero entrenado en Cuba y enviado a subvertir el orden constitucional en el país, toman la primera parte del libro.

Le sigue el involucramiento que le hizo el ex-presidente venezolano, Carlos Andrés Pérez, amigo de Castro, en la voladura de un avión de la línea aérea Cubana de Aviación. Por este hecho fue procesado, cumpliendo largos años de prisión, pese a que el fiscal del tribunal militar que lo juzgó pidió su absolución y el consejo de guerra lo declaró inocente. Sus enemigos, utilizando el poder de un general venezolano, amigo de Castro, a través de artimañas procesales, lo mantuvieron en prisión hasta que Luis obtuvo su libertad, protagonizando una fuga espectacular.

De aquí en adelante, prófugo de la justicia venezolana, no abandona su larga, silenciosa y decidida lucha.

Jamás se rinde, jamás claudica, jamás abandona su epopeya. Sólo la muerte o la liberación de Cuba lo detendrán.

Syla Cuervo

DOS HISTORIAS

- **Ficha criminal de Luis Posada Carriles**
- **Luis Posada Carriles**

Ficha criminal de Luis Posada Carriles*

En 1960 buscó asilo en la embajada Argentina y abandonó Cuba el 25 de febrero de 1961. Fue instructor de la CIA en Miami para operaciones de piratería marítima y perteneció también a los rangers del Ejército de Estados Unidos. En 1964 la CIA lo colocó al frente de un campamento de entrenamiento de elementos contrarrevolucionarios pertenecientes a la organización denominada JURE, debido a su experiencia y conocimiento de explosivos y demoliciones. En diciembre de ese mismo año se incorpora a la tripulación del buque madre pirata "Venus", en Mayagüez, Puerto Rico.

Participó en la ejecución de diversas actividades terroristas y paramilitares contra los intereses de Cuba, como miembro de las organizaciones contrarrevolucionarias denominadas RECE, JURE y Ejército de Liberación. En esta última figuró como jefe de operaciones militares, vinculándose en 1965 a un plan para atentar contra la vida de nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro.

Fue también jefe de operaciones de las organizaciones contrarrevolucionarias RECE y Comandos L, radicando en Miami.

En 1967 comienza a trabajar en los cuerpos represivos venezolanos, posición que utiliza para apoyar la realización de actividades terroristas contra Cuba en América Latina y el Caribe, y en el propio territorio de Venezuela.

Sobresalió —además— por su participación en acciones contra sectores progresistas venezolanos.

* Publicado en el periódico *Granma*; vocero oficial del gobierno cubano. La Habana, 30 de abril de 1989, Año 24, No. 18.

En 1971, en ocasión de la visita del Comandante en Jefe Fidel Castro a Chile, Perú y Ecuador, Posada Carriles toma parte en planes para la realización de un atentado contra el máximo dirigente de la Revolución Cubana, conjuntamente con miembros de la organización terrorista Alfa 66, vinculados a la CIA y apoyados en los hermanos Verdaguer, contrarrevolucionarios de origen cubano residentes en Ecuador.

Con la fundación por Orlando Bosch, en 1974, de la banda terrorista Acción Cubana, Posada Carriles se vincula estrechamente con el citado cabecilla contrarrevolucionario y participa directamente o brinda apoyo a la ejecución de acciones terroristas en el continente, especialmente en Venezuela, bajo la cobertura de jefe de una agencia privada de investigaciones.

Posada Carriles se vinculó directa o indirectamente a más de 20 acciones terroristas llevadas a cabo por esa organización, entre las que pueden citarse:

- 21 de enero de 1974: Bombas en las embajadas cubanas en Argentina, Perú y México.
- Julio de 1974: Envío de cartas y libros con bombas a varios consulados de Cuba en América Latina.
- 1 de octubre de 1974: Colocación de una bomba en la embajada de Panamá en Caracas, Venezuela.
- 30 de octubre de 1974: Colocación de una bomba en el Instituto de Amistad Venezolano-Cubano, en Caracas.
- 7 de noviembre de 1974: Bombas en el Instituto de Estudios Brasileños y en la Embajada de Bolivia en Ecuador.
- 13 de agosto de 1975: Atentado contra el embajador cubano en Argentina.
- 17 de noviembre de 1975: Colocación de una bomba en la empresa venezolana de turismo y en la embajada de Cuba en Venezuela.

30 de noviembre de 1975: Bomba contra la oficina comercial soviética en México. Al crearse la agrupación de organizaciones contrarrevolucionarias CORU, en junio de 1976, Posada Carriles, a quien lo unen estrechos lazos con Bosch, se convierte en una figura clave de apoyo, en Venezuela, para los planes de la nueva banda terrorista. Siempre bajo las órdenes del cabecilla Bosch, Posada Carriles tomó parte en numerosas acciones terroristas en América Latina y el Caribe, incluyendo a Venezuela. Se conoce su participación directa o indirecta, entre otros, en los siguientes actos de terrorismo internacional:

- 1 de julio de 1976: Bomba en el Centro Cultural Costa Rica-Cuba, en Costa Rica.
- 9 de julio de 1976: Bomba en equipajes del vuelo de Cubana de Aviación en Jamaica.
- 10 de julio de 1976: Bomba en la Oficina de la línea aérea Cubana de Aviación, en Barbados.
- 11 de julio de 1976: Bomba en las oficinas de la Air Panamá, en Colombia.
- 9 de agosto de 1976: Secuestro y desaparición física de dos funcionarios cubanos en Argentina.
- 1 de septiembre de 1976: Colocación de una bomba en la embajada de Guyana en Trinidad y Tobago.
- 18 de septiembre de 1976: Bombas en las oficinas de Cubana de Aviación en Panamá y contra un buque soviético.
- 6 de octubre de 1976: Sabotaje en pleno vuelo de un avión comercial cubano con 73 personas a bordo.

Con posterioridad a su detención por considerársele coautor en el monstruoso crimen de Barbados, las autoridades venezo-

lanas le ocuparon documentos con estudios operativos a las misiones cubanas en Colombia y países del Caribe, así como documentos donde tenía registradas todas las rutas e itinerarios de Cubana de Aviación, en especial aquellos relacionados con el área del Caribe.

Se sabe que, encarcelado junto a Bosch, ha continuado tomando parte en la planificación de acciones terroristas, que son enviadas con carácter de órdenes a miembros de la banda en el exterior. Esa campaña ha estado dirigida en particular contra Cuba, Venezuela y México, aunque también contra otras naciones del continente. El interés por presionar a Venezuela y a México se debe a que el gobierno de Carlos Andrés Pérez dictó el encarcelamiento de los culpables del monstruoso crimen de Barbados y porque el gobierno mexicano actuó con firmeza ante el asesinato del técnico pesquero cubano D'Artagnan Díaz Díaz y mantiene en prisión a uno de los asesinos, el terrorista Orestes Ruiz.

Actualmente Luis Posada Carriles se encuentra detenido en el Cuartel de San Carlos, en Venezuela.

Luis Posada Carriles*

El diapasón del misterio ha recubierto con las palpitaciones del caso la inefable figura de Luis Posada Carriles. De pronto, cables de agencias dan cuenta de su escurridizo nombre en ciudades tan disímiles como San Salvador, Miami o La Habana. Y es que Posada se sintió siempre a sus aires en las carreteras de camino, en las rutas vecinales, en los atajos más sinuosos, antes que en la cómoda autopista de una vida común y corriente.

Lo último que se supo de Posada Carriles fue la emboscada que le tendió el G-2 cubano en Ciudad de Guatemala. Su cuerpo alojó en las primeras horas de un día de febrero el cargador de una ametralladora. Ese mismo día surgiría una pregunta cuya elusiva respuesta no ha hecho más que alimentar la leyenda que rodea al personaje: Posada Carriles, ¿está vivo o muerto? En los activísimos círculos anticastristas de Florida se especula que un agente de la CIA que responde a tres alias (Armando Méndez, Luis Contreras y Régulo Ugarte), hijo de un diplomático de España acreditado en La Habana, habría suministrado el paradero de Posada a los servicios de inteligencia de la isla. En las a veces sórdidas intrigas que sacuden la vida en el exilio de la calle ocho de Miami, también se habla de un ajuste de cuentas propiciado por la caída de unos contratos en Venezuela de una empresa llamada Celeret, muy vinculada a ciertas esferas oficiales. Sea cual fuere la hipótesis que más se ciñe a la realidad, lo cierto es que esa mañana en el altiplano guate-

* Publicado en la revista *Exceso*, Caracas, julio de 1990.

malteco, se diluyó por un instante una de las obsesiones que más atormenta a Fidel Castro desde el *raid* dinamitero contra el vuelo CN-455 de Cubana de Aviación, en ruta Barbados-La Habana.

Sería el colofón de una aventura cuyos inicios llevan la huella remota de la Cuba de los sargentos. En 1961, el año en que Castro decide proclamar a los cuatro vientos el carácter marxista de su odisea guerrillera, Posada puso pies en polvorosa luego de solicitar asilo en la embajada de Argentina. Vivió un año en Panamá, pero se radicó en Miami, donde una invasión tramada por el Pentágono lo cautivó hasta alistarse en la ya célebre brigada 2506. Sin embargo, mientras aguardaba el turno de la heroicidad que en cambio se convertiría en el charco frustrante de Bahía de Cochinos (donde jugó al gato y al ratón durante un mes y medio, con 20 encuentros armados para romper un cerco, del que escapó finalmente con una herida causada por un fulminante eléctrico que le estalló en la mano), el hombre hacía el diario como chofer de taxis.

De regreso fue uno de los 200 veteranos que se incorporaron al ejército y al servicio secreto estadounidense. El G-2 lo señala como agente de la sangrienta policía secreta de Batista, siempre camuflada en el neón y las orquestas que hacían de La Habana el más rutilante casino del Caribe. Es una versión que parecen confirmar prominentes miembros de la comunidad cubana residente en Venezuela cuando, no sin reproche, claudican: "Era un batistero". No obstante, sus más allegados señalan una militancia en las aulas universitarias de La Habana, junto al carismático estudiante de abogacía, Fidel Castro. El exilio los sorprendió en México, pero una jugarreta oscura, nunca aclarada, quebró la incipiente amistad.

Su cara añorada, magistralmente inexpresiva, ocultó casi siempre bajo lentes oscuros una mirada inquieta. Austero, casi puritano, muy poco bebía en el bar Odeón, a la entrada de Las Acacias, ya en su etapa caraqueña; esporádicamente fumaba un habano y sentía por las bermudas especial predilección. ¿Qué puede decirse de su edad? ¿50 ó 56 años? otro dato indescifrable de su ficha personal. Embutido en unos pantalones de camuflaje y franela verde oliva, pronto despertó las

ocurrencias del doctor Vásquez Blando, quien acertó malicioso una calurosa tarde: *Bambi*. Con ese apodo lo conocieron en los medios policiales venezolanos, poco después de que fuera reclutado por la DISIP en 1967.

Posada Carriles actuaba igual como lobo solitario que en grupo, y esta doble cualidad le valió un ascenso rápido que tuvo su momento protagónico bajo el gobierno de Rafael Caldera. Experto en explosivos, podía construir una bomba con el mínimo indispensable en cuestión de minutos, aún disponiendo de los medios más insospechados: un carrito de papel higiénico, por ejemplo. Sabía por igual interceptar o bloquear líneas telefónicas; abrir o cerrar una caja fuerte o una cerradura y no dudaba en sacrificar la capacidad técnica de un hombre frente a las nuevas tecnologías. Modestos aportes a un *curriculum vitae* donde resaltaban sus atributos para formar una red muy amplia de contactos de información en fuentes oficiales o no, dentro y fuera del país.

Nunca desestimó el aporte que podría dar un soplón de mala muerte. En cuestión de meses, una amplia red de informantes penetró los últimos reductos de la subversión en Venezuela y los sucesivos golpes propagandísticos y delictivos contra blancos civiles, como el doble secuestro de un niño llamado León Taurel, fueron desbaratados en tiempo récord por su intervención. Se supo entonces de la deletérea eficacia de Luis Posada Carriles en las filas de *Bandera Roja*: un desprendimiento armado reacio a la pacificación que sedujo a los indecisos con una oferta guerrillera en el oriente del país. En diversas esferas policiales, y aún institucionales, le reconocen a Posada Carriles un serio esfuerzo que cristalizó en exitosas negociaciones que coadyuvaron a poner fin a la violencia política en Venezuela. Y sin embargo, advertía como instructor: "Si me tiran una piedra, busco la forma más inteligente de devolverla".

De ese particular talión supo una brigada armada de las guerrillas que surgió en las principales ciudades del centro de Venezuela. Sus golpes propagandísticos aquilataban las siglas de la organización *Punto Cero*: la toma de un puesto militar en Choroní, el asalto a una distribuidora de la Cervecería Polar, el

secuestro del millonario Carlos Domínguez, *el rey de la hojalata*, pero todas esas acciones fueron igualmente desbaratadas en intermitentes encuentros acaecidos en La Victoria, Valencia y Caracas; los hermano Bottini Marín y otros acaudillados fueron dados de baja por comandos adiestrados por Luis Posada Carriles.

Sofocando los últimos reductos de la izquierda construyó su leyenda. Cabía, sin embargo, la desazón de un tropiezo, más que de un fracaso: como aquella tarde en que Miguel Salas Sucre, un lugarteniente de Gabriel Puerta Aponte—el irreductible líder de *Bandera Roja*—, se trasladaba entre Gato Negro y Los Magallanes de Catia, y la Disip, que estaba al tanto, se propone interceptarlo. Posada Carriles se coloca al frente de la comisión. Salas cae detenido, pero logra extraer una granada de sus partes íntimas, desprende el percutor y la arroja; Posada advierte: “¡Cuidado con la Pita, cuidado con la Pita!” Los hombres se dispersan y en medio de la confusión el guerrillero (más tarde fusilado en las montañas por sus compañeros) desaparece sin dejar rastro.

Hombre múltiple, Posada husmearía en otros casos. Hizo el seguimiento, casi doméstico, a Luben Petkoff, quien instaló en Chacao la Editorial Metrópolis, al parecer (según creyó detectar el agente) con 150 mil dólares provistos desde La Habana; eran los tiempos del diario *Punto*, donde las tiras cómicas recreaban la guerra de Vietnam. Pero también se careó con el terrorismo de monta mayor, como aquella vez, poco antes de la guerra árabe-israelí de 1973, en la que se ubicó a George Habas—el enigmático líder del FPLP— paseándose entre los tendidos del comercio árabe en lo que hoy es el bulevar de Catia, Valencia y Puerto La Cruz, alentando entre los inmigrantes la militancia palestina. Al desenredar el ovillo tropezó con un grupo de aficionados que proyectaba instalar unas baterías de cohetes Sam (de fabricación soviética) en Arrecifes, listos para atacar objetivos judíos.

En la estructura organizacional de la Disip la división de operaciones adquiere el rango de dirección, y una serie de incursiones en el extranjero barnizan el ya ganado prestigio de Posada Carriles; primero fue en la frontera del Táchira, cuando

desmantela tres fábricas (una de silenciadores para armas automáticas y otras dos, orientadas a la falsificación de documentos y papel moneda, dólares y bolívares). Esas bases, operadas por delincuentes colombianos, cayeron en una secuela intermitente que abarcó apenas una semana. Luego urdió una encuesta en Curazao, en momentos de la transición independentista, que reveló insospechadas simpatías hacia Venezuela, en caso de proponer un status similar al de Puerto Rico para aquella isla. La idea, reivindicada por Humberto Calderón Berti más tarde, tuvo eco en círculos gubernamentales. Poco antes, un turbio acontecimiento en Puerto España obligó a movilizar hombres que garantizaran la seguridad de la representación venezolana en Trinidad, asediada por nacionalistas en los tiempos en que Eric Williams era el Primer Ministro de la isla.

Si Posada Carriles fraguó desde su posición un apoyo subrepticio a las organizaciones terroristas contrarias al gobierno de Fidel Castro –tal como lo asegura la inteligencia cubana–, es una hipótesis matizada por el beneficio indirecto que supuso para Venezuela un lapso apacible, mientras los intereses de la isla eran blanco fácil en otras partes del Caribe y Latinoamérica. En la ficha publicada por el diario *Granma*, el G-2 le atribuye más de 20 atentados –la mayoría dinamiteros– en especial contra los consulados y las oficinas de Cubana de Aviación en el área.

Las razones por las que Posada Carriles salió de la Disip, apenas instalado el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez, constituyen parte del misterio que envuelve su paso por Venezuela. Lo cierto es que desde entonces emplea todo su talento en una compañía de seguridad privada, cuyos informes revelan un trabajo impecable tanto en el análisis como en los objetivos y planes propuestos. Una cadena de supermercados, con mucho arraigo en el occidente del país, contrató sus servicios, agobiada por la sustracción de mercancías. En poco tiempo, Posada Carriles puso al descubierto una red que incluía desde altos ejecutivos hasta los cajeros, involucrada en esos hechos. Una sociedad financiera –al parecer la desaparecida Credival;– una de las empresas básicas de Guayana –probablemente

Sidor- y una ensambladora en Valencia, desprovistas de esquemas de seguridad, proclives a la fuga de información y vulnerables al espionaje industrial, corrigieron fallas al contar con sus oficios.

En 1976, Luis Posada Carriles es procesado por la voladura del vuelo CN-455, de Cubana de Aviación. Preso en cárceles venezolanas durante diez años -de las que se fugó en tres oportunidades-, dijo siempre a sus amigos que era inocente, que el juicio en su contra "era una decisión política"; una detención prolongada sin sentencia lo hizo desconfiar -hasta la incredulidad- de la justicia venezolana. El escape que protagonizó en un recodo de la autopista del Este -desde uno de los muros del Retén La Planta- se tiene como una acción individual, tan osada como exitosa. A muchos les recordó la fuga del doble agente británico, William Blake, quien pronto se integró al KGB soviético.

En cambio, meses después, tras abandonar la penitenciaría General de Venezuela en San Juan de los Morros por la puerta principal, Posada escapa en avioneta con destino a Costa Rica. Una apreciación verosímil da cuenta de un apoyo logístico, quizás de la CIA. Las crónicas sucesivas de su probable participación en ese pequeño infierno vietnamita que es El Salvador, lo perfilan como un diminuto ángel de la muerte; reconocido por Eugene Hassenfus, el tripulante de una avioneta averiada por los soldados sandinistas, como su jefe inmediato; personaje intermitente de los recuentos hechos por agentes de la CIA en Washington, Posada Carriles -se asegura- fue instructor (sin participar en combate) de las fuerzas contras, pero en la frontera que separa Costa Rica de Nicaragua; allí supieron de su seudónimo, *Basilio*, tantas veces escuchado en Venezuela. **H.P.**

Los guerreros

Através de los largos años de lucha por la libertad de Cuba, los cubanos jamás se han dado por vencidos, ni han dejado de luchar por desterrar al tirano y conquistar la amada patria.

Muchos han perdido la vida en el intento y otros sufrieron y sufren largos y crueles años de prisión en las terribles cárceles cubanas y de otros países.

La rebeldía y la guerra justa y necesaria se ha venido librando a través del tiempo. Mientras persista la infame tiranía que subyuga al pueblo cubano, siempre habrá un patriota que, arriesgándolo todo, la sabrá combatir.

Los desembarcos en la isla, los sabotajes, el ataque sistemático y persistente al régimen, con todo lo que ha estado al alcance del guerrero cubano, ha caracterizado la larga lucha.

Hemos tenido y tenemos grandes enemigos: los soviéticos, que en un tiempo fueron los amos de Cuba; gobernantes de América como Carlos Andrés Pérez, todos los presidentes mexicanos y algunos gobernantes de Europa, como Felipe González de España, han ayudado y protegido a Castro y a su nefasto régimen de terror. Inversionistas españoles levantan hoteles de lujo y complejos turísticos en contubernio con el tirano; el turismo esclavo brinda la única oportunidad económica de permanencia del régimen.

A pesar de todo, tomando el riesgo de perder la vida o de languidecer en una prisión, un grupo de cubanos, hombres de honor, no se rinden, no claudican. Avanzan con pasos a veces vacilantes, a veces firmes, pero siempre decididos hacia la batalla final que se aproxima. No queremos más aliados que el pueblo cubano que sufre hambre, miseria y, sobre todo, falta de libertad.

Desde la toma del poder por la tiranía comunista hasta el día de hoy, los patriotas cubanos han mantenido la llama ardiente de la rebeldía.

Con inmensas dificultades, la mayoría de las veces obstaculizados y perseguidos por sus propios aliados, los guerreros han realizado ataques comandos a instalaciones dentro de Cuba, desembarcos, sabotajes a embajadas y misiones diplomáticas, hostigamiento a la flota pesquera por comandos navales y hundimiento de barcos cubanos y de sus aliados. La desigual contienda ha costado un rosario de muertos y encarcelados.

En una época, nuestros "amigos" norteamericanos nos entrenaron y adiestraron en el uso y manejo de armas, explosivos y técnicas incendiarias. Lo que ayer era considerado como un acto de valor y patriotismo, llamado "acción y sabotaje", hoy se llama "terrorismo" y se nos persigue y encarcela por los mismos actos.

Años atrás, la pregonada neutralidad de el país no era violada cuando nos entrenaban para invadir Cuba; tampoco cuando la Agencia Central de Inteligencia infiltraba comandos y saboteadores a Cuba, llevando armas y explosivos para sus acciones.

Hoy, los tiempos han cambiado. Cualquier acción o ataque es considerado como un acto de terrorismo, violatorio de la neutralidad de los Estados Unidos. Las leyes de control de armamentos que antes no existían para los luchadores por la libertad, hoy se aplican severamente y los infractores se exponen a largos años de prisión.

Sin embargo, nada puede amedrentarnos en la conquista de la libertad de nuestra patria. Nuestros muertos, nuestros presos, nuestras familias divididas, nuestros hermanos que sufren en la isla esclava, desde sus tumbas, desde sus cárceles, desde sus hogares destruidos y sometidos al hambre y la opresión, nos demandan cualquier tipo de acción contra el tirano y su nefasta camarilla.

Continuaremos nuestra lucha hasta el final, sin importar cuáles sean las consecuencias. No claudicaremos. No dialogaremos con el tirano asesino. Alcanzaremos la libertad, o pereceremos en el empeño.

A continuación un recuento histórico de las acciones de los cubanos a través de los años en contra de la dictadura de Fidel Castro en Cuba*

- Después de haberse alzado en la Cordillera de Los Organos, en Pinar del Río, Luis Lara es capturado y fusilado junto a José Morfi Reyes, el 19 de diciembre de 1959.
- Fernando Pruna Bertot, del Movimiento de Recuperación Democrática (MRD), fue capturado junto con Austing Yong, Peter Lawton y un grupo de 15 alzados. Fueron condenados a largos años de prisión.
- El comandante Pedro Luis Díaz Lanz, primer jefe de la Fuerza Aérea Rebelde, después de haber desertado en julio de 1959 vuela sobre La Habana tirando papeles de propaganda.
- El 1 de octubre de 1959, una avioneta ataca con bombas El Central Punta Alegre.
- Otras incursiones aéreas en Guanaja y La Habana, El Cotorro y Marianao; tirando proclamas los días 14, 21 y 24 del mismo mes.
- Un grupo del MRS, con apoyo de Rafael Leónidas Trujillo, dictador de República Dominicana, organiza una conspiración contra Castro. El 7 de agosto de 1959 descubren el plan y arrestan a 104 conspiradores.
- El 21 de octubre de 1959 el comandante Huber Matos, jefe militar de la Provincia de Camagüey, es apresado y condenado a 20 años de prisión junto con un grupo de oficiales.
- Se estructuran distintos movimientos clandestinos para luchar contra el régimen; los principales son: MRR, MRP,

* Datos extraídos del libro *Cuba en Guerra*, con autorización de su autor, Enrique Encinosa.

MDC, 30 de Noviembre, Rescate Democrático Revolucionario, MIRR, Movimiento Demócrata Martiano, Agrupación Montecristi, MLN, Unidad Revolucionaria, Frente Revolucionario "José Antonio Echeverría", Unidad Revolucionaria, Resistencia Agramonte, Frente Revolucionario Democrático y otros.

Organizan el clandestinaje y la resistencia; comienzan los sabotajes.

- El 11 de julio de 1960, miembros de la organización clandestina Resistencia Agramonte ametrallan el auto en que iba José Pardo Llada.
- En julio de 1960, Balbino Díaz y Roberto Cruz Alfonso, fueron fusilados. Once personas recibieron largas condenas carcelarias.
- El 3 de marzo de 1960, el barco La Coubre, cargado de municiones explotó en la bahía de La Habana. Nunca se supo con certeza la procedencia de la explosión.
- El 11 de enero de 1960, el capitán Manuel Borjas, jefe de operaciones del Ejército en la Provincia de Pinar del Río, fue herido en un atentado.
- El 19 de enero de 1960, seis hombres fueron detenidos en Sagua La Grande, acusados de perpetrar sabotajes ferroviarios.
- En febrero y marzo, hubo incendio de cañaverales en Mazatlán, Alacranes y Jovellanos. Se destruye azúcar almacenada en El Central, Washington, Jagüey Grande, Finca Victoria, Riverón y La Caridad.
- Entre el 19 y el 22 de marzo se reportaron en tres días veinticinco incendios en la Provincia de Matanzas.
- El 27 de junio, una explosión destruyó El Polvorín de Punta Blanca en Luyanó.

- El 12 de enero de 1961, avionetas procedentes de La Florida, dejaron caer bombas incendiarias sobre los cañaverales del Central Hershey. Al día siguiente la operación se repitió en Bainoa, Carballo y San Antonio de los Baños.
- El 27 de enero de 1961, se realizaron incursiones aéreas incendiarias contra las centrales Washington, Adelaida, Violeta, Patria, Punto Alegre y Morón.
- El 30 de enero de 1961 ataque aéreo al Central San Isidro.
- Una avioneta pilotada por el norteamericano Ellis Frost y Heriberto Santana explota en el aire, en ataque al Central España, en Matanzas; ambos tripulantes perecen en la acción.
- El ingeniero Tony González, del Movimiento 30 de Noviembre, colocó una bomba de explosivo plástico en los controles de la recién intervenida refinería Shell. El incendio, que duró varios días, ocasionó cuantiosas pérdidas económicas al gobierno.
- Víctor Chiche-Gámez se alza en la zona de Fomento.
- En Camauni, se alzan Joaquín Membride Diosdado Mesa y Vicente Méndez.
- Edel Montiel se alza en Topos de Collantes.
- Nando Lima y sus hijos forman una guerrilla.
- Luis Vargas forma un grupo guerrillero en las Montañas del Escambray.
- A mediados de 1960, Sinesio Walsh forma un frente guerrillero en la zona de Nuevo Mundo.
- En la misma zona se aglutinan las guerrillas de Membride, Mesa, Vicente Méndez y Porfirio Ramírez.

- El 17 de septiembre de 1960 mueren en combate, en la finca Felicidad, Salustio Jibenga, Gustavo Pimentel y Jorge Palma.
- Plinio Prieto y Armando Zaldivar fueron capturados en la carretera de Cienfuegos; posteriormente Prieto fue fusilado.
- Porfirio Ramírez es capturado después de librar varios combates. Fue fusilado en Pico Tuerto.
- Sinesio Walsh y cuatro de sus hombres, con las municiones agotadas, son capturados y posteriormente fusilados. Junto con Ramírez, Prieto y Walsh, son fusilados Angel Rodríguez del Sol y José Palomino Colón.
- Evelio Duque asume el mando de las guerrillas del Escambray.
- Benito Campos Pires (a) Campito y su hijo, José Martí Campos Linares, se alzan en los Llanos de Sagua.
- En Pinar del Río, Pastor Rodríguez Roda, conocido como Cara Linda, forma una guerrilla en la zona de la Mulata a Bahía Honda.
- En la zona de Alquizar a Herradura, Francisco "Machete" Robaina y Noel Rodríguez forman un núcleo guerrillero.
- Pedro Celestino Sánchez Figueredo se alza en Rancho Mundito.
- Clodomiro Miranda y Bernardo Corrales mantienen una guerrilla en los llanos y los montes.
- José "El Pichi" Catalá se alza en la provincia de Matanzas.
- Gerardo Fundora Núñez es capturado, después del asalto a las Minas de Perea, y luego fusilado.

- En Oriente son capturados y fusilados Manuel Beaton, su hermano Cipriano y Felipe Martínez.
- A finales de 1960, Armentino Fera desembarca con 27 exiliados en la zona de Navas, Oriente. Fera murió en combate. Diez de los guerrilleros fueron rodeados, capturados y fusilados.
- Herello Peña forma una guerrilla en la Provincia de Matanzas.
- La CIA intenta varios suministros aéreos a las guerrillas del Escambray. Un avión piloteado por Pérez Menéndez recibe fuego de tierra y tiene que aterrizar forzosamente en Jamaica.
- Sabotajes múltiples en toda la isla, sobre todo en La Habana. Incendian la oficina del Partido Comunista (PSP) en la calle Estrada Palma.
- Explotan petardos en las tiendas Precios Fijos y Fin de Siglo. Bombas en el Capitolio Nacional y en el acueducto de La Habana.
- A finales de noviembre, La Habana queda a oscuras, producto de 11 bombas detonadas en los registros de la Compañía Cubana de Electricidad, por miembros del Movimiento 30 de Noviembre.
- Artefactos explosivos causan daños en el Palacio de Justicia.
- Incendio en la Radiotelevisora CMQ.
- Principio del año 1961. Las guerrillas combaten en las Llanadas de Gómez, Pico Tuerto, La Soledad, Arroyo Malo, Jorobada, Mata de Café y Cuatro Vientos.
- El 17 de enero, el guerrillero Martín Castillo es herido; al ser capturado hace explotar dos granadas, matando a varios miembros del ejército castrista.

- Por ser tan numerosas las acciones ocurridas durante 1961 en la zona montañosa del Escambray, me limitaré a nombrar parte de ellas, citando los nombres de algunos de los protagonistas que tomaron parte en la acción. La mayoría murieron ante la supremacía armamentista y numérica de un enemigo cruel y despiadado.
¡Gloria a los cubanos que murieron defendiendo la libertad de Cuba!
- César Páez: capturado.
- Guillermo Pérez Calzada: capturado con 8 hombres y fusilado.
- Ismael Heredia: murió en combate.
- Zacarías López: herido.
- Edgar Cajigas: herido.
- Faustino Peña: murió en combate.
- Lupe Tardío: herido.
- Nando Lima: capturado con 6 guerrilleros.
- Chiche Gámez: capturado.
- Inocente Rojas: murió en combate.
- Carlos Duque: capturado.
- Ismael Rojas: capturado.
- Lister Alvarez: capturado.
- Zacarías López: capturado.
- Clodomiro Miranda: capturado, herido y fusilado.

- Titi García: murió en combate.
- Bernardo Corrales: capturado y fusilado junto a su lugarteniente René Suárez Pérez.
- Cirilo Hernández: murió en combate.
- Alberto Lazo Pastrana: capturado, murió en la cárcel.
- Filiberto González Coto: capturado y fusilado.
- Orlando Barrios: murió en combate.
- Sergio Sosa: herido, capturado y fusilado.
- Daniel Cardo: capturado y fusilado el 13 de mayo de 1963.
- José Figueredo Boza: muerto en combate.
- Valle Galindo: capturado y fusilado.
- Reinaldo López: capturado y fusilado.
- Cholo Toledo: muerto en combate.
- Jorge "Balilo" Rodríguez: muerto en combate.
- Pedro Díaz: capturado y fusilado el 1 de marzo de 1963.
- Julio Rojas Castellano: capturado y fusilado en noviembre de 1961.
- El capitán Tondique es herido, capturado y fusilado el 23 de noviembre de 1961.
- Domingo González (a) Mingo Melena: muerto en combate.
- Noel Peña: muerto junto a todos sus hombres en un cerco cerca de Zulueta.

- Rafael García Calalá: muerto en combate.
- Manolo Rodríguez (a) El Habanero: muerto en combate.
- Congo Pacheco: herido, capturado y fusilado.
- Oswaldo Ramírez: muerto en combate el 16 de abril de 1962.
- Cara Linda: muerto en combate, Pinar del Río.
- Machete Raobaina: murió combatiendo en el entronque de Cowley, el 20 de mayo de 1963.
- Pedro Celestino Sánchez: murió en combate, en San Diego de Tapia, en diciembre de 1963.
- Noel Domínguez (a) Escaparate: murió en combate en Las Cañas.
- Daniel Cardo (a) El Indio: capturado y fusilado el 13 de agosto de 1963.
- Juan José Catala (a) El Pichi: capturado y fusilado el 22 de marzo de 1963.
- Pedro Sánchez, hijo de Perico: murió en combate el 7 de abril de 1963.
- Raúl Sánchez, también hijo de Perico: muere el 9 de abril.
- Wilfredo Rodríguez: murió en combate con Raúl.
- Perico Sánchez: murió en combate el 10 de mayo de 1963.
- Delio Almeida: capturado y fusilado el 16 de mayo de 1963.
- Carlos Reyes: murió en combate.

- Pancho Jutía: murió en combate.
- Gervasio Cabrera: murió en combate.
- Evaristo Boitel: murió en combate.
- Claro Mollinedo: murió en combate.
- Nando Pérez: herido, capturado y fusilado en septiembre de 1963.
- Adolfo Sargen: capturado y fusilado.
- Ramón Martín Espinoza: capturado y fusilado.
- Estanislao Rivera Milán: herido, capturado y fusilado.
- Francisco Rivera: muerto en combate.
- Mayito García: muerto en combate.
- Carlos González Guernica: murió en combate.
- Felo González: murió en combate.
- Miner de la Torre: muerto en combate.
- Rigo Ojeda: murió en combate.
- Esteban Morera: muerto en combate.
- Luis Molina Padrón: muerto en combate.
- Diosdado Espinoza: muerto en combate.
- Hilario Morfa: muerto en combate.
- Berto Hernández: muerto en combate.

- Arnoldo Villalobos: capturado y fusilado.
- Joaquín Benítez: capturado y fusilado.
- Vale Montenegro: capturado y fusilado.
- Tomasito Gil: muerto en combate con trece de sus hombres, el 1 de marzo de 1963.
- Mandi Florencia: muerto en combate.
- Nilo Armando Saavedra: muerto en combate.
- Porfirio Guillén: muerto en combate junto con 10 de sus hombres.
- Evaristo Cabrera Pacheco: capturado y fusilado.
- Osiris Borges: muere junto con 5 de sus hombres el 1 de febrero de 1963.
- Realito Hernández: muerto en combate.
- Leonardo Peñate: murió en combate.
- Juan Felipe Castro (a) Santo Espiritu: muerto en combate junto con 11 de sus hombres.
- Chiqui Jaime: muerto en combate junto con varios hombres de su guerrilla.
- Fusilamiento en masa de 21 alzados en Manacas Izaga, en julio de 1963.
- Rigoberto Tartabull: muerto en combate contra su hermano el 23 de agosto de 1963.
- Manuel Vásquez (a) El Galleguito: capturado y fusilado.

- Mario Borges: muerto en combate.
- Elías Borges: muerto en combate.
- Ismael Borges: muerto en combate.
- Chichi Rojas: herido, capturado y fusilado.
- Arnoldo Rodríguez Andrade: muerto en combate.
- Manolo López López: muerto en combate.
- Roberto Rodríguez (a) Saiquirí: muerto en combate el 22 de julio de 1963 con dos hombres más.
- Jorge Labrada Martínez: capturado y fusilado en agosto de 1963.
- Cholo Toledo, su padre y 11 hombres más, mueren en combate el 21 de junio de 1962.
- Balilo Rodríguez: muerto en combate.
- Mario Carballo Betancourt: fusilado.
- Edilberto Pérez Leiva: fusilado.
- Ismael Ortega: fusilado.
- Armando Govea: murió en combate.
- Recién Guerra: murió en combate.
- Huberto Guerra: capturado y fusilado.
- Tito Vásquez: capturado y fusilado.
- Mariano Echeverría: muerto en combate.

- Benito Campos Pires (a) Campito: muerto en combate.
- José Martí Campos Linares (hijo): muerto en combate.
- Emilio Carretero: capturado y fusilado.
- Mario Borges: capturado y fusilado.
- Iremio Borges: capturado y fusilado.
- Manolo Manso La Guardia: capturado y fusilado.
- Raúl Morel Visago: capturado y fusilado.
- Andrés Oramas: capturado y fusilado.
- Tomás García Valle: capturado y fusilado.
- Circo Cedeño: capturado y fusilado.
- Blas Ortega: capturado y fusilado.
- Vale Hernández: capturado y fusilado.
- Benito Pedraza: capturado y fusilado.
- Rubén Cardona: murió en combate.
- Pedro González: murió en combate.
- Víctor Manuel M.: murió en combate.
- Cheito León: murió en combate.
- Blas Tardío: capturado y fusilado.
- Luis Vargas: capturado y fusilado.
- Frías Brunet: murió en combate.

- Floro Camacho: herido, capturado y fusilado.
- Mario Bravo Cervantes: murió en combate.
- Heriberto Labrada: murió en combate.
- Juan Alberto Martínez: murió en combate.
- Guillermo Pérez: sobreviviente.
- Evello Duque: sobreviviente.
- Edel Montiel: sobreviviente.
- Vicente Méndez: sobreviviente.
- Diosdado Mesa: sobreviviente.
- Joaquín Membrides: sobreviviente.
- Arcadio Peguero Ceballo: sobreviviente.
- Javier Dennis: parálitico.
- Herelio Peña: sobreviviente.
- Pepe Santiago: sobreviviente.
- Generoso Bringas: sobreviviente.
- Aldo López: sobreviviente.
- Julio Emilio Carretero: murió en combate.
- Tomás San Gil: murió en combate.
- Amador Acosta: sobreviviente.
- Víctor Gámez: sobreviviente.

- Arcadio Pequero: sobreviviente.
- Agapito Rivero (a) El Guapo: sobreviviente.
- Raúl García H.: sobreviviente.
- Zoila Aquila Almeida: sobreviviente.
- Pepe Rebozo Febles: sobreviviente.
- Infiltración de los grupos de la Brigada 2506 a fines de 1960.
- El 9 de enero de 1961, el general Alberto Bayo es herido en atentado en Camagüey.
- Arnaldo Socorro muere por el gobierno al tratar de disolver procesión de la Virgen de la Caridad.
- Son fusilados, acusados de saboteadores: Bienvenido Infante Suárez, Radamés Amador Cruzata, Tulio Antonio Yebra, William Morgan, Jesús Carrera Zayas, William Le Sante, Carlos Manuel Delgado y Anastasio Rojas.
- Son capturados: Virgilio Campaneria, Alberto Tapia Ruano y Tomás Fernández Travieso.
- El 1 de abril de 1961 son capturados: Rogelio González Corzo (a) Francisco, Eufemio Fernández y el comandante Humberto José María; todos fueron fusilados.
- 14 de abril de 1961: quema de El Encanto, la tienda más grande de Cuba.
- Atentado fallido a Carlos Rafael Rodríguez; muere un atacante al explotarle una granada.
- Esa misma noche, en Santiago de Cuba, quema de los almacenes La Comercial y El Ancla.

- 15 de abril de 1961: ocho bombarderos de la Brigada 2506 atacan el campamento militar de Ciudad Libertad y las Bases de San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba.
- El 17 de abril comienza la invasión a Cuba de la Brigada 2506, que dejó numerosos muertos y heridos de ambos bandos.
- El 20 de abril la brigada sucumbe por falta de apoyo aéreo. Sin suministro y rodeada por miles de hombres del ejército comunista cubano, se quedan sin alimentos ni municiones y tienen que capitular.
- Más de 100 mil personas son detenidas en toda la isla. En el Teatro Blanca de La Habana, había unas 5,000 personas.
- Un camión rastra transporta 179 hombres, muchos de los cuales estaban heridos. Once de ellos murieron asfixiados.
- Veintidós brigadistas, en un barco de vela de 22 pies de eslora, abandonan Girón; 10 hombres mueren en la travesía.
- Cheo Mantolís y 3 hombres más rescatan a Carlos Bandín de una de las oficinas del G-2 cubano.
- Descubren plan de eliminación de Castro y su Consejo de Ministros, con una bazuca 3.5.
- El 11 de mayo de 1961 es capturado, herido de cinco balazos y posteriormente fusilado, Berto Milian Jorge.
- El 20 de mayo de 1962 desembarcan por la calle cuarenta en Varadero, bajo una lluvia de balas: Julio Hernández Rojo y Luis Fernández Rocha. Posteriormente, Hernández Rojo fue capturado y condenado a largos años de prisión.
- Los cubanos que trabajan para la CIA realizan numerosas infiltraciones en territorio cubano.

- 4 de junio de 1962: ataque a las Minas de Metalnambre (CIA).
- Ataque a Puerto Casilda (CIA).
- Destrucción del Aserradero Baracoa (CIA).
- Hundimiento de patrullera castrista en Isla de Pinos (CIA).
- 13 de noviembre de 1961: combate frente a la Refinería Belot; muere un patriota cubano conocido como El Gallego y tres militares sobreviven y escapan: Tony Chao Flores, Aldo López y Hugo Rodríguez Soria.
- Tony Chao Flores: herido, capturado y fusilado el 11 de septiembre de 1962.
- Fernando Flores Ibarra: capturado y fusilado.
- Jorge Fundora es fusilado, después de que lo capturaron tratando de escapar de la cárcel Castillo de San Severino; en la causa fueron condenados 71 cubanos más.
- Horace Patten Tavares: norteamericano cubano, fusilado el 23 de septiembre de 1961.
- Ernesto Pérez Morales, fusilado el 26 de septiembre de 1961.
- 26 de octubre de 1961: veintiún miembros de la Resistencia fueron condenados a penas carcelarias de 20 años.
- Juanín Pereira Varela, miembro del DRE, muere en tiroteo con el G-2 el 18 de diciembre de 1961.
- El 12 de diciembre de 1961: incendio en las oficinas y talleres del periódico *Avance*.
- Enero de 1962. Incendios en las textileras Ariguanavo.

- Incendios en las provincias Habana, Santa Clara y Santiago de Cuba.
- Abril de 1962: una ola de sabotaje destruyen edificio del Banco Central de Cuba, Planta Fertilizantes en El Cotorro, cuatro edificios del gobierno y tanques de petróleo en la antigua refinería Shell.
- Oficiales de las Fuerzas Armadas de Castro y hombres del clandestinaje de los movimientos MRR, MRP, DRE, FAL y 30 de Noviembre foman parte de la conspiración conocida como "30 de Noviembre". Fracasan y arrestan miles de personas. Muchos patriotas fusilados, entre ellos el comandante Francisco Pérez Méndez, el ex-coronel Manuel Alvarez Margolles, Jesús Louro Sierra, Juan Carlos Montes de Oca y Luis Sánchez Carpentier. Se calcula que fueron fusilados unos unos 400 patriotas.
- Operación "Pedro-Pan": se falsificaron visas para niños que llegaban a Miami. Entre 1960 y 1962 se sacaron de Cuba 14,000 niños, así como centenares de miembros del clandestinaje y núcleos familiares enteros. Se produjeron un total de 20,000 visas.
- Alberto Cruz, Mongo y Polita Grau Alsina recibieron penas de 15 años de prisión.
- Manolo Guillot Lara se infiltró en Cuba varias veces. Fue capturado por el G-2 y fusilado en La Cabaña el 30 de agosto de 1962.
- Luis y David Zamora murieron en combate el 9 de marzo de 1963, después de matar a dos miembros de la seguridad del Estado.
- El 24 de agosto de 1962, ataque con cañón 20 mm. y fusilería al Hotel Rosita Hormedo, en las costas de La Habana.

- En 1962, 5 mil cubanos se alistan en el ejército americano; reciben entrenamiento en Fort Knox y Fort Jackson.
- Octubre de 1962: los Estados Unidos rodean la isla con barcos de guerra ante la certeza de la instalación de cohetes con capacidad atómica en Cuba. La CIA infiltra varios *teams*.
- Un avión U-2 norteamericano es derribado por baterías antiaéreas soviéticas al sobrevolar la Isla de Cuba.
- Intento de asesinar a Fidel Castro en noviembre de 1963. Acusados de la acción el comandante Rolando Cubelas y Ramón Guin.
- En la primera década de la dictadura de Castro, la CIA realiza más de 2,000 operaciones de infiltración a territorio cubano.
- Doscientos cubanos ingresan como oficiales al ejército de USA en Fort Benning, Georgia.
- Hundimiento de una patana y ataque a Isabela de Sagua, en 1963.
- Hundimiento de una torpedera castrista en la Bahía de Siguanés.
- El 14 de agosto de 1963, los Comandos Mambises atacan las minas de Matahambre.
- Ese mismo día, otro grupo de Comandos Mambises atacan los tanques de petróleo de Casilda.
- En octubre de 1963, un grupo de Comandos Mambises desembarcan en Baracoa, Provincia de Oriente, atacando un aserradero. Después de un breve combate con los

milicianos castristas, se colocaron cargas explosivas, destruyendo los edificios, equipos y talleres del aserradero.

- Juan Carlos Jiménez, cubano infiltrado que trabajaba para la CIA, fue capturado y fusilado en 1963.
- Jesús Cantero, también agente de la CIA, murió en combate contra lanchas torpederas cubanas.
- Los comandos L., organización anticastrista, atacan y hunden el buque soviético Baku, el 27 de marzo de 1963.
- El 10 de septiembre de 1962, los comandos L atacan el pontón San Pascual, el barco inglés New Lane y el barco cubano San Blas en Caibariacal.
- El 24 de octubre, los comandos L, utilizando dos unidades navales, atacan el Central Punta Alegre, en las Villas.
- El 23 de julio de 1963 los Comandos L atacan la guarnición del faro, Bahía de Cádiz.
- Comandos aéreos del MIRR atacan el 15 de agosto de 1963 el Central Cunagua.
- El 18 de agosto de 1963 otra incursión aérea de los mismos comandos ametralla un campamento soviético.
- El 8 de septiembre los comandos del MIRR atacan el Central Jaronu.
- Una avioneta que pretendía atacar el Central Reforma fue derribada por un avión castrista. Sus ocupantes Luis Díaz, Luis Vilarde e Inés Malagón fueron capturados y fusilados.
- Los comandos del MIRR atacan el aeropuerto de Santa Clara causando daño a la torre de control.

- El Movimiento Nacionalista Cubano dispara un cohete de bazooka a las Naciones Unidas en el año de 1964, cuando el "Che" Guevara visitó la sede.
- Eloy Gutiérrez Menoyo, del Alpha 66, desembarca en Cuba con un grupo de hombres. Fueron capturados y condenados a largos años de prisión.
- El MRR, auspiciado por la CIA, establece campamento en Costa Rica y Nicaragua.
- Capturan a Nilo Mesa y Elpidio Delgado, infiltrados en Cuba. Al tratar de rescatarlos, se produce un encuentro entre las naves de rescate y unidades cubanas.
- Operación del MRR-CIA contra el Central Pilón, provocándose incendio de los almacenes y pérdidas cuantiosas.
- Un buque español de nombre Sierra Aranzaso es cañoneado y dañado seriamente por unidades navales del MRR-CIA, al confundirlo con el buque cubano Sierra Maestra.
- Desde 1962 a 1966, unidades de cubanos exiliados participaron en operaciones bélicas en el Congo. Los cubanos tenían un grupo de aviación y otro de comandos de tierra.
- Fausto Gómez, aviador cubano, fue derribado y comido por los rebeldes congolese.
- Un grupo de cubanos, entre los que estaban Rafael Tremols, Orlando García, Gustavo Ortiz Fález, José Vásquez Blanco, Pepe y José Puente, Eugenio Aguilera, Salvador Romani y Luis Posada, realizaron operaciones contra la guerrilla comunista en Venezuela.
- Ataque al Cuartel de Tarará por un comando del Alpha 66.
- El 29 de mayo de 1966, después de dejar en tierra a Herminio Díaz y a Armando Romero, que iban en una

misión para eliminar físicamente a Castro, los hombres de Comandos L son sorprendidos por unidades navales cubanas. Díaz y Romero mueren combatiendo. Guillermo Alvarez y Roberto Ante, miembros de la tripulación, mueren combatiendo las unidades navales cubanas. Tony Cuesta y Eugenio Zaldívar, gravemente heridos, son capturados. Tony quedó ciego y perdió un brazo. Zaldívar perdió una pierna. Ambos fueron condenados a prisión.

- El 13 de noviembre de 1966, una avioneta del MIRR, pilotada por Mimo Gutiérrez y Raúl Fantony es derribada en ataque a la planta hidroeléctrica Cepero Bonilla.
- Combatientes de la organización Poder Cubano, creada por el MIRR, realizan ataques aéreos a las centrales Niágara y Bahía Honda.
- Orlando Bosch es encarcelado, acusado de atacar con una bazooca el barco polaco Polinika, en Dodge Island, Florida. Fue condenado a cinco años de prisión.
- En mayo de 1964 un grupo de infiltrados de la CIA fue interceptado al desembarcar. Gilberto Rodríguez San Román fue herido y posteriormente rematado. Enrique Ulloa fue fusilado.
- Márquez Novo, infiltrado por la CIA desde hacía dos años, fue herido en combate con la milicia. Se suicidó antes de caer en manos de sus enemigos.
- En esa misma causa fueron fusilados Lázaro Anaya, Elio Puro Anaya, Agustín López, Sereno Cruz, Desiderio Valladares y Bernardo Hugo. Otros veinte fueron condenados a prisión.
- César Díaz Infante, director del Ministerio de Comercio en Oriente, fue fusilado junto con otros tres hombres, acusados de actividades subversivas.

- El 13 de noviembre de 1965, Comandos L atacan el litoral de La Habana, la 8ª Estación de Policía y el Hotel Habana Rivera.
- El 14 de noviembre de 1965, Comando L ataca la casa del Presidente de Cuba, Oswaldo Dorticós Torrado.
- Desembarco de Amancio Mosqueda (a) Yarey con cinco hombres por Oriente. Mueren en combate Tito Pardo y Tico Herrera. Son capturados y posteriormente fusilados, Amancio Mosqueda, Paco Cid, Angel Castillo y Manuel Rodríguez Pineda. La operación se le adjudicó al RECE.
- El Alpha 66 intentó un desembarco en Cuba en 1969 con Vicente Méndez al mando. La operación falló y resultó ahogado Julio César Ramírez.
- El 17 de abril de 1970, Vicente Méndez y una docena de hombres desembarcan en Baracoa, Oriente. Vicente Méndez muere en combate al tercer día de desembarco; Luis Aurelio Nazario fue capturado y posteriormente fusilado junto a Angel Iribar. Los demás miembros de la guerrilla fueron aniquilados.
- El 14 de septiembre de 1970, el Alpha 66 llevó a cabo un segundo desembarco. José Rodríguez Pérez desembarcó en el Norte de Oriente con ocho hombres. Rodríguez Pérez y Luis Pérez murieron combatiendo; Sixto Nicot, herido gravemente, fue capturado y condenado a 30 años de prisión. Manuel Astola, Israel Sosa, Humberto Ochoa, José Barreto y Raimundo Sánchez fueron fusilados. Alberto Kindelan fue condenado a 30 años de prisión.
- En mayo de 1970 una operación de comandos navales del Alpha 66 hunden los barcos pesqueros Plataforma I y Plataforma IV.
- El Alpha 66 intenta eliminar a Fidel Castro en Chile, cuando realiza una visita a Salvador Allende.

- José Elías de la Torre, con apoyo de las principales organizaciones del exilio, propone y desarrolla un plan para la acción conocida como el Plan Torriente. El plan fracasó y Torriente fue asesinado en su casa de varios balazos.
- La única operación del Plan Torriente fue el ataque de Sama, donde hubo varios guardafronteras muertos. También murió una niña, lo que sirvió de propaganda a Fidel Castro.
- El 10 de agosto de 1964 es atacado un barco mercante de nombre María Teresa, en Montreal, Canadá.
- En Montreal, es atacada la oficina de Asuntos Comerciales en un atentado dinamitero.
- En París, una bomba detonó en las oficinas del régimen castrista.
- En New York una petaca incendiaria causa daños al carro del diplomático Ricardo Alarcón Quesada.
- En octubre de 1972, comandos navales del FLNC destruyen dos lanchas castristas frente a las costas cubanas.
- En diciembre del mismo año, tres bombas en New York, Montreal y Miami, respectivamente, colocadas por el Gobierno Secreto Cubano, destruyen una oficina de la agencia en New York.
- Una bomba daña las oficinas de Michael Delivery en New York.
- El 28 de enero de 1973, Comandos navales del FLNC hundieron una lancha castrista frente a las costas de Cuba.
- En marzo de 1973 una bomba destruye las oficinas del Centro de Estudios Cubanos en Manhattan.
- En junio de 1973 una petaca incendia un carro de la misión castrista en la ONU.

- En julio, el Gobierno Secreto Cubano detona un artefacto explosivo en las oficinas de Expo-Cuba en New York.
- El 3 de agosto de 1973 muere por una explosión en el cuarto de un hotel en Avrain Ville, Francia, el joven anticastrista Juan Felipe de la Cruz Serafin.
- El 3 de octubre de 1973, dos lanchas rápidas del FLNC atacan un barco fábrica cubano y un pesquero de la flota cubana. Ambas naves fueron incendiadas y hundidas.
- El FLNC realiza un atentado contra la Embajada Cubana en México.
- Acción Cubana realiza un atentado en México contra la Agencia de Prensa Latina.
- Acción Cubana envía cartas bombas a las oficinas de las misiones diplomáticas cubanas en Lima, Madrid, Buenos Aires y Ottawa, hiriendo a tres diplomáticos.
- Un artefacto explosivo explota en el garage de una casa en Miami, hiriendo a los combatientes anticastristas Luis Crespo y Humberto López. Crespo pierde el antebrazo; ambos fueron condenados a prisión.
- El FLNC dinamita las oficinas de Cubana de Aviación en México.
- Una explosión daña las oficinas de la Embajada Cubana en Kingston, Jamaica.
- El 12 de abril de 1974, José Elías de la Torriente muere en un atentado en su casa de Coral Gables, Florida.
- Héctor Díaz Limonta, veterano de la Brigada 2506, aparece ahorcado en su apartamento en Union City, el 20 de agosto del mismo año.

- Un miembro del Poder Cubano, Rodríguez Vives, es asesinado en su apartamento en New York.
- En Yucatán, Florida, una bomba del FLNC daña los cimientos de la Embajada Cubana.
- El 22 de julio de 1976 tres hombres intentan secuestrar al cónsul castrista Daniel Ferrer Fernández; un agente castrista resulta muerto y dos miembros del FLNC fueron encarcelados: Gustavo Castillo y Gaspar Jiménez.
- En Puerto Rico fueron dinamitadas las embajadas y consulados de Perú, Argentina y Venezuela.
- En Venezuela son atacados con bombas incendiarias los cines que exhiben el festival del Cine Cubano.
- Dos bombas fueron detonadas en San Juan y Mayagüez, Puerto Rico, donde elementos procastristas auspiciaban festivales de películas cubanas.
- El cubano Ramón Donesterez muere de dos balazos en su taller de construcción de barcos. Donesterez había viajado a Cuba, entrevistándose con funcionarios del régimen el 13 de marzo de 1976.
- Rolando Masferrer es muerto al explotar su carro en Miami, Florida, el 31 de octubre de 1975.
- Seis jóvenes, entre las edades de 16 y 22 años, liderados por Manuel Morales, intentan un alzamiento en Río Frío, Las Villas, el 15 de abril de 1975. Los jóvenes fueron capturados y condenados a veinte años de prisión.
- El CORU se reúne en República Dominicana. Los combatientes del aparato secreto realizan operaciones dinamiteras contra propiedades del régimen o países que comercian con Cuba en Estados Unidos, como Venezuela, Argentina,

México, Jamaica, Trinidad y Tobago, Colombia, Panamá y Puerto Rico.

- Son secuestrados y ejecutados en Argentina, el 9 de agosto de 1976, Jesús Cejas Arias y Crescencio Galamena, diplomáticos castristas radicados en Buenos Aires.
- Atentado con explosivos al buque soviético Iván Shepetkov, en el puerto de Elizabeth, New Jersey.
- El 21 de febrero de 1975 es muerto a tiros Luciano Nieves, activista del diálogo con Fidel. Por su muerte fue arrestado y sentenciado Valentín Hernández.
- Emilio Millían, comentarista de Miami, fue víctima de un atentado dinamitero. Pierde las dos piernas.
- El 3 y 4 de diciembre fueron colocadas bombas en las oficinas de Correos, FBI, Policía y Aeropuerto de Miami. Rolando Otero fue condenado por los atentados.
- En agosto de 1976, el ex-ministro chileno Orlando Letelier, agente castrista y su acompañante Ronni Moffitt, fueron muertos al explotar el vehículo en que viajaban en una calle de la ciudad de Washington.
- En Puerto Rico es muerto por un agente de la DGI Cubana el ex-comandante Aldo Vera.
- También murió en Miami, supuestamente a manos de agentes castristas, el veterano de la Brigada 2506, Juan José Peruyero.
- El 6 de octubre de 1976, en aguas de Barbados, es dinamitado un avión de la Compañía Cubana de Aviación, pereciendo en el siniestro 73 personas.
- En Puerto Rico es eliminado Carlos Muñoz Varela, de la Brigada Antonio Maceo, organización pro-castrista. Muñoz Varela era activista del diálogo con Fidel.

- En New Jersey es muerto por la misma causa Eulalio Negrín.
- En el año 80, los sabotajes se incrementaron en Cuba, incluyendo un incendio que destruyó un almacén de Las Lámparas Quesadas, en La Habana. Hubo sabotajes al Cine Yara y, en Pinar del Río, ardieron nueve almacenes de tabaco.
- El 31 de octubre de 1980, seis hombres del Alpha 66 desembarcaron por las costas de Matanzas.
- El Alpha 66 realiza varias operaciones de infiltración en la isla, durante los años 80 y 81:
 - El 23 de abril de 1981 infiltra 6 comandos.
 - El 2 de junio de 1981 infiltra 4 comandos.
 - El 8 de agosto de 1981 infiltra 5 comandos.
 - El 9 de octubre de 1981 infiltra 6 comandos.
 - El 9 de diciembre de 1981 infiltra 7 comandos.
 - El 2 de febrero de 1987 infiltra 4 comandos.
 - El 15 de abril de 1983 infiltra 5 comandos.
- Marcos Ramírez, Florentino Pérez, Ramón Vera, Diego Guerra y Mario Sánchez fueron reportados muertos en distintos tiroteos con las fuerzas del régimen. Otros 19 fueron fusilados y varios fueron encarcelados, sufriendo largas condenas.
- El grupo dirigido por Ezequiel Díaz Rodríguez, Carlos García Díaz, Angel Martínez García, José Díaz Romero y Benito García Olivera fue acusado de perpetrar 170 actos violentos de sabotaje.

- Diego Arrocha Periche fue fusilado por perpetrar actos de sabotaje en la zona de Santiago de Cuba.
- Marcial y Rubén Machado fueron fusilados por la misma causa en el año de 1980.
- Abilio González fue fusilado en 1981 por incendiar dos vehículos de transporte en la zona de Lawton, La Habana.
- En el aeropuerto internacional de Miami, Aquilino Carrodegua hace chocar con violencia su vehículo contra un avión de Cubana de Aviación, ocasionándole serios daños.
- Francisco "Papito" Hernández, René Corbo, Ramón Alcalá y más de una docena de exiliados, combatieron en Nicaragua al lado de los Contras.
- Médicos cubanos como el doctor Alberto Hernández y el doctor Manuel Alzugardy vajan a Nicaragua para prestar asistencia médica gratuita a los heridos en combate.
- En El Salvador, cubanos como Luis Orlando Rodríguez, Amado Gayol, Jhonny López, Clemente, Félix Rodríguez, Mario del Amico y Luis Posada, combaten a las guerrillas comunistas que tratan de tomar el poder por la fuerza.
- Posada, Luis O. Rodríguez y Félix Rodríguez realizan operaciones de suministro a los Contras nicaragüenses.
- Una lancha de comandos L ametralla el Hotel Melia en Varadero, el 15 de octubre de 1992.
- En abril de 1993 una lancha del Ejército Secreto ataca el barco cisterna Nikonos, de bandera chipriota, cerca de las costas de Matanzas.
- En menos de seis meses, 16,000 neumáticos de tractores fueron incendiados en los muelles de La Habana; 35.000 sacos de azúcar fueron destruidos en el Central Delicias; en

Pinar del Río ardieron casas de tabaco, sembradíos y un edificio.

- El 13 de agosto de 1992 una explosión destruyó un depósito de cohetes en una base de helicópteros en el aeropuerto municipal de Cienfuegos.
- En 1990, el fuego destruyó parte de la fábrica de cemento Titán, en Santiago de Cuba. Otros incendios dañaron una fábrica de bagazo en Santa Cruz del Norte, la Textilera Ariguanabo, dos almacenes en Guantánamo, un barco de recreo en Matanzas, un almacén de productos ferroviarios, dos almacenes de tabaco en Pinar del Río, tres edificios del gobierno y una fábrica de vasos parafinados en La Habana, sembradíos en la zona de Sandino, dos cines en Matanzas y daños en otros centros laborales a través de toda la isla.
- En octubre de 1991, seis matanceros fueron condenados a penas carcelarias por una ola de sabotajes incendiarios que produjo la destrucción de "casi medio millón de arrobas de caña".
- A fines del año 1991 tres exiliados cubanos infiltraron la isla: dos fueron condenados a prisión y Eduardo Díaz Betancourt fue fusilado.
- Millares de cubanos sufrieron largas penas de prisión por defender la libertad de la patria, formando lo que constituye el heroico presidio político cubano. Son tantos los hombres que valiente y dignamente padecieron la infame prisión, que se necesitaría un libro para enumerarlos. En el nombre de Pedro Luis Boitel, que murió en huelga de hambre en la cárcel, glorifico a todos nuestros valientes hermanos que sufrieron con dignidad las largas condenas carcelarias.

Prefacio

Fueron pocos los cubanos que percibieron en 1959, que una larga noche de silencio, delación, terror, penuria y miedo envolvería a Cuba por décadas y cambiaría radicalmente las vidas de más de 10 millones de sus habitantes.

Antes de que la lucha abierta y casi unánime de los cubanos contra la dictadura de Batista entrara en su fase final, yo me contaba entre esas personas que había vivido hasta entonces la vida normal del profesional, enteramente dedicado a su trabajo y al cuidado de una joven familia recién constituida. Me interesaban los asuntos públicos y la conducta de los gobiernos como un ciudadano más, sin sospechar siquiera que, en algún momento, tendría que abandonar esa cómoda e indiferente posición y abrazar los más insospechados caminos del peligro, el sufrimiento, la incertidumbre, el sacrificio y la lucha personal a cambio de seguirme llamando un hombre libre.

La lucha contra Batista se desarrolló al principio en el campo puramente político, a través de grandes polémicas en la prensa y encendidos debates en los foros públicos, hasta llegar al suicidio de Eduardo Chivás frente a las cámaras de televisión, el ataque de Fidel Castro al Cuartel Moncada el 26 de julio de 1956 y, finalmente, el desembarco del Granma con el grupo de revolucionarios que, encabezados por los hermanos Castro Ruz y el "Che" Guevara, zarpó de México.

Por la fuerza incontenible de las cosas y la sucesión de hechos, que se precipitaban uno tras otro, sacudiendo la conciencia nacional sin excepción, muchos ciudadanos, que jamás pensamos involucrarnos en una lucha frontal contra un

gobierno, y menos en la forma de una insurrección armada, de repente nos encontramos participando en las acciones; así lo hice en la medida de mis posibilidades y con el uso de las escasas aptitudes que hasta entonces poseía o creía poseer. Realmente, muchos hombres no sabemos lo que somos capaces de hacer, ni cuánto valor personal podemos demostrar en determinados momentos, si no nos ponemos a prueba.

Derrocado Batista y triunfante la revolución, la frustración y el pánico vinieron después. Era una larga historia de terror y sufrimiento de un pueblo que, como el cubano, creía estar haciendo una revolución "tan cubana como las palmas" y que resultó ser la más grande estafa política del siglo, incluso a nivel mundial; significó el entronizamiento hasta hoy de una tiranía que se niega a aceptar su fracaso y a rendirse ante las evidencias de su existencia antihistórica. Muy pronto se percibió el desarrollo de una tiranía más nefasta y sangrienta que la anterior: los fusilamientos, el entreguismo a la Unión Soviética, el militarismo desmedido, el control policial, la prisión para los enemigos del sistema, los comités de vigilancia, todos los horrores del nuevo régimen, hicieron que de nuevo la juventud, los estudiantes y una parte del pueblo en general, comenzaran a reunirse y a conspirar para encontrar soluciones a la nueva crisis. De nuevo los cubanos resistían en las calles, de nuevo se escuchaban las explosiones de las bombas y el sabotaje. Los empleados de la Compañía Eléctrica saboteaban las instalaciones y sucedían los apagones; la tienda más grande de Cuba, "El Encanto", fue destruida por el fuego.

La Agencia Central de Inteligencia (CIA), enviaba explosivos (C3), lapiceros de tiempo, mecha, cordón detonante, detonadores y todo lo necesario para actos de sabotaje. En aquel tiempo (1960), este tipo de actividades eran conocidas con el nombre de "Acción y Sabotaje". El cubano que desafiaba al régimen, poniendo en peligro su vida, el que se infiltraba en la Isla procedente de Miami para organizar los cuadros de la Resistencia y traer armas y explosivos, era admirado y considerado un soldado de la patria y un héroe de la contrarrevolución.

A mediados de 1960 yo formaba parte de esos grupos. José Puente Blanco, ex-presidente de la Federación Estudiantil

Universitaria, y su hermano Roberto, comandaban un Movimiento. Fui a Estados Unidos y allí conocí a Alfredo Cepero, que pertenecía al mismo Movimiento; con él trazamos planes para introducir material bélico en Cuba y entregárselo a nuestros amigos en La Habana. Regresé a Cuba para hacer los preparativos y volví a los Estados Unidos para preparar los envíos. Durante mi último viaje a La Habana caí en manos del G-2 cubano y parecía que terminaría en el paredón de fusilamiento. En un traslado de la sede del G-2, en la calle 5ª y 14 de Miramar, logré escaparme de la patrulla y refugiarme en la Embajada de Argentina. Después de un mes y medio me concedieron salvoconducto, me trasladaron a México y de ahí, de nuevo a Miami.

La invasión a Cuba por fuerzas cubanas era inminente. Junto con Sylva Cuervo, Feliciano Foyo, Raúl y Gustavo Lora, Alfredo Cepero, López Franco y otros, nos enrolamos en las fuerzas expedicionarias. Un avión C41 nos trasladó del aeropuerto de Opa Locka, en Miami, al campamento de Guatemala. Cuando llegamos, la Brigada ya había salido, en Cuba se estaba combatiendo. Rápidamente nos entregaron el armamento y nos enseñaron a utilizarlo. Estando apertrechados y listos para salir, nos llegaron noticias desastrosas. La Brigada, sin apoyo aéreo, sucumbía y nuestros aviones B-26 eran derribados por los rápidos aviones de combate del régimen. Las fuerzas expedicionarias, al quedarse sin municiones, optaron por rendirse.

Muchos compañeros perdieron la vida en el histórico episodio de Bahía Cochinos; otros cayeron prisioneros de Castro; los demás, en número apreciable, quedamos frustrados, con un profundo dolor en nuestros corazones, pero profesionalmente bien entrenados en el uso de las armas, los explosivos, las operaciones encubiertas, la investigación, recopilación de información y la infiltración. Todas estas habilidades, sin embargo, quedaban de momento sin uso y, nosotros, temporalmente ociosos, a la espera de que nuevos acontecimientos nos pusieran de nuevo en la primera línea de combate por la Isla añorada. El fracaso de Bahía Cochinos, lejos de enfriar nuestro ánimo, lo templó para seguir la lucha.

Al regreso de la frustrada invasión, me incorporé a los Comandos L, el grupo de Tony Cuesta y Ramón Font, donde

tratamos de hacer operaciones comandos. El gobierno americano, como parte de un nuevo plan, ofrecía a los miembros de la Brigada recientemente regresados de Cuba la incorporación al ejército americano. Otra vez los entrenamientos, las esperanzas y las frustraciones. Me gradué de segundo teniente y me asignaron al mando de un pelotón compuesto por soldados americanos. Después de dos años de estar en el ejército y de estar convencido de que no había ningún plan concreto para la liberación de mi patria, renuncié a mi comisión y comencé a trabajar para la CIA.

Me di cuenta, al cabo de reflexiones y aceptaciones de la realidad mundial, que los cubanos no nos enfrentábamos a una tiranía aislada, ni a un sistema particular de nuestra Patria, sino que teníamos frente a nosotros un colosal enemigo, cuya cabeza principal estaba en Moscú, con sus tentáculos extendidos peligrosamente por todo el planeta. El campo de batalla, entonces, lo mismo estaba en el territorio cubano, que en cualquier punto de la tierra en donde el enemigo estuviera presente o intentase penetrar para enriquecer sus dominios. Sin saberlo ni proponérmelo, me convertí en soldado universal al servicio de cuanto pudiera contribuir a cortar tentáculos del monstruo, empezando, si fuera posible, por el que aprisionaba a mi Patria.

Algunos compañeros decidieron quedarse en el ejército americano y hacer carrera militar; otros, se engancharon en la CIA. La Agencia había limitado sustancialmente las operaciones; infiltraciones a Cuba para contactar elementos de inteligencia y esporádicos viajes para hacer enterramientos de armas era todo lo que hacían. En las bases de operaciones de los cayos de La Florida, la mayor parte sometidos a entrenamiento, languidecíamos un grupo de cubanos. A finales del año 1967, comienza el desmantelamiento de las bases y de los cubanos que aún trabajábamos para la CIA. Unos pocos, como yo, fuimos recomendados a diferentes gobiernos, para actuar como instructores de personal en el campo de la lucha antisubversiva o como asesores en materia de seguridad nacional y métodos modernos de investigación criminal.

En el desarrollo de este propósito y estas luchas, mi vida se consumía entre una operación y otra, con largos intermedios de

inacción, aburrimiento y frustración, hasta que me llegó la oportunidad histórica de trasladarme a Venezuela, país amado en el que pasé la mayor parte de mi vida adulta.

Inicialmente fui contratado como instructor de la Dirección General de Policía (DIGEPOL) venezolana y Asesor Especial en asuntos de Seguridad Pública; pero muy pronto me vi envuelto en operaciones en contra de los grupos que trataban de subvertir el orden y derrocar al gobierno legalmente constituido, por medio de la violencia. Fueron años de lucha intensa, en la transición del gobierno de Raúl Leoni al de Rafael Caldera. Por las demandas imperativas de esa lucha, la DIGEPOL se convirtió de cuerpo represivo del delito político para el que estaba originalmente diseñada, en la Dirección de los Servicios de Inteligencia y Prevención (DISIP).

Dentro del esquema, llegué a ocupar el cargo de Comisario Jefe de la División General de Seguridad, con la responsabilidad directa sobre las Divisiones de Armas y Explosivos, Seguimiento y Vigilancia, Protección de Personalidades y Medios Técnicos. Desde mi posición, combatí sin tregua a los enemigos de la democracia venezolana, diezmando sus filas y reduciendo sus operaciones hasta el extremo que, al término de mi gestión, las fuerzas armadas de la izquierda quedaron totalmente desmanteladas.

El gobierno de La Habana fue frustrado en sus intentos expansionistas, al enviar a sus más experimentados guerrilleros, tales como Tomasevich, Arnoldo Ochoa Sánchez y Leopoldo Cintra Frías. En las escuelas de subversión cubana se entrenaron grupos de venezolanos que fueron enviados para formar verdaderos movimientos como el tristemente célebre "Punto Cero", que fue totalmente aniquilado por nuestras fuerzas policiales.

Durante 18 años, plagados de triunfos y derrotas, alegrías y tristezas, amé profundamente y también sentí las saetas del odio de mis enemigos, taladrándome y tratando de destruir mi cuerpo y mi alma.

Tanto los afectos que ligaron mi vida a Venezuela, como los efectos que desencadenaron el odio que algunos me prodigaron, me acompañarán eternamente en mi mente y junto a mi corazón.

El relato que expongo a continuación carece de la forma y estilo literario que distingue a un escritor. El lector tendrá que perdonar los errores que he cometido al redactar algunos capítulos, pues no he sido ayudado por ningún profesional para su elaboración. Mi principal preocupación, y en ello pongo todo mi esfuerzo, es que la narración se ajuste estrictamente a la verdad. Los personajes y los hechos relatados son reales y asumo cualquier responsabilidad que se derive de la exposición de los sucesos.

Este libro no es una historia de mi vida. Me refiero exclusivamente a tres sucesos en los que tomé participación y que influyeron drásticamente en mi vida, en la de mi familia y en la de las personas y amigos que, de alguna u otra forma, estuvieron relacionados conmigo en el tiempo que se sucedieron los hechos. Si el hombre pasa toda su vida influenciado por las circunstancias, pocas vidas han sido tan circunstanciales como la mía.

Son esas circunstancias, determinadas por fuerzas externas desencadenadas, aparentemente ajenas, las que marcaron gran parte de mi destino de adulto y me convirtieron, sin proponérmelo, en protagonista de primera línea de acontecimientos que tuvieron resonancia mundial y que envolvieron organizaciones y países, políticos y jueces, espías e investigadores, personas y familias. La vida y la muerte entremezcladas, para hacer de mi existencia una aventura, no tendrían particular importancia, si sólo hubiesen afectado mi vida y a la de los míos.

Aunque mi actuación como combatiente ineludible de toda forma de opresión en Cuba y en otros países de América, me hace figura central de muchos acontecimientos político-militares que aún son desconocidos en toda su dramática trama y desenvolvimiento, en este libro documental me concretaré en primer lugar a esos años críticos de Venezuela; los viví en carne propia, en el fragor de la lucha a muerte que esa nación tuvo que librar, cuando su existencia estuvo en el más grave peligro a causa de los grupos subversivos de izquierda que, inspirados, entrenados y a veces financiados por el comunismo internacional, utilizaron toda clase de acciones ilegales, bus-

cando desestabilizar y, posteriormente derrocar al gobierno constitucional vigente. "Circunstancialmente", como todo lo de mi vida, por esos años yo ocupaba en Venezuela un cargo con el nombre más largo que usted pudo haber leído jamás: Jefe de la División General de Seguridad de la Dirección de los Servicios de Inteligencia y Prevención, con una sigla muy corta y familiar entre el mundo policial venezolano: La DISIP.

El recuento aquí expuesto revela hechos ocurridos en ese lapso histórico. Es la historia verdadera de las operaciones ejecutadas por los grupos de extrema izquierda y la acción desarrollada por la policía política para contrarrestarlos y, posteriormente, dismantelarlos.

¿Cómo yo, un joven cubano, sin nexos inmediatos con la incipiente democracia venezolana, pude verme envuelto en tan tremenda lucha y asumiendo responsabilidades políticas y militares en una tierra en la que no había nacido? El lector se hará esta pregunta que yo mismo me hice muchas veces. La respuesta se encuentra en el relato de esta obra y en un hecho indudable que lo explica todo: mi Patria se encontraba bajo la férula tiránica del comunismo; este enemigo había hincado sus dientes en la tierra martiana, pero amenazaba con extender sus tentáculos por toda la América, hasta el punto en que ya no habría lugar en el continente para que en él pudiéramos respirar los hombres libres y dignos. El frente de batalla, entonces, ya no se reducía a nuestra Isla amada, sino que había que ubicarlos en donde quiera que la subversión fanática y violenta hiciera su aparición. Yo nací con esa vocación para la lucha y, para cumplirla, no he reparado un instante: ni en el sufrimiento personal, ni en la pérdida de mi vida. El dolor de la patria me hizo involuntariamente un hombre de armas, tramas, aventuras y misterios, que si no fuera porque realmente los viví, yo mismo pensaría que los había imaginado.

Tres organizaciones guerrilleras dominaban el panorama subversivo del país: Bandera Roja, el FALN (Frente Armado de Liberación Nacional) y un aguerrido grupo recién llegado de Cuba, llamado Punto O. Bandera Roja y el FALN tenían frentes guerrilleros que operaban en las montañas; sus destacamentos rurales estaban formados por veteranos que habían sobrevivido

a varios años de lucha, que conocían muy bien la zona donde operaban y a quienes había sido imposible erradicar, a pesar de las operaciones que continuamente realizaba el ejército con sus unidades de "cazadores" (cuerpo táctico anti-guerrillero).

La guerrilla rural estaba formada por grupos de combatientes que constituían los llamados "destacamentos", pequeñas unidades cuya misión era emboscar y hostigar al ejército, tomar pequeñas poblaciones con carácter propagandístico, secuestrar y atemorizar a los dueños de haciendas, con lo que de paso obtenían beneficios económicos que les permitían sufragar sus actividades. El fin ulterior, desde luego, era el de captar simpatías entre los campesinos y utilizarlos en calidad de colaboradores.

El frente guerrillero "Antonio José de Sucre" (los comunistas siempre le robaron a los pueblos los nombres de sus próceres más admirados) operaba en las montañas del Oriente de Venezuela. Era la facción rural de Bandera Roja y mantenía desde hacía varios años a un grupo de combatientes bien entrenados, lo cual les permitía moverse en las zonas montañosas de los Estados de Anzoátegui y de Monagas.

El FALN mantenía el frente guerrillero "José Leonardo Chirinos", que sostenía un grupo, moviéndose en el triángulo montañoso de los Estados de Lara, Yaracuy y Falcón. El frente había recibido apreciable ayuda de Cuba. Años atrás, habían combinado sus fuerzas con las de una expedición cubana que, al mando de Arnoldo Ochoa Sánchez, salió a "conquistar el continente". Como más de algún lector recordará, éste fue un comandante cubano que, junto a Luben Petkoff, desembarcó armas y personal de combate por las costas de Chichiriviche y Machuruvuto. Era la época de un Fidel Castro prepotente y, aparentemente, inmune a los reclamos de la comunidad mundial no comunista. Con Ochoa Sánchez (general fusilado por su propio amo) vino el actualmente general y héroe de la ocupación de Angola por los cubanos, Leopoldo Cintra Frias. Estos cubanos, políticamente fanatizados, formaron un pequeño grupo de 13 efectivos que se hizo fuerte durante tres años en las montañas, aunque sus actividades nunca llegaron a ser relevantes.

Lo prolongado de la lucha guerrillera rural y los pocos objetivos alcanzados durante largos años, hizo que los grupos subversivos se plantearan nuevas tácticas de combate. Sus comandantes bajaban a las ciudades para formar unidades de guerrilla urbana; el objetivo era, por supuesto, el derrocamiento del gobierno democrático, legalmente constituido.

El primero en constituir su unidad de combate urbano fue el FALN. Su comandante, Douglas Bravo, operaba desde las ciudades con un pequeño pero decidido grupo llamado "La Unidad Móvil", muy bien entrenado y sumamente activo. El frente rural quedaba al mando de Elegido Sibada, alias Magoya, de igual actividad y decisión.

Mientras eso sucedía, hace su aparición un nuevo, desconocido pero muy agresivo y bien entrenado grupo de guerrilla urbana, cuyos hechos atrevidos sacudirían el alma nacional venezolana. Se trataba del "Grupo Punto O"; sus integrantes fueron entrenados en escuelas subversivas cubanas y luego de su preparación, lanzados a la agresión contra Venezuela.

Tal era la situación en que se encontraba la subversión de extrema izquierda en Venezuela, en el momento en que se desencadenan los hechos trágico-dramáticos que vamos a relatar en calidad de protagonistas y testigos.

El primer suceso a que nos referiremos es el caso del secuestro del industrial Domínguez, ejecutado por BR y FALN. De particular relevancia será el relato del secuestro, una de las acciones más sonadas de la época y, que tuvo para los guerrilleros, fecundos resultados financieros. El botín del plagio les produjo cinco millones de bolívares, equivalentes a 1.162,790 dólares americanos, en aquel tiempo.

Prefiero referirme al secuestro del industrial Domínguez, por ser el caso más espectacular, el más difícil desde el punto de vista policial y militar y el que presentó una serie de hechos dignos de un fiel recuento histórico. De enero a junio de 1972, fecha de la captura del industrial Domínguez, los guerrilleros no se dieron tregua en sus preparativos. Mientras el secuestro progresaba y se cobraba el rescate, el grupo Punto O entró en acción en Caracas y sus alrededores, con una serie de operaciones de gran impacto en la opinión pública nacional e interna-

cional. Entre estos hechos sobresalientes relataré los detalles que rodearon el sorprendente ataque al Destacamento de las Fuerzas Armadas de Cooperación de Ocumare del Tuy, mediante el cual los guerrilleros pudieron capturar un fuerte arsenal.

En contra de este último grupo subversivo hubo necesidad de acentuar y diversificar las acciones policiales. En efecto, los integrantes de Punto O sintieron el peso de nuestras hostilidades, pues casi todos sus efectivos fueron capturados o cayeron en combate bajo la acción de las fuerzas contra-guerrilleras, de todo lo cual daremos los más significantes detalles.

La información y los datos necesarios para escribir este volumen fueron obtenidos de fuentes directas: entrevistas a los propios guerrilleros que participaron en los sucesos y luego fueron capturados; declaraciones logradas en prolongados interrogatorios policiales. Igualmente, fueron entrevistadas personas neutrales que, de alguna manera, participaron en algún trabajo o en diligencias que se hicieron sobre los casos narrados. El mayor aporte de material se origina en los archivos oficiales de Venezuela y en los propios del autor, con la debida constancia de sucesos, personas y contingencias de aquel corto pero tenebroso episodio histórico que a la Patria de Bolívar y a sus fuerzas legales les tocó vivir.

Los funcionarios policiales, los jefes de divisiones que trabajaron en la solución del "Caso Domínguez" informan, por nuestro medio, sobre hechos fidedignos. Cuentan sus actuaciones y, a la luz de ellas, se esclarecen varios asuntos hasta ahora desconocidos u oscuros. Cuentan cómo fueron dirigidas las operaciones policiales, exitosas o no y, según el buen suceso en el caso de captura de guerrilleros, dan fe de sus diligencias, de los medios de que se valieron y de las colaboraciones obtenidas. La narración está ceñida a la más estricta verdad.

Finalmente, para resguardar y proteger a las personas involucradas en este recuento, hemos soslayado la identidad de algunos individuos seriamente comprometidos en determinadas acciones policiales, pues a esos efectivos les debemos consideración por el género de sus servicios; por la lealtad con que actuaron y el estoicismo con que muchos de ellos asumieron las consecuencias. En algunos casos, por ello, utilizaremos

seudónimos. En cambio, los seudónimos con que citamos a los guerrilleros, son los mismos que ellos usaban en sus actividades subversivas, aunque posteriormente son identificados con sus propios nombres. Tanto los protagonistas del acontecer subversivo, como los funcionarios y policías empeñados en reprimirlos, son personajes reales, inmersos en aquel trágico desarrollo.

Así, dejamos esbozado el propósito y razón que nos guía al escribir esta suerte de memoria personal e histórica, aprisionada en el corto pero fulminante lapso de 1972 a 1973.

Solicitamos la paciencia del lector para seguirnos por los vericuetos, intrigas, conspiraciones y sucesos épicos, míos y ajenos, entrelazados en un drama continental y mundial, cuyas cenizas aún no se han apagado ni se apagarán, en tanto queden sobre la faz de la tierra hombres violentos que levanten el crimen a la categoría de ley y quieren, por la fuerza de sus armas y de sus aparatos brutales, someter a los pueblos y a los hombres.

Pasemos adelante, pues. Rasguemos el velo del silencio y digamos como narradores veraces, lo que en todo momento sostuvimos como soldados esforzados de la libertad.

El segundo suceso que cito en mi relato se refiere al famoso caso de la voladura de un avión de la línea aérea Cubana de Aviación, con la consiguiente muerte de todos los ocupantes de la nave, hecho ocurrido el día seis de octubre de 1976 en aguas cercanas a Barbados. La enemistad con el entonces Presidente Carlos Andrés Pérez y su asociación con el dictador cubano Fidel Castro, unida a mi conocida militancia anticomunista y a una serie de acontecimientos, hicieron que se me involucrara en el hecho, se me encarcelara y sometiera a juicio. Después de permanecer años en prisión y de ser absuelto por el tribunal militar que me juzgó, fui objeto de una serie de argucias procesales que me mantuvieron en la cárcel, sin concedérseme la libertad. La presión y el miedo a la mano larga del tirano de Cuba y la manipulación del juicio por el general Elio García Barrios, presidente de la corte marcial e íntimo amigo de Castro, hicieron posible esta monstruosidad jurídica y procesal. Me negué a continuar en esa farsa judicial y no accedí a presentar-

me más en ninguna de las incidencias de ese infame y nefasto proceso, que me mantuvo en prisión por más de siete años, a pesar de haber sido absuelto. Opté por obtener mi libertad por la fuerza, fugándome de la prisión. Me fugué de la cárcel militar vestido de coronel y me refugié en la Embajada de Chile. Con las promesas del Presidente de la República en aquel tiempo, Luis Herrera Campins, de que se me celebraría el juicio en un plazo no menor de dos meses, abandoné la embajada. Otra vez la mano de Castro, utilizando de nuevo a su testaferro, el general García Barrios, evitó que las promesas del Presidente Herrera se cumplieran. Otro intento de fuga fallido fue en la cárcel de La Planta, donde traté de volar con explosivos las paredes de la prisión que injustamente me retenía. Por fin, la fuga definitiva fue de la prisión de máxima seguridad San Juan de los Morros, que me permitió alcanzar la libertad.

El tercer relato trata de mi actuación en la guerra de los contras y los sandinistas, en Nicaragua, donde tomé parte en las operaciones de suministro que, desde El Salvador, con viajes casi diarios a Nicaragua, realizaban las Fuerzas Aéreas de Suministro, financiadas y dirigidas desde Washington por Oliver North. Los viajes terminaron cuando uno de nuestros aviones (un C123) fue derribado por fuerzas sandinistas, muriendo casi todos sus tripulantes y ocasionando el consiguiente escándalo y el descubrimiento de toda la operación.

Posteriormente, reseño mi actuación como instructor de la policía salvadoreña. Y, por último, el atentado que me hicieron en Guatemala miembros de la inteligencia cubana, apoyados por militares guatemaltecos a quienes compraron con una cantidad importante de dinero para hacer posible esta operación. En el atentado, que casi me cuesta la vida, recibí varios balazos de ametralladora 45. Afortunadamente, hoy después de más de tres años, estoy casi recuperado de mis heridas.

Enero de 1994.

I PARTE

La guerra por los caminos del mundo: Venezuela y los años críticos

1

Cómo llegué a Venezuela

El Contrato

Miami, septiembre de 1969

Estoy en la barra del restaurante Centro Vasco. Tengo por costumbre tomar un dalkiri antes de almorzar. Es temprano y no ha llegado ninguno de mis amigos. El restaurante está vacío. Mis pensamientos se centran en las actividades que sólo hace un mes cesaron. Las operaciones tendientes a la liberación de Cuba que efectuaba la Agencia Central de Inteligencia estaban muy disminuidas, llegando al punto que ya no se hacía prácticamente nada. Atrás habían quedado las operaciones paramilitares, los contactos dentro de la isla, los enterramientos de armamento, las infiltraciones y toda esa actividad que mantenía viva la esperanza de los cubanos que trabajábamos para la Agencia. Gradual e inexorablemente se iban cerrando las bases de los cayos en La Florida y gradual e inexorablemente estaban desmovilizando a todos los cubanos que trabajaban para la CIA. A mí me había llegado el turno hacía muy poco tiempo. Todavía

no me acostumbraba al cese del viaje casi diario de ochenta millas de recorridos desde Miami hasta la base de operaciones, los aburridos y frecuentes entrenamientos, casi siempre nocturnos, con las lanchas rápidas de 23 pies de eslora, equipadas con potentes motores *out-board in-board* y un radar de doce millas que siempre se rompía. Hacía mucho tiempo, fuera y dentro de Cuba, que no veía ni siquiera las armas de protección de las embarcaciones, una ametralladora calibre .50 o un recoilless (cañón sin retroceso) de 57 mm. ¿Habían los americanos abandonado todo esfuerzo para recuperar nuestra amada patria? El exilio había también caído en su peor momento. Muchos hombres valientes y decididos habían abandonado la lucha y, resignados ante la impotencia, se dedicaban a negocios particulares o a trabajar para obtener el sustento de sus familias. Me tomé el resto del daikiri y pedí otro. Aquel día tomé una resolución que afectaría decisivamente a mi familia y a mi propia vida: jamás abandonaría la lucha, jamás me daría por vencido.

El restaurante comienza a llenarse. Un hombre elegantemente vestido se sienta en la banqueta contigua a la mía. Pide un whisky de marca en las rocas y, sin más preámbulo, me pregunta:

-¿Es usted Luis Posada?

Le contesté que sí y, a continuación me dice:

-Me llamo Erasto Fernández, soy venezolano y pronto seré nombrado Jefe de la Policía Política en mi país. Ando en busca de algunos elementos que me ayuden a tecnificar el Cuerpo y me aseguraron que usted tenía conocimientos y que podría trabajar con nosotros. Defendemos la misma causa, el comunismo trata de tomar el poder por la fuerza de las armas en Venezuela, ya ha habido desembarcos de cubanos en nuestras costas y tenemos informaciones de que se están preparando otros más. Además, sé que usted está sin trabajo.

-¿Quién le dijo eso?

-Un mutuo amigo, que trabaja en la Agencia, me dijo que estaba bien calificado y que seguramente podía contar con usted.

-Le dijo bien, pues estoy interesado en su proposición.

Dos semanas después, me encontraba rumbo a Caracas, en un avión de la línea aérea Viasa. Mi esposa Nieves y mi pequeño hijo Jorge se me unirían en Venezuela dos meses más tarde.

A mi llegada me incorporé a mi trabajo. Me encontré con una policía represiva, mal pagada, con poco o ningún conocimiento de su trabajo, con patrullas viejas, malas comunicaciones y armamento inadecuado, enfrentando a un enemigo decidido y dispuesto a todo, que había recibido entrenamiento en las escuelas de subversión cubanas. Sólo la alta moral combativa del Cuerpo y el apoyo que recibía del gobierno, de los militares y del poder judicial, que autorizaba cientos de allanamientos diarios y no se preocupaba mucho por los derechos legales de los detenidos, hacían posible los éxitos de la policía contra las guerrillas comunistas que azotaban el país. La guerrilla secuestraba, asesinaba y utilizaba todo tipo de terrorismo para desestabilizar al gobierno. La policía, cuya fuerza principal estaba en los delatores, detenía, allanaba e interrogaba utilizando los métodos más duros de persuasión. Como dice el dicho: "Se estaba jugando al duro y sin careta".

Los encuentros entre la DIGEPOL (Dirección General de Policía) y la guerrilla urbana eran frecuentes. Casi todos los días había tiroteos con el inevitable saldo de muertos. A los cinco días de haberme incorporado al Cuerpo, hubo un tiroteo en la Urbanización Chacaíto, donde murió un guerrillero de nombre Félix Farías y se capturó a un cubano llamado Manuel Espinoza Díaz; por delación del cubano se ubicó en Petare una casa donde estaban escondidos Luis Vera Betancourt y el Loco Fabricio, que también murieron al enfrentar a la policía. En la casa donde se capturó a Espinoza Díaz se incautó un lote de armas, placas de carros y uniformes militares. Entre las armas incautadas había dos subametralladoras M-3 con silenciador que, en seguida, reconocí como armas de la Agencia. Envié los seriales de las mismas a Miami y pude saber que éstas habían sido requisadas por el gobierno de Cuba a un equipo de infiltración de cubanos agentes de la CIA, y enviadas con los cubanos que se habían introducido en el país.

Las clases que impartía en la improvisada academia me dejaban tiempo para incorporarme a las operaciones policiales

en contra de los subversivos. La captura de un jefe guerrillero, de nombre Lino Martínez, auxiliado por dos cubanos que trabajaban conmigo, Gustavo Ortiz Fález y Rafael Tremols, me dio cierta fama entre los funcionarios. Formamos un pequeño grupo de captura, al que se nos incorporó Iván Sánchez, que tuvo bastante éxito.

Los Servicios Especiales

De la DIGEPOL pasé a formar parte de un equipo especializado en el Ministerio de Relaciones Interiores, conocido como Servicios Especiales. Este equipo, dirigido por el Dr. Remberto Uzcátegui, rivalizaba con la DIGEPOL, aunque su misión era la de efectuar investigaciones especiales para el Ministerio. Al grupo, formado por doce funcionarios, se le conoció más tarde con el sobrenombre de "los doce apóstoles".

Con el cambio de gobierno, asume la Presidencia de la República Rafael Caldera; contratan especialistas franceses y norteamericanos para instruir a los funcionarios de los Servicios Especiales, que ya alcanzan el número de unos 150. Se adquieren equipos sofisticados para interceptar teléfonos y otros auxiliares de la investigación como cámaras, micrófonos, equipos de comunicación, etc. Nuestros efectivos se tecnifican.

La DISIP

La DIGEPOL es sustituida por un Cuerpo más investigativo y menos represivo denominado DISIP (Dirección de los Servicios de Inteligencia y Prevención) cuyo director era José Gabriel Lugo.

Al principio, todo marcha bien; pero surge la rivalidad entre la DISIP y los SE (Servicios Especiales).

Por fin, el Ministro del Interior decide fundir los dos Cuerpos y todos los funcionarios de los SE se incorporan a la DISIP. De nuevo, cursos de capacitación para desarrollar con más profesionalismo nuestras posiciones. Esta vez son los Servicios Secretos de Israel los que imparten enseñanza sobre operaciones defensivas. Se tecnifica la Policía, disminuyen los inte-

rrogatorios “duros”. Se crean departamentos especializados para manipular y controlar informantes, departamentos de analistas. El Dr. Gabriel Gazzo, subdirector del Cuerpo y el hombre más capacitado con que cuenta la policía venezolana, me encarga que desarrolle los grupos de vigilancia estática y dinámica. Este departamento, que siempre estuvo a cargo del comisario Hernán Reyes, creció y progresó prestando un excelente servicio a las investigaciones y a la búsqueda de información. Las intercepciones telefónicas, la instalación de micrófonos ocultos, la cerrajería y la fotografía operativa, servían de apoyo tanto a la investigación, como a las operaciones. La adquisición de vehículos y motos, así como redes de comunicación, sirvieron para desarrollar un patrullaje eficiente sobre todo por la ciudad de Caracas. Se exigía a los funcionarios un aspecto presentable y vestimenta adecuada. Se fundó una academia de adiestramiento y era necesario aprobar los cursos para las promociones y ascensos.

Operaciones Especiales

Después de los cursos se me nombró Comisario. Siempre estuve a cargo de divisiones operativas y, la mayor parte del tiempo que permanecí en la DISIP, estuve trabajando en contra de la subversión de izquierda, a excepción de algunos trabajos especializados en contra de los funcionarios de la Embajada Soviética, recién instalada en Venezuela. Como ejemplo de estos trabajos especiales puedo citar cuando se me envió a Trinidad y Tobago, en plena revolución, para apoyar al gobierno de Erick William en contra de un intento de golpe militar con ramificaciones del “Black Power”, movimiento infiltrado por el comunismo internacional. Otro suceso digno de resaltar, que también clasifica dentro de las operaciones especiales, fue el trabajo que realizamos en contra de los colombianos en Roma, Italia. Desde hacía muchos años había una disputa territorial entre Venezuela y Colombia sobre los límites del Golfo de Venezuela. Las delegaciones de ambos países se reunieron en Roma para discutir sobre la limitación del golfo. El viceministro Zambrano Velazco fue el encargado de dirigir el grupo de

negociadores venezolanos. Los colombianos habían tratado, con éxito relativo, de obtener información en la Embajada de Venezuela en Roma, reclutando a un informante que pronto fue detenido por nosotros. Después de controlar la fuga de información y desarrollar un sistema de seguridad de los documentos que pasaban por la Embajada y que debían ser transmitidos a la Cancillería de Caracas, me trasladé a Roma con un grupo de diez funcionarios especialistas. Interceptamos los teléfonos de la Embajada de Colombia, de las habitaciones de los negociadores en el hotel King y en el hotel Ambassatore. También instalamos micrófonos ocultos, que nos permitían obtener información sensible sobre este tópico. Los funcionarios de la División de Medios realizaron el trabajo vistiendo uniformes de la SIP (Compañía de Teléfonos de Italia). Con anterioridad habíamos enviado un funcionario a hacer una pasantía en los servicios telefónicos italianos y así pudimos saber cómo eran las operaciones de la empresa. El Inspector Jefe, Camilo Cuzzatti, cuyos padres eran italianos, hablaba perfectamente el idioma y nos fue de mucha ayuda. Los subcomisarios Hernán Reyes, Arnoldo y Ali participaron en esta operación, que se prolongó por varios meses.

Mi trabajo

Venezuela es un país muy rico y el dinero bien empleado trae tecnicismo y adelanto. La policía había mejorado increíblemente. Cursos en el exterior, instructores bien pagados, más la adquisición de costosos pero altamente eficientes equipos para interceptar teléfonos, para "sonorizar" habitaciones con transmisores ocultos, la adquisición de patrullas, motos y, sobre todo suficientes recursos económicos para establecer redes de colaboradores en hoteles, restaurantes, vehículos de alquiler, etc., apoyaban nuestras operaciones, situando a determinado "cliente" en una habitación de hotel previamente "sonorizada" o dirigiéndolo a una mesa "trabajada" en el restaurante. El más costoso, pero también el más fructífero de los departamentos, era el de "control y manipulación de fuentes vivas" o informantes. Las áreas de interés del Cuerpo, como eran los grupos

subversivos de izquierda, los militares de tendencia golpista, grupos políticos y financieros, determinados personajes y cualquier sector de la población que resultara interesante para el gobierno, eran penetrados e infiltrados por nuestros agentes que reclutaban, la mayoría de las veces, personas cercanas o en íntimo contacto con nuestro objetivo.

Muchas de estas operaciones estuvieron bajo mi control. Un grupo de mujeres bellas e inteligentes y también muy bien pagadas, conocidas en nuestro medio como "Operación Jardín" porque todas tenían nombre clave de flores, como Rosa, Azucena, Margarita, etc., infiltraron los lugares más increíbles en la búsqueda de información. Había suficientes recursos para que, cuando la información requerida lo ameritara, se realizaran viajes y se celebraran costosas fiestas y recepciones, donde el licor y la camaradería bajaba la guardia y soltaba la lengua.

Sin embargo, una idea fija ocupaba mi mente; combatiría hasta el final a los enemigos de mi patria, en aquel tiempo los cubanos castristas y sus aliados los rusos. Con la capacidad operativa y financiera que me daba mi alta posición en el Cuerpo, pude desarrollar operaciones de captura contra Arnoldo Ochoa Sánchez y Leopoldo Cintra Frías; contra Tomasevich, en la actualidad general, y otros cubanos que habían penetrado el país y que, junto a los guerrilleros venezolanos, esparcieron el odio, sangre y terror tratando de derrocar el gobierno legalmente constituido. Mandé a interceptar los teléfonos de la agencia noticiosa cubana Prensa Latina, de su director y agente de la DGI (Dirección General de Inteligencia) cubana, un chileno de apellido Pineda y pude clasificar a algunos periodistas venezolanos que le hacían la corte al régimen de La Habana.

También trabajé con intensidad y ardor contra los rusos recién instalados en el país. Bajo mi control estuvieron las operaciones que se efectuaron contra el oficial de inteligencia de la Embajada, Gravichenko. Este oficial estuvo penetrado por un agente nuestro por más de dos años. Por esta penetración pude saber la petición de información sobre mis actividades y un estudio sobre mis costumbres que le hicieron al ruso los servicios de inteligencia cubanos; éste se lo transmitió a nuestro agente venezolano, quien a su vez me lo transmitió a mí.

Solamente hay una razón para que un servicio de inteligencia como el cubano solicite información sobre la "rutina" o "costumbres" de determinada persona: una "operación de castigo"; es decir, un atentado con miras a la eliminación física.

Muchos esfuerzos había puesto Cuba en el entrenamiento e infiltración del grupo subversivo Punto O.

Poco duró la esperanza cubana, cuando sus efectivos fueron muertos o encarcelados al enfrentar nuestras fuerzas, con la consecuente eliminación de la unidad guerrillera. Ahora, Cuba pretendía pasarme el recibo de mi actuación en estos sucesos, atentando contra mi vida.

La DISIP se estructuraba en Divisiones; el Cuerpo se hacía más efectivo y cada vez las operaciones eran más profesionales. Los funcionarios policiales adquirían destreza y experiencia. También el enemigo había mejorado, Las guerrillas eran más reducidas y, por lo tanto, más difíciles de detectar. Su arma principal era la emboscada a las fuerzas del ejército y operaciones con fines económicos, como los secuestros de ganaderos. Los principales jefes guerrilleros, como Douglas Bravo y Carlos Betancourt, bajaron de las montañas a las ciudades. Maestros del clandestinaje, habían sobrevivido a la persecución y al asedio de los cuerpos de seguridad por varios años. Los lugares donde vivían y sus traslados eran conocidos por pocos y escogidos elementos, cuya lealtad estaba a toda prueba.

2

Bandera Roja baja de las montañas para formar sus cuadros urbanos

Enero de 1972

Después de varios años, Bandera Roja decidió formar cuadros tácticos de combate para desarrollar la guerrilla urbana. El frente guerrillero "Antonio José de Sucre", seguiría operando en las montañas de Anzoátegui y Monagas. Su jefe sería Américo Silva y su lugarteniente el guerrillero Miguel Salas Suárez.

Américo era un guerrillero experimentado y fue entrenado en Cuba. Desde hace varios años combatía en las montañas y era muy respetado por sus compañeros. Aunque tenía más de 40 años de edad, pocos eran los guerrilleros que lo podían seguir cuando se trasladaban de un sitio a otro de las montañas, subiendo y bajando cerros y pendientes. Su conocimiento táctico superaba al de todos sus compañeros de lucha.

Carlos Betancourt, alias Gerónimo, que se encontraba al mando del frente rural y Gabriel Puerta Aponte alias Otilio, su lugarteniente, bajaban de las montañas para iniciar operaciones que les permitieran desarrollar la guerrilla urbana.

Gerónimo seguiría siendo el jefe de todo el movimiento, pero ahora sus actividades se trasladarían a las ciudades. Nadie sabría su domicilio ni de sus movimientos, a excepción de Otilio y su hermano Argenis Betancourt, alias Florindo. Su labor estaría limitada a la administración y planificación de las operaciones más importantes. También tendría a su cargo la propaganda y su distribución. Siempre estaría rodeado de un sistema de seguridad y compartimentación, que haría muy difícil su detección. No participaría en operativos.

Otilio, en cambio, tendría que permanecer en contacto con sus efectivos, y dirigir personalmente las operaciones, lo cual haría más vulnerable y peligrosa su misión.

La aspiración de Gerónimo era constituir una integración de los grupos subversivos que operaban en el país. Quería crear el Comité de Integración Revolucionaria (CIR) y, para tal efecto, debería entrevistarse con Douglas Bravo, jefe del Partido de la Revolución-Frente Armado de Liberación Nacional (PRV-FALN).

El PRV-FALN tenía una bien organizada guerrilla urbana. Su grupo, aunque pequeño, se movía con mucha efectividad; lo llamaban la "Unidad Móvil" y su comandante, Armando Daza Zurita (a) El Chino Daza, había sido perseguido por todas las policías de Venezuela durante varios años, sin éxito alguno. De él solamente se tenía una fotografía vieja de una cédula de identidad, que quedó en manos del policía que mató cuando trató de detenerlo. Su grupo estaba formado por veteranos de la guerrilla urbana: El Gago, El Españolito, El Policía y Larry, que formaban su unidad táctica de combate. Todos eran expertos en clandestinaje, sabotaje y, sobre todo, en atentados. Todos los "ajusticiamientos" ocurridos últimamente habían sido ejecutados por "la Unidad Móvil". El PRV-FALN tenía también otro grupo de guerrilleros urbanos que, aunque no pertenecían a la Unidad Móvil, no dejaban de ser menos peligrosos: El Catire Morales, El Catire Larralde, Ali Rodríguez Araque, eran usados para misiones más especializadas como traslados, secuestros, propaganda, reclutamientos, organización del clandestinaje y la subversión, etc. Estos hombres formaban la jefatura de la organización y estaban muy cerca de Douglas Bravo.

Bandera Roja no tenía efectivos en la ciudad. Para los pocos operativos que había realizado, tuvo que bajar a sus guerrilleros de las montañas para ejecutarlos. Sin retaguardia, sin casas seguras ni organización, sus operaciones habían sido muy limitadas. Citaremos el caso del secuestro de Enrique Dao, a quien una vez secuestrado, trasladaron a la montaña, con el riesgo que implicaba la movilización de áreas urbanas a rurales y viceversa.

Puerta Aponte, alias Otilio, tendría que organizar y adiestrar un grupo capaz de ejecutar operaciones en la ciudad. Las primeras tendrían que ser "económicas", para recabar fondos y emplearlos en las casas de seguridad, vehículos, armamentos y todo lo necesario para desarrollar el plan propuesto. Los primeros pasos fueron los más difíciles. Contactó a un guerrillero que había bajado de la montaña, al que llamaban Brito, y le encargó la misión de reclutar a un pequeño grupo, seleccionando muy bien al personal, que sería usado como la unidad de combate para operar en las áreas urbanas.

El Ciego Montilla, Segundo, El Ciego Alto, Pancho, Regis, Track, Raúl, Sonia, Florindo y Anzoátegui, formaron la Unidad "Hugo Jaramillo Guzmán". Otilio era su comandante y Brito su lugarteniente. Algunos de ellos eran combatientes sin experiencia; otros, en cambio, viejos guerrilleros. Otilio manejó esta situación auxiliado por los veteranos, a fin de entrenar y poner en capacidad operativa a los novatos.

El Ciego Montilla, cuyo verdadero nombre es Iván Montilla Cedeño, vivía con su madre y otro hermano en la calle El Carmen, Letra B, entre las calles Santa Teresita y Real del Prado de María, en Caracas. Tendría unos 25 años, bajo de estatura, usaba lentes y hablaba muy poco; su mejor cualidad era la responsabilidad y la minuciosidad con la cual realizaba las misiones que se le encomendaban. Pronto se ganó la confianza de Brito y le encomendaron misiones cada vez más delicadas. Se le encargó que alquilara una casa en las afueras de Caracas. La consigue en el Barrio Olivé del Junquito, donde se celebrarían reuniones. Se debía mudar allí con su madre, y así lo hizo.

Los combatientes que todavía no habían sido detectados por los cuerpos policiales como El Ciego, Segundo, Regis y

Pancho, hacían vida legal y vivían con su familia. Los viejos combatientes que estaban siendo “solicitados”, vivían en casas alquiladas, con fondos de la organización y bajo nombres falsos. Otilio era el único que conocía la ubicación de todos ellos; en cambio, ninguno de ellos, a excepción de Brito, sabía dónde localizar a Otilio.

3

El grupo Punto 0 asalta el destacamento de Ocumare del Tuy

4 de enero de 1972

Un comando guerrillero del movimiento Punto 0 llegó a la población de Ocumare del Tuy a las 01:15 de la madrugada. Una camioneta Ford blanca, modelo 68, con cuatro hombres en su interior, atravesó la calle principal del pequeño pueblo. Previamente, habían llegado un Plymouth verde, modelo 69 y un Rambler azul claro, modelo 66; cada carro con cuatro guerrilleros. Cada vehículo se había estacionado en un lugar previamente seleccionado, como a cinco cuadras de la calle principal. Los ocupantes de los vehículos iban fuertemente armados con subametralladoras, pistolas y granadas.

La camioneta Ford se detuvo al final de la avenida principal. Desde hacía quince minutos los esperaba ahí Gilberto Hernández (a) El Nené. El Nené vivía en esa población desde hace varios años; todo el mundo lo conocía. Hacía sólo cuatro meses que se había unido a los guerrilleros y ésta era su primera acción.

Ocumare del Tuy es una pequeña población rodeada de valles y montañas, con unos 50 mil habitantes, que se dedican

a la agricultura y la ganadería y trabajan en pequeñas industrias situadas cerca del pueblo. Está como a una hora de camino a Caracas.

Como a dos kilómetros, en las afueras del pueblo, se encontraba un destacamento de la Guardia Nacional, donde estaba ubicado el segundo pelotón de la Tercera Compañía del Destacamento 56 de las Fuerzas Armadas de Cooperación (FAC). La dotación estaba compuesta de unos 30 efectivos, aproximadamente.

El edificio del destacamento estaba situado en la calle principal del sector El Rodeo, cruce con la Calle Machillaiga. El edificio era de una sola planta, construido en un área de unos 1.200 metros cuadrados y rodeado por una cerca metálica. Como a unos 100 metros del cuartel está el Hospital "Simón Bolívar". La cerca que rodeaba el perímetro de las instalaciones era como de tres metros y medio de altura, con alambrada de protección en su parte superior.

El Nené había entrado al cuartel muchas veces. Un pariente suyo, sargento de la Guardia Nacional, le había permitido el acceso. No le fue difícil conocer bien el lugar; sabía de la ubicación de la armería, las barracas donde dormía el personal y había averiguado que, en aquella época del año, del 23 de diciembre al 6 de enero, le daban vacaciones a gran parte de la tropa para que pasara navidad con su familia y quedaba debilitada la protección del cuartel.

Con toda esa información los guerrilleros, comandados por Ramón Antonio Olivares (a) Rubén, elaboraron un plan de acción para apoderarse de las armas que había en el cuartel.

El día anterior, a las 05:30 de la tarde, Rubén y tres guerrilleros más asaltaron un estacionamiento de vehículos de nombre Boleita, situado en la avenida Las Palmas, Urbanización Las Palmas en Caracas. Allí sometieron a uno de los dueños, Antón Silverio, y se llevaron tres carros: una camioneta ranchera Ford, blanca, modelo 1968, placas IK-6590; un Rambler azul claro, modelo 1966, placas IP-8955; y un Plymouth verde, modelo 69, placas IG-4090. También, en el pueblo de Ocumare del Tuy, días antes se habían apoderado de un Hillman placas IW-9888, que pertenecía a una oficinista que trabajaba en un organismo gubernamental.

Hacia más de un año que Rubén había llegado de Cuba donde, junto con unos 40 venezolanos, había sido entrenado en las escuelas de subversión.

En el año 1969, un grupo de venezolanos salieron de Puerto Cabello en una goleta pesquera y desembarcaron en la costa sur de la Provincia de Oriente, en Cuba. Recibirían entrenamiento en actividades terroristas, para regresar a Venezuela, donde tratarían de organizar grupos de guerrilla urbana y rural, con el fin de derrocar el entonces gobierno legítimamente constituido del Presidente Rafael Caldera.

Los venezolanos fueron trasladados de Oriente a La Habana por el Comandante Piñeiro (a) Barbarroja.

Después del recibimiento fueron trasladados a casas de seguridad en La Habana y, posteriormente, a la Provincia de Pinar del Río, a un campo de entrenamiento llamado Punto O; aquí realizaron la mayor parte del entrenamiento. El oficial cubano que estaba a cargo del grupo venezolano era el capitán Almeida, más conocido con el sobrenombre de Araña. El contacto más directo del grupo y que les servía de enlace para resolver sus necesidades, era un hombre alto, de más de seis pies de estatura, de la raza negra, conocido como el teniente Drake.

El entrenamiento que recibieron abarcaba varios tópicos como guerra subversiva, clandestinaje, comunicaciones clandestinas, preparación política, sabotaje, explosivos, atentados personales, secuestro y confinamiento de prisioneros, reclutamiento de personal y uso de armas cortas y largas. También se les instruyó en las técnicas de guerrilla rural: lectura de mapas, caminata, orientación con el mapa y con las estrellas, emboscadas, evasión y escape, etc.

Los venezolanos sostuvieron una serie de discusiones y peleas entre ellos por celos de liderazgo y muchos regresaron a Venezuela, sin completar el entrenamiento. El que más se distinguió y fue reconocido como líder entre sus compañeros fue Ramón Antonio Olivares (a) Rubén.

Un joven de unos veinte años, de apellido Debona, integrante del grupo y conocido con el seudónimo de Wladimir, se quedó en Cuba cuando el resto del grupo regresó. Antes de su partida,

Rubén ya había formado un pequeño grupo y en seguida hizo contacto con él. Posteriormente, Wladimir tomaría un papel relevante en los acontecimientos que se sucederían.

El grupo, al que Rubén había denominado "Punto 0" en honor a la escuela subversiva del mismo nombre, había realizado varios trabajos "económicos", para procurarse armas y dinero; ése fue el caso del asalto al depósito de la Cervecería Polar, en la ciudad de Valencia, donde obtuvieron 80.mil bolívares (\$20.000.00, aproximadamente).

El Nené salió de las sombras y se acercó a la camioneta estacionada en la avenida. Rubén, sentado en el asiento al lado del conductor, lo vio acercarse. Pensaba que la mitad de sus hombres, incluyendo al Nené, no habían recibido el entrenamiento adecuado para la operación que iban a realizar. Al aproximarse al vehículo, el Nené notó que su camisa blanca resaltaba en la oscuridad de la noche. Sin decir nada y dispuesto a todo, aceptó sus limitaciones. Su mente fría calculaba rápidamente las situaciones.

-¿Algún cambio? -preguntó sin saludar.

-No, todo está igual. Hace quince minutos pasé frente al cuartel.

-Bueno, entra al carro, iremos a avisar a los otros.

Al entrar a la camioneta, uno de los guerrilleros, sin decir palabra, le entregó una pistola 45. Se sentó, escuchando cómo el vehículo arrancaba, daba la vuelta y tomaba de nuevo la avenida principal en dirección contraria.

El cerebro alerta de Rubén captó inmediatamente la posibilidad de que cinco hombres en un carro resultarían sospechosos. Sin embargo, pensó, estamos en navidad y no es extraño ver un vehículo atestado de pasajeros. Observó la velocidad a la que se desplazaban y la encontró correcta. El conductor lucía sereno. Miró hacia atrás, no podía ver los rostros de sus hombres, pero podía sentir la tensión y el silencio en la oscuridad. Avanzó dos cuadras por una calle lateral. Todas las casas estaban cerradas y no se notaba actividad alguna. Los vehículos donde estaban los otros guerrilleros se encontraban aparcados y con las luces apagadas.

La camioneta siguió hasta el final de la avenida y dobló a la izquierda. Rubén ordenó al conductor que se estacionara como

a unos 50 metros. Se bajó y caminó hasta el otro vehículo. Miró la hora; era exactamente la 01:35. Aproximándose a la ventanilla delantera izquierda del carro estacionado, habló con sus ocupantes y dijo:

—Debemos esperar hasta las 02:00 para comenzar la operación, ya les avisaré.

Volvió a la camioneta y se sentó a esperar los 25 minutos que faltaban para las 02:00. Repasó mentalmente la operación. Le preocupaba no sólo la falta de entrenamiento de algunos de sus hombres, sino que toda la operación estaría basada en la información obtenida por el Nené. ¿Se le habría escapado algún detalle de importancia? ¿Estarían en realidad fuera del cuartel la mayor parte de los soldados? Estas y otras preguntas llegaban a su mente atropelladamente. Hacia esfuerzos para no dejarse llevar por la angustia y la inseguridad. Repasó cuidadosamente el plan y le pareció factible; de pronto, llegó la hora.

Ordenó al conductor que pusiera en marcha el vehículo, le recordó que debería ir despacio; pasó por delante de los vehículos estacionados e hizo señas para que lo siguieran. Conocía bien el camino, pues lo había recorrido varias veces, cuando estaba preparando la operación días antes.

Los carros, separados uno del otro como unos veinte metros, avanzaron y se estacionaron en el lugar previamente establecido, desde donde se divisaba el destacamento brillantemente iluminado. Desde allí, las barracas donde dormían los soldados ofrecían una buena vista. Las luces interiores estaban apagadas, indicando que los guardias ya dormían.

Los guerrilleros, con las armas en la mano, protegidos por la oscuridad, bajaron de los vehículos. Solamente quedó en su puesto el conductor de la camioneta. Se dividieron en dos grupos. Tres hombres se acercaron sigilosamente, bien pegados a la cerca de protección que marcaba el perímetro del destacamento. Su objetivo: dominar al guardia que cuidaba la puerta de entrada. El resto se dirigió a la parte posterior, donde abrirían un agujero, en la alambrada, con una cizalla.

El soldado de la puerta de entrada, de nombre Luis Felipe Durán, estaba somnoliento. El Fal (fusil automático ligero) le pesaba y lo había recostado en la pared. De repente, se encontró

encañonado por dos pistolas 45; rápidamente calculó sus posibilidades y vio que eran casi nulas, pero su instinto de soldado lo hizo tratar de levantar el rifle para enfrentar a sus atacantes. Estos no dispararon, pues sus órdenes eran dominar la posta de entrada haciendo el menor ruido posible. Se le abalanzaron y entablaron una lucha cuerpo a cuerpo con él. El soldado peleó bravamente pero los guerrilleros, después de golpearlo varias veces con sus armas, lograron dominarlo.

Mientras esto ocurría, el grupo que había ido por la parte posterior ya había abierto un gran agujero en la alambrada. Penetraron y, orientados por el Nené, se dirigieron hacia las barracas. El perímetro de las instalaciones estaba iluminado y no ofrecía ningún tipo de ocultamiento. Corrieron directamente hacia las barracas y llegaron sin ser vistos. El Nené mantenía su rostro cubierto con una capucha, pues temía que algún soldado lo reconociera. Al llegar a las barracas se detuvieron y ocuparon sus posiciones a ambos lados de la puerta del dormitorio. Rubén recordaba su entrenamiento en las escuelas cubanas: "La sorpresa desconcierta al enemigo, y esos segundos de desconcierto deben ser aprovechados, de ellos depende muchas veces el éxito o el fracaso de una misión". Recordaba al comandante Piñeiro (a) Barbarroja, cuando lo mandó a buscar con el capitán Almeida (a) Araña, poco antes de regresar a Venezuela.

-Rubén -le dijo- pronto regresarás y pondrás en ejecución todo lo que te hemos enseñado. No te daremos armas ni dinero, ambas cosas están en Venezuela. Te hemos instruido y entrenado para que te procures lo necesario. Toma el dinero y las armas de los ricos y poderosos que subyugan tu país. Organízate y demuestra que eres capaz... entonces recibirás nuestra ayuda para que se desarrollen y combatan.

Rubén sabía que el paso que estaba dando era decisivo para consolidar el movimiento Punto O. Ya tenían algún dinero y algunas armas, pero el armamento a capturar en este asalto no sólo les daría renombre, sino que los pondría en capacidad de organizar una guerrilla rural.

Las luces de la barraca estaban apagadas y en su interior no se escuchaba ningún ruido, como no fuera la respiración

acompañada de los soldados. Rubén tocó la puerta dos veces; los guerrilleros, a ambos lados de la puerta, mantenían sus armas listas para cualquier eventualidad. Unos segundos de espera. Cuando se disponía a tocar de nuevo se escuchó una voz, que desde el interior dijo: un momento, ya abro. El sargento Eufasio Echenique, quien se encontraba durmiendo con los soldados, pensó que era algún guardia que regresaba tarde de sus vacaciones. Sin sospechar nada, franqueó la puerta; de repente, se vio encañonado por la subametralladora de Rubén. Levantó los brazos y dio paso a varios guerrilleros que entraron rápidamente. Allí estaba el cabo Oscar Chacoa Ramos, quien resistió y recibió varios golpes, hasta ser dominado. Rubén preguntó al sargento por las llaves del depósito de las armas.

Mientras esto sucedía, el comando que tenía como misión tomar la puerta de entrada del destacamento, había tenido éxito. Una vez dominado el guardia de la puerta lo ataron, dejando un guerrillero armado con el Fal del guardia en la puerta; el resto, con el prisionero, se dirigieron hacia el interior del cuartel para encontrarse con Rubén y su comando.

Fuera del destacamento, como a unos 80 metros y protegida por la oscuridad, la camioneta Ford esperaba la señal convenida. El conductor mantenía la vista fija en la puerta de entrada. Estaba al tanto de los acontecimientos que se habían sucedido allí y sabía que la posta estaba dominada, pero no sabía nada de lo ocurrido en el interior. Habían pasado 9 minutos y no se había oído disparos, lo que era una buena señal. La tensión se hacía insoportable. Por fin, una linterna le hizo señales desde la puerta del destacamento; puso en marcha el vehículo y fue directamente hacia la entrada. Dos de sus compañeros le abrieron las grandes puertas de hierro, penetró al patio de las instalaciones y, orientado por los guerrilleros, llegó hasta el lugar donde se encontraban Rubén y sus hombres.

La situación estaba dominada; los comandos mantenían bajo control al soldado, al cabo y al sargento. Rubén preguntó al sargento si no había más personal en las instalaciones y éste respondió negativamente. El sargento comprendió que no tiene ninguna posibilidad de acción en contra de sus captores y optó por no poner ninguna resistencia; así salvaría la vida de sus

soldados y la suya propia. Ante la petición de Rubén, lo condujo al depósito donde se guardaba el armamento; abrió el depósito y operó el conmutador de la luz, quedando así iluminada la habitación. Descansando, sobre unos estantes de madera, había 12 fusiles M-14 (7.62 Nato); también había 15 subametralladoras Madsen, cajas de municiones 7.62 y 9 mm., una caja de granadas de fragmentación M-26, equipo militar de campaña, cantimploras, fornituras, etc. Rubén ordenó a la camioneta que, dando marcha atrás, se acercara a la puerta del depósito. Rápidamente trasladaron las armas, las granadas y varias cajas de municiones al vehículo. Todo fue cubierto con una lona. El conductor y cuatro guerrilleros, armados con subametralladoras, abordaron el vehículo, salieron del cuartel y se dirigieron hacia el lugar donde habían dejado el otro carro. Uno de los guerrilleros se bajó y se puso al volante del automóvil estacionado; la camioneta se detuvo y apagó las luces; el otro carro se dirigió al cuartel y penetró por la puerta principal, aún abierta.

Rubén y sus hombres habían amarrado al sargento y a cada uno de los soldados y los encerraron en la barraca, pasándole llave y candado.

Al llegar el Plymouth, lo abordaron y salieron de las instalaciones hacia donde estaba estacionada la camioneta y el Rambler. El Nené se bajó allí, se quitó la capucha utilizada para la operación y se fue caminando hacia su casa.

La camioneta salió despacio hacia la carretera, seguida por los dos vehículos que le daban protección. Como a un kilómetro, y para tomar la autopista que va de Caracas a Valencia, había una estación donde se pagaba peaje. Dos guardias nacionales revisaron los carros que pasaban por la estación. Al acercarse, Rubén advirtió a sus hombres:

—Quítenle el seguro a sus armas; si los guardias del cuartel ya se liberaron pueden haber llamado y avisado.

La camioneta llegó primero a la estación, todo estaba normal y los guardias estaban medio dormidos; no la revisaron. Inmediatamente después pasó el otro carro, sin ser revisado tampoco, y después el otro.

Los tres vehículos siguieron la carretera de unos 4 kilómetros que se cruza con la autopista; la carretera estaba desierta y no se notaba actividad alguna. Eran las 02:45 a. m.

Al llegar al cruce con la autopista, tomaron la bifurcación que conducía a la ciudad de Valencia. Los vehículos iban 50 metros separados unos del otro.

En el kilómetro 52, los esperaban dos guerrilleros en un vehículo Ford Fairlane, azul oscuro, modelo 69. Eran los hermanos Peña, hijos de un coronel del ejército. Hacía varios meses que se habían incorporado a Punto 0 y formaban parte de sus cuadros de acción.

Cuando llegaron, la camioneta y los dos carros, Rubén inmediatamente ordenó al comando que se desplegara para proteger la operación que se iba a realizar: rápidamente las armas y municiones fueron trasladadas al Ford, llenando el maletero y el asiento posterior.

Rubén, Wladimir y los hermanos Peña continuaron con el arsenal. Los demás miembros del comando, distribuidos en los tres carros, se dirigieron a una finca cercana para pasar el resto de la noche y regresar al día siguiente a Caracas.

Tres días antes del golpe, Rubén había contactado a un guerrillero apodado el Jorobado Brizuela. Este tenía un tío de nombre Apolinar Ceballos, que vivía en una pequeña finca como a unos 10 kilómetros de la autopista. Para llegar a ella había que tomar un camino de penetración y andar unos 10 kilómetros.

Dos días antes, Rubén y Brizuela, ayudados por su tío, habían cavado un agujero de metro y medio de largo por medio de ancho y dos de profundidad. Allí dejaron potes de grasa, cuerdas y varias bolsas de nylon grueso; todo lo necesario para enterrar las armas y preservarlas por un tiempo.

El Ford tomó el camino de penetración hacia la finca de Apolinar, rodó diez kilómetros y se desvió, llegando a la casa. Eran cerca de las 03:30 de la madrugada cuando tocaron la puerta del campesino.

Entre los cuatro transportaron las armas y municiones hasta el agujero cavado previamente. De la casa al sitio de enterramiento había unos 200 metros de terreno escarpado. Lo que más pesaba eran las cajas de municiones y las granadas; en varios viajes lo trasladaron todo.

Rubén y Wladimir habían aprendido en Cuba cómo enterrar y preservar armas y municiones. Todo, excepto 12 subametralladoras, fue preservado y embalado. Después colocaron varias tablas encima y cubrieron con tierra y ramas. Era la época de sequía; no llovería hasta finales de abril. Para esa fecha ya habrían sacado las armas y las habrían transportado a las montañas para el frente de la guerrilla rural.

Las subametralladoras pasarían a manos de un guerrillero llamado Rafael Guzmán Grim (a) Roberto, para reforzar la guerrilla urbana.

Era la madrugada del 5 de enero de 1972. Punto O tenía en su poder las armas necesarias para abrir un frente guerrillero rural y reforzar su grupo urbano.

4

Punto 0 recluta a un funcionario de la DISIP

Federico y Rafael Bottini andaban siempre con Rubén. Los tres, junto con Brenda, vivían en un pequeño apartamento, en un edificio, de la Urbanización El Marqués, al este de Caracas. El apartamento tenía dos habitaciones. Un cuarto lo ocupaban Rubén y Brenda, el otro Federico y Rafael.

Federico era buscado por la policía por su participación en el secuestro de las hijas de un conocido animador de televisión, llamado Reni Ottolina, en el que se pagó un rescate de 750.000.00 bolívares (unos \$ 350.000.00). Federico tenía algún dinero y estaba sufragando los gastos.

Rubén tenía planificado un asalto a una cervecería en Valencia y estaba ultimando los detalles para su ejecución.

Federico tenía un amigo en la DISIP. Un funcionario de nombre Régulo Calzadilla Carballo, quien trabajaba en la Policía de Seguridad del Estado desde hacía varios años. En ese tiempo ocupaba un cargo en la Jefatura de Cuartel. Trabajaba en una pequeña oficina situada a la derecha, como a seis o siete metros de la entrada. Los funcionarios de la Jefatura de Cuartel

se encargaban de la seguridad del edificio y llevaban control sobre la entrada de los visitantes.

Calzadilla era un funcionario de baja jerarquía y vivía con su concubina en un barrio pobre del oeste de Caracas. No tenían hijos.

Federico conocía a Calzadilla desde hacía varios años. Lo visitaba en su casa y gradualmente comenzó a reclutarlo. Le presentó a Rubén y le propuso un plan. Calzadilla se comprometió a conseguirle credenciales de la DISIP. Ellos le regalaron algún dinero y le explicaron que estaban formando una organización invitándolo a pertenecer a ella. Calzadilla los mantendría al tanto de cualquier movimiento, operación o cualquier otro tipo de información que obtuviera y que pudiera ser de utilidad para la organización.

Mientras tanto, compraron un Ford Fairlane modelo 67 de color gris. Este tipo de vehículo era usado por la DIGEPOL (Dirección General de Policía) nombre que tenía anteriormente la DISIP. La ciudadanía, cuando veía un carro con esas características, creía que era de la policía.

Calzadilla no tenía acceso a la oficina donde expedían las credenciales; sin embargo, consiguió unas credenciales en blanco del antiguo Cuerpo, DIGEPOL que, aunque no estaban vigentes, servían como identificación para hacerse pasar por funcionario de la DISIP con cualquier autoridad excepto, desde luego, con la misma DISIP que conocía las nuevas credenciales.

Rubén y los Bottini circulaban tranquilamente por la ciudad. Llevaban dos subametralladoras que no se molestaban en ocultar, pues la vista de las armas reforzaba más su cubierta de funcionarios de policía. Cualquiera que los veía no podía menos que pensar que eran de un cuerpo policial. Por otro lado, tenían listo el armamento para cualquier eventualidad.

Se descubre la infiltración

Federico Bottini perdió su carnet. Se le cayó en la calle y un ciudadano lo encontró y lo recogió. Decidió llevarlo a la sede de la DISIP en los Chaguaramos, pensando que pertenecía a un funcionario del cuerpo.

Calzadilla no estaba de guardia ese día. El ciudadano entregó las credenciales en la oficina de Jefatura de Cuartel y de aquí la enviaron al comisario Rafael Guzmán, jefe de esa división. El comisario reconoció de inmediato a Bottini y llevó las credenciales al director. Al momento se dieron cuenta que eran viejas credenciales de la DIGEPOL, pero también reconocieron los sellos de goma que decía Dirección de los Servicios de Inteligencia y Prevención, y sospecharon que habían sido sellado con un sello de la Jefatura de Cuartel. Trajeron los sellos de goma de esa oficina y, con lentes de aumento, hicieron las comparaciones. Inmediatamente se dieron cuenta de que los sellos eran idénticos.

El director reunió a los jefes de divisiones y les explicó todo lo acontecido. El comisario Guzmán se puso a cargo de un gran operativo para detener a todos los funcionarios que trabajaban en la Jefatura de Cuartel. Sin decir nada, se situaron guardias armados en la puerta que no dejarían abandonar el edificio a ningún funcionario de esa división. Al siguiente día, según fueran llegando los funcionarios de relevo, serían detenidos. Se organizó también un grupo para interrogar a cada uno de los detenidos.

En el primer interrogatorio, Calzadilla entró en contradicciones, se "quebró" y contó todo lo sucedido. También manifestó su deseo de cooperar.

5

La DISIP recupera las armas

11 de febrero de 1972

Wladimir, el joven venezolano que había recibido adiestramiento en las escuelas de subversión, durante su estancia en Cuba se enamoró y se casó con una cubana. Desde su estatus de "invitado" del gobierno cubano, pudo apreciar de cerca el "Paraíso Fidelista". La libreta de racionamiento, las colas para adquirir ropa y alimentos, los comités de vigilancia y todos los controles que configuran la vida del cubano, fueron experiencias que lo hicieron desencantarse poco a poco de la revolución. Todo este sistema de vida, comparado con la libertad que había dejado en Venezuela, lo llevaron a pensar que quizás se había equivocado en su lucha por implantar un régimen similar en su país.

Llegó el día de la partida y del regreso a su país. Su mujer le acompañó al aeropuerto. La promesa del pronto regreso se contradijo con su pensamiento. Nunca regresaría a Cuba, no quería vivir como vivían los cubanos. Trataría de llevar a su mujer a Venezuela. Pero primero estaba el deber contraído.

Lucharía junto con sus compañeros para derrocar el gobierno de su país, pero ¿para implantar qué? ¿un sistema estilo cubano?

A los pocos días, Rubén lo visitó en su casa. Le expuso sus planes y le habló con el entusiasmo de un revolucionario convencido. Wladimir le dice que ya no cree en el marxismo. Rubén lo rebate, le discute y, por fin, llegan a un acuerdo. Wladimir lo ayudará a organizarse y después se retirará.

Comienzan las "operaciones económicas", atracos y asaltos para recabar fondos. A los pocos meses se da la primera operación de importancia: el asalto al depósito de Cerveza Polar, en la ciudad de Valencia.

Ya están organizados, ya tienen armas, dinero y vehículos; ya se empieza a hablar de Punto O, después del asalto al destacamento de la Guardia Nacional en Ocumare del Tuy. Aquí el botín de guerra es cuantioso.

El general Gustavo Pardi Dávila, director de la Dirección de Inteligencia Militar (DIM), utiliza todos sus efectivos para la investigación. También se movilizó la DISIP. El comisario Nieves Zarco y yo nos apersonamos en el lugar de los hechos y comenzamos las investigaciones. Detuvimos al soldado que estaba de posta en la puerta y lo sometimos a interrogatorio.

Comenzó una lucha de poderes entre el DIM y la DISIP. El general Pardi Dávila obtuvo el permiso para realizar la investigación del propio Presidente de la República, Dr. Rafael Caldera. El Dr. Remberto Uzcátegui, director de la DISIP, ordenó a sus comisarios apartarse de la investigación y nos prohibió terminantemente mezclarnos con los trabajos que realizaba la DIM. Pero no nos prohibió trabajar sobre el nuevo grupo subversivo llamado Punto O. En ese momento nadie relacionó a Punto O con el asalto.

El día 6 de febrero, estando en mi despacho, recibí una llamada del comisario Cristóbal. Un confidente suyo le dio la dirección donde podía ser localizado un guerrillero de Punto O.

Decidimos allanar la casa esa misma noche, a las 2 a. m., después de una larga espera y de haber enviado a nuestros funcionarios a revisar la dirección y a familiarizarse con el área. Llegó el momento del allanamiento. Una casa humilde, encima

de un cerro. Rodeamos la casa, cada uno de nosotros portaba subametralladoras y escopetas. Cristóbal y yo llamamos a la puerta. A los pocos minutos, una voz de mujer:

-¿Quién es?

-Abra, señora, es la policía. La casa está completamente rodeada.

Silencio. A los pocos minutos volvemos a llamar, con las armas listas para cualquier eventualidad. Una señora de unos 45 años nos abre. Preguntamos por un joven a quien llaman Wladimir y se nos presentó un joven alto, delgado y bien parecido; nos dijo que él era el único hombre de la casa, pero que no se llamaba Wladimir. Lo esposamos y lo llevamos a la patrulla. Los funcionarios registran la casa buscando armas o papeles comprometedores. Nada se encuentra.

Trasladamos al detenido a las oficinas y comenzamos a interrogarlo, sería una larga noche. Cristóbal y yo nos turnamos.

-¿Nombre y apellido?

-Saúl Debona.

-¿Lugar y fecha de nacimiento?

-16 de febrero de 1951, en Caracas.

-¿Dónde cursaste estudios?

-En el Liceo "Andrés Bello".

-¿Has estado detenido alguna vez?

-No, ninguna.

-¿Has pertenecido a alguna organización de izquierda?

-No, a ninguna.

-¿Dónde trabajas?

-No tengo trabajo fijo.

-Llevas buena ropa y zapatos, ¿dónde los compraste?

-No recuerdo.

-¿Quién te dio el dinero para comprarlas?

-Unos trabajos que hice en Valencia.

-¿Para quién trabajaste?

-No recuerdo el nombre del que me contrató.

-¿Qué clase de trabajo hiciste?

-Albañilería.

-¿Dónde?

-No recuerdo.

-¿Recuerdas la dirección y el nombre de alguno de los que trabajaron contigo?

-Recuerdo algunos nombres: Raúl, Pedro; pero no sé dónde localizarlos.

-Dime ¿qué hiciste en los tres últimos días, lugares que frecuentaste, personas con quienes te relacionaste?

A medida que se prolongaba el interrogatorio, nos dábamos cuenta que teníamos al hombre indicado. Preguntas directas, respuestas evasivas.

A las 8 de la mañana lo enviamos de nuevo a su celda y nos fuimos a descansar. Yo me quedé durmiendo en mi habitación de la DISIP.

A las 12 del mediodía me despertaron; el prisionero quería hablar con nosotros. Tomé un baño, me rasuré, pedí a mi secretaria que me trajera una taza de café negro sin azúcar, bebí el café y luego bajé a la oficina de Cristóbal. Un piso más abajo estaban los calabozos, unas pequeñas celdas mal iluminadas, donde los detenidos permanecen mientras se les interroga y se decide si serán enviados o no a "Justicia Militar". Según las leyes venezolanas, teníamos ocho días para acumular pruebas y levantar un expediente. Si las pruebas acumuladas eran, a juicio nuestro y del consultor jurídico, en aquel tiempo el Dr. Oswaldo Domínguez, suficientes y convincentes, el detenido y el expediente pasaban a manos de la jurisdicción militar, la que consideraba si se debía o no seguir un juicio militar.

Ordené que me trajeran al prisionero; inmediatamente él reconoció que era Wladimir, querrillero de Punto O. Me propuso un trato. Mandé a llamar a Cristóbal. Wladimir empezó a hablar. Una grabadora Uher, con cinta de ocho horas de duración, recogió su confesión. Cuando llegó Cristóbal, ya tenía más de dos horas de estar hablando. Contó su viaje a Cuba, sus contactos con Rubén y con su lugarteniente el Loco Bottini; los vehículos y armamentos que poseían, las operaciones que habían realizado y, lo más importante, su participación en el asalto al destacamento de la Guardia Nacional en Ocumare del Tuy, y en el posterior enterramiento de las armas. También nos dijo que estaba desencantado de la lucha y de las actividades

que estaba desarrollando. Ofreció trabajar para nosotros de agente doble.

Cristóbal y yo cambiamos impresiones y decidimos que podíamos correr el riesgo de utilizarlo. Sabíamos que tenía experiencia y conocimiento adquirido en Cuba.

Nos entrevistamos con el director Remberto Uzcátegui, le entregamos la cinta grabada y pedimos su autorización para aceptar la propuesta de Wladimir. Oyó la cinta que tenía más de seis horas de grabación. En ella se demostró una vez más la intervención de Cuba en los asuntos venezolanos. Accedió a nuestra petición y esa misma tarde llevó la cinta ante el Ministro del Interior, Dr. Lorenzo Fernández, quien a su vez la llevó al Presidente de la República, Dr. Rafael Caldera.

Antes de dejar regresar a Wladimir a su casa, le exigimos que nos diera la ubicación de los guerrilleros de Punto O. Esa misma noche nos señaló la casa de habitación de Luis Palma (a) El Maute, entrenado en Cuba; de los hermanos Peña, de un guerrillero a quien conoce como Horacio, entrenado en Cuba; de otro apodado Saúl. Sabía que El Nené se llamaba Gilberto Hernández y que vivía en Ocumare del Tuy. No conocía la dirección de Rubén y el Loco Bottini, quienes jamás lo habían llevado a sus casas de seguridad o "conchas"; cuando hacían contacto con él, se aparecían en su casa, siempre a altas horas de la noche.

Lo dejamos ir, esperando que Rubén hiciera contacto con él y nos diera su ubicación para capturarlo. Wladimir comenzó de nuevo a hacer su vida normal. Nadie, excepto su hermana y su madre, sabían que había sido detenido.

El día 10 por la mañana se celebró una reunión en la DISIP para analizar los pasos a seguir en relación a Wladimir. A la reunión asistieron los comisarios Cristóbal, Nieves Zarco, Martínez Guerra y yo. Decidimos que Cristóbal establecería contacto con Wladimir. Resolvimos tratar de recuperar las armas y detener a los guerrilleros que teníamos ubicados. El comisario Nieves Zarco y yo, auxiliados por el inspector jefe Camilo Cusatti, nos trasladaríamos con Wladimir al sitio donde estaban enterradas las armas. Cristóbal y Martínez Guerra pre-

pararían un operativo de captura para detener a los guerrilleros ubicados.

La madrugada del 11 de febrero, una comisión formada por el comisario Nieves Zarco y por mí, llevando unos diez funcionarios fuertemente armados, nos dirigimos hacia la zona donde, según Wladimir, estaban enterradas las armas. Nos dirigía el propio Wladimir. Mientras partíamos, varias comisiones dirigidas por el comisario Martínez Guerra, salían a distintos sitios de la ciudad de Caracas para capturar a los guerrilleros de Punto O, señalados y ubicados por Wladimir.

Nuestra comisión tomó la autopista Caracas-Valencia; al pasar por el kilómetro 52, Wladimir señaló el lugar donde se había hecho el transbordo de las armas de la camioneta al carro de los hermanos Peña. De aquí los carros siguieron unos cuantos kilómetros, hasta encontrar un desvío en la autopista que nos conducía a la carretera de tierra. Estaba amaneciendo cuando llegamos a la carretera. Wladimir lo recordaba todo hasta allí.

Avanzamos unos 10 kilómetros y no aparecía el desvío para llegar a la finca donde habían enterrado las armas. Por cinco horas recorrimos la carretera de arriba a abajo sin encontrar el desvío. El sol y el polvo nos tenían agotados, y empezábamos a perder la confianza en Wladimir. Ordené a los funcionarios que no se apartaran de él ni un segundo y que lo mantuvieran bajo estrecha vigilancia.

Decidimos ir hasta Valencia para almorzar y tomar un descanso. Fuimos hasta la delegación de la DISIP, donde nos recibió el jefe de la zona, subcomisario Ramírez. Cambiamos impresiones y elaboramos un plan de acción para seguir la búsqueda. Ese mismo día, a la una de la tarde, después de almorzar y refrescarnos un poco en la oficina del subcomisionado Ramírez, salimos de nuevo; esta vez divididos en varios grupos y auxiliados por unos diez funcionarios de la delegación de Valencia.

Wladimir explicó para todos cómo era el desvío que conducía a la finca donde estaba el enterramiento. El desvío era angosto, apenas cabía un vehículo. A unos 100 metros de la entrada y como a 200 metros de la casa que buscábamos y

había una pequeña quebrada que ofrecía dificultad para cruzarla con los carros.

Los funcionarios, tres en cada vehículo, revisarían todos los desvíos de la carretera, desde el kilómetro 7 hasta el kilómetro 14. La búsqueda se prolongaría mientras hubiera visibilidad suficiente. Wladimir iría en el vehículo del Inspector Cusatti.

Los campesinos de la zona veían pasar en ambos sentido los carros con hombres armados en su interior, sin saber lo que estaba ocurriendo.

A las cuatro de la tarde todavía no habíamos encontrado nada. El calor era muy intenso y el polvo se hacía insoportable.

Wladimir le dijo al Inspector Cusatti que detuviera el vehículo; éste lo hizo sin mucha esperanza, pues ya se habían detenido y revisado desvíos del camino muchísimas veces.

Wladimir le dijo:

—Inspector, usted sabe que era de noche cuando trajimos las armas y yo no podía ver bien el sitio. Pero creo reconocer esta entrada; por favor, entre por aquí y avancemos unos 100 metros; Cusatti hizo señas a sus funcionarios para que estén alerta y desvió el vehículo por la pequeña entrada. Como a 100 metros descubrieron la quebrada. Wladimir estaba seguro de que era el camino correcto. Cusatti ordenó salir del auto y continuar a pie hasta encontrar la casa; avanzaron cautelosamente por los lados del camino, tratando de no ser vistos. Las armas listas para entrar en acción si era necesario. Después de avanzar unos 150 metros se vio la casa; era una pequeña construcción tipo campesino. Observaron durante corto tiempo y notaron actividad. Wladimir estaba seguro de que era la vivienda de Apolinar Ceballos, el campesino que les ayudó a enterrar las armas. Le dijo a Cusatti que tomara algunas precauciones: “Pueden haber algunos guerrilleros en la casa, yo sé que allí se enconchaba El Jorobado Brizuela”.

Cusatti se retiró, llegó hasta el vehículo y dio marcha atrás hasta llegar a la carretera; allí se estacionaron y detuvieron a los carros de los funcionarios que pasaban. En cada carro iban tres hombres, lo que hacía un total de ocho hombres armados, descontando a Wladimir que no estaba armado.

Ocultaron los vehículos y dejaron un hombre en la carretera para que avisara a los demás carros y a las otras comisiones que pasaran. Avanzaron hasta la casa y rápidamente la rodearon. La puerta de la vivienda estaba abierta y por ella penetraron los funcionarios armados de subametralladoras, prestos a disparar. No habían guerrilleros; solamente Apolinar Ceballos descansando, en una hamaca, dos niños pequeños y una señora como de unos 40 años eran los únicos habitantes de la casa.

Sacaron a Apolinar y comenzaron a interrogarlo auxiliados por Wladimir. No tardó en “quebrarse” y condujo a los funcionarios hasta el lugar del entierro. Inmediatamente, como a unos 200 metros de la casa, Wladimir reconoció el sitio. Con un pico y dos palas que había en uno de los carros, comenzaron a excavar; un metro y medio de tierra, después unas tablas y debajo, los bultos envueltos en nylon. Allí estaban los fusiles M-14, las subametralladoras Madsen, las granadas y las municiones, que eran más de 5.000 cartuchos 7.62 Nato y equipo militar variado.

En Caracas, la madrugada de ese día había sido fructífera. En un operativo de captura a cargo del comisario Luis Martínez Guerra, habían sido detenidos los guerrilleros Orlando José Palma (a) El Maute, José Rafael Zamora (a) Saúl y los dos hermanos Peña. En el sitio del entierro, una finca situada entre las poblaciones de Canderios y Manaure, Municipio Negro Primero, Distrito Valencia, Estado Carabobo, fue detenido el campesino colaborador Apolinar Ceballos (a) El Viejo y, en Ocumare del Tuy, se detuvo a Gilberto Hernández (a) El Nené.

Días antes se habían recuperado los vehículos utilizados por los guerrilleros que fueron abandonados después del asalto. La Ranchera Ford apareció en la Autopista Coche Tejerías, el Hillman a 5 kilómetros de Quebrada Seca y el Plymouth, cerca de Ocumare del Tuy.

Después de la recuperación de las armas y de la detención de varios de sus efectivos, Punto O recibió un duro golpe; pero su jefe Rubén y su lugarteniente, el Loco Bottini, no habían sido capturados. Sabíamos que se reorganizarían, planearían e intentarían nuevos golpes.

6

Se forma el Comité de Integración Revolucionaria (CIR) y surge un nuevo proyecto: el secuestro de Carlos Domínguez

Febrero de 1972

Maracaibo es la capital de la industria petrolera, la segunda ciudad de Venezuela, situada como a 400 millas de Caracas. Bandera Roja había planeado y tratado de ejecutar un secuestro en esa ciudad: su objetivo, Samuel Beloso, uno de los hombres más ricos del país.

La operación se trató de realizar utilizando efectivos de BR y algunos guerrilleros del FALN. Era la primera misión que intentaban las dos organizaciones coordinadamente. La operación fracasó y los guerrilleros regresaron a Caracas.

Cuidadosamente se planificó una reunión entre Douglas Bravo y Carlos Betancourt (a) Gerónimo. La casa la proporcionó el FALN en la urbanización El Cementerio. Se tomaron medidas de extrema seguridad.

A la reunión asistieron por BR: Gerónimo, Otilio y un guerrillero a quien llamaban El Motilón. Por el PRV-FALN: Douglas Bravo, Ali Rodríguez y El Catire Larralde.

Discutieron ampliamente sobre la integración de las dos organizaciones en el CIR y aprobaron realizar varias operaciones coordinadas. Se analizó el fracaso de la operación de Maracaibo.

Bandera Roja tenía un nuevo proyecto: el secuestro del industrial Carlos Domínguez Chávez, hombre de negocios con fábricas de envases de metal y conocido como el “Rey de la Hojalata”. Tenía 70 años y salía siempre solo, conduciendo su propio vehículo; frecuentemente visitaba a sus amistades en horas de la noche, lo que lo hacía un blanco fácil para la operación propuesta.

Los miembros del CIR se pusieron de acuerdo y encargaron a Otilio la planificación del secuestro. Empezaría la vigilancia de Domínguez para observar y establecer su rutina.

Los demás pormenores los discutirían Otilio por BR y Ali Rodríguez por el FALN; en futuros contactos serán los hombres encargados por sus organizaciones para planificar y ejecutar la operación.

Seguimiento y vigilancia de Carlos Domínguez

Para el seguimiento de Domínguez, Otilio responsabilizó a Raúl, un combatiente veterano de nombre Pedro Vélez Acuña. Desde muy temprana edad comenzó su vida como guerrillero; a los dieciséis años, en su pueblo natal, mató a sus dos primeros policías. Experto en operaciones urbanas, vivía en Caracas desde hacía más de un año. Hacía vida marital con una conocida guerrillera, Emperatriz Cordero Guzmán (a) Sonia. Ella había estado largo tiempo en la montaña con el Frente “Antonio José de Sucre”, en el Oriente del país. Participó en varias emboscadas y acciones contra las fuerzas armadas. Se había enamorado de Raúl y compartían un apartamento de una habitación en un edificio situado en la avenida principal de la urbanización El Llanito, en el Este de la ciudad.

Otilio había dado a Raúl la dirección de Domínguez, la quinta Anácar, en la urbanización El Paraíso, cruce con avenida Páez y Washington. También le entregó una foto y sus señas fisonómicas: 1.70 de estatura, piel blanca, contextura normal,

cabello blanco y escaso, edad aproximada 70 años, conduce un Cadillac azul, modelo reciente.

Con todos estos datos Raúl organizó la operación de seguimiento. Haría contacto con el Ciego Montilla, guerrillero recién reclutado y de poca experiencia; este sería su primer trabajo de importancia. Se reunió con Sonia en una cafetería de la urbanización La California Norte. Allí Raúl encargó a Sonia y al Ciego, la vigilancia de Domínguez.

Previamente a esta reunión, Raúl había revisado la residencia de Domínguez y sus alrededores. Frente a la quinta Anácar había un pequeño parque, desde donde se observaban todas las actividades de la vivienda.

La mañana siguiente a la reunión, a las 07:00 a. m., Raúl conduciendo un Fiat 2300, color rojo oscuro, con Sonia a su lado, recogieron al Ciego Montilla y se dirigieron al sitio de la vigilancia; Raúl permaneció en el carro. Sonia y El Ciego se bajaron y se sentaron en un banco del parque, desde donde podrían observar la casa. A las 8:30 a. m., salió Domínguez conduciendo su Cadillac azul; tomó la avenida principal de El Paraíso, llegando a su oficina de trabajo. Durante todo el trayecto los guerrilleros lo vigilaron a una distancia prudencial. Domínguez conducía despacio y era fácil seguirlo. Cuando llegó a la oficina, Raúl buscó un lugar donde estacionarse y montar la vigilancia sin parecer sospechosos. Domínguez regresó a su casa a las 12:00 m. y volvió a salir de ella a las 2:30 p. m.; regresó a su oficina, de donde salió a las 5:00 p. m. para su casa.

Así se mantuvo la vigilancia, de lunes a viernes, durante tres semanas. Ni un solo día varió la rutina. Solamente una vez, en el camino al trabajo, detuvo su carro en una farmacia. Sonia se bajó del Fiat y saliendo Domínguez, penetró en el local; compró unas aspirinas y, con suma habilidad, y sin levantar sospechas, entabló conversación con el empleado, enterándose de las medicinas que compró Domínguez. Es así como se supo que padecía de una enfermedad coronaria y de los medicamentos que tenía prescritos.

Después de un tiempo cambiaron las horas de vigilancia. Ahora lo vigilaban por la tarde y por la noche. Raúl había incorporado a la vigilancia a Marco Antonio Ludeña (a) Segun-

do, un joven de 1.90 de estatura, de 24 años, quien hacía poco tiempo se había incorporado a la Unidad. No tenía experiencia y Raúl lo inició y adiestró. Era buen conductor de motocicletas y tenía una moto Yamaha 350.

Durante varias semanas, Domínguez fue vigilado; salía, generalmente, entre las 6:30 y 7:00 p. m., de la casa. Todas las noches visitaba viejas amistades. Su primera visita era siempre a casa de una "amiga", situada en el callejón Monteverde con calle Miranda, a pocas cuadras de su residencia. La visita a esta casa era diaria. Allí permanecía siempre como una hora, y luego salía a visitar otras amistades. Durante la vigilancia, los guerrilleros iban estableciendo la rutina de la víctima. Siempre la misma, siempre a la misma hora. En los meses siguientes, Raúl, Sonia, El Ciego y Segundo habían aprendido muchas cosas de su vigilado. Lo veían visitar ocasionalmente una casa de venta de discos en Chacaito, llamada Don Disco; allí compraba discos, se le aproximaron y vieron los títulos que compraba. Así supieron que Domínguez era fanático de la música clásica ligera. Conocieron sus relaciones, amistades, ubicaron a sus amigos más íntimos y anotaron cuidadosamente su dirección. Semanalmente, Raúl informó por escrito, haciendo un reporte de las actividades de su "objetivo". Los informes fueron analizados por Otilio. Poco a poco se conformó un perfil de amistades, costumbres, lugares que visitaba, etc. El conocimiento de todos estos datos ayudaría a Otilio a elaborar el plan del secuestro. Era tal el profesionalismo con el que ejecutaban la misión, que ni una sola vez fueron detectados por Domínguez.

Construcción del sitio de reclusión: la baticueva

Marzo y abril de 1972

Mientras la vigilancia progresaba, Otilio se dió cuenta de que no se había equivocado en la elección del objetivo.

Se reunió de nuevo con los guerrilleros del PRV-FALN y decidieron seguir adelante con el plan del secuestro.

Ahora deberían procurarse un buen lugar para la reclusión de la víctima mientras permaneciera secuestrada.

Otilio encargó de la búsqueda del sitio adecuado a un viejo guerrillero llamado Erebo de Jesús Ruiz (a) Track, constructor de obras. Militaba desde hacía varios años con los grupos subversivos, pero nunca había sido detectado y no se le buscaba. Trabajaba haciendo labores de construcción con un camión de volteo Fargo. Su zona de operaciones era el poblado de Los Teques, a unos 40 kilómetros de Caracas, en la carretera Panamericana. Allí lo conocía mucha gente. Alto, delgado, con un fino bigote, siempre vistiendo ropa de trabajador y siempre trabajando, nada lo hacía sospechoso.

Otilio se reunió con Track y le dijo lo que quería: una pequeña vivienda, preferentemente comprada, para poder hacerle las adaptaciones necesarias para internar a una persona que permanecería secuestrada por tiempo indefinido.

Inmediatamente Track se puso a la búsqueda del inmueble. Corría la primera quincena del mes de abril.

Una semana después, encontró una pequeña casa en malas condiciones que necesitaba reparación y que le pareció adecuada. Estaba situada en el caserío El Trabuco, como a unos 7 u 8 kilómetros del poblado Los Teques. La casa era de tipo campesino, alargada y distribuida de la siguiente forma: una sala, inmediatamente después dos cuartos, el comedor y la cocina al final de la vivienda. La cocina tenía salida a un pequeño patio de tierra, donde estaba una ducha y un servicio sanitario. Estaba ubicada en una pequeña loma, que la situaba por encima de las demás casas. A su derecha, como a unos 6 ó 7 metros, pasaba la carretera Panamericana, que en ese tramo sube en pendiente pronunciada. A la izquierda pasaba la única carretera pavimentada del caserío El Trabuco. También en frente, más abajo y dando al fondo de la casa, se podía ver una pequeña bodega, donde los pocos habitantes del poblado hacían sus compras.

Track sabía que la casa estaba en venta, se interesó y se informó del precio y de todos los pormenores. Se reunió y habló con Otilio y, entre ambos, prepararon la operación de compra del inmueble.

Rubén Ricardi (a) Alcides, un guerrillero rural, oriundo de La Morrocoya, Estado Monagas, hacía tiempo que estaba

siendo buscado por las autoridades. Su hermano, guerrillero también, fue muerto en un encuentro con la fuerza pública. Alcides vivía con su mujer, que estaba en avanzado estado de gestación, en el campo, donde realizaba labores agrícolas. Era utilizado esporádicamente por la organización. Bajo de estatura, de escasa instrucción, pero de clara inteligencia, había sobrevivido, participando en varias acciones. Era hombre de confianza de Otilio, quien lo conocía desde hacía varios años.

Otilio realizó los contactos y le envió dinero para que se trasladara a Caracas. Llegó en autobús a la terminal del Nuevo Circo, donde lo esperó Argenis Betancourt (a) Florindo, hermano de Carlos Betancourt que le proporcionaría alojamiento. Al día siguiente se entrevistó con Otilio, quien le explicó lo que debía hacer. Lo puso en contacto con Track, que estaba encargado de la compra de la casa.

Se le proporcionó una cédula de identidad falsa. La compra se realizó sin ninguna dificultad y pagaron 4 mil bolívares por la casa (unos dos mil dólares).

Alcides se trasladó de nuevo a su casa de La Morrocoya, recogió sus pertenencias y regresó con su mujer; inmediatamente ocuparon la vivienda que acababan de comprar. El tipo, las vestimentas y todo lo que se relaciona con la pareja, no desentonaba con el ambiente del lugar.

Rápidamente Alcides y su mujer se mezclaron con la pequeña población rural de la zona y pasaron desapercibidos, como una pareja más. Compraban en la bodega, pero siempre limitando sus compras a pequeñas cantidades para no levantar ninguna sospecha.

A los pocos días de estar establecidos, llegó Track en su camión Fargo, con dos obreros y comenzaron a construir una pequeña obra en el inmueble. Nada era sospechoso en el ambiente que rodeaba la operación. Track era conocido constructor y los habitantes de la zona estaban acostumbrados a verlo trabajar construyendo pequeñas obras. Tampoco despertaba sospechas cuando compraba en Los Teques: cemento, arena, ladrillos, clavos, láminas de zinc, un lavamanos, un inodoro, malla, alambre, dos extractores de aire y demás materiales de construcción, trasladándolos en su camión. Era muy conocido entre los vendedores de materiales.

Los obreros no eran otros que Otilio y el guerrillero Ali, de las FALN. Ellos, junto con Alcides y Track, pondrían la mano de obra para la construcción del sitio de reclusión del secuestrado.

La obra comenzó de inmediato. Track adquirió los materiales en Los Teques y los trasladaba en su camión, descargándolos en el patio de la casa. Alcides le sirvió de ayudante. En tres o cuatro viajes todo el material fue transportado y comenzó la construcción.

Empezaron por levantar una pared de ladrillos que dividía en dos el comedor y habilitaba para construir una pequeña habitación de unos 3 x 3 metros. Allí instalaron el lavamanos, la poceta o inodoro, los dos extractores de aire y se construyó un pequeño túnel que salía a la parte oeste de la Panamericana y que se usaría como vía de escape en caso de ser detectados por la policía.

Los obreros no tenían experiencia en este tipo de trabajo y la obra se desarrollaba lentamente. Comenzaban todos los días a las siete de la mañana. A las doce, almorzaban; la mujer de Alcides les preparaba los alimentos; un breve descanso y continuaban trabajando hasta las cinco de la tarde. A esa hora, Otilio y Ali regresaban a Los Teques en el camión de Track, donde tomaban un carro que dejaban allí y volvían a Caracas.

En pocos días el trabajo quedó terminado; la pared separaba el espacio del resto de la casa. Dejaron una abertura de 80 x 80 cms., que servía de comunicación y de entrada a la habitación construida. La pared quedó frisada y pintada; la abertura, situada a un metro de altura, era cubierta por un mueble; dentro del espacio que ellos llamaron "la baticueva", habían introducido, antes de hacer la pared, una cama de hierro individual, pequeña, con su colchón, dos literas, una mesa con tres sillas y habían separado un espacio de un metro de ancho con una rejilla de acero. Allí guardaban las armas, 5 AK-47, que habían traído de Cuba hacía unos cinco años, cuando el grupo de guerrilleros cubanos y venezolanos desembarcaron en Venezuela.

El resto de la baticueva estaba distribuido de la siguiente forma: adyacente a la cama, el lavamanos y la poceta; una cortina de nylon dividía en dos el espacio, aislando la mesa con

las sillas del resto de la baticueva. En ese pequeño sector estaba instalado un panel con dos luces que establecía un sistema de comunicaciones con el resto de la casa. Las luces de colores (blanca y roja) servían para comunicarse de adentro hacia afuera y viceversa, indicando cuando solicitaban alimentos, alguna comunicación verbal, etc. En caso de peligro, la baticueva se iluminaría de rojo para alertar a los guerrilleros. Las luces estaban conectadas de tal forma que, al encender la luz de la cocina, se activaba la luz roja y, al encenderse la luz de la sala, se activaba la luz blanca. Dos extractores purificaban el aire de la habitación.

En el exterior de la casa había un excusado y un pequeño baño con su ducha para ser utilizado por Alcides y su mujer. En el patio de la casa, gallinas y conejos completaban el aspecto de vivienda humilde de tipo rural, muy parecida a las casas tipo campesino que se encontraban en el barrio El Trabuco.

Poco a poco, sin despertar sospechas, fueron llevando alimentos secos que almacenaron en la cocina y que les permitían tener reservas para varios días. Sin embargo, para no resultar sospechoso, Alcides realizaba pequeñas compras en la bodega de la esquina, como lo hacían los habitantes de la zona.

Muerte del guerrillero Honorio José Navarro (a) Colina

14 de marzo de 1973

Las actividades de Honorio José Navarro (a) Colina se desarrollaron con la guerrilla rural de la FALN, llegando a ser lugarteniente de Elegido Sibado (a) Magoya.

Con el grupo que comandaba Magoya y que actuaba en el triángulo montañoso de los Estados Lara, Yaracuy y Falcón, en el occidente del país, Colina participó en emboscadas y secuestros de ganaderos. Podemos citar el secuestro de Cándido Farnataro, en el Paují, Estado de Lara; el del Dr. Luis Infante Betancourt, en el Estado Yaracuy, y el de Armando Javier Mogoyón, también en el Estado de Lara.

Colina había alquilado una habitación en la casa de una señora llamada Evangelina Arrieta, en el barrio Panamericano, en el kilómetro 27 de la carretera de Los Teques.

A la una de la tarde llegó a su casa. Una comisión del DIM lo estaba esperando y al verlo le dieron el alto. Colina extrajo su arma y le hizo varios disparos a la comisión que respondió el fuego, dándole muerte.

Muere el guerrillero Antonio Parra

1 de mayo de 1973

A las dos de la tarde del día primero de mayo, murió en combate con la DISIP el guerrillero urbano de Bandera Roja, Antonio Parra; el hecho ocurrió en los bloques del 23 de Enero.

Muerte de Américo Silva

1 de abril de 1972

En diciembre de 1971, el comandante de la guerrilla rural de BR, Américo Silva, había bajado de las montañas y se encontraba en Puerto Ordaz, población situada como a unos 600 kilómetros de Caracas, en el sur del país. Esta es una zona rica donde se encuentran las concentraciones mineras y las industrias metalúrgicas. La región no es montañosa, pero tiene grandes extensiones selváticas, lo que permite las operaciones guerrilleras.

Américo Silva estaba haciendo, desde hacía varios meses, los contactos necesarios para organizar un nuevo frente guerrillero rural. En las montañas de Oriente la guerrilla había quedado al mando de Miguel Salas Suárez.

Aquella noche del día 1 de abril, Américo regresó de San Félix, población cercana a Puerto Ordaz. Ocupó el asiento delantero, al lado del conductor, en un Chevrolet Impala, modelo 69, que conducía un guerrillero llamado Centeno. Eran las once de la noche y la carretera tenía poco tránsito. Iban confiados, pues en los últimos meses habían recorrido ese tramo de carretera varias veces y nunca habían tenido problemas. Ambos poseían identidades falsas y no tenían ningún temor de ser descubiertos.

El carro avanzaba a velocidad moderada. En el kilómetro 27 había una alcabala de la Guardia Nacional. Detienen el carro y los guardias les pidieron sus identificaciones; los guerrilleros se las muestran, como lo han hecho en ocasiones anteriores.

El soldado José Raúl Alcalá notó algo sospechoso y los mandó a bajar del vehículo. Américo tenía una pistola 45 en las manos y disparó contra el soldado, quien cayó muerto al recibir un balazo en el pecho y otro en la cabeza. Los guerrilleros abandonaron el auto, disparando contra los guardias de la alcabala, quienes respondieron al fuego. Américo recibió una ráfaga de Fal y cayó acribillado. Centeno logró escapar y se internó en el monte. Meses después, también moriría en un encuentro con el ejército.

Ultima reunión del CIR antes del secuestro

A fines del mes de mayo la baticueva estaba lista. Alcides se había mudado a la casa con su mujer y empezaba a hacer una vida normal y tranquila. Mientras tanto, se familiarizaba con la zona y recogía "inteligencia" de la misma. Por ejemplo: sabía que la bodega de enfrente, frecuentada por los habitantes del sector, cerraba a las 6:30 p. m. Después de que la bodega cerraba, las actividades disminuían y casi nadie salía de su casa. Por otro lado, a finales del mes de mayo, la vigilancia de Domínguez había concluido y había sido analizada por Otilio. Una vez establecida la rutina y los itinerarios del objetivo, sólo faltaba escoger el sitio y la hora más conveniente para efectuar el secuestro.

En la última reunión entre BR y el FALN decidieron los últimos puntos de importancia:

1. La intercepción de Domínguez la realizarían tres miembros del FALN, acompañados por un miembro de BR.
2. La hora escogida sería entre las 6:30 y 7:30 de la noche.
3. El lugar sería el callejón Monteverde, cruce con calle Miranda, El Paraíso.
4. La protección de la intercepción y el traslado del secuestro al sitio de reclusión estaría a cargo de BR. De esta forma, si alguno de los participantes en la intercepción

era capturado, no podría decir el lugar donde tenían recluido a Domínguez.

5. La reclusión estaría controlada por BR. Los guerrilleros que habían participado en la construcción del sitio de reclusión serían quienes custodiarían a Domínguez durante su cautiverio. Solamente los constructores de la baticueva conocerían la ubicación de la misma y siempre estarían con Domínguez. Además, no tomarían parte en la intercepción ni en el cobro del rescate.
6. El día fijado para el secuestro fue el 1 de junio de 1972.

Captura y liberación de Oswaldo Alcalá en Turmero

26 de mayo, 1972

El 26 de mayo, uno de los guerrilleros de Punto O, llamado Oswaldo Alcalá, es detenido en el poblado de La Encrucijada por la Guardia Nacional, después de recibir un tiro en el tobillo; lo trasladan a la población de Turmero y lo internan en el cuartel de la policía. Turmero es un pueblo de unos 40,000 habitantes, situado a 80 kilómetros de Caracas.

Dos horas después, Rubén y Bottini, acompañados por un guerrillero conocido como Coco Liso, salen de La Victoria y llegan a Turmero. Viajan en un jeep color rojo.

Llegan al cuartel de la policía mostrando credenciales y portando armas largas; se hacen pasar por funcionarios de la DISIP y piden hablar con el prisionero. Una vez adentro, encañonan y desarmar a los efectivos policiales, liberan al prisionero y se llevan el armamento consistente en 2 subametralladoras y 3 carabinas M-1, además de las armas cortas de los policías. En el camino los guerrilleros detienen un vehículo, lo toman y, abandonando el jeep color rojo, toman la autopista hacia Valencia.

La policía de Turmero se comunica con la DISIP en Caracas y le informa del suceso. Inmediatamente sale una comisión al mando del comisario Cristóbal, compuesta de 40 funcionarios en diez vehículos. La persecución se concentra en Valencia. Se pide cooperación estatal al ejército para montar alcabalas que impidan la salida de los guerrilleros de la ciudad. Todos los

puntos de salida son controlados. Mientras tanto, los funcionarios de la DISIP registran todos los hoteles y casas de huéspedes, sin ningún resultado. Se constituye un comando de operaciones en las oficinas de la DISIP en Valencia y todas las comisiones deberán emanar de ese comando.

Los guerrilleros son vistos en un barrio, en las afueras de Valencia.

Sin coordinar con el comando, una comisión de la Policía Estatal en un vehículo marca VW se dirigen al sitio. En el vehículo van 4 policías. En la acera hay un hombre sentado con una bolsa en la mano. La policía pasa despacio por su lado. Es Rubén, quien se levanta, saca la subametralladora de la bolsa y abre fuego. Rafael Bottini sale de su escondite y también dispara sobre el vehículo que recibe el fuego cruzado; todos sus ocupantes resultan muertos o heridos. El balance: Freddy Moreno Urbina y Juan Reyes, muertos; Pedro Alvarez y Alberto Mendoza, heridos.

Rubén y Bottini sacan a los moribundos del vehículo, los rematan en el suelo e inmediatamente abordan el VW y se marchan. Con el carro agujereado por los proyectiles, los vidrios destrozados y lleno de sangre, no podrán circular por mucho tiempo. Saben su situación: así no podrán pasar las alcabalas. A Rubén se le ocurre una idea y la pone en práctica.

Se dirigen a las oficinas de la Policía Técnica Judicial (PTJ) de Valencia. Todos los guerrilleros con sus armas abandonan el VW como a tres cuadras de la PTJ y caminan a pie hacia allá. Coco Liso y Alcalá esperan en una calle cercana, Rubén y el Loco Bottini se sitúan como a cincuenta metros de las oficinas, portan sus subametralladoras. Cualquiera que los vea pensará que son funcionarios de la PTJ. A las 5:00 p. m., un funcionario de policía, conduciendo un jeep con las siglas de la PTJ, sale de la Central. Cincuenta metros más allá los dos hombres portando armas largas le hacen señas para que se detenga. El funcionario detiene su vehículo. Cree que son compañeros suyos. Rubén y Bottini lo amenazan con sus armas y abordan el vehículo. Piden que conduzca despacio; tres cuadras más adelante le están esperando Coco Liso y Alcalá, quienes también se introducen en el jeep. Con el vehículo de la PTJ y las credenciales del

funcionario que llevan prisionero logran pasar, sin levantar sospecha, la alcabala que conduce a la carretera que va a Tinaco. Es así como los guerrilleros, después de libertar a Gilberto Alcalá y de enfrentar a la policía, ocasionándole dos muertos y dos heridos graves, logran romper el cerco y escapar.

Secuestro y reclusión de Carlos Domínguez

1 de junio, 1972

Llega el día programado para efectuar el secuestro. A la 1:00 p. m. se reúnen en una casa de la urbanización El Cementerio, los cuatro miembros del PRV-FALN que tomarán parte en la primera fase: la intercepción del secuestrado. Son ellos: El Chino Daza, Larry, El Policía y el Negro Jimmy. Los tres primeros ejecutarán la intercepción y el Negro Jimmy actuará de apoyo al operativo.

BR también tiene listo su personal: El Ciego, Sonia y Segundo no tomarán parte en la primera fase, pero han sido, con anterioridad, entrenados por Raúl para intervenir en las fases subsecuentes.

Raúl, Pancho, Regis, Brito, Anzoátegui y Track realizarán una serie de traslados y cambios de vehículos que concluirán con la reclusión del secuestrado en la baticueva.

Las dos organizaciones sitúan las armas y los carros que van a utilizarse. Previamente, los vehículos y el armamento han sido revisados, para asegurar que están en perfectas condiciones. A cada guerrillero, según su misión, se le ha asignado el armamento adecuado. Subametralladoras a los más expuestos, pistolas y revólveres al resto. Los carros han sido revisados, cauchos, baterías, encendido en general y los tanques de gasolina llenos.

Los hombres también estarán agrupados en "casas seguras" a las 4:00 p. m. Si alguno de los secuestradores fallara, habría tiempo para sustituirlo. Ningún grupo sabe la misión de los otros. Solamente conocerá la parte que le toca. Todas las operaciones han sido minuciosamente ensayadas y no hay lugar a confusiones ni equivocación.

Otilio revisa de nuevo el operativo y no encuentra falla; ni nada qué cambiar. Una vez que se cerciora que todo está según lo programado y que no falta ningún combatiente, toma la carretera Panamericana y se dirige a la baticueva donde esperará al secuestrado... si todo sale bien.

Siete de la tarde. Domínguez, como de costumbre, sale de su casa. Viste pantalón beige claro, zapatos negros y su tradicional camisa blanca de mangas cortas. En su muñeca izquierda un reloj Rólex de oro. Conduce su Cadillac azul. Sin desviarse, ni detenerse en ningún lado se dirige al callejón Monteverde a visitar a su amiga. Allí está montado todo el operativo BR-FALN para secuestrarlo.

Son las 7:15 p. m. y ya casi es de noche; el callejón Monteverde, cruce con calle Miranda es un sitio con muy poca actividad. Un vecindario de clase media. Los guerrilleros saben que Domínguez llega siempre allí de 7:00 a 7:30. Desde las 6:45 se encuentra estacionada una camioneta Chevrolet verde, modelo reciente; en su interior se encuentran El Chino Daza y El Policía; al volante Larry. A unos 15 metros están Raúl y El Catire Larralde en un Hillman blanco.

Los dos carros forman parte del grupo de intercepción; todos los integrantes son guerrilleros experimentados, veteranos de la guerrilla urbana con muchos años de clandestinaje y de operaciones subversivas.

Entra el Cadillac azul en el callejón Monteverde, Larry prende el motor y enciende las luces largas de carretera, las que dan de frente a Domínguez, dejándolo encandilado. La camioneta se le atraviesa obligándolo a frenar y detenerse. Se bajan El Chino Daza y El Policía y se aproximan al Cadillac. El Chino Daza, portando una subametralladora encañona a Domínguez por la puerta izquierda del carro, mientras El Policía lo hace por la parte derecha. Se identifican como funcionarios del DIM y, abriendo las puertas, hacen que Domínguez quede entre los dos, ocupando el asiento del medio. El Chino toma el volante y conduce hasta el callejón Miranda, por la calle Miranda, donde se encuentra un Chevrolet Impala, modelo 1966, color verde, con techo de vinyl negro, robado en la ciudad de Valencia para la operación. En éste esperan Pancho, Regis y Brito. Introducen

a Domínguez en el asiento posterior del vehículo. El Chino y el Policía se llevan el Cadillac y lo abandonan en la subida de Los Laureles, en El Paraíso, cerca de la Universidad Santa María.

El Chevrolet, conduciendo a Domínguez, sigue por la calle Miranda y toma la autopista "Francisco Fajardo", vía Petare. Para este transbordo sirve de protección el Fiat 2300, color rojo oscuro, donde viajan Segundo, el negro Jimmy y Raúl, quien se ha cambiado de vehículo.

En ese momento el pánico se apodera de Domínguez, quien ya se da cuenta de que va secuestrado. Trata de serenarse y de observar todo lo que está ocurriendo. Siente un pinchazo en el brazo izquierdo; el guerrillero Regis le ha inyectado una fuerte droga que comienza a surtir efecto casi de inmediato. Nada se habla, nada se pregunta. Observa los carteles luminosos de la autopista que comienzan a distorsionarse en luces de distintos colores, y se percata de que lo conducen vía Petare. Todo empieza a desaparecer de su vista, oye voces lejanas y entra en un estado de sueño agradable. Pierde el conocimiento...

A la altura de San Agustín, en el hombrillo de la autopista, efectúan un cambio de personal: Raúl pasa al Chevrolet Impala acompañado de Domínguez en el asiento trasero. Regis baja y se va en el Fiat 2300 el cual, al llegar al distribuidor de Valle Abajo, se desvía y cesa la protección al carro donde va el secuestrado.

El Chevrolet Impala, donde va Domínguez, sigue la ruta de la autopista hacia la vía Valle-Coche y sube por la entrada de la carretera Panamericana. En la bomba de gasolina que se halla del lado derecho de la vía lo están esperando Track y Anzoátegui, dentro de un Ford Fairlane 500, color verde botella.

El Chevrolet Impala es conducido por la carretera de Los Teques, seguido del Ford Fairlane 500 el cual, al recorrer 7 kilómetros aproximadamente, se pone delante del Chevrolet. Cuando faltan 2 kilómetros para llegar a la alcabala de Los Teques, ambos vehículos son desviados hacia un cruce al lado izquierdo de la Panamericana, por un camino de penetración muy angosto. Una vez recorridos 3 kilómetros, se detienen e introducen a Domínguez en una furgoneta VW de color beige, acondicionada para esconderlo.

Mientras se realiza este transbordo, Track en el Ford Fairlane verde, efectúa vigilancia; regresa a la autopista por el mismo camino de penetración y sale de nuevo a la Panamericana, como a 2 kilómetros rumbo a Los Teques. Allí retorna al sitio donde está la furgoneta y acompañado de Anzoátegui bordean la alcabala por el camino de penetración y salen de nuevo a la Panamericana. Allí, en la Plaza Bolívar, encuentran el camión de volteo de Track y efectúan el tercer y último cambio, colocando a Domínguez en la parte posterior del camión, tapándolo con una lona. De aquí se dirigen al caserío El Trabuco, donde se encuentra el sitio de reclusión.

Al llegar a la baticueva es noche cerrada y hay muy poca actividad en el sector. Ha llovido y la entrada de tierra de la casa está empantanada. Domínguez empieza a sentir que se le está pasando el efecto de las drogas. Sin embargo, sus piernas no lo sostienen y su visión es nebulosa. Lo sacan del camión y tienen que hacer grandes esfuerzos para ayudarlo a subir la pendiente de 6 ó 7 metros que conduce a la entrada de la casa. Otilio ayuda y dirige la operación. Una vez en la casa, lo llevan a la habitación donde está el agujero que conduce a la baticueva y lo introducen en él con muchísimo trabajo. Otilio y Alí penetran con Domínguez en el sitio de reclusión, le quitan su reloj Rólex de pulsera, sus lentes y sus zapatos. Le ponen unas zapatillas y lo acuestan en la pequeña cama.

En Caracas, los guerrilleros tomarán rutas y destinos diferentes. Esconden las armas y los vehículos y ellos mismos permanecerán escondidos, a excepción de los que tomarán parte en las fases siguientes de la operación: negociación con los familiares del secuestrado, cobro del rescate y liberación de Domínguez.

Una vez concluida la operación, los vehículos y las armas son trasladados de esta manera: Pancho se marcha en el Chevrolet Impala a Maracaibo. Regis entrega en San Bernardino a Brito el Fiat 2300 y un revólver calibre 32, un revólver calibre 38 y una subametralladora Uzi. Raúl continúa en el Ford Fairlane 500, donde lleva una subametralladora Madsen y una pistola Browning calibre 9 mm. y regresa a su escondite en las Minas de Baruta.

Mensaje de los secuestradores

En Caracas, la señora Domínguez recibe una llamada telefónica de los secuestradores, comunicándole que su esposo ha sido secuestrado, que avise a su hijo Carlitos para que recoja un mensaje que se encuentra cerca de la casa en un pote de jugos Yukery. También le advierten que no se comunique con la policía.

La señora, muy nerviosa, se da cuenta de que no es una broma. No hace preguntas. Inmediatamente se comunica con Carlitos y le transmite la petición de los secuestradores. Este se traslada a la residencia de sus padres y procede a buscar el pote de jugo, donde está el mensaje. La noche es oscura y tarda algún tiempo en hallarlo. Cerca de la entrada, pegado a la pared, hay un pote de jugo abierto, limpio; en su interior, un papel cuidadosamente doblado. Trata de leerlo en la oscuridad, pero le es imposible. Penetra de nuevo a la casa y rápidamente lee su contenido. El mensaje escrito a máquina explica con claridad las exigencias de los secuestradores. Al principio Carlitos se encuentra muy nervioso, no asimila lo que está pasando y no entiende bien, Lee el mensaje varias veces, dándose cuenta de los pasos que deberá seguir para salvar la vida de su padre.

Carlitos es un joven de 36 años, alto, bien parecido, casado, con dos hijas; es el único hijo legal de Carlos Domínguez, quien tiene varios hijos de distintos amores, a los cuales atiende, mantiene y quiere; pero su preferido es el hijo de su matrimonio, Carlitos. Este a su vez profesa gran cariño a su padre y está muy unido a él.

Inmediatamente procede a poner un trapo rojo en las ventanas frontales de la casa, para indicar así a los secuestradores que sus condiciones y exigencias son aceptadas.

A continuación, copia textual del original del mensaje de los secuestradores:

Señora Domínguez, informamos a Usted, que hemos secuestrado al Señor Carlos Domínguez para exigir un rescate de Bs. 5.000.000 (Cinco Millones). De no cumplirse con este rescate, procederemos a ejecutarlo, así que dejamos en vuestras manos la decisión sobre la vida o muerte de su marido.

A continuación precisaremos algunas condiciones y recomendaciones. Las no previstas en esta carta, las haremos llegar en futuras correspondencias.

1. Deben comprometerse a no avisar a la policía y a manejar estas negociaciones en secreto. Si violan esta condición, su familiar corre riesgo de morir. Afirmamos categóricamente que de llegar el ejército al sitio donde lo tenemos, no tendrá ninguna oportunidad de sobrevivir. Por otra parte, en la medida en que ustedes ayuden a resolver rápido el problema, habrá mayores posibilidades de que logren rescatar a su familiar. Vean cómo en casos anteriores la policía argentina dificultó el pago para rescatar a Salustro y las consecuencias que ello tuvo.
2. Pueden inventar para todos los conocidos la excusa de que el Señor Domínguez está enfermo o anda de viaje para el interior o cualquier otra excusa que ustedes consideren conveniente y que justifique su ausencia.
3. La obtención del dinero y su retiro deben hacerlo también en secreto y sólo enterando a los familiares de mayor confianza que sean imprescindibles para ello.
4. No vamos a admitir excusas fabricadas de acuerdo con la policía, tales como que no tienen el dinero (sabemos bien de las posibilidades), que no encontraron las estafetas, etc., y todas las tácticas dilatorias que acostumbra aconsejar la policía. Le recomendamos que no intenten jugar con nosotros, por cuanto ante el descubrimiento de que ustedes están colaborando con la policía, procederemos sin vacilaciones de ningún tipo, a ejecutar al secuestrado. Igualmente si por colaboración de ustedes llegara a caer alguno de nosotros en manos de la policía o si llegaran a entrabarse las negociaciones de tal manera que no fuera posible obtener el rescate en el tiempo previsto. Estaremos preparados para cualquier trampa. No nos confiaremos. Intentar engañarnos es condenar a muerte a su familiar. No vamos a extendernos en explicaciones, pero quede claro que dominamos a perfección los procedimientos de la policía y no van a lograr desbaratar esta operación. Su familiar permanecerá fuertemente vigilado y con toda la zona minada. No vayan después a lamentarse, ni cargar a nuestra cuenta el muerto. Están advertidos.

5. El dinero deben retirarlo y ubicarlo en la casa de un amigo de confianza y de relaciones poco conocidas con ustedes. Esto para facilitar los trámites del rescate. A dicha casa no deben ustedes llamar por teléfono ni tampoco a la inversa. Tampoco deben visitarse. Ese señor debe tener una fórmula (contraseña) para que le entregue el dinero a alguien que ustedes envíen. Ese alguien lo indicaremos en futura oportunidad y a él le indicaremos día, forma y hora de entregar el dinero.
6. El dinero debe estar listo en un plazo no mayor de 72 horas. Debe estar fraccionado así: 3.000.000 (tres millones) en billetes de 100; 1.000.000 (un millón) en billetes de 500 y 1.000.000 (un millón) en billetes de 50 dólares. Deben hacerse pacas de 100.000 Bs. Este dinero no debe estar marcado ni seriado. Procederemos antes de soltar al rehén a probar su convertibilidad y reactivaremos en busca de marcas o de cualquier indicio que pueda orientar a la policía a nuestra captura. Dominamos todos los procedimientos usuales y tenemos los activantes a mano. Les precisamos que sólo después de 5 (cinco) días de recibido el dinero pondremos en libertad a su esposo.
7. Al tener el dinero listo y estar en condiciones de entregarlo, deben derramar un pote de pintura blanca que manche parte de la calle y de la acera de la avenida Páez del Paraíso exactamente frente al Pedagógico. Esta pintura debe ser regada entre las 7 y 9 horas pasado meridiano; esto es para agilizar los tratos y tiene su razón en la posibilidad de que consigan el dinero antes de las 7 horas.
8. El plazo de 72 horas no es prorrogable, ni tampoco negociable el monto del rescate. Sabemos que ustedes lo pueden obtener en ese tiempo.
Nuestros mensajes irán acompañados de cartas del Sr. Domínguez o de efectos personales que lleve en el momento de la captura. Le decimos esto para evitar que la policía trate de enredar las cosas haciéndose pasar por nosotros.
9. La correspondencia deberá ser recogida rápidamente.
10. Para las llamadas por teléfono, nos identificaremos como Júpiter; igual para las cartas. No debe comentar con nadie sobre este aspecto.
11. Caso de que por razones de la operación la policía estuviere ya enterada, antes de ustedes recibir la carta, deben

exigirle al gobierno públicamente, que no controlen ninguno de sus teléfonos, que le suspendan la vigilancia a todas sus casas y sitios de trabajo y que no hagan ninguna gestión por localizar al secuestrado. Es decir, deben exigir que se les permita cumplir con las condiciones aquí señaladas para pagar el rescate.

12. Le recomendamos que para las cuestiones relativas al rescate no hablen por teléfono, ni siquiera en el caso de que la policía no está enterada. De la discreción de ustedes depende que todo sea más rápido y seguro.
13. Una vez recibida esta carta y aceptadas las condiciones deben poner un trapo rojo en las ventanas frontales de su casa.
14. Cumplidos los trámites arriba señalados, esperen por nuevas instrucciones.

Asignan el caso al comisario Luis Posada

2 de junio de 1972

Carlitos pasa la noche sin dormir. No sabe qué hacer y necesita comunicarse con alguien de confianza para que lo aconseje. Antes de que amanezca se comunica con Carlos Gasperi Landaeta, íntimo amigo de su padre. Lo cita en su casa, le enseña el mensaje y lo pone en conocimiento de los pasos dados. También llama al odontólogo Héctor Lemoine y a Carlos Guillermo Maneiro Rivero, ambos amigos de confianza de la familia.

Todos están de acuerdo en que lo más importante es salvar la vida de Carlos Domínguez y, por lo tanto, seguir las exigencias de los secuestradores.

A las 12:00 m., Carlitos va al Banco Venezuela, se entrevista con Carmelo Lauria, Héctor Domínguez García e Idilio Sosa Martín. Les expone el caso. Los banqueros acceden a proporcionarle el dinero requerido, pero tienen dificultad en conseguir la cantidad en dólares que piden. Le aconsejan que se comunique con la policía. Del banco, Carlitos sale para el Ministerio del Interior, donde pide una entrevista con el Ministro, Dr. Nectario Andrade Labarca. Le dice que su padre ha sido secuestrado. El

Ministro de inmediato llama a su Jefe de Policía, Dr. Remberto Uzcátegui. Escuchan el relato de todo lo ocurrido y prometen mantener absoluta discreción, limitando la acción policiaca al mínimo, hasta tanto no esté liberado el secuestrado.

El secuestro, sobre todo el secuestro político, lo realizan las organizaciones subversivas con doble fin; el propagandístico y el económico. Cuando hay un secuestro en el país, se movilizan y agrupan todas las fuerzas policiacas para combatirlo. Se crea un comando antisequestro al mando de un funcionario de alta jerarquía de la DISIP, generalmente un comisario jefe de división general. Las demás policías se ponen a sus órdenes y atienden sus requerimientos. Por ejemplo, la policía encargada de los delitos criminales, la PTJ, pondrá a disposición y bajo requerimiento los departamentos de dactiloscopia, grafología, homicidio, etc., realizará encuestas, pesquisas e investigaciones.

También los jefes de divisiones del cuerpo se pondrán a disposición del comisario asignado.

El Dr. Uzcátegui regresa a la DISIP e inmediatamente convoca a una junta de jefes de división. Acuerda que se me asigne el caso del Secuestro de Carlos Domínguez. En aquel tiempo ocupo el cargo de Jefe de la División General de Seguridad, a la que están adscritas la División de Vigilancia Estática y Dinámica, la de Medios Técnicos, la División de Armamentos, la de Protección de Personalidades y la División de Seguridad Interna.

Llamo a mi adjunto, el subcomisario Hernán, comenzamos a analizar lo sucedido y a programar una serie de operaciones.

Recibimos copia del mensaje de los secuestradores y estamos al tanto de que esa misma tarde, de 7:00 a 9:00 p. m., Carlitos derramará un pote de pintura blanca que manche parte de la calle y la acera de la avenida Páez del Paraíso, exactamente frente al Centro Pedagógico; de esta forma indicará a los secuestradores que se siguen todas sus instrucciones y que el dinero será conseguido en el plazo estipulado. Tenemos muy poco tiempo para planificar una operación discreta para cuando la pintura sea derramada.

La División General de Inteligencia, a cargo del comisario Ernesto y la División General de Operaciones pondrán sus

divisiones y sus efectivos a disposición de la División General de Seguridad, encargada del caso. Es así cómo tendré la cooperación de la División de Fuentes Vivas (Informantes), a cargo del comisario Arnoldo y la División de Análisis, a cargo del comisario Francisco.

También pido la cooperación de la Policía Técnica Judicial, que me envía a los comisarios Tito Vera Ruiz, Rafael Fragachan, Luis Leal Colón, Dimas Oliveros y José Antonio González, y alrededor de 30 funcionarios.

Establezco el comando antisequestro en el tercer piso de la sede de la DISIP, donde está instalada la Dirección General de Seguridad.

La actividad que se desarrolla no puede mantenerse con la discreción que deseamos. Tampoco existe secreto entre tantas personas y pronto se filtrará en los medios de comunicación que el industrial Domínguez ha sido secuestrado.

Señalo una reunión para el siguiente día en mi oficina a las 8:00 de la mañana, a la que deberán asistir los jefes de divisiones y los comisarios de PTJ, para discutir las acciones a seguir y asignar responsabilidades en las distintas áreas que cubrirá la investigación.

Apresuradamente preparamos la primera operación para cubrir los acontecimientos que tendrán lugar esa misma tarde dentro de muy pocas horas.

Rubén y el Loco Bottini mueren en combate contra la DISIP

2 de junio de 1972

Frente a la Quinta Anácar, propiedad del industrial Domínguez, se encuentra el Banco del Centro Consolidado. Se ha recibido información de que los guerrilleros de Punto O, específicamente su jefe Rubén y su lugarteniente, el Loco Bottini, tenían un contacto en el banco (un empleado) y planeaban efectuar un asalto.

Se establece una vigilancia estacionaria. Cuatro funcionarios se encuentran en los alrededores, haciéndose pasar por vendedores ambulantes.

El secuestro de Domínguez, efectuado la noche anterior, todavía no ha salido en la prensa; más, la noticia ya se filtraba en los medios de comunicación y los alrededores de la residencia de Domínguez se encuentran llenos de periodistas.

A la 1:00 p. m. se acerca un Hillman blanco, placas 20.5683 y se dispone a estacionar frente al banco. En su interior, los funcionarios reconocen a Rubén y Bottini, quien conduce el auto. En el piso del carro llevan un maletín abierto con una subametralladora Beretta, con varios cargadores, dos granadas de fragmentación M-26 y una pistola 45. Los funcionarios les dan el alto apuntándolos con sus armas. Rubén levanta la subametralladora y trata de hacer fuego, pero no puede accionarla. Ambos guerrilleros reciben fuego cruzado de los funcionarios de la DISIP y mueren al recibir numerosos impactos; al registrar sus bolsillos, se encuentran los recibos de alquiler de dos casas: una en Caracas y la otra en La Victoria, ambos alquileres fueron pagados el día anterior. Una comisión se dirige a la casa de Caracas, situada en la urbanización Petare; está vacía, pero se encuentran dos fusiles Fal, propaganda subversiva y varios documentos.

Al día siguiente otra comisión de la DISIP, auxiliada por funcionarios de la PTJ, sale para La Victoria para allanar la otra casa.

Con la muerte de Rubén y el Loco Bottini, Punto O sufre un rudo golpe. Sus cuadros andan en desbandada. Próximamente se sucederán otros enfrentamientos y detenciones, que dejarán prácticamente aniquilada su unidad guerrillera. Un fracaso más del dictador cubano al intentar, esta vez con guerrilleros venezolanos, derrocar por la fuerza de las armas, el gobierno legalmente constituido del Presidente Rafael Caldera.

Combate con Punto O en La Victoria. Mueren cinco guerrilleros

2 de junio de 1972

En los bolsillos de Rubén aparece un papel con una dirección: Calle Norte, Dr. Anselmo Cerro, entre las calles

Páez y Félix María Paredes, en La Victoria, que es un pueblo de unos 40 mil habitantes, situado a unos 50 kilómetros de Caracas.

Al día siguiente, como a las cuatro de la tarde, una comisión compuesta por tres patrullas de la PTJ y dos carros de la DISIP salen de Caracas hacia La Victoria para allanar la casa. Entre los funcionarios que ocupan las unidades hay cuatro subametralladoras y dos escopetas, sin mucho parque adicional. No van preparados para un combate de gran magnitud, sino para un allanamiento y una posible detención.

La comisión llega a La Victoria a las 5:15, ubican la casa que tienen el número 15-17. El inmueble se encuentra como a unos veinte metros del Hospital "Pedro Lazo". Es una casa vieja de mampostería, con grandes ventanales, con puertas de madera y un jardín estrecho que la rodea. Está en un barrio antiguo de casas viejas, construidas una al lado de otra sin uniformidad. La acera es muy estrecha y la calle que separa una acera de la otra es angosta, con capacidad para dos vehículos. La casa no tiene salida por detrás, solamente por la puerta de enfrente. Tiene dos ventanas al lado izquierdo, que dan al jardín.

La comisión estaciona las unidades en las cercanías de la casa, se bajan los funcionarios y se dirigen a la puerta de entrada.

Dentro de la casa hay cinco hombres y una mujer con un niño pequeño, de meses. La mujer es Brenda Esquivel, la concubina de Rubén, que tiene al niño durmiendo en una cuna portátil de lona y aluminio. Los guerrilleros se encuentran "enconchados", pues ya saben de la muerte, el día anterior, de su jefe Rubén y de su lugarteniente Rafael Bottini. Consideran la casa segura; sin embargo, han llevado al escondite dos fusiles Fal y dos subametralladoras; también tienen varias granadas de fragmentación M-26. Hay alimentos para permanecer en la casa por varios días.

Los funcionarios tocan la puerta y una voz pregunta:

-¿Quién es?

-Abran que es la policía.

Desde la ventana, que está medio abierta, lanzan dos granadas y los funcionarios se cubren detrás de las patrullas.

Una de las granadas explota debajo de una patrulla y sus fragmentos hieren a tres policías de la PTJ. Comienza un nutrido tiroteo. Los guerrilleros disparan ráfagas de Fal; los proyectiles 7.62 mm. rebotan en el asfalto y en las paredes, haciendo insostenible y peligrosa cualquier cubierta. Las balas 9 mm. de las subametralladoras de la policía no tienen efecto contra las paredes de la casa; solamente penetran en la puerta de entrada y las ventanas con puertas de madera, pero hacen imposible la salida de los guerrilleros. Se oyen gritos desde dentro del inmueble pidiendo la tregua. Cesan los disparos y se escucha una voz que dice:

—Hay una mujer y un niño, déjenla salir.

Se da permiso para que salga la mujer, a la vez que se les pide que se rindan. Sale Brenda con el niño en los brazos y corre a refugiarse al hospital. De nuevo disparan los guerrilleros rechazando la rendición y de nuevo comienza el tiroteo. Se abre la puerta y un guerrillero, disparando un Fal, trata de salir, pero es alcanzado por varios proyectiles y cae herido, con la mitad del cuerpo fuera de la casa; sus compañeros lo recogen y lo meten en la casa. Las municiones de la policía comienzan a escasear y se ordena economizarlas para utilizarlas en cualquier intento de salida de los guerrilleros.

Por la carretera, que pasa como a unos 150 metros de la contienda, va un camión lleno de soldados. Al mando de la tropa está el teniente Marco Tulio Meneguerra. Un funcionario de DISIP ve que el camión se detiene al escuchar el tiroteo y le hace señas mostrándole el carnet y le explica la situación. El teniente desmonta la tropa. Lleva los soldados frente a la casa y los sitúa en posición de combate. Los soldados disparan con sus fusiles Fal desde sus posiciones. Los proyectiles penetran las ventanas y las puertas, destruyéndolo todo. Un guerrillero sale al jardín por una de las ventanas y cae acribillado a balazos. Continúa el tiroteo con gran intensidad, pero los guerrilleros ya no contestan el fuego. Se ordena un alto al fuego y se esperan unos minutos. Silencio absoluto. Se decide penetrar al inmueble. El impacto de las balas ha destrozado todo. Hay un guerrillero muerto boca abajo, en su mano sostiene una metralleta. Dos guerrilleros más agonizan y son trasladados al hospital cerca-

no, donde mueren minutos más tarde. En el mismo hospital se les presta atención a los funcionarios heridos de la Policía Técnica Judicial.

Los guerrilleros muertos fueron identificados como: Luis Eduardo Colls González (a) Jimmy, José Elio Sánchez Romero (a) Freddy, Francisco Edmundo Hernández Cruz (a) Rigoberto; dos guerrilleros más no fueron identificados.

Cómo sucedieron los hechos

3 de junio de 1972

El Comando Antisecuestro queda establecido en mis oficinas del tercer piso. El tercer piso de la DISIP está aislado de los demás departamentos. Una reja de hierro con cerradura especial, limita el acceso, que solamente se le permite a personas autorizadas. La distribución es la siguiente: en un ala del piso se encuentra mi oficina, con un privado para mi secretaria Matilde; en mi oficina tengo un archivador de seguridad, donde guardo papeles y documentos secretos y privados y varias armas personales y deportivas. Al final de la oficina está una habitación con baño y aire acondicionado, donde duermo cuando el trabajo no me permite ir a mi casa o cuando las operaciones se prolongan hasta altas horas de la noche. En esa misma ala se encuentra un salón con un equipo de transmisiones especiales y varias pequeñas mesas con máquinas de escribir. Es la sala de la División de Vigilancia Estática y Dinámica. Aquí, diariamente, los funcionarios se reúnen con el subcomisario Hernán Reyes, que les señala el objetivo a vigilar. Al final del trabajo los funcionarios elaborarán un informe escrito. En la otra ala se encuentra el departamento más secreto de la División General de Seguridad, el recinto de la División de Medios. El comisario Ali guarda celosamente, y auxiliado por sus técnicos, equipos interceptadores de teléfonos, transmisores pequeños incrustados en objetos diferentes como ceniceros, cámaras con lentes gran angular escondidos en maletines, carteras, etc., para tomar fotografías sin ser notado y numeroso equipo sofisticado que ayudará a la investigación. Otra división

que está ubicada en el mismo piso y bajo mi control, es la de armamentos. Zavala tendrá el control de las armas del Cuerpo. Los funcionarios tendrán asignada permanentemente su arma de reglamento y podrán pedir subametralladoras y escopetas según la necesidad de su misión. Cada arma tiene una tarjeta, que será llenada y firmada por el funcionario a quien se le asigne. La Brigada de Explosivos, que también está bajo mi control, por su naturaleza y por poseer vehículos o carros antibombas, está ubicada en los sótanos del edificio. El subcomisario Carlos Fabri tendrá a su cargo la jefatura de la división. Otra división asignada a mi cargo, cuyas oficinas están ubicadas en el tercer piso, es la de Protección a Personalidades, cuyo jefe es el subcomisario Diógenes Castotello. Desde esa oficina, ubicada en el tercer piso, Castotello coordina la protección que se da a dignatarios, políticos, etc. Bajo su control está personal, armamento adecuado y varios vehículos. Como su labor no es secreta, usa las comunicaciones de la central del Cuerpo. Yo quedo al mando de la operación y distribuyo responsabilidades.

El comisario Ernesto, Jefe de la División General de Inteligencia, tendrá a su cargo el análisis de todo el material proveniente de las investigaciones, pesquisas, información obtenida por medios técnicos como las interceptaciones telefónicas, la microfonía, fotografías operativas, etc., operaciones de vigilancia y seguimiento, fuentes vivas (informantes), auxiliado por sus dos jefes de divisiones: el subcomisario Arnoldo, Jefe de la División de Control y Manipulación de Informantes y por el subcomisario Francisco, Jefe de la División de Análisis, Síntesis y Difusión.

El subcomisario Arnoldo se reunirá con sus oficiales del caso, controladores de informantes, pidiéndoles presionar a sus fuentes para que traten de obtener cualquier información relacionada con el secuestro.

El subcomisario Francisco suspenderá los trabajos habituales de los analistas y los pondrá exclusivamente a trabajar en la investigación del secuestro. Cualquier información, mensaje enviado por los secuestradores, grabación de conversaciones telefónicas o cualquier información obtenida por distintos

medios, será inmediatamente sometida a análisis, comparada con otras informaciones, evaluada y, posteriormente, enviada al comando antisequestro.

El subcomisario Hernán Reyes tendría a su cargo las operaciones de vigilancia estática y dinámica. Sus hombres estarán activos las 24 horas. Su labor se extenderá a vigilar a familiares y amigos del secuestrado, posibles sospechosos y cualquier otro objetivo que se derivara de la investigación. Así, por ejemplo, cuando por el teléfono intervenido de la familia Domínguez, se recibía una llamada de los secuestradores, pidiendo la movilización de Carlitos a recoger mensajes, inmediatamente se le comunicaba a Hernán, quien ponía en movimiento a sus hombres para seguirlo a prudencial distancia. Tomaban nota de todas las actividades del sitio donde se recogía el mensaje: placas de los carros en circulación, carros estacionados, etc., con la esperanza de detectar algún vehículo o sujeto cuya presencia se repitiera en dos o más ocasiones.

El comisario Rafael Fragachan, de la PTJ, era el encargado de oír las grabaciones de las interceptaciones telefónicas provenientes del teléfono de la familia Domínguez hechas por los secuestradores.

Se le había acondicionado una oficina a prueba de ruido. Oía una y otra vez la cinta grabada, tratando de detectar algo en la voz del secuestrador y los ruidos que lo rodeaban cuando hablaba, que lo condujera a identificar al sujeto o al lugar de donde se hacían las llamadas; el tono de la voz, el estado anímico, la fraseología usada, poco a poco iban ayudando a formar un perfil del que realizaba las llamadas.

A los comisarios de la PTJ, Luis Leal Colón, Tito Vera Ruiz y José Antonio González correspondería la labor de pesquisas. Su tarea se iniciaría cuando se pagara el rescate. Utilizando los funcionarios de PTJ que habían sido asignados al caso, iniciarían una serie de investigaciones y pesquisas sobre los recaudos y las informaciones obtenidas.

El subcomisario Alí, Jefe de la División de Medios Técnicos, serviría de apoyo a las operaciones e investigaciones realizadas por las divisiones operativas e investigativas, proporcionando técnicos y equipos en microfonía, cerrajería, telefonía, fotogra-

fía operativa, etc. La instalación de micrófonos ocultos, la interceptación de teléfonos, abrir candados y cerraduras, tomar fotografías con cámaras ocultas y en condiciones críticas o especiales, eran los trabajos que realizaban sus operadores y especialistas.

Cualquier información de importancia sería transmitida al director Dr. Remberto Uzcátegui. También tendría dos reuniones diarias y reuniones con el director para informar del progreso de las investigaciones y todo lo relacionado con el secuestro.

Operación Pintura Blanca

2 de junio de 1972

La avenida Páez del Paraíso, donde Carlitos derramará la pintura blanca para indicar a los secuestradores que está dispuesto a pagar el rescate, es una avenida ancha de dos vías, con un tránsito muy intenso. Los secuestradores habían escogido las horas comprendidas entre las 7:00 y 9:00 de la noche para que la pintura fuera derramada. Se pidió a Carlitos que lo hiciera exactamente a las 8:00 p. m.

A las 7:30 fueron situados estratégicamente, sin llamar la atención, 5 hombres en cada vía de la avenida. El comisario Cristóbal en persona se ocuparía de esta parte de la operación. Los funcionarios, dos por vía, auxiliados por grabadoras, tomarían las placas de todos los vehículos que pasaban frente al sitio. Cada quince minutos eran relevados. A las 8:00 llegó Carlitos y derramó la pintura según lo convenido. La operación se prolongó de 7:30 a 8:30. O sea, media hora antes de derramar la pintura y media hora después de derramada. Se tomaron las placas de unos 800 vehículos.

Mientras el grupo dirigido por Cristóbal tomaba las placas en la avenida Páez del Paraíso, Francisco disponía todo lo necesario para la segunda parte de la operación. Las oficinas de Tránsito habían sido habilitadas y un grupo de funcionarios trabajarían hasta altas horas de la noche, identificando en sus archivos las placas de los vehículos reportados.

A las 9:00 llegó Cristóbal a la DISIP e inmediatamente ordenó pasar a máquina los números de las placas obtenidas; la lista es enviada a Francisco quien, junto con su personal, se traslada a las oficinas de Tránsito y proceden a la identificación de cada una de las placas.

Al identificar las placas se puede obtener: nombre y apellido del propietario, así como su número de cédula de identidad y dirección. También se obtendrá marca, tipo, color, año y modelo del vehículo. En cuatro horas se identificaron todas las placas de la lista. De las oficinas de Tránsito, Francisco se traslada a las oficinas de Identificación y Extranjería (IDENTEX), que también han sido previamente habilitadas para trabajar durante la noche y la madrugada. Lleva 800 nombres con sus cédulas de identidad y procederá a completar su identificación y correspondiente fotografía de cada uno de ellos. La operación se prolonga desde la 1:00 hasta las 9:00 de la mañana.

Con los vehículos y sus propietarios identificados se procedió a compararlos con los archivos de la DISIP, PTJ, DIM y del Ministerio de Relaciones Exteriores, tratando de encontrar algún nombre con antecedentes o asociado a los grupos subversivos. Se hizo una eliminación de nombres conocidos, mujeres de cierta edad y ancianos y se trabajó sobre unas 200 personas ubicando sus direcciones, vehículos y descartado a los menos sospechosos. La operación, con todo su esfuerzo, no arrojó ningún resultado positivo.

Operación Beeper

2 de junio de 1972

Carlitos coopera con la policía. A pesar de todo, lo mantenemos bajo estrecha vigilancia. También son vigilados algunos de sus familiares y su íntimo amigo Carlos Gasperi. Los equipos de vigilancia, dirigidos por el subcomisario Hernán trabajan con eficiencia en jornadas agotadoras de 12 horas, evitando ser detectados tanto por las personas a quienes siguen y vigilan, como por los secuestradores.

Esa noche, a las 8:30 en el Hotel Caracas Hilton, se celebra una reunión a la que asistimos Carlitos, el Dr. Uzcátegui y yo. Se han tomado todas las medidas de seguridad. Nos reunimos en una habitación del hotel.

Tenemos en nuestro poder dos maletas traídas de Estados Unidos con potentes transmisores (beeper) incorporados. Están escondidos de tal manera, que se hace imposible detectarlos. Emitirá una señal que puede ser captada desde un vehículo o helicóptero a varios kilómetros de distancia.

Le entregamos las maletas a Carlitos; le mostramos cómo activar la batería del transmisor que tiene 8 días de duración y, después de muchos discutir, conviene en enviar el dinero del rescate dentro de las maletas.

De esta forma, una vez pagado el rescate y liberado el secuestrado, la policía podría ubicar a los secuestradores por la señal emitida a través del transmisor que llevan las maletas.

Los secuestradores piden a Carlos Gasperi que sirva de mediador para el pago del rescate

3 de junio de 1972

A las 7:00 p. m., Carlos Gasperi, amigo íntimo de Carlos Domínguez, cuyo teléfono está intervenido por la policía, recibe una llamada telefónica de los secuestradores. Una voz grave, pausada, le indica el lugar donde hay un mensaje para él. En una plaza pequeña cerca del Automercado Central Madelrense, en la urbanización El Marqués, recoge un pote vacío de jugos Yukery, en cuyo interior hay un mensaje; en éste le piden que sirva de intermediario para el pago del rescate. Regresa a su casa y a las 7:30 p. m., después de haber leído el mensaje, recibe una nueva llamada de los secuestradores. Carlos Gasperi accede.

La cinta grabada con la conversación telefónica es enviada a la DISIP. El comisario Fragachan, en su oficina a prueba de ruidos, trabaja sobre ella. La voz grave del secuestrador tiene lo que parece ser un ruido de fondo. Se escucha como si fueran olas batiendo sobre la playa.

Durante varias horas, Fragachan trata de identificar el sonido, es necesario comprar un equipo más sofisticado que reproduzca con mucha fidelidad la grabación. El sonido es identificado como un defecto en la respiración de secuestrador.

Carlos Gasperi se pone en contacto con Carlitos y lo informa de todo lo sucedido. Le entrega las dos maletas conteniendo los cinco millones de bolívares. Le ayuda a montarlas en su camioneta y lo acompaña hasta su casa. Esa noche el dinero dormiría en su casa. La interceptación telefónica y el seguimiento que se le hace a Carlitos, nos pone al tanto de todos los pormenores. Se establece una vigilancia desde el apartamento de un edificio que queda enfrente de la quinta donde vive Carlos Gasperi. Personalmente paso largas horas en vigilancia. Tememos que los secuestradores, o alguien que sepa que el dinero está allí, sin protección, asalte la casa. además de la vigilancia establecida, le damos protección al dinero... voy varias veces al puesto de observación a recoger novedades.

5 de junio de 1972

A las 11:00 a. m. Carlos Gasperi recibe otra llamada de los secuestradores, y le indican que recoja otro mensaje en el mismo sitio. En el mensaje le piden que se dirija a la ciudad de Maracaibo, donde se le darán nuevas instrucciones para el pago del rescate. El mensaje es muy detallado y muy complicado. Carlos Gasperi tiene miedo de las instrucciones tan difíciles de seguir.

A continuación copia del mensaje enviado por los secuestradores:

Sr. Carlos Gasperi: en ésta van las instrucciones que Ud. debe seguir meticulosamente para efectuar el pago del rescate:

1. Usted debe colocar el dinero en tres maletas de un mismo conjunto, bien ajustadas las maletas para que no se mueva dentro de ellas. Sobre las bolsas, cubriendo el dinero, colocará alguna ropa ligera de forma que no aumente excesivamente el peso de cada maleta. Las

maletas deben ser de material resistente y con muy buenos dispositivos de cierre; existen algunas a las cuales se les pueden colocar candados de seguridad. Esto con el fin de evitar que se abran accidentalmente o que cualquier maletero la abra clandestinamente. En todo caso, usted es el responsable por la seguridad del dinero, así que puede aplicar otras medidas adicionales a las que aquí le indicamos.

2. Usted debe tomar el primer vuelo que sale para Maracaibo el día martes 6 de los corrientes. Partirá del aeropuerto de Maiquetía. Previamente debe tomar las máximas precauciones para evitar seguimientos, etc., para no delatarse en los seguimientos tenga esto en cuenta. Igualmente, debe investigar previamente la ruta hasta el aeropuerto de forma que no estén registrando maletas. Lo mismo debe hacer en el propio aeropuerto.
3. Los pasajes debe comprarlos previamente; no los compre personalmente; mande a su hija u otra persona de su absoluta confianza.
4. En su traslado hasta el aeropuerto puede ir acompañado de familiares y amigos de absoluta confianza.
5. Para esto movimientos no utilice vehiculos propios o de amigos conocidos.
6. Lleve un pantalón de color gris claro y una guayabera del mismo color. Su señora debe llevar un traje color verde.
7. Al llegar a Maracaibo, hospédese en el Hotel D'Ascoli, cuya tarjeta le enviamos, el cual está situado en la avenida 17 (Rafael María Baralt), N° 76-40, Tf. 71304. Allí debe registrarse a su nombre.
8. En el hotel debe permanecer en condiciones de salir inmediatamente, pues se le hará una llamada telefónica a las 19 hs. (7 p. m.), preguntando por usted. Tan pronto tome el teléfono diga: "hola, es Carlucho". Nosotros responderemos: "hola, es de parte de Domingo". De inmediato se le indicará el lugar preciso al cual usted debe trasladarse inmediatamente para recoger un mensaje nuestro. Mientras menor sea el tiempo que gaste en apoderarse de nuestra nota, tanto más seguro será el procedimiento.
9. Apenas llegue a Maracaibo, proceda a alquilar un automóvil Volkswagen de color amarillo o azul. Esta operación

debe hacerla en Zuvuca, cuyo tf. es: 22233. El automóvil usted lo debe estacionar frente al hotel donde se va a hospedar.

10. En Maracaibo debe cerciorarse también de que no es seguido.
11. En el hotel usted debe mantener bajo permanente control las maletas.
12. Cuando salga a recoger nuestro mensaje, deje a su señora con las maletas y con las habitaciones bien cerradas con llave y una señal especial para cuando usted regrese de forma que su señora sepa que es usted quien llega.
13. Tan pronto usted reciba este mensaje, el señor Carlos Domínguez hijo debe convocar a los periodistas y declarar que "ya el dinero fue entregado a los secuestradores, quienes lo exigieron en dólares, libras esterlinas y pesos colombianos. No podemos revelar absolutamente ningún otro detalle pues estamos en espera de que nuestro padre sea puesto en libertad muy pronto".
14. Si ya el "compinche" del Sr. Carlos Domínguez recibió algunas cartas que le enviamos, utilicen de todas formas las claves que son indicadas allí. La referencia al Sr. John Pickereng tiene también validez para usted, en el caso de que las medidas aquí indicadas resulten improcedentes. Esta clave consiste en lo siguiente: si todas las vías para establecer enlaces entre ustedes y nosotros resultan interceptadas, ustedes pondrán por Noti-Rumbos y Radio Continente, un anuncio que debe repetirse en la mañana, a mediodía y en la tarde con el siguiente texto: "Se agradece al Sr. John Pickereng llamar al teléfono xxxxx para asunto que le concierne". Las xxxxxx serán sustituidas por un teléfono completamente seguro.
15. En el mensaje que se le dejará en Maracaibo, se anexará una nota del Sr. Domínguez, donde dice textualmente: "Todo listo para pagar", y firmado con sus dos firmas (la normal y la de conforme).
16. En caso de que se presente algún retardo en la llamada, usted debe permanecer en el Hotel D'Ascoli por lo menos hasta el miércoles 7 por la noche.
17. Le informamos que la salud y el estado de ánimo del Sr. Carlos Domínguez, son bastante buenos. Ha superado la afección gripal y tan sólo lo molesta ocasionalmente su tos

crónica. No deben preocuparse mucho por la atención que él requiere, pues estamos en capacidad de prestársela tan pronto como la necesite.

Díganle al "compinche" del Sr. Domínguez que esté pendiente pues de un momento a otro le puede llegar un mensaje que le enviamos por otra vía.

Les informamos que enviamos un primer mensaje por intermedio del médico de la familia. Creemos que fue interceptado así que desahuciamos esa vía. El mensaje constaba de una nota nuestra y otra del Sr. Domínguez para Héctor y la Sra. Ana, acompañado de una fotografía que cargaba en su cartera. Esto deben tomarlo en cuenta pues dentro de la policía abundan los que tienen apetencias por el cobro.

El Sr. Domínguez aspira a que en el curso de esta semana como máximo, sea todo resuelto. Igualmente nosotros aspiramos a que todo se resuelva con prontitud.

Pinto.

Nota importante: al realizar la entrega del dinero, entregue también las llaves de las maletas pues tan pronto se haga y se conforme el conteo, se enviará un mensaje para que se ponga en libertad, luego de unas 72 horas, al señor Domínguez. El será ubicado en lugar seguro de forma que pueda llegar sano y salvo hasta su casa. El único inconveniente que tiene actualmente es la pérdida de sus lentes.

Vale Pinto.

A la mayor brevedad posible se envía una comisión a Maracaibo al mando del subcomisario Arnoldo para que se alojen con mucha discreción en el Hotel D'Ascoli. Allí se prepara un operativo de observación. Arnoldo, auxiliado por dos funcionarios, observará todos los movimientos del hotel, tratando de detectar algo que lo ponga tras la pista de los plagiaros. Tanto Arnoldo como sus auxiliares pasan lo más desapercibidos posible, tratando de identificar a huéspedes y empleados del hotel. Toman fotografías desde maletines o paquetes con cámaras ocultas.

6 de junio de 1972

Mientras, en Caracas, Carlos Gasperi recibe a las 8:30 a. m. una llamada de los secuestradores. Noel Rodríguez (a) Beltrán, identificándose como William Houston, le pregunta sobre el mensaje del día anterior; Gasperi le dice que le digan al Sr. Domínguez que se busque otro mediador, pues él no quiere seguir actuando como intermediario. Beltrán lo presiona para que acepte, pero éste se rehusa en firme. Se rompe la transacción. Inmediatamente termina la conversación telefónica; Carlos Gasperi llama a Carlitos y le comunica su decisión.

A las 12:00 m. recibe llamada de Héctor Lemoine y Nelson Domínguez, diciéndole que lleve el dinero de nuevo a casa de Carlitos. Al día siguiente, Carlos Gasperi sale con su hijo en la camioneta y lleva las dos maletas. Desde la vigilancia establecida en el apartamento del frente, se observan todos los movimientos; los grupos de vigilancia que se encuentran en el área son alertados por los radiotransmisores. Siguen a la camioneta durante todo el trayecto hasta la casa de Carlitos y ven bajar de nuevo las maletas.

Los secuestradores inician un receso en las negociaciones y ya no se comunicarán más con los familiares del secuestrado en los próximos días. Pasará una semana hasta que se restablezca la comunicación.

7 de junio de 1972

Mientras tanto, en la baticueva, Domínguez lleva seis días secuestrado. A pesar de que lo han despojado de sus anteojos y de su reloj Rolex de oro, Domínguez se las ingenia para observar y percibir inteligentemente muchas cosas. Se da cuenta de que los días pasan, por las horas en las que le sirven las comidas. La baticueva está iluminada siempre y no puede distinguir si es de día o de noche; pero sabrá, por la frecuencia y tipo de comida, cuándo comienza y termina el día. En el desayuno dan siempre jugo, café y huevos hervidos. Cinco horas después llevan el almuerzo, el que puede pedir a la orden y escoger entre varios alimentos. Prefiere, generalmente, el

pescado. Le llevan dos ruedas de carite recién frito, arroz blanco, ensalada de vegetales y un vaso de leche. Seis horas más tarde llega la cena, compuesta frecuentemente de jamón frito, mermelada y jugo de pera. El jamón siempre está caliente, como acabado de freír. Esto le indicará a Domínguez que ha pasado un nuevo día. También le dirá que muy cerca del sitio de reclusión hay una cocina donde preparan sus alimentos. Al pedir las comidas, los guerrilleros encienden la luz del tablero y, media hora más tarde, cuando se la entregan, la baticueva se ilumina con una potente luz blanca, accionada desde fuera. Esta iluminación corresponde al sistema de señales que establece la comunicación de dentro hacia afuera y viceversa. Domínguez nota que está en un lugar húmedo, posiblemente bajo tierra. Sus zapatos comienzan a adquirir moho. También notará el zumbido de un extractor de aire. Nota que el espacio es muy reducido y que está separado de otro por una cortina de nylon. En esa otra sección, reducida también, casi siempre se encuentran sus captores, quienes usan máscaras todo el tiempo. El que más conversa con él, es Otilio; éste le administra diariamente sus medicinas, las mismas que tomaba en su vida normal. Domínguez se pregunta: ¿cómo sabrán las medicinas que yo debo tomar? Otilio le habla sobre sus afecciones coronarias; tanto sabe sobre el particular, que Domínguez cree que es un médico o un estudiante adelantado de medicina. Oye ruidos externos que le permitirán saber que está cerca de una carretera con gran fluidez de vehículos. El sábado y el domingo cruzan de 500 a 600 vehículos por hora. Nota también que se encuentra en una curva o pendiente, porque los vehículos pesados tienen que cambiar velocidades para impulsarse. Se pasa el día acostado y oyendo música de un radio que le han entregado sus captores. Trata de cambiar las estaciones, pero no lo consigue. El radio ha sido acondicionado para que sintonice una sola estación de música clásica ligera, el tipo de música que le gusta a Domínguez. La estación no tiene anuncios ni noticias de ninguna clase. Cómo sabrán que éste es el tipo de música que me gusta? ¿Habrà alguien muy cercano a mí, quien ha dado estas informaciones a los secuestradores?

Por Otilio se entera de la negativa de Carlos Gasperi a seguir actuando como mediador. deciden que él, de su puño y letra, haga una carta a su familia pidiéndole que obedezcan cuanto piden sus captores, pues de lo contrario pondrían en peligro su vida. Otilio sigue conversando con él y le explica que ellos no son delincuentes, sino que patriotas que luchan por cambiar las condiciones políticas en Venezuela. Conversan y hacen chistes. Domínguez le dice que también él fue obrero y que su fortuna es producto de duro trabajo. Llegan a simpatizar. Otilio le muestra sus armas; entre ellas un AK-47 de fabricación soviética. Le enseña una serie de nombres para que seleccione un nuevo mediador. Escoge al Dr. Héctor Lemoine. Ha pasado una semana desde que se paralizaron las negociaciones.

Carta de Domínguez a sus familiares

Sea leído por todos mis familiares.

Es lamentable que mis familiares, a quienes tanto quiero, me causen tantos perjuicios por su cantidad de comentarios, divulgando todo el proceso a que está sometido el problema que confronto. No sé cómo sabiendo todos que mi libertad depende de la discreción, hayan hecho tantos comentarios hasta hacer imposible que se haya llegado a un acuerdo entre mis cautivadores y el esfuerzo tan grande que ha hecho (imagino que Héctor y San Martí) para conseguir el dinero del rescate vigente, demostrando con ello la gran preocupación y el cariño que sienten por mí; y todo entorpecido por la cantidad de comentarios y divulgación de los secretos de todo un proceso que tenía que mantenerse en el mayor secreto. Todos esos amigos que me imagino que lo hacen inconscientemente –por no creer a ninguno de ellos capaz de desearme mal cuando sólo les he dado siempre cariño– ponen en serio peligro mi vida pues me afecta más el creer que haya alguien que me desee mal que todo el daño material que me puedan hacer mis captores. Por tal motivo les ruego a todos mantenerse prudentemente al margen de los acontecimientos y dejar que solamente ... sin excepción, se ocupe de manejar mis asuntos, sin hacerle ninguna clase de comentario de cómo marchan las cosas o en qué forma las está ejecutando. Tomen en cuenta

que de no haber sido por la cantidad de indiscreciones, ya estuviera yo en libertad hace varios días. En el momento, Dios me ha dado bastante fortaleza en esto y confío en El para que pueda salir con felicidad de este trance de mi vida. Si desean hacer algún bien por mí, es unirse todos y pedir a las autoridades que cesen por completo la vigilancia policial, pues mientras ésta continúe no será posible que se llegue a ninguna transacción. Han de saber que mis captores forman una organización con ideales capaces de defenderlos hasta lo último, cuentan con bastante información como para saber cuándo están sometidos a vigilancia policial y, no sé por cuál vía logran informarse de muchos detalles e indiscreciones que se cometen allá. Les advierto que los mencionados secuestradores actúan en una forma que demuestra como único deseo, obtener el rescate y hasta han estado obrando con bastante magnanimidad. No quisiera que esta situación dure más de lo que ya se ha prolongado pues nunca se sabe hasta dónde es posible aguantarse este tipo de situaciones. Hasta el presente, a pesar de que me puse enfermo cuando vine aquí, me han prestado toda clase de atenciones, medicinas y están constantemente conmigo, me cuentan cuentos y hacen todo lo posible para hacer más llevadera mi situación. Los saludo a todos y reciban los mejores deseos de quien los recuerda con mucho cariño, me hacen mucha falta. La bendición para los morochitos, María Eugenia y Nora:

Carlos S. Dominguez Ch.

Nora: no te imaginas cuánto sufro pensando lo que debes estar padeciendo; espero, Dios mediante, que muy en breve termine esta situación para estar allí. Recibe mis cariñosos y afectuosos abrazos de tu esposo:

Carlos
07-72

Operación teléfonos monederos

Desde el Centro de Control Telefónico, donde hay un grupo de funcionarios que trabajan 24 horas, tratan de ubicar el teléfono desde donde los secuestradores hacen llamadas. Se logra ubicar la zona desde donde hicieron los últimos

telefonemas: la Urbanización El Llanito; se sabe también que los realizaron desde teléfonos públicos. Se programa una operación para tratar de detectar a los secuestradores en el momento en que efectúan llamadas telefónicas y así seguirlos con la esperanza de que nos lleven al sitio donde tienen secuestrado a Domínguez.

En cada teléfono monedero se pondrían dos hombres que se situarían como a unos setenta metros del teléfono; tendrían un vehículo y un transmisor portátil. El teléfono de la familia Domínguez estaba intervenido por la Oficina de Control Telefónico. Así, si se producía una llamada de los secuestradores, la Central de Control, donde también había un equipo de transmisiones, llamaría y alertaría a los funcionarios que estaban en la operación telefónica; éstos seguirían a la persona que en esos momentos hacía llamada desde uno de los teléfonos monederos de la zona vigilada.

La dificultad era que en El Llanito había 23 teléfonos monederos. Si ponían dos hombres por cada teléfono en turnos de 7:00 a. m. a 4:00 p. m. y de 4:00 a 12:00 p. m., se necesitarían 46 hombres por turno. Es decir, un total de 92 funcionarios. También usarían 30 vehículos, entre autos y motos y 23 equipos de transmisiones. La operación era difícil para la cantidad de hombres y equipo disponible en la policía. Muchos funcionarios estaban en otras actividades; además, para no echar a perder la operación, se necesitaban hombres experimentados en el difícil arte del seguimiento y la vigilancia. Había una alternativa: reducir el número de teléfonos; fueron dañados diez teléfonos, reduciéndolos a trece. La operación se mantuvo por cuatro días, sin resultado alguno.

El único incidente fue cuando la central captó una llamada al teléfono de la familia Domínguez, en la que una mujer decía que era novia de uno de los secuestradores y que deseaba cooperar con la familia para ayudar con la liberación del secuestrado. La central telefónica alertó en seguida al equipo de vigilancia cercano al teléfono de donde se hacía la llamada, procediendo de inmediato a seguir a una mujer joven, de unos 23 años, que estaba hablando en ese momento desde uno de los teléfonos monederos. La mujer fue seguida a su domicilio, que

resultó ser uno de los edificios cercanos al teléfono. Se le montó vigilancia estacionaria. Al día siguiente, a las 8:00, la mujer salió de su apartamento y, tomando su carro, se dirigió a una barbería situada en la Urbanización Chacaíto.

Después de una serie de investigaciones que no conducían a nada se decidió detener a la mujer para interrogarla. Resultó ser una sicópata, de esas que siempre aparecen en los casos sensacionales. Todo el esfuerzo de investigación y vigilancia resultó en vano.

12 de junio, 7:00 a. m.

Sr. Carlos Domínguez, hijo:

- 1) Empezamos señalándole que lo que aquí se dice sólo debe ser de conocimiento suyo. esperamos que al leer las cartas de su padre quede convencido de que tenemos información de que la policía piensa meter dentro de las pacas de billetes un diminuto transmisor plano; revise bien las pacas -porque de encontrar algo anormal en los billetes procederemos a hacer justicia. Ratificamos aquí las amenazas que hacíamos en la primera carta.
- 2) Este es el último intento de cobro. No puede fallar. Así es que usted mismo va a escoger una persona de su absoluta confianza y no sospechoso para la policía. Debe exigirle estricta discreción.
- 3) Su papá sugiere que usted hable con una de las siguientes personas para que acepten el encargo de entregar el dinero: Héctor Lemoine, que tiene su clínica en el edificio Mara Av. Liora, El Paraíso, en la planta baja. A nosotros nos parece que éste sería buen candidato; otro sugerido es el Sr. Maneiro (gerente Banco). Con cualquiera de ellos usted debe comunicarse para hacerle saber ésto. Sugérimos que usted mejor les escriba una amplia carta explicándoles las condiciones y las formas de efectuar el pago. Lo otro sería que usted utilizara al propio Sr. Maneiro para que le sirviera para hablar con esta gente.
- 4) En cualquier caso el pagador deberá estar con el dinero a partir de las 6 y 00 p. m. de hoy lunes 12 (a las 18 horas) en la clínica del Dr. Héctor Lemoine, allí recibirá una llamada. Preguntaremos por Héctor Lemoine y a éste le

diremos que es de parte de Diego Martinelli y le daremos una dirección que debe anotar y donde encontrará una nota con la ruta que debe seguir para entregar el dinero. Esa nota debe ir a recogerla directamente el "pagador", ya con el dinero dentro del carro. Debe ir rápidamente. El Dr. Lemoine, al decirles nosotros que es Diego Martinelli, debe decir: "lo estaba esperando".

- 5) El dinero debe sacarse secretamente de donde está y colocarlo en la maleta del carro del "pagador". Debe estar dentro de dos cajas con igual cantidad. Cuando el pagador llegue a esperar donde el Dr. Lemoine, ya debe llevar el dinero dentro. Debe esperar allí desde las 6 y 00 p. m. hasta las 10 p. m.
- 6) El pagador debe ir vestido de pantalón azul y camisa blanca. El carro al llegar a la dirección para recoger la nota debe prender la luz de cruce izquierda, cerrar los vidrios y trancar el carro, debe dejar la luz baja encendida. Al regresar al carro, apaga la luz de cruce y enciende la luz de adentro y procede allí a leer la nota. Debe ir solo y debe cumplir las instrucciones al pie de la letra.
- 7) Ustedes deberán advertir directamente al Dr. Lemoine de la naturaleza de la misión que va a cumplir. A) Si es que va a ser simplemente el receptor de la llamada que debe transmitir al pagador que estaría allí; y B) si además de recibir la llamada él va a proceder a pagar. Cualquiera que sea el pagador debe dominar bien su papel y hacerlo con serenidad.
- 8) No use las claves que le pone el Viejo, ya resultan sospechosas. Use ésta: "Estoy dispuesto a entregar personalmente los 5.000.000 en Europa en la moneda que quieran los plagiarios".
Esto indica que todo está listo y que va a cumplirse de acuerdo a los planes. Declare por Rumbos y Continente. No se olvide de que hay muchos policías tras este caso y muchas caras están chequeadas y muchos de sus amigos están vigilados; por eso todo debe hacerlo discretamente, bien pensado e ingeniándose para burlar a la policía. Ellos están dispuestos a impedir que se pague, necesario es despistarlos.
- 10) Una vez hecho el pago usted debe seguir manteniendo que no ha hecho contacto, hoy mismo usted debe mantener

eso. Su padre quedará en libertad 72 horas después de entregado el rescate. Nada debe informar a la policía de donde se entregó el rescate. De esto lo hacemos responsable a usted y al pagador.

- 11) Como despiste declare usted públicamente: "Nombré como mediadora a una religiosa que está dispuesta a entregar el dinero a los secuestradores"; esto indicará solamente que usted recibió el mensaje y lo hace tan pronto el mensaje llegue a sus manos.
- 12) Si usted descubriera que la policía está al tanto del plan debe declarar en rueda de prensa: "Informo a la radio que recibí un mensaje de los secuestradores donde dicen que mi padre está gravemente enfermo". En este caso usted debe enviar a una persona desconocida por la policía que ponga un aviso por "Rumbos", diciendo: "al Sr. tal (nombre) se le perdieron dos perritas pekinesas, se agradece a quien las encuentre llamar al teléfono tal (número), será gratificado con Bs. 100". Así nos indica nombre y teléfono de persona que podamos usar de mediadora posteriormente. Utilizaremos el mismo nombre de Diego Martinelli.
- 13) Con la primera nota del pago del rescate va a encontrar como seña un documento de identidad de su padre. Puede ver también una tarjeta de él con dos firmas. Si no encontrara ninguna de estas señales, **no siga**.

ESPERAMOS QUE TODO SE CUMPLA CON DISCRECION.

Diego Martinelli
Venezuela 72

Cobro del rescate

12 de junio de 1972

A las 10:45 a. m., José Rafael Arévalo Méndez, amigo íntimo de Domínguez, recibe una llamada telefónica en el negocio de su propiedad: "Su Repuesto". Le dicen que encontrará un paquete de cartas, cerca de su negocio. El paquete contenía un sobre para Carlitos, uno para J. R. Arévalo y un sobre para

Carlos Maneiro, Gerente del Banco Latinoamericano de Venezuela, sucursal San Martín.

Mientras los guerrilleros hacían los preparativos para el cobro del rescate, en el comando antisequestro la policía estaba interrogando a una persona que se presentó voluntariamente para decir que un grupo de amistades suyas la habían llevado a una casa en El Paraíso, donde tenían secuestrado al industrial Domínguez, para que ella, enfermera, le pusiera dos inyecciones. No sabía con exactitud la localización de la casa, pero sí la zona. Después de perder dos días con la enfermera y haberla sometido a la prueba del detector de mentiras (polígrafo) se llegó a la conclusión de que era otra sicópata. Sin embargo, la información que dio señalaba una casa, donde se reunían habitualmente elementos de izquierda; por lo tanto, se estableció vigilancia estacionaria desde un apartamento de enfrente, desde donde se tomarían fotografías operativas de todos los visitantes y de las personas que allí vivían. La casa estaba situada en San Rafael de La Florida, como a cincuenta metros de una escalinata que comunicaba esa calle con otra que pasaba por arriba. Como coincidencia inexplicable los secuestradores, entre tantos lugares de la ciudad, escogieron este sitio vigilado por la policía para cobrar el rescate. La policía presencié todas las actividades del cobro del rescate, pero no lo notó sospechoso; solamente cuando el Dr. Lemoine dijo el sitio exacto donde se había pagado el rescate fue cuando los funcionarios vigilantes supieron que las actividades presenciadas habían sido el cobro del rescate.

12 de junio de 1972

Después que José Arévalo Menéndez encontró los mensajes que le enviaron los guerrilleros, los entregó a los destinatarios. En el mensaje de Carlitos se le daban instrucciones para que escogiera un intermediario entre varios nombres.

Héctor Lemoine le parece el más indicado. El Dr. Lemoine es un odontólogo de unos 37 años, bien parecido, discreto y muy amigo de la familia; tiene la ventaja de que es piloto y posee su propia avioneta.

Desde un teléfono público, Carlitos lo llama a su consultorio. Le explica someramente la petición de los secuestradores y Lemoine accede a servir de intermediario.

En estos momentos, y debido a las demás circunstancias y demora de comunicación de los secuestradores, Carlitos decide que se pague el rescate sin comunicárselo a la policía. No muestra el mensaje que le han enviado. Dentro del garaje de su casa pasa el dinero de las maletas a dos cajas de cartón, poniendo en cada una de ellas Bs. 2.500.000 y las cierra aseguradas con soga. Las introduce en el maletero de su carro y, sabiendo que está sujeto a vigilancia, penetra con su carro en la residencia de Lemoine; las paredes que hacen de cerca y rodean el jardín no permitirán ver desde fuera cuando baja de su carro las dos cajas y se las entrega a Lemoine.

Le muestra la nota de los secuestradores y ultima los detalles para proceder al pago del rescate. Son las 4 p. m.

Mientras, los guerrilleros tienen a su personal en alerta para efectuar el cobro del rescate, si todo se presenta sin dificultades.

El lugar ha sido escogido cuidadosamente y la operación ensayada con minuciosidad. De nuevo será una operación conjunta FALN-BR. Han tenido buen cuidado de que ninguno de los participantes del cobro del rescate sepa dónde se encuentra Carlos Domínguez. Así, si son capturados en el momento del cobro, que siempre es la parte más débil de una operación de secuestro, no podrán decir el paradero del secuestrado.

El lugar seleccionado es la calle San Rafael de La Florida, donde están las escalinatas que descienden hasta la calle Maturín. La escalinata que une las dos calles tiene unos 70 peldaños. Es una escalinata de concreto muy pronunciada. El sitio escogido es ideal, pero lo que los guerrilleros no saben es que a unos 50 metros del lugar escogido, la DISIP tiene montado un operativo de vigilancia. Dentro de un apartamento, cuatro funcionarios vigilan una casa, que erróneamente suponen tiene conexiones con el secuestro. Es la casa que la enfermera sicópata ha denunciado como lugar de reunión de los secuestradores.

Sonia y El Ciego Bonilla serán los encargados de poner las estafetas para que el pagador las recoja y siga las instrucciones. Las estafetas han sido previamente escritas, limpiadas de huellas digitales y puestas en potes de jugos y cajetillas vacías de cigarrillos. Los lugares donde se pondrán han sido seleccionados con anterioridad. La operación ha sido ensayada.

Raúl será responsable de toda la operación del cobro del rescate. Florindo, Segundo, Brito y Regis formarán el grupo de BR; el Catire Morales, el Negro Jimmy y una mujer no identificada, actuarán por el FALN. Las actuaciones de cada uno han sido cuidadosamente ensayadas y cada uno conoce sus responsabilidades.

Los carros han sido revisados y puestos en óptimas condiciones. Un Ford Fairlane 500 verde botella, modelo 1969, recogerá el rescate. Un Fiat 125, blanco special modelo 1971; un Ford Cortina, azul y un Fiat 2300 rojo oscuro, serán los carros que actuarán de protección a la entrega y posterior movilización del dinero. Un Mercedes Benz azul oscuro, también participará en la operación.

El armamento, subametralladoras y pistolas, ha sido distribuido. Los guerrilleros esperan la orden de Raúl para movilizarse a sus posiciones.

Algunos de los guerrilleros que participarán en el cobro del rescate tomaron parte en la captura de Domínguez.

13 de junio de 1972

6:00 p. m. Carlitos, según las instrucciones recibidas, declara por Radio Rumbos que está dispuesto a pagar el rescate en cualquier país de Europa. Estas declaraciones tienen un doble motivo: primero, es la señal de que se acepta lo indicado en el mensaje y, segundo, tiene la finalidad de despistar a la policía. La declaración desata la operación de los guerrilleros destinada al cobro.

6:40 p. m. Los secuestradores se comunican con el Dr. Lemoine y le dicen dónde encontrará una estafeta con instrucciones. Encuentra las instrucciones. Le indican que se dirija a la Plaza "Rubén Darío"; allí, al pie de la estatua encontrará

nuevas instrucciones dentro de una caja de fósforos medio aplastada. Hace todo lo que le indican. Mientras, es vigilado por una mujer del FALN que conduce un Mercedes Benz azul oscuro. La mujer deja el sitio de observación y la relevan de la vigilancia Florindo y Sonia, en un Ford Cortina azul. Lo siguen hasta la avenida Las Acacias. Al comprobar que el Dr. Lemoine sigue las instrucciones al pie de la letra, el Ford Cortina lo adelanta y se dirige a la avenida Las Palmas a la altura de la línea de taxis, para dar aviso que todo va bien y que el pagador llegará al lugar donde pagará el rescate.

En la calle Maracaibo de La Florida, el Catire Morales y Brito ocupan un Ford Fairlane 500 modelo 1969, color verde botella. Lo acompaña Regis. Cerca del sitio, actuando como carro de protección, está un Fiat 2300 rojo oscuro, ocupado por Raúl, Segundo y el Negro Jimmy. Los guerrilleros portan pistolas y subametralladoras para proteger la operación.

Llega el Dr. Lemoine y estaciona su carro en la parte de abajo de las escalinatas que dan a la calle Maturín. Al llegar enciende las luces, según lo convenido. Bajan las escaleras, ametralladora en mano, Brito y el Catire Morales, que ayudan al Dr. Lemoine a subir las cajas que contienen el dinero. Introducen las cajas en el Ford Fairlane. Después de recibirlas, se desplazan por la calle Maracaibo, vía avenida Boyacá, hacia el este. Bajan por el distribuidor de Altamira y, antes de llegar a las dos plazas, frente al cine Don Bosco, le entregan a la mujer del FALN (no identificada) una de las dos cajas. La introduce en el Mercedes Benz y se marcha. En la Plaza, cerca de la clínica Avila, esperan Anzoátegui y un miembro de BR (no identificado) en un Fiat 125 Special, modelo 1971. Allí le entregan la otra caja.

Después de la distribución del dinero, Regis y Raúl, en el Ford Fairlane verde, se dirigen a un garaje en la California Norte. A Brito lo espera Florindo en el Ford Cortina azul para dirigirse a la casa del primero.

Una vez escondidos los carros y guardadas las armas, todos los miembros de BR y del FALN recibieron la orden de “enconcharse”; es decir, no salir a la calle por un tiempo.

Después de haber pagado el rescate, el Dr. Lemoine acude a la DISIP donde se le entrevistó y relató los pormenores de la operación. Entrega las estafetas e inclusive los potes y las cajas de fósforos que las contenían.

Liberación de Domínguez

15 de junio de 1972

Han pasado dos días del pago del rescate. Los familiares de Domínguez esperan con impaciencia. También en la policía se espera que aparezca el secuestrado para iniciar una serie de operaciones, pesquisas e investigaciones. El verdadero trabajo comenzará cuando se produzca la liberación del plagiado. Entonces se podrán procesar una serie de pistas y, lo más importante, interrogar al testigo principal: Carlos Domínguez. Después, la gran operación para esclarecer el hecho y capturar a los culpables.

En las dos últimas semanas sólo he ido dos veces a mi casa. Cuando he dormido lo he hecho con un transmisor al lado de mi cama. En la DISIP, en el tercer piso tengo una habitación amueblada, con aire acondicionado; allí descanso, me baño y me cambio de ropa.

A las 3:00 p. m. del día 15, los preparativos para liberar a Domínguez se han puesto en marcha.

Los captores informan a Domínguez desde el mismo día que se pagó el rescate, que será liberado. El primer día lo pasa esperanzado, bien de ánimo y conversa animadamente con Otilio; se han hecho amigos y se cuentan chistes. Este le dice que lo liberarán al día siguiente. Domínguez almuerza con apetito, sonríe y le dice a Otilio que en los 14 días de cautiverio, comiendo tres veces diarias y pagando por el "motel" 5 millones de bolívares, cada comida le sale a Bs. 119.047.01 (unos \$ 29.700). En dos ocasiones ha visto a los guerrilleros sin máscara, pero como no tiene lentes, le es imposible captar sus rasgos fisonómicos.

El día programado para la liberación, Domínguez está deprimido, sin deseos de comer; teme que lo vayan a matar. ¿No

ha sucedido así en otros secuestros? Sin embargo, trata de apartar estos pensamientos de su mente. Cuando habla con los guerrilleros muestra buen espíritu. Pide afeitarse y le llevan jabón de afeitar y hojitas nuevas. Se afeita y se asea un poco en el lavamanos. Vuelve a acostarse en su pequeña cama y trata de dormir. El día pasa monótono y lleno de malos presagios. Llega la noche y nada sucede. Toma sus pastillas y vuelve a dormir. A las 2:30 de la madrugada lo despiertan, lo inyectan con un coctel de drogas muy fuerte. ¿Vendrá la libertad o la muerte? Sus pensamientos se nublan por efecto de la droga. Observa los preparativos de los guerrilleros, los ve entrar y salir de su cautiverio. Empieza a flotar y todo comienza a distorsionarse. Pierde el conocimiento.

Raúl, responsable de la operación, llega a la baticueva acompañado de Track. Ya no importa que Raúl conozca la ubicación del sitio de reclusión. Las operaciones de intercepción y cobro del rescate donde ha participado han salido bien. Ahora Otilio lo había encargado de la liberación del secuestrado y le había revelado la ubicación de la baticueva.

Entre Otilio, Track y Raúl cargan a Domínguez; lo sacan del agujero de la pared con mucha dificultad, pues está completamente inconsciente. Bajando la pendiente lo llevan y lo introducen en el Ford Fairlane verde 500; lo sientan en el asiento de atrás. En el maletero del carro llevan una colchoneta vieja y también la cortina de nylon que dividía en dos secciones la baticueva.

Llegan a Los Teques y siguen por la carretera Panamericana. A esta hora el tránsito es muy escaso; casi no se ve ningún vehículo. Llegan al desvío que conduce a la carretera que bordea la alcabala, lo toman y pasan por detrás de la misma, rodeándola. Unos kilómetros más adelante salen de nuevo a la Panamericana rumbo a Caracas. En Caracas, llegan a Valle Abajo, frente a un taller mecánico. Este sitio se divisa desde un *penthouse*, en el que vive el guerrillero Ramón Omar Gutiérrez, desde donde se vigila la operación.

Domínguez sigue inconsciente. Los guerrilleros echan el colchón al suelo y lo acuestan en él; por último, lo cubren con

el nylon y abandonan rápidamente el lugar. La operación secuestro ha terminado para los guerrilleros.

Domínguez tarda media hora en despertarse. Está sucio, mareado y no sabe exactamente donde se encuentra. Son las 4:30 a. m. y no circulan carros. Trata de detener a los pocos vehiculos que transitan, pero ninguno para; por su aspecto, piensan que es un borracho. Por fin, uno se detiene. El chofer le pregunta si se siente bien; le contesta que sí, pero que necesita ayuda. Le dice que él es Domínguez, el secuestrado. El chofer lo reconoce por las fotografías de la prensa, lo invita a subir y lo lleva a una línea de taxis: los guerrilleros han puesto 20 bolívares en uno de sus bolsillos. Domínguez se identifica con el taxista y le da su dirección. El taxista le conduce hasta la Quinta Anácar, en El Paraíso; llega a su casa a las 5:00 a. m.

Mientras esto sucede, yo me encuentro durmiendo en la DISIP; a las 6:00 a. m. recibo llamada del director, Dr. Remberto Uzcátegui, comunicándome que Domínguez ha sido liberado por sus captores. Inmediatamente me visto y me dirijo hacia la residencia de Domínguez, en El Paraíso. Al llegar, me recibe Carlitos, quien no me deja hablar con su padre, alegando que está muy cansado y se encuentra durmiendo. Cruzamos unas palabras y fuertemente le reclamo el derecho que tengo a interrogar al secuestrado. Por último, acuerdo que tan pronto Domínguez descanse y se recupere se trasladará a la DISIP para ser entrevistado.

7

Operaciones especiales después de la liberación de Domínguez

Al llegar de nuevo a mi oficina, organizo todo para empezar a trabajar. Las dos primeras acciones serán: hacer pesquisas en el área donde los guerrilleros dejaron a Domínguez y en el sitio donde se pagó el rescate. Las primeras pesquisas estarán a cargo del comisario José Antonio González. Las segundas las llevará a cabo el comisario Tito Vera Ruiz, ambos funcionarios de la PTJ.

El comisario González llega al sitio donde dejaron al secuestrado. Por lo temprano de la hora en que lo dejaron, no encuentran ningún testigo. Sin embargo, recuperó la colchoneta donde lo acostaron y el plástico con que lo cubrieron. Trasladaron ambas evidencias al comando para someterlas a experticias y, posteriormente, trabajar sobre ellas. Con la colchoneta no se pudo hacer nada. Era una colchoneta muy vieja, del tipo más corriente y no se halló ninguna pista para conducir la investigación posterior. En cambio, el nylon fue objeto de largas experticias. Tenía un diseño fácilmente identificable por sus fabricantes en Maracay. Estos informaron que habían fabricado 800 metros de ese material, vendidos a

varios comercios de los alrededores. Se visitaron todos los negocios pero, como hacía mucho tiempo de su fabricación y venta, no se acordaban de ninguna persona específica a quien se le hubiera vendido un pedazo. Después de muchas horas de trabajo no se llegó a pista positiva.

Pesquisas en el área del cobro del rescate

Mientras tanto, las pesquisas en el área del pago del rescate, hechas por el comisario Vera Ruiz con diez funcionarios de PTJ, sí arrojaron algunas pistas que nos costaron varios meses de trabajo. Todas las casas de la vecindad, en un área de 100 metros a la redonda del sitio donde se pagó el rescate, fueron encuestadas. De las entrevistas a los vecinos de la zona, uno se acordó que el día anterior al pago del rescate, un Ford Fairlane 500, modelo 1969, color verde, en horas de la tarde, había estado estacionado bloqueando la entrada de su garaje. En éste estaban dos personas a quienes les pidió que movieran el auto para poder salir. Ellos accedieron y lo quitaron del paso.

Tres muchachos que vivían cerca del sitio donde se realizó el pago recordaban que la noche del día 13, como a las 8:00, mientras estaban en la parte de arriba de la escalinata de la calle Maturinge la Florida, llegó un Ford Fairlane 500 color verde, modelo 1969, con dos o tres personas en su interior, quienes bajaron las escalinatas y ayudaron a subir unas cajas e introducirlas en el Ford. Los muchachos eran conocedores de autos y observaron bien el vehículo; les llamó la atención unas platinas que tenía el auto, con características muy especiales. Notaron que la pintura verde botella era la pintura original y que estaba bien conservada, como si el vehículo pasara mucho tiempo bajo techo. Ni ellos ni los propietarios del garaje que habían visto el carro el día anterior, pudieron identificar a nadie cuando se les mostraron los álbumes de retratos de guerrilleros en la DISIP. Sin embargo, su ayuda y las informaciones obtenidas sobre el automóvil, nos condujeron a una investigación que se prolongó por seis meses. Inmediatamente después de obtener estos datos, una comisión mixta DISIP-PTJ se trasladó a la ciudad de Valencia y, en la ensambladora Ford

revisó los archivos y averiguó cuántos automóviles Ford Fairlane 500, modelo 1969 y de color verde se habían ensamblado y distribuido. Se inició una minuciosa labor de visitas a los distribuidores Ford, en toda Venezuela. Se pudieron localizar cientos de automóviles vendidos de ese tipo, así como a sus propietarios. Se investigó por espacio de seis meses sin resultado alguno. Por otro lado, se alertó a las delegaciones de DISIP y PTJ en toda Venezuela para que detuvieran a todos los vehículos que presentaran sus características e identificaran a las personas que iban en él; en caso de cualquier sospecha, deberían detener a sus ocupantes y llamar al Comando Antisecuestro para trasladarlos e interrogarlos. Esta operación que, como ya dijimos fue larga, tampoco dio resultado.

Mientras estas operaciones marchaban, las personas asignadas al caso Domínguez trabajan sin cesar. Los equipos de seguimiento y vigilancia del subcomisario Hernán, mantenían bajo vigilancia a muchos sospechosos. Los informantes del subcomisario Arnoldo trataban de encontrar informaciones positivas acerca del secuestro. Los analistas del subcomisario Francisco las revisaban y comparaban, tratando de encontrar algo que los condujera a determinadas pistas.

Operación máquina de escribir

El comisario Dimas Olivero, experto en grafología y escritura a máquina, trabajaba sobre la escritura de los mensajes de los secuestradores. Su experiencia arrojó el siguiente resultado:

1. Los mensajes habían sido escritos en una máquina portátil marca "Adler".
2. En todos los mensajes aparecía una "q" superpuesta. La letra podía quedar superpuesta por dos motivos:
 - a. Que la máquina estuviera defectuosa y no la marcará bien, teniendo el mecanógrafo que remarcarla y en este caso quedaba (vista al microscopio) superpuesta.
 - b. Que el mecanógrafo tuviera un defecto en el dedo y esto no le permitiera marcar con fuerza la letra, teniendo que remarcarla.

Conocidos estos datos, se inició una operación consistente en recopilar todas las cartas y documentos incautados a guerrilleros por las policías a lo largo de los años, escritos a máquina. Se recogieron cartas y documentos en la DIM (Dirección de Inteligencia Militar) en el MRI (Ministerio de Relaciones de Inteligencia Militar) en los TOA (Teatro de Operaciones Antiguerilleras) y en los archivos de la DISIP. Estos documentos fueron clasificados por los analistas y enviados al comisario Dimas Olivero, para tratar de encontrar una máquina portátil "Adler", con la "q" superpuesta en la escritura de documentos. Fueron varios miles de documentos sometidos a experticia.

Vigilancias y seguimientos

Las operaciones de los primeros días se hicieron contra reloj. El tiempo de trabajo de los funcionarios, sobre todo de los equipos de seguimiento y vigilancia, no se podían prolongar por mucho tiempo.

Convoqué a una reunión a los jefes de las divisiones generales y se hizo una evaluación de la situación. Se analizó lo que se había logrado y se fijaron los objetivos a alcanzar.

Preparé un plan de trabajo general y se establecieron nuevas responsabilidades.

El subcomisario Hernán, con su equipo de seguimiento y vigilancia seguiría vigilando sospechosos. Sus objetivos principales eran los familiares de los secuestrados. Por las entrevistas efectuadas a Domínguez teníamos la sospecha de que uno de sus familiares más allegados estaba involucrado en el secuestro. Esta sospecha estaba fundada en que los secuestradores sabían exactamente de su enfermedad coronaria y de los medicamentos que debían administrársele.

En interrogatorios que se le hicieron a Domínguez, éste recordó que en una ocasión los secuestradores le preguntaron sobre unas rayas de adorno que él había mandado a pintar en un auto Javelin que le había regalado a una de sus amantes. Este detalle tan preciso sólo lo podía saber la dueña del Javelin y las personas del taller donde se había efectuado el trabajo. El taller era propiedad de su hijo (ilegal) Carlos Bolívar (apellido materno).

Los hombres de Hernán Reyes estuvieron varios meses siguiendo y vigilando a Carlos Bolívar y a varios de los empleados del taller, sin ningún resultado.

- Los teléfonos de los sospechosos seguían intervenidos. La grabación de sus conversaciones era analizada y sus resultados sintetizados. Después de leerlos eran archivados para futuras consultas.
- La operación de la búsqueda del Ford Fairlane 500, verde, modelo 1969, con las platinas especiales, se extendió a nivel nacional. Todas las oficinas de la DISIP y PTJ, a lo largo del país, recibieron la orden de buscar el Ford y detener a sus ocupantes.
- Se detuvieron cientos de carros y una vez, según se supo después, fue detenido el carro buscado. Los funcionarios de la PTJ que efectuaron la detención no notaron sospechosos a los ocupantes y los dejaron continuar.
- El subcomisario Arnoldo hacía una búsqueda permanente de información a través de sus informantes. Toda la información obtenida era enviada a la División de Análisis para compararla con informaciones obtenidas por otros medios y, de esta forma, evaluarlas.
- El comisario Dimas Olivero, experto grafotécnico de la PTJ, seguía haciendo la experticia a los miles de documentos escritos a máquina e incautados a los guerrilleros en otros casos. Buscaba la escritura de una máquina de escribir portátil marca "Adler", cuya letra "q" apareciera superpuesta. Los mensajes enviados por los secuestradores mostraban esta peculiar característica. Diariamente, con paciencia y diligencia, revisaba decenas de documentos.
- Todas las informaciones procedentes de investigaciones, pesquisas, vigilancias, intercepciones telefónicas, etc., se analizaban y se archivaban. Diariamente me enfrascaba en la lectura de los recaudos, con la esperanza de encontrar una pista que me orientara en la investigación.

Interrogatorio a Domínguez y búsqueda de la baticueva.

El Comando Antisecuestro era todo actividad. Tenía que organizar el personal y señalar las comisiones para mantener control sobre todo lo que se estaba realizando. Ahora que ya estaba liberado el secuestrado podíamos actuar abiertamente. Contaba con personal experimentado que sabía lo que tenía que hacer y no me fue difícil delegar responsabilidades.

Las pesquisas en el área donde dejaron al secuestrado y en el sitio donde se pagó el rescate comenzaron de inmediato. Comisarios con mucha experiencia, como José Antonio González y Tito Vera Ruiz, comenzaron su labor y, personalmente, dirigieron y organizaron las comisiones.

Relevé momentáneamente al subcomisario Hernán Reyes de su trabajo de seguimiento y vigilancia y lo puse a trabajar directamente conmigo para que me ayudara a organizar las comisiones.

A la 1:30 p. m. llegó Carlos Domínguez a la DISIP, acompañado de su hijo Carlitos. Domínguez viste camisa blanca sport, de manga corta y pantalón gris claro. Por primera vez pongo mi vista en él. Es un hombre de mediana estatura y de fuerte complexión; su cabello blanco y su cara arrugada me dicen que tiene 70 años, pero al conversar con él, luce mucho más joven. Extrovertido y lleno de dinamismo, se expresa con serenidad y aplomo, intercalando chistes y frases humorísticas en su conversación. Su forma de hablar es agradable y da la sensación de franqueza al responder las preguntas que se le formulan.

Lo pasamos a la oficina del director. Allí comenzamos la entrevista preliminar. A la misma asisten el director de la DISIP, Dr. Remberto Uzcátegui, el director de la PTJ, Dr. Juan Martín Echeverría, y yo.

En la entrevista preliminar, en estos casos, se deja al entrevistado que narre la historia libremente, sin presiones ni preguntas; posteriormente se le formulan las preguntas que ampliarán la narración.

Una grabadora Uher con cinta de ocho horas, capta la historia. Domínguez narra su odisea desde la captura hasta su liberación. Se interrumpe varias veces para descansar o para ahogar la emoción que le trae el recuerdo. Habla desde las dos hasta las cinco de la tarde. Tres horas de grabación en su primera entrevista.

Explica cómo fue capturado en el callejón Monteverde, cómo le inyectaron una droga y cómo lo llevaron y lo cambiaron de vehículo varias veces; cómo, al llegar al sitio de reclusión, lo subieron por una pequeña pendiente empantanada porque había llovido. Lo introdujeron en una casa y allí lo metieron por un agujero al lugar que sería su sitio de reclusión durante dos semanas. Describió con bastante fidelidad el sitio donde estuvo recluido, teniendo en cuenta que le quitaron sus lentes y su visión era muy limitada. Describió el plástico que dividía en dos su pequeña habitación. Los extractores de aire, su cama, la mesa en que se sentaban los guerrilleros; la máquina de escribir donde escribían algunos mensajes. Recuerda que es pequeña, portátil y de color gris. Se dio cuenta, por la humedad y el moho de sus zapatos, que estaba bajo tierra y por las paredes recién frías, que la habitación está recién construida. Describió sus alimentos y la frecuencia con que se los daban. Explicó que el sitio está cerca de una carretera con tránsito denso, que se intensifica los fines de semana. Que está situado cerca de una curva o de una pendiente en la carretera, pues los vehículos tienen que cambiar de velocidad para impulsarse. Habló de las luces instaladas para la comunicación. Al mostrársele fotografías de varias armas, reconoció el AK-47 como el arma que le mostró Otilio. Dijo que sus captores siempre tuvieron sus rostros cubiertos por máscaras. Que un guerrillero como de 1.70 metros de estatura, de complexión mediana, que parecía ser el jefe, conversaba mucho con él. Dijo que el guerrillero estaba en pleno conocimiento de su dolencia cardíaca y de la medicina que se le administraba. Le llamó la atención este detalle y también que el sujeto estaba en conocimiento del trabajo que le había hecho a un carro Javelin que él le había regalado a una de sus "amigas". Habló extensamente sobre todos y cada uno de los tópicos señalados.

Posteriormente le preguntamos sobre dudas que teníamos en algunas partes de su relato y se dio por terminada la primera entrevista.

Domínguez, muy fatigado por el esfuerzo de tan larga conversación, se retiró con su hijo Carlitos. Quedamos en volver a vernos al día siguiente a las 9 a. m.

Inmediatamente me trasladé con la grabadora a mi oficina y pedí no ser molestado para oír la cinta. Mi adjunto, el subcomisario Hernán Reyes, se ocuparía de todo mientras yo trabajaba en la grabación. Despacio, deteniéndome para tomar notas volví a oír todo. Me tomó cinco horas terminarla. Entonces pasé la cinta a la Sección de Análisis con la orden de que la copiaran a máquina lo más pronto posible. El turno de la noche se encargó de la mecanografía y al día siguiente, a las 11 de la mañana, un grueso volumen de 300 páginas contenía la transcripción de toda la entrevista.

Se sacaron tres copias. Una se le envió al director, otra para mí y otra para el archivo que estábamos formando, con todos los recaudos que teníamos del caso.

Al día siguiente, a las 9 llegó Domínguez a la DISIP y subió a mi oficina. Acabo de levantarme pues he estado trabajando gran parte de la noche. Mi secretaria, Matilde, me trae café e invito a Domínguez, quien acepta. Tengo anotadas muchas preguntas para hacerle, pero debo ir despacio. Me concentro en lo referente al sitio de reclusión. Repaso con él todo lo dicho y aclaro mis dudas. Le hago preguntas sobre cosas que ha dicho anteriormente; también sobre cosas que ya sé por los seguimientos y las intercepciones telefónicas. De esta forma evalúo su veracidad y su habilidad para recordar. Sale bien de la prueba. Su habilidad para recordar es satisfactoria y está diciendo la verdad. La entrevista se prolonga por más de tres horas. De nuevo, todo está grabado y la cinta es transcrita. En la entrevista insistí mucho en preguntas sobre detalles que podrían conducirme a encontrar el sitio de la reclusión. Lo dejo ir y lo cito de nuevo al siguiente día por la mañana, a las 9:00.

Inmediatamente ordené varias comisiones para rastrear la zona de Petare y sus alrededores, buscando una casa que tenga una pendiente de tierra sin pavimentar, que esté a 8 ó 10 metros

de una carretera, donde circulen vehículos de transporte y se intensifique su tránsito los fines de semana y la carretera aledaña tenga una loma o una curva. Si encuentran una casa con estas características, que la allanen y busquen un sitio o un espacio aislado, reconstruido. La búsqueda deberá extenderse por toda la carretera Petare-Guarenas y cada casa deberá revisarse minuciosamente.

Por otro lado, había planificado y así lo hice, salir con Domínguez a recorrer la autopista "Francisco Fajardo" hacia el Este, con la esperanza de que reconociera algún cartel luminoso o cualquier otra característica del terreno que nos ayudara en la búsqueda.

La operación, tendiente a encontrar el sitio donde mantuvieron al secuestrado, se prolongó por cerca de un mes. En ese tiempo, yo personalmente, salí con Domínguez en varias ocasiones. Unas veces de mañana y otras anocheciendo tomábamos mi carro, acompañados siempre por un carro escolta y recorríamos la carretera Petare-Guarenas-Guatire, tratando de ubicar el sitio donde fue recluido.

Los resultados fueron negativos.

Otilio y Raúl dan muerte a un agente de la Policía Metropolitana

13 de octubre de 1972

La patrulla 824 de la Policía Metropolitana se encuentra haciendo su ronda habitual por el sector de la Urbanización de Altamira.

En una frutería y cafetería llamada "La Holandesa", se encuentran cuatro sujetos que se hacen sospechosos a la policía. El policía Rómulo Enrique Gracia Mijares conduce el vehículo. Estaciona la patrulla frente a la acera y su compañero procede a pedir cédulas de identidad a los sospechosos. Otilio le entregó una cédula a nombre de José Félix Calzadilla. Cuando Raúl le entregó la suya, Otilio sacó una granada de fragmentación MK-2 e intimidó con ella al policía que entregó su arma de reglamento. Otilio se apoderó del arma, un revólver calibre 38. El policía Mijares salió de la patrulla, pero no tuvo

tiempo de defenderse. Otilio le hizo varios disparos y el oficial cayó mortalmente herido.

Raúl y Otilio huyen del sitio. Cerca de allí detienen a una mujer que conduce un automóvil Mercedes Benz, la encañonan con el arma y la despojan de su vehículo, en el que se alejan a toda velocidad. El policía, compañero de Mijares, se queda con las cédulas de Otilio y de Raúl. Más tarde, por las fotos, podemos identificar a Gabriel Puerta Aponte y a Pedro Véliz Acuña.

Sigue el trabajo investigativo

Han pasado ya cuatro meses desde el secuestro de Carlos Domínguez. A pesar del intenso trabajo, de las investigaciones realizadas, de los interrogatorios a sospechosos, de las operaciones de seguimiento y vigilancia, de los teléfonos interceptados, de las informaciones aportadas por los informantes, no tenemos nada en concreto, seguimos barajando hipótesis.

Por otro lado, los guerrilleros de BR, con suficiente dinero han adquirido armas, vehículos y han alquilado casas. Sus hombres principales, al mando de Otilio y su lugarteniente Raúl, han formado ya una unidad de combate. Sus efectivos ya son todos veteranos, bien provistos de armas y, sobre todo, de identificaciones falsas. Las identificaciones fueron adquiridas anteriormente en un asalto que efectuó Raúl a las oficinas de identificación y extranjería en la Urbanización Caricuao. Allí, además de cédulas en blanco, se llevaron máquinas de laminar y sellos de goma. Esto les permitía falsificar con gran facilidad las identidades.

El grupo guerrillero urbano había recibido el nombre de Unidad "Américo Silva", en honor a su jefe guerrillero muerto recientemente. La guerrilla rural seguía teniendo como jefe a Miguel Salas Suárez.

Los guerrilleros del PRV-FALN se mantenían bien organizados y muy efectivos. Su guerrilla rural, muy activa en el triángulo montañoso de los Estados Lara, Yaracuy y Falcón, estaba bajo el mando de Elegido Sibada (a) Magoya. Su guerrilla urbana, la famosa "Unidad Móvil", seguía operando en Caracas y Valencia. Su jefe, Armando Daza Zurita (a) El Chino Daza,

guerrillero experimentado con varios años de clandestinidad, manejaba un grupo pequeño, pero sumamente eficaz.

El grupo Punto O, entrenado en Cuba y posteriormente enviado a Venezuela, ha sido diezmado; sus combatientes se encuentran muertos o presos. Los pocos guerrilleros que quedan, están en desbandada, perseguidos por la policía.

Sin el trabajo que se dedicó a Punto O, nuestros esfuerzos vuelven a concentrarse en el secuestro de Domínguez e intensificamos la búsqueda en BR y el PRV-FALN. Aunque no tenemos nada en concreto, estamos casi seguros de que estas organizaciones están inmiscuidas en el hecho.

Se intensifica el trabajo. Me traslado con un grupo de hombres a la ciudad de Maracaibo, donde le seguimos la pista a un estudiante de Medicina de tendencias izquierdistas y contactos con BR. Pensábamos que podía ser el "médico" que conversó con Domínguez, durante su cautiverio, de sus enfermedades coronarias. Interrogatorios, pesquisas, investigaciones, más noches sin dormir. Nada, parecía que estábamos como cuando empezamos.

Me dedico toda una semana a leer todos los recaudos archivados sobre el caso. Oigo de nuevo todas las cintas. Trato de encontrar algo que hayamos pasado por alto y que nos conduzca a una buena pista.

Mientras, funcionarios de Hernán Reyes continúan vigilando y siguiendo sospechosos; continúan interceptando teléfonos; Arnoldo presiona a sus informantes para que sigan buscando información referente al secuestro. Yo sé que, aunque no hayamos encontrado nada, no debemos detener nuestros esfuerzos. Sé que algún día llegará la pista o la información que nos pondrá en el camino correcto. Entonces, todo será inútil para los guerrilleros. Llegaremos al final.

Sigue la operación máquina de escribir

Mayo de 1973

Todas las pistas habían sido trabajadas sin resultado. Ningún informante había traído alguna información de impor-

tancia. A casi un año del secuestro, parecía que la policía estaba empezando.

El comisario Dimas Olivero seguía revisando y analizando cartas y documentos de guerrilleros. Por sus manos habían pasado miles de documentos descartados.

Una tarde, mientras revisaba papeles, encontró una carta fechada en el año 1969, escrita por un preso de la cárcel de La Pica, en la ciudad de Maturín, al oriente del país. La carta, requisada por las autoridades del plantel, estaba firmada con el seudónimo de Agapito. Al hacer la experticia, Olivero notó que estaba escrita en la misma máquina de los mensajes del secuestro. La carta presentaba idénticas características que los mensajes del secuestro: todas las "q" aparecían superpuestas. Inmediatamente Olivero llamó al comisario José Antonio González, y ambos se comunicaron conmigo para darme la noticia; disponíamos de una pista. Lo importante era localizar la máquina de escribir.

Al día siguiente, los comisarios Dimas Olivero, José Antonio González y yo, nos trasladamos a la cárcel de La Pica. Allí pedimos revisar los archivos del año 1969. En aquel año había 12 presos en el plantel, de los cuales seis habían obtenido la libertad. Se interrogaron los seis que quedaban, para ver si se acordaban de una máquina de escribir "Adler" y de su dueño. Un preso se acordaba de la existencia de la máquina; también se acordaba de su propietario, quien resultó ser Horacio Wills Olivero. En los archivos del penal encontramos la lista de visitantes de Wills Olivero: una muchacha se nombre Lucrecia, lo visitaba frecuentemente.

Los comisarios y yo regresamos a Caracas y planificamos la siguiente operación: un grupo de funcionarios trataría de ubicar a los seis presos que había sido liberados, incluyendo a Horacio Wills Olivero. Sin detenerlos, averiguarían dónde se encontraban para la fecha del secuestro, o sea los primeros quince días del mes de junio de 1972. Otro grupo ubicaría a la joven amiga de Wills Olivero y la pondría bajo vigilancia.

El primer grupo de funcionarios ubicó a todos los presos liberados, con excepción de Wills Olivero. Se pudo averiguar que para la fecha del secuestro se encontraba en la Isla de

Trinidad y Tobago, por lo que también fue descartado como participante. Los otros cinco presos, después de investigaciones minuciosas, fueron descartados. Algunos no estaban en Caracas para la fecha del secuestro y otro, que sí estaba, se mantuvo bajo vigilancia por quince días, sin arrojar ningún resultado. Este último fue detenido e interrogado y se comprobó que tampoco había participado.

El segundo grupo, dirigido por el subcomisario Hernán Reyes, ubicó a Lucrecia, la joven que visitaba a Wills Olivero, y la mantuvo bajo vigilancia por varios días. La joven vivía en una pensión de estudiantes frente al restaurante chino Ling Nam, en la Urbanización Chaguaramos. La vigilancia a que fue sometida y las investigaciones que se le practicaron arrojaron el siguiente resultado:

- Había sido novia de Wills Olivero, pero no continuaba el noviazgo.
- Mantenía relaciones con los grupos de izquierda en la Universidad Central de Venezuela.
- Era íntima amiga de una funcionaria de la DISIP, cuyo seudónimo era Zoraida. Esta se encontraba en aquellos momentos en París.

Cuando el grupo de analistas entregó los resultados de la vigilancia, planifiqué varias acciones a seguir.

1. Mantener bajo vigilancia a los amigos de Lucrecia.
2. Como el director de la DISIP, Dr. Uzcátegui, se encontraba en París, se aprovechó la oportunidad para llamarlo por teléfono para que localizara a Zoraida y la interrogara.
3. Por último, detener e interrogar a Lucrecia.

Los puntos dos y tres no dieron ningún resultado. En cambio, la vigilancia a los amigos de Lucrecia en la Universidad, sí dio resultado. Se estaba sobre la pista de un grupo de BR. Se reunía en la Universidad con dos sujetos; tenía mucha actividad y repartían propaganda de BR. Se decidió mantener bajo vigilancia a los dos; uno resultó ser El Ciego Mantilla y, el otro, Segundo; ambos guerrilleros del BR y participantes en el secuestro de Domínguez.

Descubrimos sus direcciones. Segundo vivía en la avenida San Martín, esquina de Albañales N° 153, Parroquia San Juan, Caracas. El Ciego Montilla, en la calle El Carmen, Letra B, entre las calles Santa Teresita y Real del Prado de María, también en Caracas.

Pronto la vigilancia demostró que El Ciego tenía mucha más actividad que Segundo, dentro de la organización. Por lo tanto, se decidió concentrar toda la vigilancia en él. Durante su seguimiento se fotografiaban y ubicaban todas las personas que de una u otra forma tenían contacto con él. Los informes diarios de la vigilancia, así como las fotografías, eran enviadas al Departamento de Análisis para ser procesadas. El Departamento de Análisis aconsejó intensificar la vigilancia de El Ciego, después de sacar las siguientes conclusiones:

- El Ciego era responsable de varias casas de seguridad de la organización.
- Era controlado por un individuo de la organización al que llamaban Brito. Brito tenía contactos con Otilio.

Con estos datos se dejó de vigilar a Segundo y se centró todo el potencial en El Ciego.

Bandera Roja ataca una patrulla de la Policía Metropolitana

Mientras, los guerrilleros están activos. En la Urbanización El Cementerio, Otilio y un grupo de sus hombres acechan una patrulla de la Metropolitana que circula por el sector. La patrulla 822 lleva a los agentes Luis Crisántomo Rico y Angel Pablo Adrián Hernández; se desplaza lentamente. Un grupo de hombres, en actitud aparentemente pacífica, conversan en una esquina. Al pasar el carro policial, los guerrilleros sacan sus armas y la atacan a balazos. Los policías, sin oportunidad de repeler la agresión, reciben varios disparos y caen gravemente heridos. La unidad recibe veinticinco impactos de bala.

La vigilancia y el seguimiento al Ciego Montilla

El Ciego Montilla Cedeño ha sido plenamente identificado; se conoce su dirección, los lugares que frecuenta y está fotogra-

fiado. Decido que se le monte un operativo de vigilancia y seguimiento con toda la capacidad de la División.

El subcomisario Hernán Reyes, Jefe de la División de Vigilancia y Seguimiento tendrá toda la responsabilidad de la operación. Desde hace varios años trabajo con Hernán y es un funcionario muy eficiente y con gran sentido de la responsabilidad. Juntos recibimos cursos con el Servicio Secreto Israelita, perfeccionándose en seguimiento y vigilancia, con una gran experiencia. Ha formado un equipo bien entrenado, que ha adiestrado personalmente; casi siempre participa en los operativos y supervisa los más mínimos detalles.

La ciudad de Caracas, con casi cinco millones de habitantes, presenta grandes dificultades para el seguimiento. El tránsito es muy intenso; hay gran cantidad de motocicletas circulando; empleamos las motos combinadas con carros en la mayoría de los seguimientos. Estas se desplazan con rapidez entre los vehículos que circulan y, además, pasan desapercibidas entre las miles de motos que circulan.

La vigilancia estacionaria también presenta problemas. La ciudad está rodeada de barrios marginales, donde se desarrolla gran parte de este tipo de trabajo y es muy difícil establecer puestos de vigilancia sin que sean notados: La imaginación juega un gran papel para poder situar estos puestos y mezclarlos con el ambiente sin ser detectados.

El equipo de especialistas de Hernán Reyes está formado por un grupo de funcionarios entre los que destacan: Teobaldo, Fredy, Tobías, Carlos, Sixto, Ricardo, Diego, Raimundo y Alirio. Este grupo lleva mucho tiempo trabajando junto y está bien compenetrado. Todos son expertos en la conducción de vehículos y motos, en comunicación, señales, fotografía operativa, etc. Sobre ellos caerá todo el peso de la operación que va a desarrollarse.

La red de comunicación de la División es un equipo Motorola, con radio-transmisores pequeños y de gran alcance. Tiene una repetidora situada en una zona muy alta que bordea la ciudad, llamada El Avila.

Comienza la vigilancia del Ciego Montilla. Diariamente se le sigue con mucha discreción, tratando de identificar a sus

contactos. Se le ve reunirse frecuentemente con Marco Antonio Ludeña, ya identificado y ubicado y con un sujeto conocido como Brito, que posteriormente se le ubicó en el edificio Ulimar, Apto. 16, Colinas de Bello Monte; sus contactos fueron "fijados" por fotografías y seguidos hasta conocer su dirección.

Diariamente los funcionarios hacían un reporte escrito sobre las actividades del sujeto vigilado. El reporte me lo llevaba Hernán todas las mañanas y después de leerlo discutíamos las acciones a seguir. Después se enviaba a la Sección de Análisis para ser procesado. Día a día se acumulaba información valiosa y el Ciego "contaminaba" a más personas y lugares.

El Ciego es seguido hasta una quinta en la calle Occidente de la Urbanización San Bernardino. Penetra en el garaje de la casa y permanece allí por 30 minutos. Dado lo avanzado de la hora, se decide dejar allí la vigilancia.

Vigilancia de la quinta

Al siguiente día se le encarga a la División de Inteligencia que identifique la quinta, su propietario y la relación que existe con el vigilado. Este trabajo se le encarga al inspector jefe Amílcar quien, con un grupo de hombres, obtiene la información sin levantar sospechas. Haciéndose pasar por funcionarios de Catastro, logran averiguar que la quinta es propiedad de una señora llamada Carmen Marchena. La señora alquilaba habitaciones y había rentado el garaje a un señor de nombre Juan Elías Paredes, quien resultó ser el Ciego, que usó una identificación falsa con ese nombre.

Amílcar, auxiliado por personal de Departamento Técnico, al mando del subcomisario Ali, usando cerrajeros, lograron abrir las cerraduras y penetraron en el garaje en horas de la noche. Allí encontraron un Buick Le Sabre, blanco, con techo de vinyl negro modelo 1971, uniformes militares, pelucas, municiones, cacerinas de ametralladoras y gran cantidad de documentos. Posteriores investigaciones indicaron que el Buick había sido robado a un odontólogo en la ciudad de Maracaibo. Omaña, el fotógrafo del Departamento, toma las fotografías.

Con todo lo obtenido, se decide establecer una vigilancia estacionaria en las cercanías del garaje. Hernán Reyes y

Teobaldo reconocen el área de la vigilancia para preparar la operación.

El barrio donde está situada la quinta es poco frecuentado. Es un inmueble de dos pisos, rodeado de un jardín con una cerca como de un metro. El garaje es amplio, con una puerta que abre hacia arriba. Está ubicada en la calle Occidente de San Bernardino. Junto a la calle Occidente está la avenida Mariscal Sucre. En esta avenida y cerca de la quinta está una plazoleta bastante grande. Aquí se estaciona un vendedor de salchichas y un vendedor de chicha (bebida en base a agua de arroz). A las 12 del mediodía y a las 5 de la tarde el área es frecuentada por estudiantes que salen de un instituto de segunda enseñanza, que se encuentra en la parte final de la calle Occidente.

No es fácil instalar puestos de observación en el área sin ser detectados. Tampoco la zona ofrece facilidades para mantener desapercibidos a los hombres que harían el seguimiento a las personas que visitaran el garaje.

Hernán, minuciosamente, como era su costumbre, tomó nota de todo y regresó al despacho para preparar la operación. Después de hacer el proyecto de trabajo, me lo mostró y lo discutimos. El plan me pareció bueno y quedamos en que lo pondríamos en ejecución al día siguiente.

Poco a poco, sin llamar la atención, se va estableciendo el puesto de vigilancia estacionaria. Hernán, personalmente, habló con el vendedor de salchichas, le mostró las credenciales y le dijo que están vigilando un contrabando de drogas, cuyos contactos se realizan en la plazoleta. Le pide que le permita poner a uno de sus funcionarios como ayudante suyo en la venta, para que de esta manera pueda observar las actividades del área. El vendedor accede y comienza de inmediato a entrenar a uno de los hombres en preparar y servir salchichas. En dos días el funcionario aprende y hace como un vendedor normal. Desde allí tiene una buena observación de todos los vehículos y personas a pie o en moto que toman la calle Occidente y se dirigen a la quinta. Esconde un transmisor en el carrito de venta y lo mantiene apagado; solamente lo activará para alertar al personal que se encuentra en los alrededores, si alguna persona o vehículo toma la calle vigilada.

La calle Occidente, donde está situada la quinta, es de poca circulación y termina en calle ciega. Hernán, con sus conexiones en el aseo urbano, consigue un carrito de los que usan los barrenderos y pone a uno de sus hombres a barrer las calles y aceras de todo el sector cercano a la quinta.

Uno de sus hombres consigue alquilar una habitación en la quinta y, con el pretexto de que trabaja de noche, pasa todo el día en la habitación como si estuviera durmiendo. Desde ahí puede escuchar todos los movimientos del garaje. Tiene un receptor que capta la emisión de dos pequeños transmisores que posteriormente se instalarán en el garaje. Al escuchar actividad en el garaje, con su radio-transmisor alertará a los funcionarios que vigilan el área. Ya casi está listo el operativo. El inspector Amilcar, de la División de Investigaciones, contacta al subcomisario Ali, de Medios Técnicos y, usando cerrajeros, entran en el garaje en horas avanzadas de la noche. Observan que todo está igual e instalan dos pequeños micrófonos o transmisores en lugares ocultos.

Todo funciona a la perfección. Solamente tienen dificultades los funcionarios esparcidos en la zona con sus motos y autos para seguir a las personas que llegan al garaje. Se detecta fácilmente que existe una actividad inusual en el barrio. Sin embargo, Hernán resuelve esa dificultad esparciendo a algunos de sus hombres en la plazoleta. Allí van sirvientas de las casas cercanas a cuidar los niños mientras juegan. Los funcionarios tratan de entablar amistad con las sirvientas y así no se verá extraña su permanencia en la zona. Los vehículos, con sus conductores, estarán situados estratégicamente a varias cuadras del área vigilada.

El operativo funciona de la siguiente manera: si un carro, moto o persona a pie toma la calle Occidente, el observador del carro de venta de salchichas alerta a todo el personal por medio de su radio-transmisor. Si la persona o personas penetran en el garaje, el funcionario que se encuentra en el puesto de escucha, en el interior de la quinta, también alertará a todo el personal. Todo el equipo de vigilancia alertado esperará la salida de la persona para seguirla con la finalidad de identificar los contactos que pueda tener, "fijándolo", si es posible, con

fotografías y ubicando los lugares que visite. Al final de un seguimiento se elaborará un informe escrito. Este pasará al Departamento de Análisis para ser analizado, evaluado y posteriormente enviado a mi División. La identificación de los contactos del sujeto vigilado y la investigación de los sitios por él frecuentados, quedará a cargo de la División General de Inteligencia. Los resultados serán analizados y, por último, enviados a mi oficina, que es el centro de todas las operaciones.

Hace ya diez días que está funcionando el operativo de vigilancia y nada ha ocurrido. La calle Occidente es la vía más limpia de la ciudad: nuestro barrendero la ha limpiado infinidad de veces. El funcionario del carro de venta de salchichas ha preparado y vendido miles; es tanta la habilidad adquirida, que el dueño lo deja solo y se toma unos pequeños descansos. En el puesto de escuchas, Raimundo lee prensa y novelas. Pidió llevar un pequeño televisor y su petición fue negada. Hernán pensó que el televisor distraería su atención. Corre la última quincena del mes de mayo.

Llega el Ciego Montilla

Un sujeto pequeño, delgado, de piel oscura, que usa lentes, toma la calle Occidente a pie. El funcionario del puesto de observación de la venta lo ve y alerta a todo el personal. Camina despacio y, al llegar a la quinta, se detiene y mira en todas las direcciones. Entra y, sacando una llave del bolsillo, abre el garaje. Sus movimientos son escuchados por Raimundo en el interior de la quinta. También alerta al personal de vigilancia. El barrendero lo ha reconocido: es El Ciego Montilla.

Inmediatamente se moviliza todo el operativo. El Ciego permanece en el garaje durante 30 minutos. En el puesto de escucha Raimundo oye cuando prende el carro; claramente escucha el sonido del motor; alerta a los funcionarios de que saldrá en el vehículo. Falsa alarma. Sólo está calentando el motor del auto para mantenerlo en buenas condiciones.

Sale El Ciego; va a pie hasta la primera esquina, comenzando por la avenida Mariscal Sucre. De aquí sigue bajando, hasta la calle Guaicaipuro. Los hombres lo siguen de lejos para evitar

ser detectados. Un hombre por cada acera, siempre a prudencial distancia. Llega a la calle Alameda. Regresa de nuevo a la calle Guaicaipuro, efectuando un chequeo para ver si lo vigilan. Los funcionarios piensan que ha detectado algo anormal, pero no es así. Como lo ven que se dirige hacia la avenida Andrés Bello, se suspende la vigilancia a pie y se envía una orden por los transmisores para que las motos y los vehículos vayan hacia allá.

En los vehículos va el personal de vigilancia a pie que ha sido previamente recogido. Llega a la avenida Andrés Bello, pasando por la calle Arauca, que está antes de llegar a la avenida. Mira en todas las direcciones, pero los funcionarios están alertados sobre su forma de actuar. Se para en una bomba de gasolina. De aquí va a una parada de autobús; toma uno con rumbo al centro de la ciudad. Se baja y antes de que los hombres puedan seguirlo de nuevo, se pierde entre los transeúntes, burlando la vigilancia.

Se suspende la vigilancia por ese día. En el despacho se celebra una reunión y se analiza la actitud del sujeto y de todos los pormenores que llevaron al fracaso del seguimiento. Estoy disgustado y reclamo a Hernán, pero considero y comprendo que siempre existe un porcentaje de que se pierda el objetivo y esto siempre es mejor que ser detectado. Hernán me dice que, teniendo el sitio de su vivienda y de la quinta donde caerá de nuevo, es preferible esperar y poder tener otra oportunidad.

A los tres o cuatro días, como a las 2 de la tarde, llega El Ciego de nuevo. En el puesto de escucha lo oyen cuando llega y prende el carro y deja el motor escondido por un rato. Al poco tiempo apaga el carro y sale del garaje a pie. Sigue la misma ruta, hasta llegar a la avenida Andrés Bello, siempre seguido por nuestros hombres. Esta vez, al llegar a la parada de autobús, hay uno de nuestros hombres también esperando. El Ciego y el funcionario toman juntos el autobús. Un carro de seguimiento y vigilancia se adelanta al autobús y, varias cuadras adelante, deja un funcionario que toma también el autobús; el que iba adentro se baja en la siguiente parada.

El Ciego se baja en Carmelitas y continúa a pie hasta Caño amarillo, donde toma un autobús hacia Catia, la zona Oeste.

Sigue la vigilancia de la misma forma. Se baja en la plaza de Catia. Allí toma otro autobús que va hacia el Junquito. Los funcionarios de a pie se cambian camisas y franelas, usan lentes de sol y bigotes, para así evitar ser detectados.

El autobús llega a la entrada de la Urbanización Gramoven. Aquí hay una estación de donde salen los autobuses para los distintos barrios. Aquí El Ciego, siempre bajo vigilancia de los funcionarios, toma de nuevo el autobús hacia el reparto Niño Jesús. Penetra en una panadería, compra algo de comer y rápidamente se mezcla entre los transeúntes. Se les pierde a casi todos los funcionarios que lo siguen a una distancia prudencial, pero no así a Teobaldo, que continúa solo el seguimiento en una moto. El Ciego toma uno de los barrios que se encuentran en el área. Esta vez es el barrio Olivetti; después de caminar unas tres cuadras, cerca de una redoma se introduce en una casa. La vigilancia permanece allí y se mantiene por dos horas más y, al ver que no sale, se suspende.

Al siguiente día, bien temprano, Hernán ordena a sus funcionarios que vayan al sitio donde quedó el objetivo y traten de "fijar" fotos del barrio, de la calle y de la casa.

Continúa la vigilancia en el garaje de la calle Occidente. También la casa del barrio Olivetti, en El Junquito, se vigila esporádicamente, porque es muy difícil de vigilar.

En la calle Mis Encantos, en Caracas, se ha visto al Ciego entrevistarse con un guerrillero conocido como Brito. Es el segundo de Otilio y el único que tiene contactos directos, frecuentemente con él. La unidad de guerrilla urbana ha cambiado de nombre.

Captura y reclutamiento de Brito

Por los seguimientos al Ciego Montilla se habían detectado sus contactos con Brito; éste se había ubicado en el edificio Ulimar, Apto. 16, en las Colinas de Bello Monte, donde vivía con una joven estudiante de Sociología de la Universidad Central. Ocupaban una habitación del pequeño apartamento de dos habitaciones. La otra estaba desocupada y siempre disponible para Otilio, que dormía allí ocasionalmente.

Aquel viernes, cuatro de nuestros agentes de la división de Control y Manipulación de Fuentes Vivas (informantes) esperan a Brito cerca del edificio para capturarlo sin llamar la atención. El plan era detenerlo e inmediatamente reclutarlo, para que sirviera a nuestra causa.

El subcomisario Arnoldo había estudiado detenidamente la historia y personalidad de Brito. Había sido guerrillero rural y combatido en las montañas del Bachiller, en el Oriente del país. Llevaba mucho tiempo en Caracas, siempre militando en Bandera Roja. Era un combatiente muy efectivo y de toda confianza de la Dirección. Se sabía que estaba muy enamorado de la joven con quien hacía vida marital. A pesar de sus condiciones y de su historial, nunca había ascendido a posiciones de importancia dentro de la organización. Esto, sumado a los largos años de lucha sin conseguir realmente nada, había minado su moral combativa. Ya no creía mucho en la causa por la que luchaba.

Cuidadosamente, Arnoldo sopesaba todas estas circunstancias. En su aguda mente planificaba cómo efectuar la operación de reclutamiento que yo le había pedido.

El reclutamiento de un agente enemigo se puede realizar de tres formas: gradual, semigradual y directo. En el reclutamiento gradual el reclutante va lentamente ganando a su objetivo. Después de haber hecho un estudio de su personalidad, ideología, costumbres, vicios, necesidades, etc., lo va captando, según sea el caso, con dinero, fiestas, mujeres, etc. Después le pide pequeños favores, hasta que casi sin darse cuenta, el sujeto se encuentra trabajando para él.

El reclutamiento semigradual tiene una técnica parecida al gradual, con la diferencia de que una vez que la persona que está siendo reclutada ha suministrado información, si se negara a seguir informando, se le hace saber que ya no puede negarse pues se haría pública su deslealtad, con las consecuencias que podrían derivarse de su acción.

El reclutamiento directo es el más rápido, pero el que ofrece mayor riesgo. En este tipo de reclutamiento, el funcionario encargado de efectuarlo, presiona al sujeto intimidándolo con prisión, publicación de cosas ocultas y comprometedoras o

cualquier otro tipo de chantaje, obligándolo así a trabajar para los intereses del reclutador. Este reclutamiento tiene la gran desventaja de que el reclutado puede negarse a acceder y así quedar al descubierto las intenciones del agente reclutador. Sin embargo, hay ocasiones en las cuales, debido a las circunstancias, hay que tomar ese riesgo. Ese era el caso del subcomisario Arnoldo con relación a Brito. El tiempo, como siempre, estaba en nuestra contra.

Los funcionarios que esperaban dentro de un carro, como a unos cincuenta metros del edificio Ulimar, observaron con unos binóculos que, a las 8:30 de la mañana salió un sujeto de unos 30 años, de 1.70 metros, de estatura, delgado, de pelo rubio, con un fino bigote. Inmediatamente lo interceptaron, llevándolo al auto que esperaba con el motor encendido. Arnoldo se encargó de hablar con él. En un lugar oculto, conocido como Las Canteras, se le sometió a interrogatorio intenso; se le mostró el expediente que le teníamos elaborado y se le enfrentó con la opción de trabajar para nosotros o sufrir largos años de prisión. Aceptó nuestras condiciones y comenzó a trabajar para el Servicio.

Dada la importancia del sujeto reclutado, en adelante y mientras durara la investigación del caso del secuestro de Domínguez, Arnoldo personalmente controlaría a Brito. Se le dio el nombre clave de Jeremías. En seguida, y para probar su lealtad, se le encomendaron dos o tres trabajos de búsqueda de información. Estas informaciones eran del conocimiento de Arnoldo. Se le preguntó la dirección de la casa de El Junquito y del garaje de San Bernardino. Respondió con exactitud y, así, quedó establecida la primera parte del reclutamiento: la buena fe de la fuente.

Desde ese momento Brito actuaría como agente. Esta es la etapa más delicada, pues siempre se corre el riesgo de que el agente traicione y ponga al descubierto todo el plan, o que sus compañeros lo descubran y lo maten. El caso de Brito no fue así. Empezó a trabajar de buena fe y así fue minuciosamente comprobado. El subcomisario Arnoldo puso a su mejor manipulador, Amilcar, para los futuros contactos con Brito.

Después de establecer lugares y horas en que tendrían los contactos, se establecieron "señales de peligro". Por ejemplo, cuando Amílcar fuera a ver a Brito, éste tendría siempre un lapicero rojo en el bolsillo izquierdo de su camisa; si Amílcar pasaba cerca de Brito y éste no tenía puesta la señal, eso quería decir "peligro": había cualquier conocido cerca o estaba bajo vigilancia, etc. Entonces se pondría en ejecución un plan alternativo, elaborado para estas eventualidades. Se verían en otro lugar y a otra hora. Brito tendría a su disposición un teléfono de emergencia, al que podría llamar las 24 horas al día.

El operativo en contra del BR estaba dando frutos. Se conocía la ubicación de varios guerrilleros, la mayoría de ellos participantes en el secuestro de Domínguez. Decidimos que una vez que Brito ubicara a Otilio o a Gerónimo, entraríamos en la fase de captura de todos los irregulares.

Un grupo de Punto O secuestra avión de AVENSA

19 de mayo de 1973

Un comando guerrillero de Punto O, comandado por Federico Bottini (hermano del guerrillero muerto Rafael Bottini) y acompañado por Rafael Guzmán Grim y Dalia Rojas, secuestran un avión de AVENSA y lo llevan a Cuba. Son recibidos por el gobierno cubano y les conceden asilo político. Bottini y Dalia Rojas, después de recibir entrenamiento en Cuba, son enviados a Venezuela. Ambos mueren en diferentes encuentros con los cuerpos de seguridad. Federico Bottini resulta muerto en San Juan de los Morros al enfrentar una comisión de la policía. Dalia Rojas muere en un tiroteo con la DISIP, en Valencia.

Captura de los guerrilleros del secuestro de Carlos Domínguez

6 de junio de 1973

Brito depende de las directrices de Otilio para planificar y ejecutar las operaciones. Sin embargo, tiene la facultad de

mantener contacto con los integrantes de la unidad. Los contactos los hacía periódicamente y en sitios previamente escogidos. Ya nos ha dado todo lo que sabe y sólo esperamos que sea contactado por Otilio para capturarlo y proceder a la detención de los demás.

Los equipos de seguimiento y vigilancia mantienen los operativos. Por las vigilancias, ya se tiene la ubicación de El Ciego, de Segundo, de Pancho y de Regis. todos los participantes en el secuestro de Domínguez.

Brito nos dice por fin que esa noche, a las 9, Otilio lo visitará en su apartamento y que por la mañana tendrá un contacto con El Ciego y Segundo en la calle Mis Encantos.

Se organiza un operativo para capturar a los guerrilleros lo más discretamente posible. Yo voy al frente de la operación de captura. Situados estratégicamente se encuentran el comisario Ernesto y el subcomisario Hernán, cada uno con un grupo de hombres. El secretario general del Cuerpo, Joaquín Chaffardet, aunque ese no es su trabajo, siempre se las arregla para ir a las riesgosas operaciones de captura. Ese día, cuando vamos a salir, se aparece con su subametralladora y se une al grupo. Para no llamar mucho la atención llevo una muchacha; con ella me siento en una mesa de un cafetín cercano al sitio donde tendrá lugar el contacto con los guerrilleros. El primero en llegar es Brito. Son las 8:45 de la mañana. El sitio de la entrevista es un lugar bastante concurrido. De un lado a otro circulan obreros de una cercana gran fábrica de aceite; la fábrica de aceite Branca. El lugar tiene pequeños comercios, barberías, etc. La calle es larga; por el norte llega hasta la avenida Francisco de Miranda; por el sur hasta la avenida Libertador, donde está la fábrica. Una vez que los guerrilleros entren en la calle Mis Encantos, no tendrán escapatoria.

Llega El Ciego a pie e inmediatamente después llega Segundo, conduciendo una moto Yamaha 250. Hacen contacto con Brito. Cuando están hablando, en otra moto llega otro guerrillero llamado el Maestrico Requena. Salimos de nuestros puestos de observación nos vamos acercando al sitio donde conversan los guerrilleros. Sin percatarse de lo que está sucediendo, son de repente encañonados por nuestras armas y conminados a que

penetren en dos carros que ya se acercan. En un carro ponemos a Segundo y a El Ciego; en otro a Brito y al Maestrico Requena. Los transeúntes casi no se dan cuenta de la operación. Los funcionarios que quedan en el sitio del suceso corren la voz de que fueron detenidos unos atracadores.

El Maestrico Requena, según nos dice Brito, no tiene nada que ver con ellos. Solamente de casualidad se acercó para conversar. No pertenece a BR. Lo dejaremos en libertad al siguiente día, cuando hayan pasado todas las operaciones de captura.

Segundo y El Ciego son sujetos a fuertes interrogatorios. No tardan mucho en quebrarse y lo dicen todo: su participación en el secuestro y en los otros sucesos en los que participó la Unidad "Américo Silva". Ni Brito ni los dos guerrilleros capturados saben dónde fue recluido Domínguez. El Ciego nos dice que en la casa de El Junquillo hay algunas armas. Segundo también tiene su arma personal en su casa. No allanamos ninguno de los dos sitios. Lo dejamos para el siguiente día, para no llamar mucho la atención.

Captura de Otilio

Comienza el operativo para la captura de Otilio. Hernán Reyes, con un grupo de sus hombres, se dirige al edificio Ulimar, donde tendrá lugar la entrevista de Otilio con Brito. Muy discretamente los funcionarios toman posiciones. El edificio es un pequeño inmueble de seis pisos con un pequeño ascensor; al entrar hay una sala de recepción. Al final de la misma está el ascensor. El apartamento donde tendrá lugar la entrevista es el apartamento No. 16, donde vive Brito. Está en el tercer piso. Son las 8 y media de la noche. Hernán y dos funcionarios se sitúan estratégicamente en el vestíbulo. Los otros funcionarios se encuentran fuera, en lugares ocultos. El cuarto piso, un piso más arriba del piso donde está el apartamento 16, también está tomado. Hay muy poca actividad en el área y en el edificio mismo. Entre los funcionarios que se encuentran vigilando la parte externa, se encuentra Joaquín Chaffardet, a quien se le dio un lugar en el operativo.

A las 9 en punto llega Otilio, que estaciona un carro Hillman blanco como a unos cien metros del edificio. Se baja y hace el trayecto a pie. Tomando precauciones y tratando de detectar algo anormal, entra al edificio. Al ver a Hernán y a sus funcionarios, se da cuenta de que algo inusual está ocurriendo. Los funcionarios no tratan de detenerlo. Solamente lo conocen por viejas fotografías y no están muy seguros. Otilio toma el ascensor. Los funcionarios toman las escaleras y van viendo por los indicadores de pisos, que éste va subiendo. Pasa el tercer piso y en el cuarto se abre. Otilio tiene una pistola Browning en la mano, pero no se atreve a defenderse al ver tantas armas apuntándole. Tobías, un funcionario de la división de Hernán, dispara un tiro de advertencia. Otilio se rinde y entrega el arma. Lo bajan hasta el vestíbulo y allí lo registran. Trata de sacar una granada M-26 que tiene en un bolsillo. Hernán le pega fuertemente, los funcionarios lo dominan y lo conducen al despacho. Inmediatamente llamo al director que está en su casa y se apersona en el despacho; allí le refiero los pormenores del caso.

Siguen los operativos de captura

Siguen los operativos. Allanamos el apartamento 16 y detenemos a la amante de Brito. En el apartamento hay armas, municiones, uniformes militares, placas de vehículos, documentos. Se allana también la casa de El Junquito donde, entre otras cosas, encontramos el revólver del policía que Otilio mató en la Urbanización Altamira. Allanamos el garaje de la calle Occidente y ocupamos el Buick LeSabre. También en otro garaje, cercano al primero, donde había un Malibú, se encontraron armas y propaganda.

El operativo sigue toda la noche; por la mañana, en una clínica de la ciudad, se detiene a Pancho. Está herido a causa de un accidente de tránsito sufrido recientemente.

Con un grupo de hombres me dirijo a la calle Mis Encantos, donde Brito tendrá una entrevista programada anteriormente con Sonia. Esta llega puntual a la cita y la detenemos. Resiste todos los interrogatorios y no da la dirección de Raúl, con quien sabemos que vive en la avenida principal del Llanito. Se envía

a los funcionarios a probar casa por casa, apartamento por apartamento, las llaves que le encontramos a Sonia. A las 9 de la noche, una llave abre un apartamento; es la vivienda de Sonia y Raúl, pero éste ya no está. Al ver que Sonia no regresó de su entrevista, huyó del apartamento.

Salgo con diez hombres para la ciudad de Valencia y allí detenemos a Regis, el guerrillero que inyectó la droga a Domínguez cuando lo secuestraron.

En otro operativo, en el que participo con mis hombres, detenemos a Florindo, hermano de Gerónimo, el máximo líder.

Tratamos de capturar a Track, pero llegamos tarde a su casa. Fue alertado y logró escapar.

En los allanamientos practicados se ocuparon las siguientes armas y vehículos:

- Un revólver Smith & Wesson Cal. 38, serial tambor 51346, serial de cachas C 311836.
- Un revólver Smith & Wesson Cal. 38, serial tambor 86425, serial de cachas C 52361.
- Un revólver Smith & Wesson Cal. 38, serial tambor 10802, serial de cachas esmerilado, números ilegibles.
- Un revólver RG6 de fabricación alemana Cal. 22 sin seriales.
- Una pistola Browning HP Cal. 9 mm. serial 00609, de fabricación belga, perteneciente a las Fuerzas Armadas de Venezuela.
- Una pistola Star Cal. 9 mm., de fabricación española, sin seriales.
- Una pistola Colt Cal. 45, de fabricación norteamericana, serial 441887.
- Una pistola Colt Cal. 45, de fabricación norteamericana, serial 22244.
- Una subametralladora Thompson Cal. 45, seriales borrados.
- Una subametralladora UZI Cal 9 mm. de fabricación israelí, serial 053, robada de la Gobernación del Estado Sucre.
- Una subametralladora Sten de fabricación inglesa, Cal. 9 mm., modelo MK II, serial L8-588.

- Una subametralladora UZI de fabricación israelí, Cal. 9 mm., seriales borrados.
- Una escopeta High Standard Cal. 12, modelo Riot, serial borrado.
- Placas de vehículos, uniformes militares, cédulas de identidad falsas, equipos de comunicaciones y los siguientes vehículos:
- Un Buick LeSabre, blanco, modelo 71, robado en Anzoátegui.
- Un Malibú Classic, color mamey, modelo 1970, robado en Caracas.
- Un Hillman Arrow, color blanco, modelo 1970.
- Un Fiat 2300, color rojo oscuro, modelo 1970.

Mientras esto ocurría, el máximo líder de la organización, el comandante Gerónimo, no se había podido capturar. Gerónimo sabía manejar muy bien la clandestinidad. Jamás había sido detenido.

Tampoco conocíamos la ubicación del sitio de reclusión del secuestrado. Ninguno de los guerrilleros detenidos habían llevado a Domínguez al sitio de reclusión, ni habían estado con él durante su permanencia; por lo tanto, desconocían dónde estaba. El único que conocía el sitio de reclusión de Domínguez era Otilio, y éste resistía el interrogatorio y no cooperaba.

Ubicación de la baticueva

Los guerrilleros llamaban “la baticueva” al sitio donde habían tenido secuestrado a Domínguez. Tenían programados cinco secuestros en sucesión. En los documentos incautados figuraban cinco nombres de personas que serían secuestradas. En cada uno de los secuestros se pediría un rescate de cinco millones de bolívares. La operación se llamaba Operación “Rey”, pues a los proyectos de secuestros se les llamaba “reyes”. Carlos Domínguez era Rey 1; el próximo objetivo, el Embajador de Japón en Venezuela, sería Rey 2; y así sucesivamente.

Antes de la captura de Otilio y de los miembros de la Unidad “Américo Silva”, ya tenían todo listo para el secuestro del Embajador de Japón. Pero como una gran casualidad, el día

programado para secuestrarlo, éste salió de vacaciones para su país, dejando sin efecto la operación Rey 2. La baticueva sería utilizada como sitio de reclusión de los secuestrados.

Ninguno de los guerrilleros capturados, a excepción de Otilio, había participado en su construcción, ni tampoco en la reclusión del secuestrado, por lo tanto desconocíamos su ubicación.

Por los interrogatorios hechos a los prisioneros se pudieron saber varias cosas referentes a la baticueva, éstas eran:

- La baticueva estaba ubicada por la carretera de Los Teques, más arriba del poblado de Los Teques.
- Había sido construida por un constructor conocido en la zona, cuyo seudónimo era Track, miembro de BR, que se encontraba prófugo.
- Track había trasladado los materiales de construcción en un camión de su propiedad, marca Fargo, color verde.
- Track había comprado los materiales de construcción en Los Teques.
- Junto con Track, habían participado en la construcción de la baticueva y, posteriormente en la reclusión del secuestrado: Otilio, Alcides, Alí. Sabían también de su ubicación: Raúl y Anzoátegui, ambos prófugos.

Por los interrogatorios que se le hicieron a Domínguez sabíamos:

- Que la baticueva estaba situada (él creía) debajo de la tierra, pues necesitaban un extractor de aire para su ventilación.
- Que estaba recién construida, pues sus paredes lucían como acabadas de frizar y pintar.
- Que era un lugar muy húmedo. Sus zapatos se llenaron de moho.
- Que estaba situada en una loma o en una curva, donde lo vehículos tenían que cambiar de velocidad para tomar impulso.
- Que los fines de semana el tránsito se intensificaba, circulando de 500 a 600 carros por hora.
- Que era un lugar muy reducido, de unos 3 ó 4 metros cuadrados.

- Que cerca había una cocina de donde le llevaban los alimentos calientes, acabados de hacer.
- Que había una planta auxiliar de electricidad.

Con los datos aportados por los guerrilleros detenidos y por el propio Domínguez, se iniciaron una serie de operaciones.

Se consiguió un camión de volteo Fargo y se pintó de verde, igual al de Track. Se tomaron fotografías del camión y se sacaron 100 copias a colores. Se enviaron 60 funcionarios, cada uno con una foto para que, partiendo de Los Teques, fueran indagando casa por casa, a la orilla de la carretera, preguntando:

- Si habían visto un camión igual al de la foto en el mes de mayo del año pasado, usado para construir una obra pequeña.
- Si conocían a Track, el constructor, y si sabían dónde estaba.

Los funcionarios, pacientemente, actuaron en todas las casas a la orilla de la carretera por varios kilómetros. Al tercer día, cerca de las 6:00 p. m. (hora en que se detenía la operación para reanudarla el día siguiente), preguntaron en una bodeguita; el muchacho repartidor recordaba que un camión igual al de la foto, perteneciente a un señor conocido por Track, había estado construyendo algo en la casa de enfrente. La casa era una vivienda rural. Estaba ubicada en lo alto de una pequeña loma y la carretera pasaba a unos diez metros. También tenía pendiente muy inclinada en donde los carros que pasaban tenían que cambiar velocidades para impulsarse y subir. La comisión estaba formada por Hernán Reyes y un grupo de funcionarios. Tocaron la casa y nadie respondió. La puerta estaba cerrada por fuera con un candado. Violentaron el candado y penetraron en la casa. Hay un sombrero de pelo de guama sobre la mesa; Hernán lo toma y nota que está mojado por la lluvia que ha caído recientemente. Revisan la casa por dentro. Esta tiene, al entrar, una sala con una mesa y cuatro sillas tapizadas en vinyl beige y rojo. Después le sigue un comedor y cocina y, por último, una habitación amplia con una cama matrimonial y un tocador. Todo indica que sus moradores han estado allí recientemente. Revisan todo minuciosamente, pero no encuentran nada. Hernán decide dejar la búsqueda

para el día siguiente. Deja la luz exterior, un bombillo, encendida.

Al día siguiente, una comisión integrada por los subcomisarios Alí y Francisco, con un grupo de hombres, comienza de nuevo la operación en el punto donde se ha dejado. Hernán los ha puesto en antecedentes sobre todo lo acontecido en la casa. Les dice también que si la luz exterior que dejó encendida, no ha sido apagada, quiere decir que los moradores del inmueble no han regresado y, por lo tanto, deben registrar de nuevo antes de comenzar la búsqueda.

Cuando llega la comisión, la luz de afuera está encendida.

Comienzan el registro minuciosamente, habitación por habitación, pared por pared. Al final de la casa, detrás del tocador, cuando tocan la pared con un martillo, ésta suena hueca. Al registro se ha presentado el subcomisario Arnoldo, quien toma parte en la operación. Deciden romper la pared. La rompen, abriendo un agujero, como a un metro del suelo. Siguen rompiendo y aparece la baticueva, tal como la describió Domínguez cuando fue interrogado.

Después del secuestro, los guerrilleros habían rellenado el agujero de 80 x 80 cms., habían frizado y pintado la pared y no se notaba nada. Dentro de la baticueva se encontraron cuatro fusiles AK-47 de fabricación soviética. Las armas habían venido de Cuba cuando el desembarco de cubanos por las costas de Chichiriviche y Machurucuto, en 1967. Las expediciones, al mando de Luben Petkoff y de Arnoldo Ochoa Sánchez (cubano), se internaron en las montañas y reforzaron las guerrillas del Frente "José Leonardo Chirinos", que estaban establecidas en el triángulo montañoso de los Estados Lara, Yaracuy y Falcón.

Carlos Domínguez, días después fue trasladado a la baticueva y con lágrimas en los ojos por la emoción, reconoció el sitio.

Captura de Gerónimo y otros guerrilleros

13 de junio de 1973

Gerónimo, el máximo líder de BR, se mantenía activo desde hacía más de 8 años. Nunca había sido detenido por las

autoridades. Su sistema personal de seguridad era impenetrable. Ninguno de los miembros de la organización, a excepción de su hermano Florindo, sabía dónde vivía; ni siquiera Otilio conocía su ubicación. Por eso, cuando fueron capturados todos los guerrilleros no se mudó de lugar; sabía que nadie de los capturados podría delatarle, pues todos desconocían la dirección de su vivienda.

De los interrogatorios a los capturados, se trataba de obtener alguna información que nos pudiera conducir a la captura de Gerónimo. Un punto vulnerable, una brecha, en su sistema de seguridad.

Se analizaron todos los interrogatorios que hacían referencia a este tópico y pudimos conocer lo siguiente:

- Con la obtención del dinero del secuestro se compró en la ciudad de Caracas, una maquinaria de imprenta por la cual pagaron Bs. 125.000.00.
- La organización tenía una imprenta en la que se imprimía propaganda.
- Gerónimo manipulaba la propaganda. La recogía en la imprenta y posteriormente la ponía en diferentes sitios, avisando por teléfono a los distribuidores para que éstos a su vez la repartieran.

Con estos fragmentos de información, llegamos a la conclusión de que el punto más débil del sistema de seguridad de Gerónimo era cuando iba a buscar la propaganda a la imprenta.

El subcomisario Arnoldo, utilizando varios funcionarios, comenzó la búsqueda de la imprenta. Visitaron todas las casas que se dedicaban a la venta de maquinaria especializada. Trataban de averiguar si después del 15 de junio de 1972, alguien había hecho una compra de maquinaria por el valor de Bs.125.000.00.

Después de visitar varios lugares, revisando recibos de venta, se descubrió que una empresa había vendido maquinaria de imprenta el año anterior, por valor de Bs. 125.000.00, a un negocio llamado Litografía Orinoco. El propietario del negocio recordaba que el pago había sido hecho en dinero en efectivo, lo que le extrañó mucho, pues este tipo de transacciones siempre se hacen por medio de cheques.

En el recibo de venta aparecía la dirección del comprador; pero cuando se llegó allá, ya se había mudado. Después de algún trabajo, se ubicó la Litografía Orinoco en la Urbanización San José, al Oeste de la ciudad, en la Parroquia San José, de las calles Esperanza y Caucecita.

La imprenta estaba situada en un pequeño inmueble. Al lado del mismo había un abasto (tienda de víveres) que hacía esquina. El barrio estaba habitado por personas de clase marginal, mezclados con clase media baja. Por el día, el lugar era concurrido por vendedores y transeúntes, con mucha actividad. Por la noche, era un vecindario tranquilo.

Esa misma noche me trasladé al sitio con el comisario Ali y el inspector Pablo, ambos expertos en cerrajería. La imprenta tenía una puerta que daba a la calle con una cerradura Yale. Ali y Pablo no tuvieron ningún problema en abrir la cerradura y penetramos al inmueble. Eran aproximadamente las 2:30 de la madrugada. En el interior encontramos unos afiches de propaganda de Noel Rodríguez, alias Beltrán (este sujeto era quien hacía las llamadas telefónicas del secuestro), guerrillero del BR, recientemente desaparecido. Sabíamos que habíamos descubierto la imprenta de la organización. Ahora dependía de nuestra habilidad montar una operación y capturar a Gerónimo.

Primero hicimos una nueva penetración a la imprenta e instalamos varios micrófonos o transmisores, situados estratégicamente y bien escondidos.

Como no había teléfono en la imprenta, usaban el teléfono monedero que estaba en la esquina. El departamento técnico interceptó el teléfono con un equipo especial, para oír a corta distancia.

Varios hombres de la División de Seguimiento y Vigilancia se situaron con sus vehículos y radio-transmisores en las calles cercanas a la imprenta. Esperaban que les avisara desde un puesto de observación cercano para seguir, identificar y ubicar la vivienda de cualquier persona que entrara o saliera de la misma.

Alquilamos un apartamento en un edificio que estaba como a unos 70 metros de la imprenta. Ofrecía una buena vista

diagonal. Ocho funcionarios permanecerían allí todo el tiempo, sin salir, hasta llegar al final del operativo.

Dentro del apartamento instalamos:

- Un puesto de observación con fotografías operativas. Desde el puesto se fotografiaba a todas las personas que entraban y salían de la imprenta. También se avisaba a los funcionarios de seguimiento y vigilancia por radio para que siguieran y vigilaran su objetivo.
- Un puesto de escucha, dividido en dos operaciones. Un funcionario escuchaba todo lo que captaban los micrófonos instalados en la imprenta; el otro se ocupaba de oír las conversaciones telefónicas del teléfono monedero interceptado.
- Un grupo de 4 funcionarios, listos para capturar a Gerónimo cuando llegara a la imprenta. Estos funcionarios estaban dirigidos por el inspector Amilcar y su segundo el inspector Jaime, ambos veteranos y que conocían a Gerónimo personalmente.

28 de julio de 1973

Dos semanas llevaba funcionando la operación de captura. Durante ese tiempo ha habido cuatro penetraciones en la imprenta. Nuestros cerrajeros ya no usan ganzúas, han fabricado una llave para abrir. Ali personalmente se ocupa de estos trabajos que se realizan siempre en la madrugada. En la última penetración encontramos que la emisión de afiches está terminada y empacada; listos para ser retirados de la imprenta.

El sábado 27, sale Oscar Cedeño, el operador y encargado de la imprenta y se dirige al teléfono monedero. En el puesto de escucha se capta su conversación. La voz del otro lado dice que al siguiente día pasará a recoger la mercancía. La llamada es sospechosa; al día siguiente es domingo y no se trabaja. Tendrá que ser un "cliente" muy importante para que él le abra la imprenta y le entregue la mercancía, un día domingo. Todo el operativo se pone en estado de alerta.

Son las 6:30 de la tarde del domingo. Llegan Cedeño y su esposa, vienen a pie, abren y se introducen en la imprenta.

Conversan y sus conversaciones se captan por el receptor. dicen que pronto llegarán a recoger el material.

A las 7:30 un Mercedes Benz gris se estaciona como a 40 metros de la imprenta. Gerónimo se baja del vehículo, mira hacia todas las direcciones y se dirige a la imprenta. Al llegar allí, mientras toca, es reconocido por Jaime y Amílcar. Los funcionarios bajan inmediatamente del edificio y se sitúan estratégicamente en las cercanías. Sale Gerónimo cargando una caja que contiene propaganda; a su lado van Cedeño y su esposa Coromoto, que lo ayudan a cargar la mercancía. Sobre la caja Gerónimo lleva una pistola 45 y una granada de fragmentación M-26. Los funcionarios los enfrentan y dan la voz de arresto. Gerónimo trata de tomar la pistola, Jaime le dispara una ráfaga de ametralladora sobre su cabeza y Gerónimo se rinde sin tomar su arma. Cedeño corre y se mezcla con la multitud, los funcionarios no disparan por miedo a herir a los transeúntes. Amílcar pone las esposas a Gerónimo y a la mujer de Cedeño: Aleida Coromoto Pacheco.

Posteriormente, y en diferentes operaciones, fueron capturados el Gordo Manzanilla y el Negro Jimmy; Tito González Heredia muere en combate con la DISIP. También fue muerto, al resistir el arresto, el guerrillero conocido como El Motilón. Posteriormente serían detenidos Raúl, Track, Larry Espinoza y el Policía.

8

Situación en que quedaron los grupos subversivos al esclarecerse el secuestro de Carlos Domínguez Chávez

Por Bandera Roja (BR)

Carlos E. Betancourt (a) Gerónimo	C. I. 584.036	Detenido
Gabriel Puerta Aponte (a) Otillo	C. I. 1.982.242	Detenido
Erebo de Jesús Ruiz (a) Track	C. I. 1.150.921	Detenido
Pedro Véliz Acuña (a) Raúl	C. I. 2.927.005	Detenido
Emperatriz Cordero de Guzmán (a) Sonia	C. I. 5.594.514	Detenida
Noel Rodríguez (a) Beltrán	C. I. 2.748.603	Desaparecido
Iván Montilla Cedeño (a) El Ciego	C. I. 2.154.767	Detenido
Marco Antonio Ludeña (a) Segundo	C. I. 2.512.778	Detenido
Jesús Marrero Romero (a) Regis	C. I. 3.774.461	Detenido
Argenis Betancourt (a) Florindo	C. I. 3.345.388	Muerto
Rubén Ricardi (a) Alcides	C. I.	Detenido
Alí del Carmen Torres (a) Pancho	C. I. 2.256.551	Detenido
Tito González Heredia (a) Tito		Muerto
Jesús Márquez Finol (a) Motilón		Muerto
Andrés Cova Mata (a) El Gordo Manzanilla	C. I. 2.078.597	Detenido

Ramón Omar Gutiérrez (a) Fermín	C. I. 3.440.779	Prófugo
Eduardo Candiales (a) Anzoátegui	C. I. 3.336.564	Prófugo
Antonio Tirado Tirado (a) Brito	C. I. 3.569.082	Pacificado

Por el Frente Armado de Liberación Nacional (FALN)

Douglas Ignacio Bravo (a) Andrés	C. I. 923.235	Pacificado
Elías Morales Rossi		
(a) El Carite Morales	C. I. 3.015.211	Detenido
Larry Espinoza Rojas (a) Larry	C. I. 2.990.004	Detenido
Ali Rodríguez Araque	C. I. 1.270.756	Pacificado
José Luis Soto Cisneros		
(a) El Policía		Detenido
Armando Daza Zurita		
(a) El Chino Díaz	C. I. 3.477.499	Prófugo
Edgar Rodríguez Larralde		
(a) El Catire	C. I. 1.740.060	Prófugo
Luis E. Murillo González		
(a) El Negro Jimmy		Detenido
Honorio José Navarro (a) Colina		Muerto

Por Punto 0

Ramón Antonio Olivares (a) Rubén		Muerto
Federico Bottini Marin (a) El Loco		Muerto
José Rafael Bottini Marin		Muerto
Orlando José Mauta (a) El Maute		Detenido
Gilberto Hernández González (a) El Nené		Detenido
Dalia Antonia Rojas		Muerta
Brenda I. Esquivel Hernández		Detenida
Luis Rafael Guzmán Grim		Prófugo
Luis Eduardo de Colls González (a) Jimmy		Muerto
Eduardo Francisco Hernández Cruz (a) Rigoberto		Muerto
José Elio Sánchez Romero (a) Fredy		Muerto
José Rafael Toro Torres (a) Alarcón		Detenido
José Rafael Zamora (a) Saúl		Detenido
Apolinar Ceballo (a) El Viejo		Detenido
Carlos Alberto Padua Pulido (a) El Flaco David		Detenido
Régulo Calzadilla Carballo		Detenido

Oswaldo Enrique Alcalá González (a) Augusto	Prófugo
Victor E. Brizuela (a) El Jorobado	Detenido
(a) Horacio	Pacificado
(a) Wladimir	Pacificado
Pabel Leobaldo González Alvarado	Detenido
Juan Bautista Cruz Salcedo	Detenido
Luis Eduardo Rodríguez Obregón	Detenido
José Alejandro Pereira (a) Elio	Detenido
Tulio Rafael Hernández Cruz	Detenido
Germán Darío Ferrer (a) Félix	Detenido
Isnard Ismael Izarra Peña (a) Carvajal	Detenido
Francisco Acosta García (a) Fidel	Detenido
Godofredo Segundo Torres Noriega	Detenido
Johan Humberto Peña Rivero	Detenido
Simón Enrique Melean (a) El Chino	Detenido
José Gregorio Guerrero Zambrano	Detenido
Tomás Temístocles Ramos	Detenido
Iván Roberto Cruz	Detenido

Además dos guerrilleros no identificados fueron muertos en combate en La Victoria, Edo. Aragua, al enfrentar a los organismos de seguridad del Estado.

* C. I.= Cédula de Identidad

II PARTE

Los crueles y largos años

9

Un nuevo reto, nueva misión

Con el cambio de gobierno en Venezuela, renuncié a mi posición en la DISIP, sabedor de que no era grato a la vista del Presidente Carlos Andrés Pérez, quien por ese entonces estaba entusiasmado por una onda populista que lo acercaba a las posiciones de Castro, al menos en algunos aspectos de la política exterior.

De todas formas, estaba un poco cansado y deseoso de alguna independencia personal; de otra manera, quizás habría hecho algún intento por retener el cargo o, cuando menos, seguir siendo parte de la organización oficial. Examiné mi situación personal y encontré que tenía mis relaciones intactas y mi prestigio bien ganado como investigador y combatiente. Había ahorrado algún dinero y decidí viajar a los Estados Unidos para descansar un poco y rehacer mis planes de vida.

En el vuelo de Viasa a Miami, me encontré casualmente con Joaquín Chaffadert, que también iba para Estados Unidos. Nos sentamos en asientos contiguos y empezamos a conversar en torno a mi renuncia de la DISIP y mis planes para mi retorno a Venezuela. Le expliqué que mi viaje a Estados Unidos obedecía

a mi interés de comprar algún equipo que utilizaría en mi nuevo proyecto: una agencia de investigaciones privadas. La confié que Ray Velásquez, un gran amigo y hábil investigador, me había conseguido un cupo en un curso intensivo en el que se demostraría el uso del Dektor, un nuevo aparato, similar al detector de mentiras, pero que detecta el stress de la persona sometida a análisis cuando miente, según las modulaciones de su voz al pasar por la laringe y el diafragma. Sin duda, impresionado por mi larga experiencia y la novedad de mis planes, Joaquín se ofreció asociarse conmigo en la empresa y yo accedí gustoso. En efecto, al día siguiente de mi llegada a Miami, volé a Washington, donde adquirí gran parte del equipo necesario.

Una vez organizada la agencia en Caracas, se asoció a nosotros el cubano Diego Argüello Lastre, recién llegado de Miami, recomendado y cuñado de Ray Velásquez. El comisario Hernán Reyes sería nuestro primer investigador y Celsa Toledo nuestra secretaria ejecutiva. Los clientes aparecieron aún antes de que completáramos nuestras instalaciones. Los primeros casos los investigué solo, casi sin ayuda. Al primer mes de operaciones ya ganábamos lo suficiente como para cubrir gastos y, al siguiente, contabilizábamos ganancias. A fines del primer trimestre fue necesario cambiarnos de local a otro más amplio, donde pudimos alojar a los varios empleados que tuvimos que contratar, además de los vehículos y otro equipo. Nuestro proyecto, Investigaciones Comerciales e Industriales, Compañía Anónima (ICICA), muy pronto fue un próspero y rentable negocio. Diego Argüello tenía el encargo de organizar las ventas, luego de su fallido intento por convertirse en comerciante en Santa Elena de Guirén.

Por la misma fecha de nuestra entrada triunfal en el negocio de la investigación privada, vino a enriquecer nuestro equipo técnico el ex-director de la Policía Técnica Judicial de la DISIP, José Gabriel Lugo, quien además tenía una escuela de capacitación para guardianes privados. Con el ingreso de Lugo, la empresa adquirió nuevos y más importantes contratos. Numerosas corporaciones, de las más grandes y conocidas de Venezuela, nos encargaron investigaciones sobre conflictos de

competencia, robos y fraudes; investigaciones para pre-empleo de ejecutivos importantes, especialmente de empresas multinacionales, etc. Prácticamente no teníamos tiempo para ocuparnos en trabajos de personas particulares y, en los pocos casos que aceptamos, jamás nos hicimos cargo de asuntos relacionados con adulterios ni problemas entre políticos, rama que nos parecía de importancia mínima, en comparación con lo más rentable y atractivo de la investigación comercial e industrial, particularmente en el campo del espionaje de tecnología, comercio y finanzas de empresas nacionales y extranjeras. Varias motos, una red de equipos móviles de comunicaciones con su repetidora, cámaras operativas, micrófonos sofisticados, etc., auxiliaban en sus pesquisas a nuestros investigadores que, en su mayoría, eran ex-policías egresados de la PTJ y la DISIP. La seriedad y la eficiencia nos convirtieron en una de las mejores agencias del ramo.

Mi vida transcurre así, como se dice, sin pena ni gloria. Trabajaba descansadamente en mi empresa. Después de haber estado tanto tiempo en la policía y de haber dirigido y participado en tanta acción, trabajar en investigaciones privadas era para mí como “pegarle a un niño”. Almuerzo casi todos los días con mi amigo, el ex-director de la DISIP, Remberto Uzcátegui. Nos reunimos en el Caney, donde tomamos un trago y comemos carne asada al carbón. Nada en realidad que tense los nervios. Por primera vez, en muchos años de luchas y sobresaltos, duermo todas las noches en mi casa, compartiendo mi vida con mi esposa Nieves y mis hijos Jorge y Janet, nacida en Venezuela tres años atrás. En la temporada cazo patos y venados con Hermes Rojas y Rolando Santander. Vamos frecuentemente a una finca llamada El Cedral, en el avión de mi amigo Tony Blázquez. El Cedral queda en San Fernando de Apure, cerca de la frontera con Colombia. La caza es abundante y volamos allá casi todos los fines de semana. Son tiempos de paz y tranquilidad, en los que los días transcurren suavemente, sin mayores problemas.

10

Orlando Bosh llega a Venezuela

Desde la División 54 (Contraespionaje) de la DISIP se hace una llamada de larga distancia a Managua, Nicaragua. Se establece comunicación con el Dr. Orlando Bosh y se le instruye para que se presente en la Embajada de Venezuela, donde el cónsul tiene instrucciones para que le extienda una visa para entrar al país, portando un pasaporte con el nombre de Carlos Luis Paniagua. Ese mismo día se presenta en mi oficina un exiliado cubano de nombre Frank Castro, y me dice que viene de parte de Orlando para comunicarme que ha sido invitado por el gobierno de Venezuela para venir al país. La invitación se la hace Orlando García, que es quien ha girado instrucciones para que se le extienda visa.

–Luis –dice F. Castro–, Orlando me pidió que le dieras una opinión sobre este ofrecimiento. Quiere saber qué piensas tú sobre la posibilidad de venirse a establecer en Venezuela, sobre todo con referencia a su seguridad personal.

–Mira, Frank –le respondo–, yo personalmente creo que aquí en Venezuela no corre gran peligro; sin embargo, no sé si ustedes saben que por aquí se encuentra El Mono Morales, que es su enemigo.

El Mono, increíblemente, dirige una división de la DISIP, posición que le consiguió su amigo Orlando García e, indudablemente, tiene poder para hacerle daño a Bosh.

–Orlando lo sabe –replica el mensajero–. Pero Orlando García le ha asegurado que tiene controlado a El Mono, y sobre ese particular no habrá ningún problema.

–Si es así –le dije yo, a manera de conclusión– no veo por qué no aceptar el ofrecimiento.

¿Cuál era el origen de esa enemistad entre el Dr. Orlando Bosh, una figura tan conocida como polémica del exilio cubano, y este personaje, El Mono, enigmático, resuelto, del que hablaremos extensamente? Veamos.

La primera vez que vi a El Mono fue en abril de 1961. Feliciano Foyo, Sylva Cuervo, Gustavo y Raúl Lora, Sergio Méndez Aponte, Alfredo Cepero y otros que pertenecíamos a la resistencia armada contra Fidel Castro, vestidos de uniforme y con nuestros sacos de campaña estábamos en Opa Loka esperando un avión que nos conduciría a los campos de entrenamiento de Guatemala. Formábamos parte de la Brigada 2506 que, posteriormente, desembarcaría en Bahía Cochinos.

En la fila que habíamos formado para embarcarnos estaba un individuo de mediana estatura, joven, bien parecido y de contextura atlética. Era Ricardo Morales Navarrete, alias El Mono. Dos americanos llegaron y llamaron por su nombre a Morales, a quien sacaron de la fila y se lo llevaron impidiéndole tomar el avión con el resto del personal. Posteriormente supimos que lo habían considerado sospechoso de ser agente de Castro.

El Mono había abandonado Cuba recientemente, donde había sido miembro de los servicios de inteligencia cubanos (G-2) y trabajaba en el aeropuerto internacional de Rancho Boyeros, en La Habana. Posteriormente El Mono fue agente de la CIA y participó en una operación en África, donde un grupo de cubanos reclutados por la Agencia defendieron al entonces gobernante del Congo, Moïse Chombe.

El Mono, sumamente hábil e inteligente, se las agenció para trabajar con la mayoría de los cuerpos de seguridad que funcionaban en la convulsionada área de Miami. La policía local

y el FBI utilizaron sus servicios, permitiéndole exhibir, en ciertas ocasiones, una patente de corso de la que El Mono hacía gala. También la mafia judía y la mafia italiana lo utilizaron.

Fue protagonista de varios hechos de violencia entre los que se destaca el atentado a tiros contra un cubano llamado Atón Constanza Palao, que recibió 21 balazos de .45 de manos de El Mono y dos cómplices. Constanza, agonizando, culpó a El Mono del atentado. Sin embargo, durante el juicio no sostuvo su acusación y El Mono salió libre.

La muerte a tiros de un cubano llamado German Lamasares y el intento de asesinato de un gángster residente en Miami Beach, de nombre Fatty Gordon, fueron hechos que se le achacaron a El Mono y en los que la policía nunca pudo encontrar pruebas en su contra.

Su simpatía innata, su buen porte y su gran habilidad para comunicarse con otros, le abrían muchas puertas y oportunidades que, desde luego, El Mono aprovechaba. Muchas fueron las personas honradas que cayeron en las garras de su seducción, dándose cuenta de su error hasta cuando fue muy tarde.

El Mono era Jefe de la División 54 en la DISIP, una pequeña división que se ocupaba del contraespionaje, con un número muy limitado de personal. Esta ocupación le daba a El Mono bastante tiempo libre para desarrollar sus asuntos personales. El cargo también le daba poder e inmunidad, privilegios que utilizaba genialmente.

Entre las muchas actividades anteriormente desarrolladas, había sido testigo del Estado en un juicio que se le siguió en Estados Unidos al Dr. Orlando Bosh, en 1968. En el juicio que se le siguió a Bosh se la acusó de haber atacado un barco polaco con una bazuca 3.5, en territorio americano; fue condenado a 10 años de prisión, de los que cumplió 5, siendo libertado bajo palabra. Las declaraciones de El Mono hicieron posible la condena de O. Bosh.

El Dr. Orlando Bosh es un hombre alto, fuerte, de complexión robusta, de hablar fluido y expresión vehemente. Inteligente, tozudo, con un solo camino en su vida: la liberación de Cuba. Es un líder anticastrista respetado como hombre de acción; admirado por muchos y criticado por otros; exhibe en su

haber todo un largo historial de acciones, algunas violentas, contra el gobierno de Castro y sus seguidores.

El Dr. Bosh es un médico pediatra, graduado en la Universidad de La Habana, donde fue dirigente estudiantil.

Cuando la Revolución tomó el poder, Castro lo nombró Gobernador de la Provincia de Las Villas. Sin embargo, al darse cuenta del camino hacia el comunismo por el que iba la Revolución, comenzó a conspirar para derrocar el régimen. Sus primeros intentos fueron dirigidos a ayudar un frente guerrillero que se desarrollaba en las montañas de El Escambray. Bosh, aprovechando que se podía mover libremente por su condición de médico, trasladó armas y equipos a los guerrilleros. Este intento, es el primer asomo de los muchos esfuerzos que harían los patriotas cubanos en su lucha contra la tiranía. Bosh se va al exilio e inmediatamente denuncia el abandono y la falta de ayuda por parte de los norteamericanos a las guerrillas de El Escambray y se niega a participar en la operación de Bahía de Cochinos.

A partir de entonces, la vida del Dr. Orlando Bosh toma un rumbo fijo. Invariable. La acción, muchas veces violenta, marca su conducta. Abandona su carrera, su familia y todas las comodidades que el exilio ofrece a un profesional, en la persecución de su objetivo. Sus detractores e enemigos políticos, así como los no simpatizantes de sus métodos de lucha, nunca podrán negarle su inmenso sacrificio, ni su conducta siempre recta y honorable. Orlando sufre prisiones y persecuciones. Viaja por los países de Sur y Centroamérica, llevando su lucha a todos ellos, de diferentes formas.

Llegó a Venezuela procedente de la República Dominicana, con escala en Managua, Nicaragua. El Dr. Ramón Ignacio Velásquez, Director de Extranjería de Venezuela, y a quien profeso una gran amistad, recibió la petición de la División 54 de la DISIP, para que extendiera a través del consulado venezolano en Managua, visa de transeúnte a un tal Carlos Luis Paniagua, que no era otro que el Dr. Bosh, con pasaporte extendido en La Dominicana.

El día 7 de septiembre de 1976, a las nueve de la mañana, recibo en mi oficina una llamada de El Mono Morales:

Orlando replicó:

–Perdón sí, olvido no.

El Comisario Camargo tomó el pasaporte del viajero e hizo que le pusieran los sellos de entrada en Migración. Luego, ordenó a un agente de DISIP que se ocupara de su equipaje. Rápidamente abandonamos el aeropuerto rumbo a Caracas. En el trayecto, poca conversación. Orlando es alojado en el Hotel Caracas Hilton, donde ya se le había hecho una reservación. El Mono se retiró a su apartamento, ubicado en un edificio contiguo llamado Anauca Hilton.

Al día siguiente, Orlando hizo contacto conmigo y yo lo visité en su hotel. Bosh me preguntó:

–Luis, ¿qué crees tú de la invitación que me hizo el Presidente Pérez para que visite el país y me quede por un tiempo?

–Orlando, ¿de parte de quién vino esa invitación?

–Frank Castro me dijo que Orlando García había contactado a El Mono para que te enviara el mensaje.

–¿Quieres decirme que todo ha sido extraoficial? le dije, sorprendido.

–Efectivamente –confirmó Bosh.

–En ese caso –le sugerí– hay que estar alerta, pues conociendo a El Mono, es de esperar cualquier cosa. Sin embargo, bien pudiera ser –agregué– que El Mono convenció a Orlando García para que garantizara tu estancia en el país y así tratar de favorecerte y limpiarse contigo por los años de prisión que te causó. La especie de la invitación del presidente la puede haber inventado él. El tiempo lo dirá; esperemos, pero esperemos alertas.

Al poco rato de estar conversando con Orlando, llegaron dos agentes de DISIP con órdenes de darle protección. Eran enviados por el comisario Morales, de la División 54.

El Mono no pierde tiempo, es un ejecutivo. Al siguiente día, Orlando es trasladado a las oficinas de DISIP, donde lo espera El Mono. Lo pasan al Departamento de Identificación, lo retratan y le extienden un carnet de funcionario de DISIP, con el nombre de Carlos Sucre. Desde ese momento, el Dr. Bosh está investido de una autoridad que le permite portar toda clase de armas y ejercer lo correspondiente al cargo. ¿Quién dio la

orden para que se le acredite el carnet? Oficialmente, El Mono Morales. Sin embargo, éste dice que sigue las órdenes de Orlando García, tanto en la cuestión del carnet como en darle a Bosh protección adecuada.

El Dr. Bosh comenzó a visitar amigos y a recolectar fondos para la causa cubana. Los agentes que le acompañaban para darle seguridad, conspicuos y mudos, provocaban recelo a las personas visitadas. Orlando resiente esto y me consulta.

–Necesito que me ayudes –me dice en mi oficina–. Me trae mucho problema andar por todos lados cuidado y tal vez espiado por agentes de la DISIP. Yo no conozco la ciudad y, por lo tanto, no puedo conducir automóvil y encontrar direcciones. ¿Podrías proporcionarme alguna persona que me pudiera trasladar y a la vez me sirviera de protección? Ah, también -recuerda Bosh- necesito un carro y armamento corto, pues en la DISIP sólo me dieron una subametralladora Beretta, que es muy difícil de ocultar cuando me bajo de carro.

Yo accedo a las peticiones de Bosh y le asigno a Hernán Ricardo, quien trabaja regularmente conmigo en la Agencia de Investigaciones Privadas. También le proporciono una pistola Colt .45 con cuatro cargadores y un revólver Python 3.57 Magnum. Eximo a Hernán Ricardo de sus deberes en la Agencia, mientras dure su nueva misión.

Hernán Ricardo, de unos 20 años, gozaba de toda mi confianza. Trabajaba conmigo desde hacía unos cinco años, cuando era muy joven (unos 15 años). Se aumentaba la edad y hacía trabajos ocasionales con mi División de DISIP. Era fotógrafo profesional, trabajaba para el vespertino *El Mundo* y era utilizado para que, en su condición de periodista, tomara fotografías en los disturbios que frecuentemente ocurrían en Caracas. La comparación de las fotos obtenidas en distintos eventos, nos permitía identificar a los revoltosos habituales y a los profesionales que aparecían siempre organizando las revueltas. También Ricardo era utilizado cuando había recepciones y reuniones que cubría la prensa. Así podíamos establecer relaciones entre personas de nuestro interés. Hernán Ricardo, alto, bien parecido y de modales discretos, era estimado por todos. Su afición a la investigación y la agudeza de su mente

hicieron que pronto se convirtiera en un verdadero y útil profesional. Además de la cámara, era un buen conductor ("motorizado" como le llamábamos) que conocía el difícil arte del seguimiento y vigilancia utilizando métodos increíbles para obtener buenas tomas. De esta forma, obtuvo un puesto fijo en la División, sin cargo policial porque, al intentar ponerlo en nómina, por su partida de nacimiento nos dimos cuenta de su corta edad. Se le pagaban sus emolumentos de una partida secreta. Cuando formé la Agencia de Investigaciones Privadas, él formó parte del personal operativo. Sin ocultarme nada, me dijo que también hacía trabajos ocasionales para la DISIP.

Habían transcurrido tres semanas desde la llegada de Orlando Bosh a Caracas y Hernán Ricardo era su guardaespaldas y chofer. Bosh vivía en un apartamento del edificio Anauca Hilton. En dos ocasiones fue visitado por Orlando García y por El Mono Morales, oportunidad en la que Bosh le manifestó a O. García su deseo de entrevistarse con el Presidente Pérez. García le informó que ya le tenía una cita arreglada para el día 10 de octubre. En esos momentos no dudé de que O. García le ha comunicado al Presidente Pérez la presencia del Dr. Bosh y ha conseguido su autorización.

En un esfuerzo por captar mi simpatía, El Mono Morales me llamaba frecuentemente, siempre contándome de las gestiones que realizaba en favor de Bosh y de su labor. Bosh también me visitaba constantemente. A mí me agradaba su visita. Su conversación era siempre amena y cargada de patriotismo. Su meta era llevar la guerra, como él decía, por todos los caminos del mundo, hasta que desembocara en la plena liberación de Cuba. La primera fase, y para la cual se encontraba en Venezuela, era la de recolectar fondos para su proyecto. En el país había cubanos acomodados, que estaban en condiciones de contribuir generosamente para desarrollar el Plan Bosh. El Dr. Hildo Folgar, médico muy adinerado y de muchas relaciones políticas, era amigo de Bosh y se ofreció para celebrar reuniones sociales en su propia casa, para coleccionar fondos.

He entretenido al lector con todos estos antecedentes, para ubicarlo en el escenario y con algunos de los personajes que tendrán algún tipo de relación con lo que relato a continuación.

11

La voladura del avión cubano

Los sucesos que relataré en seguida están basados, primero, en las declaraciones hechas por Ricardo Morales Navarrete a mi amigo y abogado Raymond Aguiar, que viajó a Miami para entrevistarlo. En conversaciones posteriores que sostuvo el periodista cubano y amigo de El Mono, Francisco Chao Hermida, relatándole minuciosamente los pormenores del hecho y, posteriormente, Chao me las comunicó.

Segundo, en entrevistas que sostuve después de mi libertad con un funcionario del gobierno cubano, que estuvo muy ligado a los acontecimientos. Por razones de seguridad y porque esta persona se encuentra todavía trabajando para el gobierno de Castro, actuando como doble agente, no puedo revelar su nombre.

Tercero, por pesquisas e investigaciones realizadas por nuestros abogados, contratando a detectives privados que se trasladaron al lugar de los hechos y realizaron encuestas, pagaron información confidencial y secreta y efectuaron investigaciones en líneas aéreas, compañías telefónicas, hoteles, etc.

Por la conformación y consulta de todas estas fuentes de información, he llegado a conclusiones que me han ayudado a ver con más claridad en este intrincado laberinto.

La conspiración

Marzo de 1976

Recibí en mi casa una llamada de El Mono Morales diciéndome que en una hora vendría a visitarme. Diferí la visita y le propuse entrevistarnos en el restaurante El Caney. Hicimos la cita para las ocho de la noche.

El restaurante El Caney, tan bullicioso y concurrido durante las horas del mediodía, es tranquilo y con pocos clientes a esas horas de la noche. Por eso escogí el lugar.

Llegué al bar a las 7:50 y pedí "un etiqueta negra" con agua. Mientras saboreaba el trago me pregunté: ¿Qué hará El Mono en Venezuela? ¿Qué querrá de mí? En todo encuentro con El Mono había que estar siempre alerta, sospechando una segunda intención.

A las 8:00 entró El Mono por la puerta principal del restaurante, elegantemente vestido con un traje caro, demasiado deportivo para mi gusto, de color claro, casi blanco, con una llamativa corbata. Efusivamente me saludó y, al saludarme, me palpó para saber en qué posición llevaba mi arma. Nada personal, es una vieja costumbre de El Mono que, quienes lo conocieron, podrán corroborar. "Por si las moscas", como decía...

Después de saludarme pidió un trago y abordó el problema:

-Luis -me dice-, vengo a instalarme definitivamente en Venezuela. En Miami, Orlando García me ofreció un trabajo en la DISIP, que yo he aceptado. Estoy liquidando todo en Miami para venirme acá.

A continuación me dijo que García le había prometido nombrarlo Comisario y darle una posición dentro del Cuerpo. Yo no podía creer lo que estaba escuchando. Para llegar a Comisario en los tiempos en que yo estaba en la DISIP, había que tener muchos años de servicio y haber pasado por grados

y cursos. Sin embargo, a El Mono lo traían de Miami y lo instalaban en esa posición. Por otro lado, El Mono no era ni siquiera ciudadano venezolano, requisito indispensable para ocupar puestos de importancia en la policía. Este aspecto se solucionó tres meses después de nuestra conversación. El Ministro de Relaciones Interiores, Octavio Lepage instruyó de su puño y letra al Director de Extranjería, Dr. Ramón Ignacio Velásquez, para que nacionalizara a Morales, quien sólo llevaba tres o cuatro meses en el país. Así lo atestigua un memorándum o, mejor dicho, una solicitud de nacionalización hecha por El Mono que llevaba al margen una anotación firmada por el ministro para que se procediera a su ejecución. Si un individuo normal y corriente quiere hacerse ciudadano del país, primero debe ser transeúnte por dos años y, posteriormente, residente por otro período similar, para considerar su aplicación para ciudadanía.

Pues bien. El Mono llegó, se le nombró Comisario y Jefe de la División 54 (Contraespionaje), y luego se le nacionalizó venezolano.

Dos meses antes de su instalación definitiva en Venezuela, Morales viajó a la ciudad de México. Su viaje, hecho desde Venezuela, no está registrado en su pasaporte americano (Rentry permit). Utilizó para este viaje un pasaporte venezolano con el nombre de Moisés Gutiérrez Cedeño. El Mono se hospedó en el Hotel María Isabel, ubicado en la Zona Rosa de la capital mexicana. Allí fue visitado por dos funcionarios de la DGI cubana.

Según relató El Mono posteriormente al periodista Chao Hermida, es allí donde, por primera vez, se le pide que sabotee el avión de la Compañía Cubana de Aviación que regresa a La Habana pasando por Guyana, Trinidad y Tobago, Barbados y Jamaica. Morales recibe \$18.000.00 de los cubanos y regresa de nuevo a Venezuela. De aquí, con su pasaporte americano, vuela a Miami.

Ya El Mono es Comisario y Jefe Encargado de la División 54 de la DISIP; ya es venezolano nacionalizado; tiene escolta, carro asignado y equipado con planta móvil de transmisión. Tiene buen sueldo, subalternos, armas, acceso a los aeropuertos y a

dependencias gubernamentales. Puede detener, interrogar, mandar a vigilar, perseguir y fotografiar personas; consultar archivos confidenciales y secretos y mandar a intervenir teléfonos. Tiene viáticos para sus movimientos, pasajes nacionales e internacionales gratis.

Con la astucia, habilidad, seducción, simpatía y relaciones políticas, El Mono se transforma y adquiere real poder. Miles de compatriotas y personas de todo el mundo: agentes de cuerpos de seguridad de los Estados Unidos, como el FBI y la CIA y todo aquel que de alguna forma u otra se haya relacionado con él, les parece imposible –como a mí– que este hombre haya sido nombrado en un cargo tan relevante dentro de la policía política venezolana. Hasta su promotor Orlando García estará de acuerdo en el grave error que cometió al dejarse engañar por El Mono Morales.

En dos ocasiones diferentes, El Mono fue detectado entrevistándose con un cubano de nombre Cuenca Montoto, que era el Oficial de Inteligencia de la embajada cubana en Caracas, y con otro oficial de nombre Eduardo Fuentes, que fungía como Consejero Político de dicha representación diplomática. Posteriormente, dos agentes de la DGI cubana llegaron a Caracas procedentes de México. Venían acreditados como correo diplomático y traían instrucciones concretas para Morales.

La embajada cubana en Caracas estaba ubicada en una amplia y hermosa residencia, rodeada de una alta cerca que le daba protección. La delegación cubana tenía acreditados a más de treinta funcionarios. Sin embargo, en ocasiones, ese número llegaba a cien. Los “correos diplomáticos” –que no son empleados fijos– aumentaban considerablemente la cantidad. Entraban y salían continuamente del país hacia distintas partes del mundo, sin que les registraran su equipaje.

El Embajador de Cuba en aquel tiempo, Norberto Hernández Curbelo, almorzaba casi diariamente con invitados en el lujoso restaurante “Henry IV”. Una escolta de la DISIP, que constaba de cinco agentes, le prestaba seguridad y... vigilaba sus pasos. Copias de los informes que redactaban sobre las actividades del Embajador (personas que lo frecuentaban,

placas de automóviles, etc.) llegaban periódicamente a mis manos por un complicado sistema.

El Embajador hizo relaciones públicas con políticos venezolanos y celebró costosas fiestas, entre las que se recuerda una ofrecida en el Hotel Tamanaco, con asistencia de tres mil personas. Si se considera la siempre precaria situación económica cubana y los gastos exorbitantes de la Embajada, podremos darnos una idea del interés de Cuba en Venezuela.

El día 2 de octubre de 1976 ocurre una entrevista en el departamento de El Mono, en el edificio Anauca Hilton; a ésta asiste el oficial de inteligencia de la embajada cubana, Cuenca Mototo y el señor Lázaro Otero, representante en Guyana de la Cubana de Aviación. Lo que se habló en esta reunión no se ha determinado.

Hernán Ricardo me pidió permiso para ausentarse unos días de su trabajo de custodia del Dr. Bosh. Había sido llamado por El Mono Morales para que le realizara un trabajo de fotografía operativa en un vuelo de Cubana de Aviación. En el vuelo venía una delegación de Corea del Norte, compuesta por cinco personas que tomarían el avión en Guyana, rumbo a Cuba.

Con los limitados recursos a mi alcance en la Agencia de Investigaciones Privadas, habíamos logrado obtener información sobre la actividad de los cubanos en Venezuela. Mucha información nos la había suministrado el Comisario René, quien trabajaba en la División 54 de la DISIP antes de que El Mono se hiciera cargo. Por René conseguíamos los reportes diarios de los guardaespaldas del Embajador Hernández Curbelo; también nos informaba de las visitas de los políticos de izquierda a la sede diplomática y, a veces, de algunos contactos entre diplomáticos cubanos con naturales del país o con visitantes. Cuando teníamos oportunidad y estábamos alertados, "fijábamos" fotográficamente las entrevistas y se las paseábamos a un periodista que escribía en el vespertino *El Mundo*. El periodista elaboraba artículos documentados con ese material que le proporcionábamos, denunciando las actividades de los cubanos en el país, sobre todo las clandestinas. Este periodista sufrió un atentado a su salida del Hotel Caracas Hilton, del que

salió milagrosamente ileso. Inmediatamente abandonó el país y se radicó en los Estados Unidos. Los cubanos, por su parte, se quejaron a la Cancillería y la DISIP; por órdenes de Carlos Andrés Pérez, se nos pidió que cesáramos la campaña.

El pasaporte

El Mono llamó a Hernán Ricardo y le dijo que pasara por la Sección de Identificación y Extranjería para que le extendieran un pasaporte con el que haría una serie de viajes destinados a tomar varias fotografías operativas. Hernán recibió un pasaporte con el nombre de José Vásquez García. Su primera misión sería la de fotografiar a una delegación de cinco norcoreanos que estaban en Guyana y que viajarían a Cuba en el vuelo CU-455 de Cubana de Aviación, el día 6 de octubre. El 5 de octubre Hernán Ricardo se despidió del Dr. Orlando Bosh, diciéndole que tenía que hacer unas diligencias personales.

No era el primer trabajo de esta índole para Hernán Ricardo; anteriormente había realizado encargos similares bajo la fachada de reportero gráfico, para la DISIP, comenzando estos trabajos por encargo del Comisario René y después por El Mono, ambos en labores de contraespionaje para la División 54. Para este trabajo, así como para otros posteriores, Hernán llevó de acompañante al también fotógrafo Freddy Lugo, al que estaba entrenando y enseñándole fotografía operativa, que es una especialidad para la que se requieren muchas habilidades en el uso de la cámara.

Origen y destino del vuelo CU-455

De acuerdo con lo declarado por el representante de Cubana de Aviación en Guyana (señor Santos) el CU-455 llegó al aeropuerto de Timehri (Guyana) el martes 5, a las 8:35. Estacionó en el puesto N° 1, bajo vigilancia del servicio de seguridad cubano, así como de personal de seguridad del aeropuerto. Limpiaron la aeronave la misma noche y sacaron la basura, dejándola en óptimas condiciones para el vuelo de regreso al día siguiente, miércoles, a primeras horas de la

mañana. Todo esto fue hecho bajo la supervisión del señor Santos y de otro colega, el señor Lázaro Otero, quien murió en el accidente y quien se entrevistó con El Mono, en Caracas, semanas antes.

Al día siguiente, es decir, el 6 de julio de 1976, el aprovisionamiento para el vuelo fue recibido media hora antes de la hora fijada para la partida, por el señor Martí, quien también murió en el siniestro.

La tripulación abordó el avión aproximadamente a las 9:35 a. m. A partir de ese momento nadie, aparte de la tripulación, pasajeros y oficiales de la Cubana de Aviación, subieron al avión, a excepción del oficial de aduana que rompió los sellos de los licores libres de impuesto, en presencia del jefe de compras.

12

Los pasos de la muerte

El mundo, la comunidad internacional, nosotros en Caracas estábamos lejos de saber que, en un punto de El Caribe se daban pasos de muerte contra el avión cubano y que la tragedia que allí se desataría nos envolvería injustamente, cambiando nuestra vida en forma dramática y definitiva.

El avión partió de Guyana a las 10:57 a. m., es decir, con 27 minutos de retraso, debido a una solicitud oficial del Gobierno de Guyana en el sentido de que esperaran a una delegación diplomática de Nor-Corea que deseaba tomar el CU-455.

El señor Santos declaró en Barbados, que en Guyana todo se desarrolló normalmente y que todas las medidas de seguridad fueron tomadas en la oportunidad en que los pasajeros abordaron el avión, incluyendo la identificación del equipaje de cada pasajero, tanto en la pista del aeropuerto como al abordar el avión. Sin embargo, esa afirmación quedó en abierta contradicción con el testimonio de Glyne Clarke, empleado de la British West Indian, en Barbados, quien se encontraba de vacaciones en Guyana y regresó en el CU-455. Contradijo igualmente a los señores Arnold Quick y Feona Stalla, también

pasajeros, (Pieza 8, folios 20, 29 y 32 del expediente jurídico), quienes afirmaron que les llamó la atención que el citado procedimiento no se efectuó en el Aeropuerto Timehri de Guyana.

El CU-455 llegó a Trinidad a las 11:03 a. m. Sólo dos pasajeros desembarcaron y, debido a que el personal de la British West Indian se había declarado en huelga, no se permitió a los pasajeros en tránsito bajar del avión. Por estas mismas razones no limpiaron el avión ni removieron la basura. Con la ayuda de la tripulación y de algunos pasajeros, se procedió al chequeo normal para subir al avión. Es decir, identificación de los equipajes por parte de los pasajeros y registro personal de los mismos. Hernán Ricardo y Freddy tomaron el fatídico vuelo.

En efecto, Hernán Ricardo y Freddy Lugo, después de dormir algunas horas en el Hotel Holiday Inn, llegan al Aeropuerto de Piarco (Puerto España, Trinidad), en horas de la mañana; registraron el equipaje y los boletos en el mostrador de la British West Indian, sin ningún incidente; Hernán Ricardo entregó su maleta y recibió su contraseña por la misma. Freddy Lugo sólo llevaba un maletín de mano.

Para que el lector comprenda toda esta trama fatídica que conduce a la voladura del avión cubano, es necesario que siga con paciencia estos pasos fatales que relatamos. Note el lector que se destaca un hecho concreto: en Trinidad sí se tomaron las medidas de seguridad, tanto sobre el equipaje como en la revisión física de todos y cada uno de los pasajeros que abordaron el avión. Por lo tanto, los equipajes y personas de Hernán y Lugo fueron revisados por los funcionarios de seguridad cubanos, encargados de los registros de rigor.

En el vuelo de Trinidad a Barbados- que era la próxima parada- Hernán fija fotográficamente a los norcoreanos, sin que lo adviertan. Los coreanos eran: Juan Ne Ik, Kim Do Yen, Pak Je Chin, Kl Bong y Jan Sang Kyu. Ni la película revelada, ni la cámara fotográfica, una costosa Nikon con varios lentes, les fueron jamás devueltos.

Este trayecto de Trinidad a Barbados transcurrió normalmente, a excepción de que Hernán Ricardo se quedó encerrado

en el baño al atrancarse la puerta y el capitán de vuelo tuvo que acudir a rescatarlo.

Al llegar el avión a Barbados, 18 pasajeros, entre los que se encuentran Hernán y Lugo, bajan de la nave y 13 pasajeros abordan con destino a Jamaica y Cuba. Eran las 12:25 p. m.

El avión, un DC-8, tipo Mc Donnell Douglas, modelo DCS-43, de la empresa Consolidada Cubana de Aviación, hace el viaje Timehri (Guyana) a La Habana con escalas en Trinidad, Barbados y Kingston (Jamaica).

Al desembarcar los 18 pasajeros en Barbados, el avión fue preparado para continuar su itinerario. Los equipajes de los pasajeros que ingresaron a la nave fueron colocados en el compartimiento de carga delantero.

La tragedia

El avión despegó a las 13:15 p. m. y comenzó a subir; nueve minutos más tarde, la torre de control recibió un mensaje del piloto que reportaba: "tenemos una explosión a bordo", señalando su intención de regresar al aeropuerto para un aterrizaje de emergencia.

El radar indicó que la nave hizo un "banqueo" por la derecha hacia el aeropuerto, comenzó a perder altura y, según declaraciones de tripulantes de barcos pesqueros y de recreo que se encontraban en el área, observaron que la nave emitió humo negro y luego, intentando iniciar una subida, volvió a perder altura y se precipitó en el mar. El tren de aterrizaje estaba fuera cuando se produjo el desastre.

El avión se hundió rápidamente en el mar, pero al recibir el impacto se quebró. En la superficie quedaron flotando 15 cadáveres, 14 maletas y parte del cuerpo de la nave, así como cojines, asientos y pedazos de baño. De las 14 maletas rescatadas, solamente 3 exhibían daños que no podían atribuirse a la explosión. Estas tres maletas fueron identificadas como propiedad del equipo de esgrima que viajaba en este trágico vuelo, las cuales fueron cargadas y colocadas por los propios miembros del equipo en el departamento de carga trasero, en el aeropuerto de Piarco, Trinidad. Eran los únicos artículos de

equipaje que iban en ese compartimiento. Por lo menos 23 personas presenciaron los últimos movimientos del CU-455, algunas de ellas se encontraban en botes, otras en la casa, pero todas vieron salir humo negro del avión, detalle que, como se verá más adelante, es de importancia capital en la determinación de las causas de la tragedia.

Los recaudos que se encontraron flotando fueron rescatados por embarcaciones y entregados a las autoridades de Barbados, que los guardaron en un almacén. Los cadáveres fueron trasladados a la morgue. El avión se hundió a una profundidad de unos 600 metros.

Los agentes de la muerte. Primeras pesquisas

Mientras tanto, antes de que el avión cubano encontrara su destino fatal, ¿qué había pasado con el fotógrafo-policía Hernán Ricardo y su ayudante Lugo?

Ambos personajes hicieron el trayecto de Trinidad a Barbados, donde llegaron a las 12:50 de la tarde. Ricardo, como se ha dicho, fue el único de los dos en reclamar equipaje contra la presentación de su contraseña, porque Lugo sólo cargaba un maletín de mano. Ambos tomaron un taxi que los condujo al Hotel Holiday Inn, donde se alojaron. Aquí se enteraron de que el avión del que acababan de ser pasajeros se había precipitado al mar, envuelto en una explosión. Hernán Ricardo, que se sabe viajando con un pasaporte falso que le proporcionó la DISIP a nombre de José Vásquez García, se puso nervioso y decidieron cambiarse de hotel. Es así como a las 4:30 de la tarde, se mudaron al Hotel Beach Village. Antes de cambiar de hotel, Ricardo pidió desde el Holiday Inn una llamada de persona a persona con Luis Posada, de la Agencia de Investigaciones Privadas, en Caracas. Por no encontrarse Posada en su oficina, no pudo producirse la comunicación. Llamó, entonces, a una amiga de nombre Marinés Vega, pidiéndole que tratara de localizar a Posada y le diera un mensaje, para lo cual le facilitó el número telefónico de la Agencia.

Bajo una gran tensión nerviosa, Ricardo y Lugo siguen una conducta irregular que posteriormente los haría lucir sospe-

chosos. Después de hacer otras llamadas desde la calle, iniciaron una peregrinación por las calles de Barbados. Pero los nervios consumían a Ricardo y por ello decidieron viajar nuevamente a Trinidad en el vuelo de las 8:30 de la noche, en la línea BWI; con la enorme prisa por el regreso, dejaron su equipaje en el Hotel Beach Village.

Una vez en Trinidad, tomaron un taxi que los condujo al Hotel Holiday Inn. El taxista Kenneth Dennis, posteriormente declaró haber oído hablar a Ricardo y Lugo, en español, sobre el atentado que sufrió el avión cubano.

Después se comprobó que el taxista no hablaba ni entendía el idioma español.

Ricardo se registró en el hotel con el nombre de Alfredo Gutiérrez y, desde allí, volvió a llamar a Caracas, a Marinés Vega, siempre tratando de hacer contacto con Posada, sin lograrlo.

Entre tanto, la policía de Trinidad recibió una llamada anónima desde Venezuela, en la que le comunicaban que en el Hotel Holiday Inn se encontraban los saboteadores del avión accidentado. La policía se dirigió como un bólido hacia el hotel y detuvo a Ricardo y a Lugo.

Allí, bajo la supervisión de Dennis Elliott Randward, Comisionado Delegado de la Policía de Trinidad y Tobago, los detenidos se declararon culpables, bajo fuerte presión y con la amenaza de enviarlos a Cuba.

A Trinidad llegó una delegación cubana encabezada por Carlos Rafael Rodríguez (comunista de la vieja guardia y hombre importante del gobierno en aquella época) quien se reunió con otra delegación de Venezuela; allí participaron el abogado David Morales Bello y el subdirector de la DISIP, Rafael Rivas Vásquez. Cuba sostiene que el avión saboteado es cubano y, por lo tanto, exige la jurisdicción del caso y pide que los sospechosos sean enviados a la Isla. Los venezolanos explican que los presuntos indiciados son de nacionalidad venezolana, por lo que deben ser trasladados a los juzgados de su país. El grupo que representa a Barbados pide también la jurisdicción, alegando que el sabotaje había ocurrido en aguas nacionales de Barbados, a menos de cinco millas de sus costas. Estas

deliberaciones y exposición de argumentos de las partes duran varios días. Barbados se retira, Cuba llega a un arreglo con Venezuela, en el que ésta da seguridad a los cubanos de que los sospechosos serán juzgados y condenados en el país. La detención de Orlando Bosh y Luis Posada en Venezuela, una semana después, logra que la delegación cubana acepte las promesas de Venezuela y desista de llevar el caso a su jurisdicción.

Mi camino hacia el túnel

La noticia de la voladura del avión cubano dio la vuelta al mundo, sacudiéndolo, especialmente porque entre las víctimas se encontraba el equipo de esgrima cubano. La tragedia enlutaba solidariamente, por su connotación, al conglomerado deportivo en particular y a la juventud en general de todos los países. El repudio tenía el tamaño del crimen cometido.

Yo estoy en Caracas cuando me entero por la radio del sabotaje del avión cubano, a pocas horas de haber ocurrido. Paso por mi oficina y mi secretaria, Celsa Toledo, me dice que Hernán Ricardo ha estado localizándose desde larga distancia. Al principio no le presto mucha atención, pero luego recuerdo que Hernán se encuentra por las islas caribeñas haciendo un trabajo de la DISIP. Como a las cinco y media de la tarde me llamó a mi oficina El Mono Morales y me dijo:

–Jefe, ¿te enteraste de lo del avión cubano?

–Sí –le contesto– ¿qué sabes tú que yo no sepa?

–No mucho –me responde–; pero Hernán Ricardo viajaba en ese vuelo y se bajó en Barbados y puede estar metido en un gran rollo.

A continuación El Mono me dice:

–¿Tú sabes que Hernán estaba haciendo un trabajo para mí?

Yo le replico, mintiéndole:

–Yo no sé nada de eso, ni siquiera sabía que Hernán trabajaba para la DISIP.

A continuación recibí una llamada de Rafael Rivas Vásquez, que me invita a tomarme un trago en El Solar de la Abuela,

lujoso restaurante de la avenida Casanova. Rivas Vásquez lo frecuentaba y era recibido con mucha consideración.

Llegué al restaurante como a la media hora de la llamada y ya Rivas Vásquez me esperaba. Se encontraba en un lugar apartado y sus guardaespaldas también estaban en el sitio, ubicados estratégicamente y disimuladamente. Cuando llego, me saluda y me dice:

-Basilio (apodo cariñoso con que me trataba) ¿en qué lío están ustedes metidos con El Mono?

-¿Yo? En ninguno, comisario ¿Por qué?

-Tú sabes que El Mono ha estado usando a Hernán en trabajos de su División y yo no sé en qué problemas andan. Hernán viajaba en el avión cubano que parece que volaron y me preocupa mucho que tú y Orlando Bosh estén en algún asunto con ese tipo.

Con la más absoluta convicción le respondí al comisario:

-Para tu tranquilidad, Rafael, yo no estoy en ningún asunto con El Mono, y Bosh, muchísimo menos; tú sabes que El Mono es su enemigo y no confiaría nunca en él.

-Bueno, cualquier cosa que yo sepa te la comunicaré para que estés alerta -me dijo al despedirnos, con un evidente tono de alivio en la voz.

Dos días después, Rivas Vásquez era enviado a Trinidad donde se comunicaría con la policía trinitaria, para interesarse por la investigación y los interrogatorios que estaban practicando a los sospechosos. La policía, según me dijo después, no estaba siendo muy cooperadora, pues temía que hubieran funcionarios de la DISIP envueltos en el hecho.

Los siguientes días, Rivas Vásquez viajó diariamente a Trinidad. Cada vez que regresaba, yo trataba de que me diera alguna información. En una de esas ocasiones me dijo:

-La maleta de Ricardo y las cámaras fotográficas de ambos fueron recogidas en el Hotel Beach Village de Barbados y enviados a Trinidad para anexarlas al expediente. El equipaje, las cámaras, así como las ropas y los mismos Ricardo y Lugo fueron sometidos a una serie de análisis para determinar si habían vestigios de explosivo.

-¿... y?

-Los resultados fueron negativos.

Las discusiones entre la delegación cubana y la venezolana en Barbados se prolongaron por varios días, a fin de ultimar los detalles del compromiso. La delegación venezolana estaba compuesta por David Morales Bello; el fiscal encargado Victor Ortega Mendoza; por Rafael Rivas Vásquez y por el doctor Gómez Mantellín. Los cubanos reclamaban, para presionar y lograr ventajas, que el Presidente Pérez había permitido y auspiciado la entrada al país de un "terrorista" como Orlando Bosh. Conocían los cubanos todos los pormenores de la entrada de Bosh a Venezuela, de la protección policiaca y las consideraciones especiales que se le brindaron. Por ello dejan entender que ellos creen que el Presidente Pérez está de acuerdo con los cubanos anticastristas y, por ende, mezclado indirectamente con la voladura del avión. El Presidente Pérez envió nota de condolencia al gobierno cubano y, como prueba de buena fe, mandó detener a Orlando Bosh. Mientras tanto, yo voy diariamente a las oficinas de la DISIP y me entrevisto con Rivas Vásquez.

El día 13 de octubre, una semana después de la voladura del avión, El Mono me cita a una reunión con Rivas Vásquez, como a las once de la noche. El primero en llegar a la cita fue El Mono Morales. Media hora después lo hizo el comisario Rivas Vásquez, quien de inmediato, dirigiéndose a mí y sin preámbulos, me dijo:

-Basilio (todos me conocían y trataban como El Comisario Basilio) vengo de ver al Presidente Pérez y me ha pedido que mientras se refrescan las cosas, debes permanecer en la DISIP; hay un grupo de esbirros cubanos que quieren matarte y es necesario que estés protegido. Te voy a enviar a tu casa para que traigas ropa y lo necesario para que estés aquí unos días, hasta que pase la tormenta. Mi pistola permanece en mi cintura y no me la pide. Le pregunto:

-¿Quiere decir que estoy detenido?

-No. Estarás aquí sólo unos días, protegido.

La situación de Rivas Vásquez con respecto a mí era muy difícil, pues siempre había sido mi amigo y compañero, además de ser también mi compatriota.

Esa noche en la que, sin saberlo yo, se acabaría mi libertad por muchos años, me instalaron en la oficina del consultor jurídico de la DISIP, donde ya habían llevado una cama. La oficina era amplia y agradable, con aire acondicionado. A mi disposición tenía un teléfono.

Muy temprano del día siguiente llegó Rivas Vásquez y me trajo a un agente que había trabajado en mis Divisiones. Me dice que me servirá en cualquier cosa que necesite, que puedo pedir cualquier comida al restaurante de mi elección y todo lo que me haga falta. Me guiña un ojo y me dice amigablemente:

–Puedes hacer las llamadas que quieras ahora; dentro de cuatro horas estará intervenido... como tú sabrás...

Le agradezco la gentileza y confío en lo que me dice. Rivas Vásquez siempre había sido un buen amigo y un hombre sin dobleces. Sin embargo, no dejé de expresarle mis temores por encontrarme en aquella situación y le dije:

–Rafael, prefiero salir de aquí y darme mi propia protección; tú sabes que yo me las sé arreglar por mí mismo. Estar un tiempo fuera de Caracas...

–Lo siento; son órdenes expresas del Presidente; debes permanecer aquí. Agrega:

–I won't let you down.

Estas palabras aún resuenan en mis oídos, al calor de los recuerdos. No digo que Rivas Vásquez me traicionó; pienso que hizo lo que pudo para resolver mi situación, pero estaba con las manos atadas. Poderosos intereses a los que estaba supeditado lo mantuvieron bajo control. Sin embargo –como se verá adelante– cuando esas presiones cesaron, años después, en sus declaraciones durante el juicio, relató toda la verdad, exponiendo su propia seguridad y teniendo que dañar a antiguos jefes. Se ciñó a la verdad y eso ayudó grandemente a aclarar muchas cosas y a exponer a las personas que planearon y ejecutaron la confabulación. Ahora le reitero a Rivas Vásquez mi estima, respeto y amistad. Entre nosotros existen secretos que nunca han sido violados porque, de hacerlo, causaríamos daño a terceras personas.

Ese mismo día, como a las cinco de la tarde, vino Orlando Bosh conducido por Orlando García y trajeron otra cama. Lo

alojan en la misma oficina donde estoy yo. Bosh viene jovial y me saluda efusivamente.

Los seres humanos cometemos muchos, muchos errores. En esos momentos yo cometí uno que me costó largos años de prisión: Orlando García me pidió el carnet de la DISIP que yo le tenía guardado a Bosh. Yo lo había metido en un sobre y se lo había dado a guardar al ex-jefe de la PTJ y la DISIP y socio mío en la Agencia de Investigaciones Privadas, el Dr. José Gabriel Lugo Lugo. Éste no sabía lo que contenía el mencionado sobre. Me dejé llevar por la confianza, tal vez por las promesas de O. García de la pronta solución al problema. Así, cometiendo un acto impulsivo, mandé a buscar el sobre con el carnet y se lo entregué. El carnet, con el nombre de Carlos Sucre y con la fotografía de Orlando Bosh, extendido oficialmente y firmado por El Mono Morales, estaba asentado en el libro del departamento donde elaboraban y extendían las credenciales del Cuerpo. Mostrar ese carnet a la opinión pública hubiera sido un descrédito tal para el gobierno y para la DISIP, que con él hubiéramos podido fácilmente negociar la libertad... Pero el destino o mi ingenuidad nos tenía reservado otro camino que, inexorablemente, recorreríamos.

Mientras tanto, la prensa, implacable, nos atacaba con toda violencia. Fidel Castro vociferaba y mandaba mensajes secretos al gobierno venezolano, presionando más y más al Presidente Pérez. La prensa internacional también se encargó de hacer su parte. "Castro el bueno, había sido atacado alevosamente por un grupo de terroristas que le habían volado un avión, asesinando a los deportistas del equipo de esgrima que viajaban en él".

Dos días después de nuestra detención llegó Rivas Vásquez a visitarnos. Todavía todo es lujo: la comida a la carta acompañada de whisky etiqueta negra y todo lo necesario para hacer lo más placentero posible nuestro obligado retiro. Rivas Vásquez nos dice:

-Vengo de Trinidad. Hemos ganado una batalla: los cubanos ceden su jurisdicción y Hernán y Lugo vendrán a Venezuela, evitando así que se los lleven para Cuba y los fusilen.

-Y con nosotros, ¿qué va a pasar? -le preguntamos.

-Orlando García trae noticias.

Por la tarde, mandan a buscar a Bosh. Lo llevan a la oficina de El Mono, en donde entran éste y Orlando García.

Le dicen a Bosh:

-Aquí hay un dinero para que abandone el país.

Bosh se sorprende y pregunta qué pasará con Posada.

-Posada se queda, no hay otra alternativa -responde García.

Bosh les replica airado:

-Si Posada se queda, yo no me voy.

El Mono comienza a argumentar:

-Mira, Orlando, mejor tú te vas primero, después veremos qué hacemos con Posada.

Bosh, sin embargo, insiste:

-Ya lo dije: o nos vamos los dos o me quedo yo con él.

Orlando García tira la puerta y se marcha. Terminó la entrevista. Jamás sabré por qué Orlando García me odiaba tanto, nunca tuve relaciones con él, ni buenas ni malas, ni creo conscientemente haberle causado ningún mal.

Bosh regresó a nuestra lujosa celda y me contó todo lo que había sucedido. No nos habían dejado ver la prensa, ni la televisión, desconocíamos lo que sucedía en el exterior. Yo percibía que algo andaba mal. Las visitas de Rivas Vásquez cesaron. Ya habían transcurrido siete días desde la "invitación" que se nos hizo a un retiro forzado. Nada se resolvía en concreto y nosotros seguíamos allí.

El 26 de octubre, veinte días después de haber sido detenidos en Trinidad, Hernán Ricardo y Lugo, fueron puestos en un avión aeropostal que los condujo a Maturín, población ubicada a unos 200 kilómetros de Caracas. Allí los esperaba una avioneta del Ministerio de Relaciones Interiores que los llevó al aeropuerto de La Carlota, en Caracas. Y de aquí a la sede de la DISIP. Venían sucios, flacos, barbudos, con las huellas de los seis interrogatorios "duros" a que habían sido sometidos a manos de la policía de Barbados. Se sienten felices de volver a Venezuela, porque al menos aquí no pesaría sobre ellos el paredón de fusilamiento cubano, ni el garrote o la horca

trinitaria, con que tanto fueron amenazados para lograr sus confesiones.

Llegaron los detenidos a la DISIP y así nos lo comunica Rivas Vásquez. También nos dice que se nos va a procesar por la voladura del avión, como cómplices o autores intelectuales. Esa noticia, aunque ya la esperaba, me chocó profundamente.

Esa misma noche veo a Hernán; lo está interrogando un grupo de fiscales y lo ponen en un breve careo conmigo. Como a las dos de la mañana nos trasladan a una celda de detenidos comunes. Se acabó la luna de miel. Yo, aturdido por tantos acontecimientos que se me habían echado encima de una vez, puse mi cabeza en la dura almohada y, a pesar de lo iluminado de mi celda, el cansancio y la tensión, el sueño llegó y, con éste, unas horas de olvido. Comenzaba para mí una terrible lucha, un negro camino por el que tendría que avanzar durante largos y crueles años.

13

El Proceso Judicial

Junto con Ricardo y Lugo vino un expediente que le entregaron en Trinidad al comisario Orlando Jiménez. El expediente constaba de 1.807 folios, escritos en idioma inglés.

La imagen internacional de Carlos Andrés Pérez quedaba de esta forma (creía él) salvada. Claro que nunca podría explicar el Presidente Pérez cómo Ricardo Morales Navarrete (a) El Mono, con sus siniestros antecedentes, fue nombrado Jefe de la División 54 de Contrainteligencia. Tampoco podría explicar cómo su Ministro del Interior, Octavio Lepage, ordenó al Director de Extranjería, Dr. Ramón Ignacio Velásquez, mediante un memorándum de su puño y letra, que se le extendiera la nacionalidad venezolana a El Mono, obviando todos los requisitos de la Ley de Extranjería. Tampoco podría explicar nunca cómo se llamó desde la DISIP a Orlando Bosh, en Nicaragua, invitándolo a venir a Venezuela y recibéndole como VIP* al llegar ¿Cómo se podría explicar la extensión de un carnet de funcionario de la DISIP a Bosh, con el nombre de Carlos Sucre, lo cual le permitía andar armado? ¿Cómo se explica la protec-

* VIP: Very Important People.

ción policial que le proporcionó la DISIP? ¿Quién pagaba su estadía en el Hotel Anauca Hilton?

El proceso judicial, amañado y controlado, en el que se llegó al colmo de esconder el expediente más importante del proceso, la experticia realizada en Inglaterra por los técnicos de Newton y Carlos Fabbri, traería desprestigio y grandes dudas sobre la persona de Carlos Andrés Pérez.

El 14 de octubre, El Mono Morales, en su calidad de funcionario de la DISIP, firmó las órdenes de detención contra Luis Posada y Orlando Bosh (folio 38 del expediente). Sin embargo, no es sino hasta el 18 de octubre (folio 96-98) que se nos comunica y rinde declaración informativa.

Al día siguiente, El Mono me llamó a su despacho. Me trasladó el comisario Debona. Son las nueve de la mañana, pero El Mono se ve desarreglado, sin afeitarse y con grandes ojeras por la falta de sueño. Nunca había visto a El Mono tan abandonado y poco aseado. Me dice que me siente y saca un aparato detector de micrófonos y con él rastrea toda la oficina.

–Todo en orden –me dice–.

A continuación comienza a hablar muy despacio y recalcando las palabras. Me doy cuenta de que se encuentra bajo una gran tensión; también noto que el efecto de los excesos de la noche anterior, los tragos y tal vez drogas, no le han pasado totalmente. Me mira fijamente por un rato y, ¡cosa increíble!, veo por primera vez en mi vida brotar lágrimas de sus ojos, me abraza y me dice:

–Hermano, he tenido que firmar tu auto de detención bajo una presión enorme, pero no te preocupes –miente– pronto estarás libre de este rollo.

Llorando copiosamente me dice:

–Tengo que confesarte algo: yo volé el avión cubano, pronto lo sabrás todo. Se hará en una forma que pronto estarás libre. Bosh se pudrirá en la cárcel y Lugo y Ricardo cargarán con el pato.

Aunque en aquel momento no creí ni una palabra de lo que decía, le contesté:

–Mono, ¿cómo puedes ser tan hijo de puta? Si tú fuiste, ¿cómo puedes permitir que otras personas inocentes carguen con la culpa?

-¿Inocentes? ¡Al carajo! Bosh es un hijo de puta que siempre ha usado la violencia y por todo lo que ha hecho merece eso y mucho más. Ricardo es otro hijo de puta, que me hizo una y se salvó de milagro, pues todo estaba planificado para que muriera en el atentado.

-¿Y Lugo? -le pregunto.

-A ese mulato yo no lo conozco. Cuando avance el tiempo yo lo declararé todo; mientras tanto, haré lo posible para que salgas.

Yo estaba mentalmente preso de una gran agitación y le dije:

-¿Por qué no me das los detalles?

La emoción que El Mono sintió había pasado. Volvió a ser dueño de sus actos, estaba otra vez frío y calculador. Sonriendo me respondió:

-¿Los detalles? ¡Qué va, Comisario! ¡Formarás una cagada que no la brinca un chivo!

Como yo no creía una palabra de lo que me decía, no insistí y di por terminada la entrevista. Cuando le relaté todo lo sucedido a O. Bosh, éste, riendo, me comentó:

-¿Tú vas a creer lo que dice ese hijo de puta?

Sonrei también, un poco abochornado de mi ingenuidad. Otro grave error. La información, por muy increíble y desatinada que parezca, puede ser cierta. En "inteligencia" hay un dicho que dice: "Lo cierto no necesariamente tiene que ser lógico; y lo lógico no necesariamente tiene que ser cierto". Debí haber procesado la información que me suministró El Mono y haberla mandado a investigar. Posteriormente, y después de las declaraciones públicas que hizo El Mono en dos ocasiones, adjudicándose la autoría de la voladura del avión, y de datos que obtuve por fuentes confiables, me pude dar cuenta de mi grave error.

Los preparativos del juicio prosiguen. Una serie de irregularidades procesales y judiciales se suceden; son tantas, que harían tedioso este relato. Entre las más relevantes figura la violación del Derecho de Hábeas Corpus, al no ser puestos en libertad los indiciados después de haber transcurrido los ocho días reglamentarios que marca la ley.

El abogado Francisco Leandro Moras se presenta en la DISIP y conversa con Orlando Bosh, quien lo nombra su abogado. Yo mando a buscar a mis amigos Raymond Aguiar y Oswaldo Domínguez, ex-consultor jurídico de la DISIP. Ambos aceptan inmediatamente mi petición de servirme de abogados.

El Auto de Detención

El Fiscal General encargado, Víctor Ortega Mendoza, el día 10 de noviembre presenta formal denuncia contra los encausados para dar cumplimiento al Artículo 4 del Código Penal, que requiere de esa formalidad para que pueda procederse al enjuiciamiento de un delito cometido en el exterior. Por lo tanto, si hasta en esta fecha cumplió con el requisito señalado, todas las actuaciones anteriores eran nulas. Faltaba, hasta ese momento, una de las condiciones procesales. Junto con la referida denuncia, el Fiscal envió a la jueza, Delia Estaba Moreno, un legajo de documentos emanados de la Comisaría de Policía de San Vicente, Puerto España, Trinidad y Barbados, relacionados con el acto de sabotaje contra el avión de la Cubana de Aviación, ocurrido en Barbados. También el Fiscal remitió las actuaciones de la DISIP que le fueron enviadas por el Ministro del Interior, Dr. Octavio Lepage. El Fiscal General encargado, nombró como instructor especial a la jueza Delia Estaba Moreno y como Fiscal Auxiliar al Dr. Víctor Hoyer, Fiscal 18 del Ministerio Público.

La injusticia de la "justicia" comenzará a manifestarse desde los primeros procedimientos incorrectos, inexplicables y torpes. El 2 de noviembre de 1976, la jueza Delia Estaba acordó el auto de detención sin haber leído el expediente por ser simplemente imposible. Aparenta haber hecho en 24 horas lo que demandaba por lo menos 170 horas de lectura, un trabajo continuo sin dormir, sin comer y sin hacer absolutamente nada más. Era materialmente imposible leer y analizar un expediente de 1.807 folios, que además estaba en inglés (idioma que no conocía la Dra. Estaba). Aún suponiendo que leyera y analizara cada folio en 5 minutos, hubiera necesitado 170 horas de lectura para enterarse del contenido del expediente y tomar la

decisión sobre el auto de detención, más el tiempo adicional para la elaboración del mismo.

Cuando un juez instructor va a emitir un auto de detención preventiva, es decir, ordenar que el procesado permanezca en prisión hasta la celebración del juicio, debe ser muy cuidadoso en el estudio de los recaudos a su alcance, pues la toma de una decisión precipitada o mal intencionada, hará que el reo, aunque sea inocente, permanezca largos años en prisión. En Venezuela no hay fianza para la mayoría de los delitos y, por ello, el acusado debe permanecer en prisión mientras se desarrolla y culmina el proceso judicial. Los procesos judiciales son sumamente lentos, generalmente duran años. No hay ley que obligue a los jueces a un término de tiempo. Conozco infinidad de casos en los que los procesados, después de haber estado presos por cuatro, cinco o más años, son declarados inocentes. Cuando un juez dicta auto de detención, tiene un acto judicial llamado de Indagatoria, en el que los abogados defensores apelan del auto de detención dictado. Si otro juez ratifica la decisión emitida primeramente ya se sabe que, aunque el juicio se decida finalmente a su favor, le esperan largos años de cárcel. Los jueces trabajan poco y lentamente, de lunes a viernes y solamente en horas de la mañana. Los secretarios que copian las actuaciones judiciales son igualmente lentos. Todas las actuaciones, tanto fiscales como las de la defensa, tienen que ser presentadas por escrito y, si es un juicio como el que padecemos, pueden llegar a tener tantos folios como el nuestro, que tenían que ser llevados en carretillas. En nuestro caso se procesaron más de diez mil folios.

La Jueza Della Estaba Moreno, en menos de 24 horas de haber recibido los recaudos de la fiscalía, sin haber leído el expediente, emitió el auto de detención que, a través de los años, nos haría navegar por ese turbio mar de dilaciones, peloteos de un juez a otro, de un juzgado a otro y de la jurisdicción civil a la militar y viceversa.

La cárcel modelo

Después del auto de detención, dispusieron enviarnos a una prisión ubicada en la periferia de Caracas, llamada la

Cárcel Modelo. Es una vieja y ruinoso instalación contra la que se ha decretado su demolición. Es una prisión preventiva; es decir, que aquí permanecen los procesados que esperan juicio. Su número es impresionante y el hacinamiento es el principal problema. La delincuencia interna, las drogas y las muertes casi a diario entre los reclusos, mantienen en un estado deplorable e inseguro a la población penal.

Las instalaciones que albergan a los reclusos están divididas por sectores o núcleos a los que llaman "letras", por estar señalados con letras del alfabeto. A Bosh y a mí nos instalaron en la letra C. Este sector, cerrado y protegido, donde se le niega el acceso a los demás procesados, está formado por unos cincuenta reclusos, en su mayoría ex-agentes y funcionarios de policía, delincuentes acomodados, susceptibles de ser extorsionados por otros reclusos para obtener dinero, etc. Esta heterogénea población tiene un "jefe de letra", un ex-funcionario de DIGEPOL llamado Isidro, de apariencia tranquila, de buenos modales y muy respetado por todos. Su gran defecto, y por el cual estaba preso, era no poder controlar su increíble y patológica ira, que lo había hecho cometer tres homicidios.

Son las once de la noche. Varios carros de la DISIP nos conducen y nos introducen en las oficinas de la Cárcel Modelo. El director nos espera y nos da "la bienvenida". Los funcionarios de la DISIP que nos acompañan han sido policías que trabajaron bajo mi mando. Se despiden de nosotros (Bosh y yo) con cariño y respeto.

El director nos guía personalmente a la letra C. Allí nos recibe un ex-agente de la DISIP que está procesado junto con otros dos agentes, acusados de haber dado muerte a un prisionero en un interrogatorio. También me saludan Guedes y Pacheco, ex-funcionarios del DIM (Dirección de Inteligencia Militar), acusados de haber dado muerte a un abogado de apellido Aguilar Serrada. Estos dos ex-funcionarios, después de haber sido encarcelados durante seis años, fueron declarados inocentes del delito que se les atribuía.

La letra C está formada por un gran patio por el que caminan, sin hacer nada, unos 60 reclusos. Rodeando el patio que tiene piso de concreto, se encuentran unos 15 cubículos de

1.70 por 3 metros, con camas literas, sin baño y sin espacio para guardar la ropa o las pertenencias. Lo poco que poseen los reclusos se encuentra colgado en las paredes o guardado en cajas o maletas, siempre cerradas con candado para evitar que las roben sus compañeros.

Un baño común con tres duchas y tres servicios sanitarios, servían a toda la población penal de la letra C. Las duchas no tenían regadera y se recibe el chorro directo de agua fría. Los servicios "sanitarios" eran agujeros en el piso, en donde había que defecar parado.

Después de los saludos de los presos, penetramos en nuestra celda. Había en ella una cama litera sucia, con dos colchonetas sin almohadas. Bosh dormiría en la litera de abajo y yo en la de arriba. Nos dieron un candado para que cerráramos la puerta por dentro. La fuerte iluminación de las lámparas que rodeaban el patio penetraba por la única y pequeña ventana, alumbrando la celda. Las instalaciones de la letra C estaban cerradas por arriba con una fuerte malla de alambre de hierro. Un guardia armado con fusil Fal vigilaba el sector durante toda la noche. Sus pasos se oían cuando caminaba, también sus ronquidos cuando lo vencía el sueño y dormía un poco.

Sentado en el borde de mi cama, llegó el silencio y, con él, mis sombríos pensamientos; también me llegó el hedor que me acompañaría mientras estuve en esa prisión, el fuerte hedor de orines y excrementos. A esa hora de la media noche, cuando se había ido el agua, el mal olor era más fuerte y penetrante. Yo medité, desconcertado. ¿Qué había pasado con mi vida? ¿Cuánto tiempo pasaría en estas horribles y denigrantes condiciones? ¿Qué daño había causado yo a los que ahora eran mis enemigos, para someterme a esta injusta y tremenda situación? La tensión de aquel aciago día dominó todos mis sentidos. Los ojos se me cerraban de cansancio y me envolvió un sueño, más bien un sopor que me duró hasta el amanecer.

Después la luz del día y con ella el bullicio que formaban los presos en el patio. Las 7:00 a. m. Desde mi celda oigo que ha llegado el desayuno. En una enorme paila o caldero de aluminio viene un líquido aguado, que dicen que es café. Los presos se ponen en fila, cada uno con su jarro o lata que sirve de taza para

recibir una ración del humeante líquido y uno o dos pedazos de pan. El pan, como la comida, se distribuye por categorías; es decir, que los amigos de los jefes de galera o de los repartidores de comida, reciben más y mejor.

Con el día llega la música; muchos presos poseen enormes y potentes radios portátiles y, con ellos a todo volumen, pasean por el patio sintonizando la estación de su preferencia.

Salgo al patio y me encuentro con un cubano que en seguida me lo presentan: gordo, como de unos 60 años, jovial y extrovertido, espera juicio desde hace cuatro años por un supuesto delito de tráfico de drogas. Un año después saldría absuelto del delito que se le imputaba. El cubano, de nombre Rolando González, había ganado mucho dinero en el negocio de venta de terminales, pero cuatro años de prisión lo tenían al borde de la quiebra. Vivía en el piso de arriba, donde vivían los privilegiados. Me invitó a tomar café, acepté y subí a su habitación; allí tenía una cocina eléctrica, que encendió. Puso buen café en una cafetera italiana; el olor es delicioso e insiste en que me coma un par de huevos fritos; antes de que acepte ya me los está preparando e inmediatamente, como es natural, me cuenta su vida. También me instruye en cómo permanecer alerta, no confiar ni ofrecer amistad a nadie, no prestar dinero, no guardarle ningún paquete a nadie, esperar siempre la traición de los demás, etc. Me explica que con un poco de dinero es posible conseguir muchas cosas. Después de tomar el café y de comer los huevos, me puso en contacto con un recluso que, por unos veinte dólares, nos proveyó de dos camas grandes, viejas y cómodas. Por cinco dólares más nos trajo dos colchones. Ya entramos en la élite de los privilegiados. El día transcurre ruidoso, aburrido y muy caluroso. Guedes y Pacheco tienen una cocina en el patio y han hecho suficiente comida para que Bosh y yo comamos: espagueti con carne muy condimentado y preparado magistralmente por Guedes, que es un gran cocinero. Después de almuerzo hay limpieza general y el siguiente día será de visita. Siempre que hay visita, el día anterior se hace un aseo general, supervisado y organizado por Isidro, quien también es el que más trabaja. Traen como ocho baldes que los llenan de agua, también una caja de polvo detergente y cuatro

escobas. Un grupo carga los baldes de agua, otro restriega el piso con las escobas y el detergente. En una hora el patio y los baños quedan limpios y relucientes. ¿El olor a orina y excremento? Permanecerá siempre; no hay forma de eliminarlo.

Por la noche los privilegiados, entre ellos yo, nos reunimos en la celda de Pacheco. Tiene un televisor a colores con imágenes en blanco y negro; increíble pero cierto. Por una razón que casi nadie conoce, entre ellos yo, el Presidente Pérez ha prohibido la televisión a colores en Venezuela. Pacheco ve las novelas de las ocho de la noche y eso será lo que los demás verán. A las nueve tocan silencio, se acaba el bullicio, los presos apagan sus enormes y potentes radios y comienza la quietud. En el patio permanecen pequeños grupos hablando en voz baja.

Al siguiente día, muy de mañana, vienen los guardias a pasar lista o, mejor dicho, a hacer conteo. Se forma una larga fila de presos en calzoncillos quienes, con cara y voz soñolienta, van diciendo: uno, dos, tres... cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta. Los vigilantes quedan conformes con el conteo y se retiran. Corren todos hacia el baño; afuera, una cola de reclusos esperan con una toalla o un trapo y un pedazo de jabón. Muchos tienen un rollo de papel sanitario pues, mientras unos se bañan, otros defecan. La administración de la prisión no provee al recluso de ninguna de sus necesidades; no les da papel sanitario, ni jabón, ni cepillo de dientes, ni pasta dental. Sus familiares y visitas se los traen, así como traen los alimentos crudos y cocinados que comerán hasta la próxima visita, a no ser que coman la asquerosa comida del penal.

Cuando un preso no recibe visitas y, por consiguiente, no tiene recursos económicos, tiene que mendigar las cosas más elementales, como un pedazo de jabón o un poco de pasta dental; de otra forma, tiene que robar a sus compañeros, vender drogas, o ejercer cualquier otro tipo de delincuencia. A los presos desamparados les llaman "fritos", y los ven como limosneros y pedigüños, vistiendo harapos, deambulando por el penal.

El primer día de visita llegó mi esposa Nieves con mi abogado y amigo Raymond Aguiar, un hombre joven, de unos 37 años, brillante y agresivo, que me defenderá con tenacidad

y valentía durante todo o casi todo el proceso, arriesgando su situación, al enfrentar a poderosos enemigos, abiertamente y sin temor. Raymond me trae unos tabacos que comparto con Bosh, y Nieves un libro religioso del predicador Vicent Pale. Aprovecho y les doy una lista de cosas que, con las influencias de Raymond, me traerán al penal. Una cocina eléctrica de dos hornillas, una cafetera, un sartén, dos ollas, cubiertos, aceite, arroz, latas y sobres de sopa, café, frijoles, espaguetis, papel sanitario, cepillo dental, pasta de dientes, toallas, etc. Al rato llegan mis amigos-hermanos Paco Pimentel y Joaquín Chaffardet. Joaquín viene cargando un pequeño televisor a colores de 5 pulgadas, que le dejaron pasar y me lo entrega; Paquito ofrece regalarme una nevera pequeña. Con tristeza veo que llegan las 2:00 p. m. y me tocan el silbato indicando que terminó la visita.

Al siguiente día me llaman de la administración para entregarme todas las cosas que me enviaron. Al entrar las cajas a la letra C, nos convertimos en potentados.

Hacemos una cooperativa con Guedes; nosotros traemos la carne y la mayor parte de la comida, él cocina y un preso que hace labores de aseo, nos lavará las ollas a cambio de que le demos la comida. También lo contrato para que barra diariamente mi celda y sacuda el polvo.

En las cajas vienen libros que me ha enviado Chaffardet.

Ese primer encuentro con la cárcel marcó en mi huellas indelebles, que aún conforman mi vida e influyen en mi carácter. Leí muchos libros, que me inclinaron al análisis y la investigación de mi conducta y la de los demás. Los radios estridentes y la música bulliciosa que estaba obligado a padecer me han hecho aborrecer la música a alto volumen y de tonos agudos y repetitivos como la música moderna.

Al siguiente día me llaman para decirme que tengo una visita importante que recibiré en una habitación especial de la dirección. Un hombre alto, canoso, de porte distinguido, vestido elegantemente, me espera de pie; es mi amigo, el Dr. Remberto Uzcátegui, que ha conseguido que le permitan visitarme. Me trae un libro cuyo título recuerdo muy bien: *Y la Biblia tenía razón*. También me trae un juego de ajedrez con su tablero. Me aconseja que nunca deje de hacer cosas, que me mantenga

ocupado. Me consuela y reconforta. También me dice que hablará con mis socios en la Agencia de Investigaciones, Argüello y Lugo, para arreglar mis asuntos financieros. Estará en contacto con mi abogado y conseguirá el dinero necesario para mi defensa. Le agradezco profundamente su visita y observo con nostalgia el gran abismo que nos separa. Son las 12:30 p. m. Uzcátegui va para el restaurante El Caney, donde después de tomar un etiqueta negra con agua, almorzará en un ambiente elegante y con personas agradables. Yo regreso a la letra C, a las radios estridentes, al calor, a las moscas, al hedor de orines y excrementos.

A pesar de las evidencias a mi alrededor, de procesados que llevaban años encarcelados sin celebrárseles juicio y con sentencias pendientes, yo me engañaba y me decía: pronto saldré de aquí, a mí no me puede pasar esto, es sólo una pesadilla... y mil pensamientos infantiles acudían a mi mente y me ayudaban a enfrentar mi difícil situación y mi futuro incierto.

Los días pasan, pasan las semanas pasan los meses. Ya es Navidad. El día 24, Nieves me trae un pequeño lechón asado, turrónes y dulces. Lo pongo en la mesa del patio y dura "menos que un merengue en la puerta de un colegio". En menos de media hora no quedan ni los huesos; cuando iba a sacar un poco de carne para hacerme un emparedado, veo que al lechón le falta la cabeza y la pierna trasera derecha; cómo y en qué momento se la cortaron, es algo que nunca sabré. Los familiares de los presos, de acuerdo a su capacidad económica, llevaban regalos en esta época del año. De vez en cuando olía a licor; alguien, sobornando a no sé quién, ha logrado introducir una botella de bebida alcohólica.

Droga siempre entra. Por la noche huele a mariguana; alguien siempre anda fumando, alguien siempre anda vendiendo. Los guardias siempre son sobornables. Recuerdo una noche que un guardia, desde su posta, tiró un paquete que cayó en medio del patio; nadie fue a recogerlo y el paquete quedó allí toda la noche.

En el penal hay dos días de visita: los miércoles, visita conyugal, en la que no se permite la entrada a los niños; y los sábados, visita familiar. Los miércoles llegan las prostitutas

más feas y destartaladas del mundo; van de letra en letra, vendiendo sus favores. Siempre son las mismas, mujeres deshechas que ya no pueden ejercer la prostitución y van a las cárceles donde, por una pequeña cantidad de dinero, se acuestan con los reclusos.

El día después de las visitas es día de problemas. El índice de muertos y heridos en las peleas de los reclusos aumenta considerablemente. ¿A qué se debe? Desde luego a la droga que fue introducida el día de la visita y a los regalos que trajeron sus familiares y amigos. La droga, casi siempre en forma de pastillas, aumenta la agresividad de los reclusos. Los ladrones, enervados por la droga, tratan de robar o extorsionar y de ahí se generan las peleas. Después de las visitas casi siempre hay requisa. La guardia registra las celdas, los techos, los colchones, los televisores y radios, las neveras, la comida y todo lugar o cosa que pueda esconder droga o un arma. Al final, siempre hay decomisos de armas y droga. Pero por la noche, siempre se oirá el inconfundible sonido de un preso afilando un pedazo de metal contra el cemento del piso para hacer un “chuzo”. El chuzo es una especie de cuchillo, hecho de pedazos de metal, sacados a veces de los laterales de las camas de hierro y de cualquier otra cosa. Después de afilar bien lo que será la hoja, que a veces mide 12 ó 14 pulgadas de largo, se forra la parte de atrás con tela o madera para hacerle un mango. Con estos terribles cuchillos los reclusos pelean entre sí. Las graves heridas y la falta de asistencia médica producen la muerte de muchos. En mis meses de encierro en esa penitenciaría, la más peligrosa del país, vi muchos casos de homicidio. Más tarde, cuando me trasladaron a otro sector de esa misma cárcel, que lindaba con la enfermería, veía y oía a diario las quejas y lamentos de los heridos y enfermos graves que se desangraban sin asistencia médica, sin medicamentos y sin nada que se les ofreciera para mitigar sus dolores.

El presupuesto diario por recluso, que incluía desayuno, almuerzo y cena, era de unos 60 centavos de dólar por persona. Si a ese presupuesto se grava lo que se roban los ecónomos (empleados civiles a cargo de los almacenes) y la compra a bajos precios de productos en mal estado, al recluso que tiene que comerse lo que ofrece el penal, le llega pura basura.

Mientras luchaba por sobrevivir anímicamente en ese mundo tenebroso y nuevo para mí, otra lucha se desarrollaba fuera para obtener mi libertad. El Dr. Uzcátegui había formado un *pull* de amigos pudientes que sufragaban los gastos de mi defensa. Raymond Aguiar recibe \$ 10,000.00 de manos de Uzcátegui, y le dice que no quiere más dinero; que de ahora en adelante su defensa será gratis. También el Dr. Francisco Leandro Mora, abogado defensor de Bosh, se rehusa a recibir más dinero de los grupos de exiliados que sufragaban la defensa. Tampoco cobrará.

En el auto de detención dictado contra mi persona se me acusaba de "uso y fabricación de armas de guerra y traición a la patria". En los recaudos que se le presentaron a la jueza instructora Delia Estaba Moreno, no había absolutamente nada que pudiera constituir un indicio de que yo hubiera fabricado o transportado alguna clase de explosivo o artefacto explosivo que pudiera considerarse como arma de guerra.

La "traición a la patria" se sustentaba en que el sabotaje al avión cubano había puesto en peligro de guerra o de ruptura de relaciones a Venezuela con Cuba.

Obviamente tampoco pudieron encontrar pruebas ni indicios de responsabilidad en el hecho. Durante diez meses nuestros abogados denuncian públicamente las irregularidades procesales que se han sucedido. También atacan con violencia a la jueza Estaba.

A continuación relato el hecho más importante del proceso y del que ni siquiera tuvieron conocimiento nuestros abogados defensores, porque se mantuvo oculto. El resultado del peritaje, increíblemente no fue presentado al tribunal y se escondió para que no formara parte del expediente.

A raíz del sabotaje al avión cubano, el gobierno de Barbados solicitó a Gran Bretaña la asistencia de peritos para investigar el atentado. Inglaterra envía a Eric Newton, un técnico de 60 años de edad, de gran experiencia por haber trabajado en varios casos de siniestros aéreos. La jueza Estaba comisiona al técnico en explosivos, también muy calificado, de nombre Carlos Fabbri, funcionario de la DISIP, para que junto con Newton,

investigue y someta a experticia los recaudos recuperados del avión.

Los expertos se encuentran en Barbados e inmediatamente se ponen a trabajar en conjunto. Del 10 al 16 de octubre estuvieron en la escena del desastre, seleccionaron muestras recuperadas del avión siniestrado y en valija diplomática las llevaron a Inglaterra. En los laboratorios del Royal Armament Research & Development Establishment RARDE de Gran Bretaña, desarrollaron una experticia e investigación, apoyados por técnicos del laboratorio, donde llegaron a conclusiones precisas y específicas. Redactaron un informe científico y minucioso de todos los peritajes, exámenes e investigaciones, así como de las conclusiones emanadas de los mismos. El informe llegó a Caracas el 2 de diciembre de 1976. Una copia se entregó a Barbados, otra a la DISIP, otra al tribunal a manos de la jueza instructora Delia Estaba y otra a la Embajada de Inglaterra en Venezuela. Cada una de las copias fue firmada por los peritos Newton y Fabbri, autenticadas por el Laboratorio RARDE.

Este peritaje, como se explicará, constituyó una prueba contundente y decisiva para las futuras actuaciones procesales; sin embargo, el expediente, maliciosamente, no fue incorporado a los autos y, en consecuencia, tampoco estuvo en manos de los abogados defensores para sustentar la defensa. Esta maliciosa jugada hizo que en la indagatoria o recurso presentado contra el auto de detención, los abogados no pudieran presentar este informe que, sin lugar a duda, hubiera destruido las supuestas evidencias que constituían y sustentaban el mencionado auto de detención.

Al trasladarnos de sector en la cárcel, pueden controlar nuestras visitas y evitar que suceda lo que pasó cuando un periodista norteamericano se infiltró en una visita y entrevistó a Bosh, quien valientemente denunció todo lo que estaba aconteciendo; esto provocó un gran escándalo.

Ahora estamos los cuatro juntos; vivimos en la celda que se le construyó al dictador Pérez Jiménez, cuando fue enjuiciado y condenado en Venezuela. El sector, cerrado y aislado de los demás presos, colinda con la enfermería. Tiene un pequeño

patio, cerrado con alambre hasta arriba. Son dos habitaciones con un baño común; en una vivimos O. Bosh y yo, y en la otra, Ricardo y Lugo. Leo mucho, pinto cuadros al óleo. Aprendí un poco a pintar observando a un pintor llamado Jan. Este estaba asociado con un cubano de nombre Blanquito. El pintaba y el cubano vendía los cuadros por cualquier cosa; con el producto compraban marihuana. Jan es un pintor excepcional y no dudo que sus cuadros tengan valor en la calle; Blanquito pasa el día vestido de blanco, zapatos blancos, medias blancas, y todo blanco. Su religión de santería así se lo exige. Frecuentemente realiza sesiones de oración y santería con la esposa del Indio Andrade, en un lugar apartado del penal. El Indio Andrade, jefe de prisiones, es respetado y temido por los reclusos. Alto, fornido, de piel muy oscura y pelo lacio, habla poco. Tiene fama de ser un hombre justo pero implacable.

Cuando Jan pintaba, yo lo observaba. Le preguntaba y él me explicaba la mezcla de colores, el uso del pincel y de la espátula. Jan estaba preso por haber robado una avioneta de recreo. ¿Para qué? Para nada, para dar un paseo, pues es piloto deportivo y tenía ganas de volar. Lleva ya tres años preso esperando juicio. A veces recibe una invitación a almorzar de nuestra cooperativa. Bosh se anima y empieza a pintar; tiene experiencia, pinta bien y pasa largas horas enseñándome. Puedo decir que él me enseñó y, observando a Jan, me perfeccioné.

En el segundo piso de la letra C viven los corsos: dos franceses acusados de haber tratado de introducir drogas en el país. Uno es alto, bien parecido y dice abiertamente que es culpable. También dice que el cubano Rolando González y otro corso que se encuentra procesado por la misma causa, son inocentes. El otro corso, pequeño, muy callado y cortés, siente el paso de la injusticia y de los cuatro largos años de cautiverio esperando un juicio que nunca llega.

Los corsos, no sé por qué, son respetados y temidos en el penal. Tienen buenos libros que intercambiamos. El corso grande, el que trajo la droga, siempre vivió una vida de delincuencia en Francia, aprendió a hablar español y se comunica perfectamente; tiene una conversación agradable, muy

interesante y, como ha leído mucho, tiene cultura. La amistad con los corsos nos ha beneficiado. Somos intocables para los ladrones, extorsionadores, etc. También recibimos raciones de comida seca, arroz, frijoles, quesos, jugos y hasta jamones, por sus influencias en el economato. Los demás presos no tienen, como es natural, acceso a esos privilegios. Ven con envidia cuando nos traen la comida. Esta situación alivia a nuestra familia de venir a las visitas cargadas de bolsas y paquetes. Es tanta la comida, que la compartimos con otros reclusos. La amistad con los corsos nos otorga el estatus de privilegiados e intocables.

Donde nos han ubicado estamos aislados de la población penal y de las visitas que ellos no puedan controlar. Pasamos el día aburridos, mirándonos las caras. Leo y estudio religiones y filosofía. Mahoma, Mahatma Gandhi, Jesucristo, Buda, Confucio, en fin, los grandes precursores que, al ser estudiados y meditados, dejan grandes enseñanzas que modifican el carácter que me trastornaba: el odio hacia mis enemigos que me habían colocado en esta terrible situación. En el silencio de la noche meditaba y me decía a mí mismo: "tú aquí, odiando y sufriendo, mientras tus enemigos se encuentran tranquilos y felices, tal vez en un restaurante de lujo o en los brazos de la persona amada. Tu odio y rencor no les llega ni los perturba. El odio te daña a ti y no a ellos".

Así aprendí a practicar la imperturbabilidad. También por las enseñanzas de Buda, aprendí el gran secreto de no desear nada material: la ropa, los autos, mis armas y escopetas deportiva, que habían formado parte de mi vida, iban poco a poco desvaneciéndose de mis deseos. Este control mental, esta imperturbabilidad ante los avatares de mi vida me ayudaron, me ayudan y me ayudarán mientras dure mi existencia.

Los abogados defensores coordinan sus actuaciones. A mí me defienden los doctores Raymond Aguiar y Oswaldo Domínguez; al doctor Orlando Bosh lo defiende el abogado Francisco Leandro Mora; a Hernán Ricardo lo representa la doctora Carla del Solar y a Freddy Lugo el doctor Pío González Álvarez.

El proceso, plagado de irregularidades procesales, tiene dos hechos que merece la pena citar:

El 23 de octubre la jueza nos cita al tribunal para tomarnos declaración a Orlando Bosh y a mí. El traslado se hace de forma clandestina, sin avisar a nuestros abogados y así privarnos de su asistencia. Este hecho, inconstitucional y violatorio de la Ley del Ministerio Público al no permitir a los procesados hablar con sus abogados antes de rendir declaración, fue reseñado por todos los diarios locales y por todas las plantas de televisión. Raymond Aguiar arma un gran escándalo y ataca con violencia a la jueza.

Otra actuación realizada en forma clandestina y a espaldas de los abogados fue la de citar a ocho testigos de Trinidad y Barbados. Los testigos fueron alojados en el Hotel Anauco Hilton y mantenidos incomunicados hasta que fueron trasladados al tribunal donde se les tomó declaración. A la defensa no se le permitió interrogar a los mencionados testigos, ni oficial ni extraoficialmente, pues fueron aislados hasta que abandonaron el país. El subterfugio que utilizó la jueza para cometer esta aberración procesal, está plasmado al inicio de la redacción de sus declaraciones. Textualmente, y con todo cinismo, dice así: "Por cuanto este tribunal se enteró que en el Hotel Anauco Hilton se encontraban..."

En estas oportunidades, como en otras tantas, se pasaron por alto todas las formalidades legales para la declaración de testigos que residen no sólo fuera de la jurisdicción del tribunal, sino fuera del país.

Ya es agosto de 1977, hace ya diez meses que permanezco encarcelado y nada se vislumbra. Siguen los ataques de los abogados defensores a la jueza Estaba y su arbitraria forma de manejar el proceso. Un escrito publicado en la prensa por los abogados, es calificado por la Estaba como "injusto y difamatorio". Ordena una sanción disciplinaria que encarcela a los abogados (todos) privándolos de la libertad. Un grupo de abogados presenta una solicitud ante el Juzgado Cuarto de Primera Instancia, que decide a favor de los encarcelados y ordena su libertad.

Se arma un gran escándalo publicitario, la prensa local se hace eco de las protestas y denuncias de los abogados. La doctora Estaba ya no puede aguantar más la situación. ¿Qué

hace? El 13 de agosto de 1977 decide que el caso no es de su competencia, es decir, de la jurisdicción civil, y lo remite a la jurisdicción militar, al Juzgado Primero Militar. El 15 de agosto el Ministro de la Defensa ordena al juez militar primero, coronel Néstor Murillo, abrir averiguación sumarial en la causa instruida por la jurisdicción ordinaria. Diez líneas de una hoja reseñan el cambio de jurisdicción. El juez militar dicta un nuevo auto de detención, esta vez por "traición a la patria" y envía el expediente al Consejo de Guerra Permanente de Caracas.

En Venezuela los expedientes de la jurisdicción militar son enviados al Presidente de la República para su consulta, siendo potestad del mismo la continuación o sobreseimiento de la causa. El Presidente Pérez no emitirá su decisión hasta un año después, manteniéndonos encarcelados y dilatando el proceso.

La prisión militar

Ya estamos en la prisión militar. Vivo en un pequeñísimo y muy oscuro enrejado. Mi compañero de celda es Hernán Ricardo. En otro sector están ubicados Bosh y Lugo. Al sector donde está mi celda le llaman la "Cueva del Humo"; está en los sótanos del viejo edificio del Cuartel San Carlos. El Cuartel San Carlos es una fortificación española que data del tiempo de la colonia y tiene alrededor de 400 años. Sus instalaciones han sido acomodadas para albergar prisioneros políticos, en su mayoría guerrilleros acusados de rebelión militar. Junto a nuestra celda está un grupo de guerrilleros que fueron capturados por los hombres bajo mi mando hace pocos años, cuando me desempeñaba como Jefe de la División General de Seguridad de la DISIP. Guerrilleros de Punto O, como Palma (a) El Maute y del FALN como (a) El Policía, (a) Napoleón y Larry Espinosa llevan largos años aguardando juicio. Napoleón lleva más de ocho años sin haber recibido sentencia.

Me dejan salir a un patio que comparto con Bosh, Ricardo y Lugo, tres veces a la semana. El teniente Berroeta, único oficial que entabla amistad con nosotros, se acerca a nuestra reja y nos grita: ¡soll!; esa es la voz que nos avisa que pronto nos sacarán para nuestro recreo de dos horas en el patio.

Los cargos

Al año de estar estudiando el expediente y, por lo tanto, de estar paralizado el proceso, el Presidente Pérez ordenó la continuación del mismo. El 28 de julio de 1978, un año y nueve meses después de haberse iniciado el proceso, el fiscal militar primero del Ministerio Público, Teniente de Fragata José Moros González, recibe los recaudos provenientes de la jurisdicción civil, en lo que no va incluida la experticia hecha en Inglaterra por los técnicos Erick Newton y Carlos Fabbri. El expediente que entregaron los técnicos había sido escamoteado y escondido por la jueza Estaba y sus asociados.

El Teniente Moros no tiene los elementos de juicio necesarios. Le falta la prueba más relevante: la experticia de los técnicos. Formula cargos a los detenidos Luis Posada, Hernán Ricardo y Freddy Lugo por el delito de traición a la patria; a Orlando Bosh, que no es ciudadano venezolano, por el delito de homicidio calificado y porte de armas de guerra, así como por los delitos de vilipendio y uso de pasaporte falsificado. Los cargos de vilipendio estaban basados en unas declaraciones fuertes que emitió el doctor Bosh, en las que acusaba al Presidente Pérez de haberlo traicionado. La carta fuerte y valiente fue publicada en la prensa local.

Otra navidad

En esta situación llega Navidad, se acaba el año 1978. De manos de un buen amigo, oficial del ejército, me ha llegado una botella de whisky Chivas Regal; también, clandestinamente, por el mismo oficial le he hecho llegar otra a Bosh. La madre de Ricardo ha traído unas inmensas y deliciosas ayacas (tamales de maíz forrados en hoja de plátano, rellenos de carne y pollo), que compartimos. El 24 de diciembre hay visitas especiales para todos los presos, menos para nosotros; estamos castigados y se nos prohíben las visitas por haber hecho declaraciones en contra del Presidente de la República, que publicó la prensa. El jefe del penal nos visita, trae unas ayacas y la media botella de vino barato que le toca a cada recluso por Navidad. Me da

pena despreciar su gesto de confraternidad, acepto el vino y rechazo las incomibles ayacas. Se toma un vino con nosotros, los presos castigados, y nos desea "Felices Navidades". La época de Navidad en prisión es la peor. Sensibiliza y cuesta más dominar los sentimientos. Tarde, en la noche, escucho las voces a coro de los prisioneros subversivos que ocupan la celda que colinda con la mía. Han conseguido una guitarra y cantan una canción protesta llamada "Guerrillero". La canción, no sé por qué, me estremece el alma. En mi casa, Nieves, como siempre, ha instalado el árbol de Navidad. Cuando yo era comisario de la DISIP, mi casa estaba llena de regalos navideños; generalmente tanto licor que duraba todo el año. Recuerdo una caja entera de champaña Dom Perignon, que me envió el doctor Palazzi, mi amigo y, en aquel tiempo, Viceministro del Interior. Hoy, en mi casa no se ha recibido un solo regalo.

El proceso demorado

Llevo ya tres años preso; las actuaciones judiciales se han paralizado. Mi vida transcurre lenta y penosamente; nadie, a excepción de mi familia y unos pocos amigos que se reducen a Gustavo López y Paco Pimentel, se atreven a visitarme. No los culpo, mi situación los puede contaminar. Un día recibo la visita de mi amigo Tony Arango. La última vez que lo vi habíamos ido de cacería a los llanos de Apura. Maté un enorme venado del que Tony guarda su cabeza embalsamada. Tony viene de Miami y me trae de regalo \$3.000.00, así como su cariño de hermano, que lo expresa efusivamente. Después de unas horas en que recordamos los tiempos vividos en Miami, se retira. Con él, no sé por qué, se va una parte de mi vida.

Hay un lugar en la prisión donde entra el sol, hay claridad y se escuchan los ruidos de la calle. Es una celda amplia, situada en un piso alto, a la que llaman "la pajarera", pues los pájaros anidan en su techo. Pido una cita con el coronel, me la concede y le digo:

-Mire, coronel, llevo ya más de dos años viviendo en ese sótano inmundado y oscuro, como si fuera un murciélago. Quiero

agradecerle se me traslade para la pajarera, que ha quedado desocupada.

Se niega, aduciendo que no es un lugar seguro. Reclamo, amenazo y entablo un batalla verbal en la que le exijo mi traslado. Al fin venzo y soy trasladado con todos mis bártulos. Aquí puedo leer durante el día sin necesidad de luz eléctrica que dañe mis ojos.

Llega la Navidad de 1979; celebramos la llegada de un nuevo presidente. Carlos Andrés Pérez, en dos meses, dejará el poder y con él la presión sobre jueces y fiscales, las dilaciones procesales, las decisiones injustas, los ocultamientos de expedientes, el peloteo de enviarnos de la justicia ordinaria a la justicia militar, la paralización del proceso. Luis Herrera Campins, un hombre honrado, tomaba el poder el próximo mes de marzo. Con él renacía la esperanza de un proceso rápido y justo.

En un caso como el del avión cubano, con repercusiones internacionales, los jueces antes de actuar miran hacia el presidente. Los magistrados de la Corte, el Fiscal General y el Contralor, son escogidos por la cúpula de los partidos y después, si tienen mayoría en el Congreso, son nombrados por éste.

Los jueces también son conocidos por sus inclinaciones partidistas. Esto no quiere decir que no existan jueces honestos y apolíticos en sus decisiones, pero es preocupante la influencia política existente entre ellos.

Al asumir la presidencia el doctor Luis Herrera Campins, cesan las presiones y el juicio promete desarrollarse normalmente.

Evacuación de pruebas

En marzo de 1980 comienza la etapa más relevante del proceso: "la promoción y evacuación de pruebas". En esta etapa, tanto el fiscal como la defensa presentan todas las pruebas e indicios que ellos consideran de interés para probar la culpabilidad o inocencia de los procesados. Aquí son promovidos e interrogados por ambas partes todos los testigos que tengan relación con el hecho.

Los abogados defensores citan a declarar a los técnicos que realizaron las experticias y exámenes de los restos recuperados del avión siniestrado. Erick Newton, el perito inglés, es traído desde Inglaterra y junto con el técnico venezolano Carlos Fabbri, que también tomó parte en el peritaje, es citado en el tribunal.

Cuando comienzan a ser interrogados, piden como referencia el informe pericial que habían elaborado y entregado al tribunal de la doctora Estaba. ¡Sorpresa! El informe pericial no había sido incluido en el expediente: había sido escamoteado y escondido. El tribunal militar no lo tenía. El fiscal militar no lo había leído ni analizado. Se forma un gran revuelo. Los técnicos dicen que había una copia en la Embajada de Inglaterra y otra en la DISIP. El tribunal requiere las copias. La copia autenticada de la DISIP llega primero y sobre ella se comienza a trabajar.

El informe, con detalles técnicos y científicos, con fotografías y resultados de evaluaciones químicas y de microscopio electrónico realizados en el Instituto RARDE, que pertenece al Ministerio de la Defensa de Gran Bretaña, de reconocida fama internacional, contiene más de 200 páginas.

Una vez que el fiscal y la defensa, por turnos, leen y analizan todo el compendio, interrogan a Newton y a Fabbri. El fiscal Moros pregunta:

-Sr. Carlos Fabbri, después de las pruebas y experticias por ustedes realizadas sobre las partes recuperadas del avión siniestrado, a su juicio, ¿qué causó la caída del avión?

-Sin lugar a dudas la caída del avión se produjo por la explosión de un artefacto explosivo.

-¿Dónde se produjo la explosión? ¿Qué tipo de sustancia explosiva tenía el artefacto?

-La explosión se produjo a bordo, por un artefacto cuya sustancia explosiva es comercial, y la explosión ocurrió en el departamento de carga y equipaje del DC-8 de Cubana de Aviación, el cual está ubicado en la parte inferior del fuselaje.

-Si esto es cierto -preguntó el fiscal militar- ¿cuáles son los hechos o evidencias que les permitieron tanto a ustedes, como al Instituto RARDE llegar a esta conclusión?

-Para llegar a esta conclusión nos basamos en varios hechos. El primero de ellos es que los daños ocurridos a las

maletas ubicadas en el compartimiento trasero de equipajes, son consistentes con la ocurrencia de una explosión. Se realizaron varias pruebas químicas y de otra índole sobre las maletas y los residuos químicos existentes en ella y se logró detectar nitroglicerina.

Segundo: fragmentos del cojín de uno de los asientos de pasajeros (forro del cojín) se encontró incrustado en una de las balsas de goma ubicada en el techo del avión.

El material incrustado se halló que estaba generalmente esparcido entre los equipajes y el compartimiento trasero de equipajes.

Tercero: por el número del serial se determinó que la balsa de goma estaba ubicada en la parte trasera del avión, por encima del compartimiento de equipajes.

Cuarto: incrustado en la parte inferior de uno de los forros de los cojines, se encontró material fibroso, amarillo, que estaba ubicado por debajo del piso del avión y concretamente todo alrededor del departamento de equipajes.

Quinto: el forro blanco que reviste el material de aislamiento amarillo, mostró señales de explosión y del calor producido por la explosión (fogonazo).

Sexto: los experimentos llevados a cabo en laboratorios demuestran que es necesario que la explosión ocurra muy cercanamente para que pueda ocurrir esta circunstancia de fusión de fibras, si la explosión se produce a más de medio metro de distancia, no se presentará este tipo específico de fusión de las fibras.

Séptimo: algunas fibras de vidrio (fiberglass) se encontraron incrustadas en la bolsa y en uno de los cuerpos. Esta fibra de vidrio reviste el compartimiento trasero de equipajes. Todos los hechos mencionados, examinados en forma colectiva, demuestran que ocurrió una explosión en el compartimiento de equipajes, debajo del piso con dirección hacia arriba. El compartimiento de equipajes a que ha hecho referencia es el que se encuentra en la parte trasera del avión.

A una nueva pregunta del fiscal militar, sobre algún tipo de explosivo militar, éste respondió:

-Se realizaron varias experticias con el objeto de determinar si se habían utilizado otros tipos de explosivos militares y comerciales y no se halló ninguno; y en relación al explosivo C4 que contiene alrededor del 92% de RDX, no contiene

nitroglicerina, por lo tanto no se encontró explosivo C4. Los fiscales militares, después de aceptar el hecho de que se usó nitroglicerina y en ningún momento el mencionado explosivo C4, preguntaron si las pruebas practicadas podían determinar de manera definitiva y concluyente que la explosión no se produjo en el baño trasero del avión.

-Una explosión ocurrida en el baño trasero no habría producido los daños ocasionados a las maletas, a los cojines y a los otros restos de materiales y la dirección de la explosión no se hubiera producido hacia arriba como de hecho se produjo en este caso. La distancia entre el baño trasero y el comportamiento de equipajes es de cuatro metros aproximadamente del compartimiento de cargas.

El extremo posterior del compartimiento de equipajes está ubicado debajo del asiento N° 27 y la balsa de goma se encontraba situada encima de dicho asiento.

-Diga el testigo ¿por qué no pudo haber estallado el artefacto explosivo que se supone estalló en el avión, en los baños traseros del mismo, en lugar de el compartimiento de carga, como aseguran los peritos?

Respuesta: Sin suposiciones, el artefacto explosivo que causó la pérdida de la aeronave que nos concierne, de haber explotado en cualquiera de los baños traseros del avión, jamás hubiera podido lanzar evidencias al compartimiento de carga trasero, que está aproximadamente a unos cuatro metros y separados con varios paneles.

Fiscal militar: Diga el testigo si las evidencias que pudieron observarse a las partes del avión concuerdan con la hipótesis de que el artefacto explosivo explotó en el compartimiento de carga y no en el baño trasero del avión?

Respuesta: Considerando que quedaron a flote 15 cadáveres, se deja constancia que solamente a unos pocos de ellos se les hizo autopsia en Barbados, aunque no se les hizo estudios balísticos, a la fragmentación que presentaban sus cuerpos, los fragmentos de diferente índole encontrados en algunos de dichos cadáveres, muestran entradas básicamente laterales.

Considerando la posición del cuerpo del pasajero sentado en el avión, que como se sabe es básicamente en fila india, de haber ocurrido la explosión por debajo de un asiento de pasajeros, aparte de tener que presentar los materiales cir-

cundantes, las evidencias de las cuales se hizo referencia anteriormente, es lógico de que los orificios de entrada de los fragmentos en los cueros, debieran ser básicamente por su parte posterior o inferior posterior, pero nunca laterales, a menos que la explosión venga de la parte de abajo y entonces sí podemos por línea lógica de ubicación encontrar los fragmentos con líneas de orificios de entradas laterales en los cueros. Lo que acabo de afirmar descarta por lo tanto, cualquier colocación de artefacto explosivo en la zona de los baños y la coloca en el compartimiento de carga posterior del avión. Una carga con fuerza suficiente para mandar sus fragmentos en cualquier parte de los cueros de los pasajeros desde los baños posteriores del avión, hubiera tenido la fuerza suficiente para destrozar la aeronave en pleno vuelo, cosa que como sabemos no ocurrió, ya que se calcula que para efectos del peso de la carga explosiva utilizada juzgamos a un peso inferior a "la libra" y que el avión después de haber reportado la explosión voló varios minutos.

Fiscal militar: Tengo entendido que en el cuerpo de una de las víctimas, aparentemente abotonado entre las ropas y la piel de las mismas, se encontró además de otras series de fragmentos, el botón o tornillo que gradúa el volumen de un radio portátil y ese botón o tornillo se encontraba en buen estado. Diga el testigo, si tiene conocimiento de tal hecho y si es posible que un cartucho de dinamita hubiese podido estar en el radio transistor al cual pertenecía ese botón o tornillo de control del radio.

Respuesta: En efecto, fue localizada una perilla del tipo que suelen tener los controles de un radio de transistores portátil. Es imposible ubicar de dónde vino, estaba en perfectas condiciones cuando fue extraído de uno de los cadáveres, si bien es cierto que en un radio de transistores se puede fácilmente ocultar una bomba, en base a mi experiencia creo imposible que dicha perilla de haber pertenecido a un radio lleno de explosivos se haya podido localizar intacta y en estado reconocible.

Fiscal militar: Suponiendo que en el día de ayer yo haya llevado oculto en el bolsillo izquierdo de mi pantalón nitroglicerina similar a la encontrada en el avión en referencia y en el bolsillo derecho y en mi bolso, hubiese llevado también además del mismo explosivo el componente plástico llamado

C4, diga el testigo ¿si es posible en el día de mañana determinar, primero que yo llevaba explosivos y segundo, si es posible e identificar los mismos?

Respuesta: Recordando que el componente explosivo básico de las dinamitas de origen comercial es la nitroglicerina y que el componente explosivo plástico norteamericano denominado "composición 4 C4", es la sustancia denominada RDX, cualquiera de estos dos explosivos pudiera haber sido detectado mediante una prueba de reconocimiento que existe para tal efecto.

Fiscal militar: Diga el testigo el tamaño, en pulgadas y centímetros, y el diámetro de un cartucho de dinamita y si es posible llevarlo en el bolsillo sin que sea detectado en el momento de ser requisado.

Testigo: Existen diferentes tamaños que conforman las dinamitas de tipo comercial, el más adecuado es probablemente el de una pulgada por ocho pulgadas (diámetro y alto). Un cartucho de este tamaño para poder atravesar el control anteriormente sugerido, el que lo portaba debiera tener unos pantalones muy especiales y evidentemente la colaboración o el consentimiento de la persona que lo cachea o revisa.

El abogado defensor Francisco Leandro Mora agregó a esta disposición: las reglas de valoración cualitativa y la prueba de experticia, de acuerdo a nuestras normas procesales, dan valor probatorio intrínseco en el dictamen de los expertos en el código penal. Si éstos declaran y expresan con seguridad, como lo han hecho los señores Newton y Fabbri, como ya es consecuencia del análisis de los hechos sujetos a los sentidos, de acuerdo con su arte, profesión y forma, tal dictamen forma una prueba de testigos y al ser practicada la experticia por dos peritos, como es el caso, constituye plena prueba.

(Texto original de la audiencia de evacuación de pruebas).

En la etapa de evacuación de pruebas, el Dr. Leandro Mora realizó este proceso en representación de los demás abogados. El Dr. Mora diariamente exigía mi comparecencia a los tribunales; decía que mi presencia influiría en que los testigos, sobre todo los funcionarios de DISIP, dijeran la verdad al testificar.

Recuerdo muy bien cuando llegó Rafael Rivas Vázquez, ex-Director de la DISIP y subalterno mío. Hacía más de 3 años que no lo veía. Le dije:

–Rafael, ¿vienes a decir la verdad?

Me respondió:

–Ya lo verás, Basilio.

Posteriormente, al leer sus declaraciones, pude ver que había declarado toda la verdad aún en perjuicio de Orlando García y Ricardo Morales. Se portó como un verdadero hombre.

El interrogatorio a los testigos y expertos por parte del fiscal militar y los abogados defensores, se extendió por varias semanas.

Del extenso interrogatorio y de las pruebas aportadas por la defensa se sacaron conclusiones y hechos concretos que constituyeron pruebas procesales. Los hechos demostrados en la etapa de evacuación y aportación de pruebas son los siguientes:

- Que el Dr. Orlando Bosh Avila llegó a Venezuela invitado por funcionarios de alta graduación del gobierno como Ricardo Morales Navarrete, Jefe de la División 54 (contraespionaje) de la DISIP y por el señor Orlando García, asesor de seguridad del Presidente de la República. Así queda demostrado por la visa ordenada por el Director de Extranjería, Dr. Ramón Ignacio Velásquez, a favor de Luis Paniagua (pasaporte que usaba Orlando Bosh), al Consulado de Venezuela en Managua. – Que por orden de O. García y Ricardo Navarrete se le esperó en el aeropuerto internacional de Maiquetía y se le ofreció trato preferencial por el comisario Elí Saúl Camargo, que así lo testificó.
- Que las declaraciones de Ricardo y Lugo ante la policía de Trinidad no tienen validez procesal porque fueron hechas bajo intimidación y coacción y bajo juramento. Los traductores de las declaraciones hechas en idioma inglés y traducidas al español no fueron hechas por intérpretes públicos designados por el Ministerio de Justicia.
- Que a Hernán Ricardo se le ordenó un trabajo de fotografía operativa de la delegación norcoreana que abordó el vuelo en Guyana. El trabajo fue ordenado por

la División 54 de la DISIP y que para dicho trabajo se le entregó un pasaporte con el nombre de José Vázquez García. Las declaraciones del Dr. Rafael Rivas Vázquez, ex-director de DISIP, confirman tales hechos.

- Que tanto el equipaje como las ropas y el cuerpo físico de Hernán Ricardo y Freddy Lugo fueron sometidos a análisis químicos para determinar la presencia de sustancias explosivas por la policía de Trinidad, arrojando resultados negativos.
- La testigo Maria Inés Vega, amiga de Hernán Ricardo, no ratificó ninguna de sus declaraciones en las que decía había sido llamada por Ricardo para indicarle que diera mensajes a un tal Luis. Dijo que había sido indicada por la policía (DISIP) al rendir sus declaraciones.
- El avión no fue revisado en el aeropuerto de Timehri en Guyana. Ni se le hizo el procedimiento rutinario de seguridad de los aviones de Cubana de Aviación en que cada pasajero, antes de ingresar al avión, debe reconocer y señalar su equipaje para que éste sea puesto en carga a bordo. Así lo testificaron el señor Glyne Clarke, Arnold Oruick y Feona Stalla, pasajeros del avión.
- De la experticia de los laboratorios RARDE, de Inglaterra, efectuada por los técnicos Carlos Fabbri y Erick Newton, se concluyó que:
 - El avión cayó por efecto de la detonación de un artefacto explosivo.
 - Que el artefacto explosivo esta compuesto por nitroglicerina y no por composición C4.
 - Que la bomba detonó en el compartimiento de carga trasero del avión.
 - Que Luis Posada no estableció comunicación con Hernán Ricardo, como se deduce por las declaraciones de su secretaria Celsa Toledo.
 - Que la DISIP, por instrucciones de Ricardo Morales Navarrete, le extendió un carnet de funcionario del cuerpo al Dr. Orlando Bosh, con autorización de porte de armas, bajo el nombre de Carlos Sucre.
 - Que ni Hernán Ricardo ni Lugo tuvieron acceso al departamento de carga de quipajes del avión. La

maleta que Hernán ingresó en Trinidad, bajo la supervisión de los funcionarios de seguridad de la línea aérea cubana, fue descargada y entregada a Hernán Ricardo en Barbados, cuando se bajó.

Durante mis comparecencias ante el tribunal militar observo la excelente labor que desarrolla el abogado Mora: inquisidor a veces, agresivo e irritante otras; cínico, adulador, encantador; su personalidad cambia según el momento y la persona interrogada. Hábilmente va poniendo las preguntas y obteniendo las respuestas favorables.

El fiscal Moros, delgado, muy sereno y agudo trataba, como él decía, de encontrar “la verdad verdadera” dentro de la “verdad procesal”.

La actitud de los jueces que habían leído también la famosa documentación de la experticia “escondida” y que ya formaba parte del expediente, había cambiado favorablemente. No decían nada y rara vez entablaban conversaciones conmigo; pero yo también sabía que todas las pruebas presentadas, sobre todo las del mencionado documento, nos absolvían.

Todo parecía favorable en ese nuevo año. El comisario Bango y Hernán Reyes me visitan con frecuencia. Hermes Rojas, Pepe Vázquez, el Negro Gilberto, Frankln, Diego Argüello, Cadalso y otros comenzaron a venir a verme. Ya no estaban presionados, ni amenazados; el Dr. Uzcátegui había sido nombrado de nuevo director de la DISIP y todos volvían a “ser poder”. Mi situación y por ende la de los demás procesados en el caso del avión había cambiado favorablemente. La actividad que había observado en el tribunal militar me llenaba de optimismo y me decía a mí mismo:

—Ahora sí van a arreglarse las cosas.

Mi carácter también había cambiado mucho, la angustia y el sufrimiento habían moldeado mi madurez. Mis emociones estaban controladas y algunos sentimientos reprimidos.

El Consejo de Guerra y la petición del fiscal

El Consejo de Guerra Permanente de Caracas y el Tribunal Militar que nos está juzgando está compuesto por un presidente, el coronel José Ramón Bastidas; por un relator, el capitán de

navío Freddy Rivas Pacheco y por un canciller, el coronel Francisco López Carmona. Este tribunal decidirá, de acuerdo al expediente recopilado y a las pruebas y evidencias presentadas por el fiscal militar y por los abogados defensores.

El Consejo de Guerra señala fecha para el acto de informes. En este acto, previo a la sentencia que emitirá el tribunal, los abogados defensores hacen un recuento de todas las actuaciones, exponiendo las irregularidades a su juicio cometidas y presentando las pruebas y evidencias a favor de sus defendidos y refutando las pruebas y evidencias y argumentos de la fiscalía militar. La fecha fue señalada para el 17 de septiembre. Estamos en el año 1980 y ya han transcurrido tres años y once meses de haberse iniciado el proceso. Nos trasladan al tribunal, elegantemente vestidos. La vista es pública.

El traslado lo hacemos, como siempre, en un camión blindado y seguido de una camioneta con guardia armada. Vamos esposados como marca la ley. Al llegar al recinto, éste está lleno de periodistas que nos toman fotografías con cámaras provistas de flash.

Todos los miembros del tribunal se encuentran uniformados y sentados en una larga mesa construida para esta actividad. Como a tres metros, diez sillas que serán ocupadas por nosotros, los cuatro procesados y nuestros abogados defensores.

El relator comienza el acto.

El primero en hablar es Francisco Leandro Mora; lee sin interrupción durante dos horas, exponiendo todos los argumentos que en conjunto han preparado todos los abogados. Elocuente, sereno, sin apurarse, frecuentemente deja la lectura para explicar con claridad sus argumentos. Son las 11:30 a. m.

Mora termina y con él, el informe de la defensa. Le toca su turno al fiscal militar, teniente José Moros González.

El fiscal, pausadamente, inicia su exposición. Después de un corto y contundente relato donde explica que en las pruebas presentadas por la defensa, en su interrogatorio a los testigos y expertos y por los documentos periciales que constituyen el expediente he quedado "fehacientemente demostrada la inocencia de los procesados", por lo que pide al tribunal nuestra absolución.

Se arma un gran revuelo, la prensa corre de un lado a otro tomando fotografías. Todo es un alboroto. Recibo felicitaciones de periodistas que antes me habían tratado duramente. En cualquier país del mundo cuando el fiscal, que es representante de la nación en un proceso judicial, retira los cargos y, además, pide la absolución, automáticamente termina el juicio y el procesado, libre de culpa, obtiene su libertad. Aquí la petición del fiscal no es obligante y el tribunal debe decidir sobre esa petición.

Todo es alegría y apretones de manos. El que menos siente esa emoción soy yo; mis largos años de encierro, mis esfuerzos para controlar el odio, el rencor, la angustia y reducirlos hasta permanecer imperturbable ante ellos también, sin quererlo, han afectado el sentimiento de la alegría. Raymond se acerca a mí y me dice:

-¿Qué pasa, Luis? ¿No te alegras? ya estás en la calle.

Sonríó y trato de parecer alegre, sin conseguirlo.

Salimos del tribunal envueltos en la euforia del momento. En esta ocasión y por primera vez, no nos esposan. Al llegar de nuevo al cuartel San Carlos, nos está esperando el coronel, que nos saluda y felicita efusivamente.

Los amigos vienen en grupos a visitarnos y felicitarnos. Todo es alegría. Nuestros familiares obtienen una vista especial. Nieves viene con Jorge y Janet. Jorge, como siempre, serio y circunspecto me abraza y pregunta:

-¿Cuándo vas a salir, papá?

- Creo que muy pronto, hijo.

El 26 de septiembre a las 11:00 de la mañana, el tribunal militar, por unanimidad de criterio, accede a la petición fiscal formulada días antes y declara absueltos a los cuatro procesados. Solamente encuentra culpable de falsificación de documentos y de usar pasaporte falso a Hernán Ricardo.

Las conclusiones militares

Al dictar su sentencia, la cual contiene 875 folios, el Tribunal Militar llegó a las siguientes conclusiones con relación al establecimiento de responsabilidades de los acusados:

1. La documentación en idioma inglés emanada de cuerpos policiales de Barbados y Trinidad, no produce efecto legal alguno en el proceso por no haber sido traducida la misma por expertos designados, contra los cánones establecidos en la normativa adjetivamente.
2. La documentación recibida de la República de Trinidad y Tobago adolece de vicios de forma que hacen nula su entrada a los autos, por no encontrarse en actas procesales la forma cómo se le dio entrada para ser agregadas al expediente.
3. Asimismo el delito militar de traición a la patria, por el cual son juzgados los ciudadanos Hernán Ricardo Lozano, Freddy Lugo y Luis Posada Carriles, no se ha comprobado en autos, por aparecer desvirtuado a juicio de este tribunal, en la etapa de evacuación de pruebas, de que Venezuela hubiera estado en algún momento de exposición a peligro de guerra, ruptura de relaciones diplomáticas, reclamo de retorsión por parte de países extranjeros, a consecuencia del accidente aéreo.
4. En relación a la comisión del delito de homicidio perpetrado en la persona de toda la tripulación y pasajeros del avión de la Línea Cubana de Aviación, no surgieron pruebas fehacientes de culpabilidad material ni intelectual en ninguno de los cuatro procesados.
5. La explosión causante de la caída del avión DC8-43 arrendado por la Línea Cubana de Aviación a la Línea "Air Canada", entre las escalas Barbados Jamaica, vuelo CU-455, en fecha 6 de octubre de 1976, se produjo por una bomba de nitroglicerina colocada en el compartimiento trasero de carga del avión, no habiéndose determinado la procedencia de la bomba, el país donde fue colocada en el avión, como tampoco las personas que pudieron haber intervenido en tal hecho.
6. El ciudadano Orlando Bosh Avila ingresó al país el 8 de septiembre de 1976, por el aeropuerto de Maiquetía, con documentación falsa, bajo la identidad de Carlos Luis Paniagua Méndez, la cual utilizaba con conocimiento de algunas autoridades oficiales venezolanas.

7. El ciudadano Hernán Ricardo Lozano, utilizando la falsa identidad de José Vásquez García, que le otorgaba un pasaporte expedido bajo ese nombre, salió del país en fecha 6 de octubre de 1976, por la Línea Pan American, hacia Puerto España, Trinidad, manteniendo esta identificación hasta el día siguiente cuando fue detenido.
8. Que Venezuela no tuvo injerencia alguna en el abominable hecho, a consecuencia del cual murieron los tripulantes y pasajeros del avión de la Cubana de Aviación, el 6 de octubre de 1976, luego de volar aproximadamente 8 minutos, después de haber despegado del aeropuerto Seawell en Bridgetown, Barbados, por lo que le corresponderá al territorio competente, conforme las normas vigentes de derechos internacionales determinar en realidad la autoría y consiguiente culpabilidad del o los autores del hecho en referencia atribuida hasta el presente a los ciudadanos venezolanos Hernán Ricardo Lozano, Freddy Lugo y Luis Posada Carriles y al turista extranjero para la fecha presente en el país, Orlando Bosh Avila y no comprobada como se desprendió se esta decisión.

Los funcionarios de la Embajada cubana en Caracas son llamados por Cuba. Abandonan el país en masa. Una periodista de la revista venezolana *Resumen*, de nombre Lucy Gómez, lo relata de la siguiente manera:

El carro llegó a tiempo a la Embajada cubana en Chuao. Afuera estaban todavía los autos de los diplomáticos. Después de dejar la identificación de prensa en la caseta de la DISIP, tocamos el timbre. Pero nadie respondía. Una carrera a la otra puerta y se vio la causa. Todos los diplomáticos estaban en el jardín, con las maletas en la mano, los paquetes en el suelo, los carros listos.

Tras la reja a barrotes azules, la cara alargada de Manuel Basabe, el encargado de negocios, se veía aún más alargada. Dijo sólo que había "recibido instrucciones de mi gobierno" y que debían irse de la embajada: "No hay tiempo para hablar -dijo-. Nos vamos al aeropuerto".

Por los momentos no quiso decir más nada.

Sólo se sabe que se iban vía Panamá. Y que la embajada quedaba totalmente vacía.

Entonces empezó la carrera hacia Maiquetía, a las tres y treinta y ocho de la tarde. El camino estuvo aparentemente despejado hasta llegar a la autopista Caracas-La Guaira, pasando a todos los automóviles a una velocidad supersónica para llegar a tiempo de entrevistar a alguno de los diplomáticos cubanos que se retiraban de Caracas, en una respuesta inmediata del gobierno de Cuba a la absolución dictada por el Consejo de Guerra, anteayer.

El único vuelo que salía a Panamá era el 420 de Aeroméxico, pero aún se debió esperar más de media hora a que llegaran los cubanos.

Por fin entró al terminal, Basabe. Inmediatamente después, las maletas, y los evacuados de la sede diplomática, el consejero político Eduardo Fuentes, el consejero comercial Rafael López, el primer secretario Carlos Infante, el cónsul general Amado Soto, y el personal auxiliar. También venían dos venezolanos, Eduardo Gallegos Mancera y Lino Pérez Loyo, del Partido Comunista de Venezuela, a despedir a los representantes.

Los diplomáticos cubanos traían, por supuesto, gran cantidad de maletas, maletines, cajas y bolsas de todo tipo. Llamaba la atención entre los hombres una muchacha rubia, embarazada, del personal de la embajada.

Mientras esperaban la confirmación de los pasajes del vuelo previsto para las 6 y 10 de la tarde, el encargado de negocios, Basabe, fue más explícito. Ellos recibieron comunicación de La Habana para que dejaran la embajada vacía. Como la comunicación fue hecha por télex abierto, presumiblemente la Cancillería venezolana estaba al tanto, aunque "no nos hemos comunicado con ella", aseguró Basabe. La conversación general transcurría mientras tanto, en comentarios acerca de la sentencia absolutoria del Consejo de Guerra, mientras Eduardo Gallegos Mancera explicaba que había venido allí para despedir a "los hermanos cubanos". Después el tema pasó a la guerra entre Irán e Irak. Gallegos Mancera comentó que era "tan absurda como la sentencia absolutoria". Pasaporte diplomático en mano, todo se hizo más rápido.

Y antes de pasar a la zona internacional, se hicieron las despedidas. El jueves ya estarán en La Habana. Y se habrán roto las relaciones con Cuba.

Lucy Gómez.

Después de la sentencia, ya en el Cuartel San Carlos, llegan todos los abogados y tenemos una alegre reunión. Le pregunto a Raymond:

—¿Y ahora, qué viene?

—En menos de un mes la Corte Marcial revisará el juicio y ratificará la decisión del Consejo de Guerra y, entonces, para la calle.

En Venezuela, cuando un fiscal pide la absolución y el tribunal que juzga emite la decisión de inocencia, increíblemente la libertad no procede para el acusado. Un tribunal superior debe revisar el juicio etapa por etapa y volver a pronunciar un veredicto de inocencia y la Corte Marcial, que es el Tribunal Superior, es el que debe revisar de nuevo el juicio y emitir la sentencia definitiva. Yo me pregunto: ¿para qué entonces sirve el primer tribunal, si su sentencia debe ser revisada? ¿por qué no juzga entonces el Tribunal Superior de una vez, si va a ser en definitiva el que dará la decisión válida?

Recibo la visita del Dr. Alberto Palazzi, ex-Ministro del Interior y, en aquel tiempo, Gobernador del Estado Bolívar. Me abraza y me expresa su entusiasmo y optimismo. También me dice que próximamente será nombrado Presidente de la Corte Marcial el general Elio García Barrios.

Al día siguiente de la decisión del Tribunal Militar, el diario *Granma*, portavoz del Partido Comunista Cubano, ofrece en su primera plana, con caracteres destacados, un editorial calificando de “farisaicas e hipócritas” a la “camarilla demócrata cristiana que gobierna Venezuela”. *Granma* califica la decisión judicial de “una increíble muestra de irresponsabilidad y parcialidad manifiesta”.

El Gobierno de Venezuela rechaza expresiones del dictador Fidel Castro.

El Gobierno de Venezuela, a través de un comunicado entregado anoche por el canciller encargado, doctor Justo Oswaldo Páez Pumar, rechazó las expresiones del presidente cubano Fidel Castro en relación con la sentencia de un tribunal militar que absuelve a los enjuiciados por la voladura de un avión donde perdieron la vida 73 personas.

El texto del comunicado es el siguiente:

Comunicado

El Gobierno de Venezuela, ante las expresiones formuladas por el doctor Fidel Castro, Presidente del Consejo de Estado de la República de Cuba, en relación con la sentencia dictada por el Consejo de Guerra Permanente, hace del conocimiento público las siguientes consideraciones:

1. El Gobierno de Venezuela ha rechazado siempre la violencia y condenado el recurso al terrorismo como método de lucha política. Es oportuno recordar que Venezuela ha sufrido la acción del terrorismo en sus múltiples facetas entre las cuales resaltó singularmente en el pasado la piratería aérea.
2. El Gobierno de Venezuela, por intermedio de sus órganos jurisdiccionales regulares ha procedido siempre a sancionar, sin distinción de ideología política, a los incursos en actos terroristas.
3. El Gobierno democrático de Venezuela, surgido de la voluntad popular libremente expresada en la oportunidad preestablecida por la ley, ha mantenido, mantiene y respeta la autonomía de las diversas ramas del poder público consagrada en la Constitución Nacional. Por consiguiente, acata las decisiones que dicta el Poder Judicial, en todas sus jurisdicciones, de acuerdo con sus atribuciones.
4. El Gobierno y Pueblo de Venezuela rechazan por falsas, irrespetuosas e inaceptables las expresiones formuladas por el doctor Fidel Castro, en el día de ayer, y no puede menos que manifestar su asombro ante la pretensión del mandatario cubano de que la justicia venezolana actúe conforme a los criterios del Presidente del Consejo de Estado de Cuba. El Gobierno de Cuba no puede entender que Venezuela se sienta orgullosa de su estado de derecho

y que, por tanto, los procesados tengan garantizado su derecho a la defensa y sólo pueden ser condenados o absueltos conforme a lo alegado y probado en autos y no por lo que piensen u ordenen los gobiernos de turno. Por eso, las temerarias y maliciosas imputaciones lanzadas contra el Gobierno venezolano sobre una presunta injerencia en la decisión adoptada por el Consejo de Guerra Permanente, sólo se explican por venir de un régimen como el de Cuba, donde impera omnimoda la voluntad del Presidente del Consejo de Estado, que ahora recurre al expediente de atribuir a los demás sus propios procederes.

5. El Gobierno y el Pueblo de Venezuela rechazan categóricamente las insultantes e insidiosas referencias a las Fuerzas Armadas de la República, cuyo apego a la Constitución y a las leyes es motivo de orgullo para todos los venezolanos.
6. El Gobierno de Venezuela ha observado con serena responsabilidad la conducta agresiva y desafiante del gobierno cubano. El Gobierno de Venezuela ha limitado sus respuestas a las indispensables que la dignidad nacional exige, pero esta actitud no ha sido correspondida por el gobierno cubano.
7. El Gobierno de Venezuela reitera su inquebrantable línea de conducta en favor de la vigencia plena de los derechos humanos, entre los cuales está consagrado el derecho de los procesados a su defensa ante los tribunales, y ratifica su adhesión al derecho de asilo, tan vulnerado por otros países.
8. El Gobierno de Venezuela reafirma su inquebrantable apoyo a los principios de no intervención, libre determinación de los pueblos y solidaridad efectiva y permanente con los propósitos e ideales de paz y convivencia entre las naciones.
9. El Gobierno y el Pueblo de Venezuela ratifican su secular amistad fraterna con el pueblo de Cuba y manifiestan sus propósitos de inalterable fidelidad a la historia y al destino comunes de nuestras naciones.

Caracas, 28 de septiembre de 1980.

El General amigo de Castro

El general Elio García Barrios ha tomado posesión de su cargo de Presidente de la Corte Marcial y hace unas declaraciones en la revista política *Doble 6*; promete categóricamente dos cosas: primero, que no admitirá presiones de nadie y que pronunciará su decisión en un término no mayor de 45 días.

Sus declaraciones valientes, después de las amenazas de Fidel a las Fuerzas Armadas, son vistas con simpatía y publicadas en los medios de comunicación. Yo también me llené de esperanzas vislumbrando mi pronta libertad. ¡Cuán equivocado estaba! El general mentía descaradamente; cobarde y complacientemente dilataría la decisión por casi tres años, al cabo de los cuales no decidió. Así, Barrios nos mantendría en prisión complaciendo a su amigo Fidel Castro. En aquel momento desconocíamos su amistad, hoy bien comprobada; en mi poder tengo un retrato donde el general abraza efusivamente al tirano.

Días después, el 6 de octubre, el gobierno cubano produce otro virulento ataque a través de su vocero, el periódico *Granma*:

“La infamia no quedará impune”, agrega un nuevo y virulento editorial contra el gobierno venezolano

El gobierno de Cuba culpó al de Venezuela de ser “el único responsable de todas las consecuencias que se deriven”, si se absuelve a los cuatro acusados del sabotaje al avión que estalló en pleno vuelo con 73 personas a bordo, hace hoy lunes, cuatro años.

A través del portavoz oficial “Granma”, la administración de La Habana ataca duramente al gobierno socialcristiano que preside Luis Herrera Campins, al tocar nuevamente el tema del juicio por el avión siniestrado, cuyo fallo definitivo lo dará la Corte Marcial venezolana el próximo día 11.

Bajo el título “Crimen sobre crimen, infamia sobre infamia”, el órgano oficial del Partido Comunista de Cuba publica hoy un extenso editorial en su portada, destacado dentro de un cuadro rojo a tres columnas de arriba a abajo.

“Al gobierno venezolano le consta que el tribunal militar está absolviendo a los culpables”, dice “Granma”.

A este respecto, recuerda que uno de los encausados, Hernán Ricardo, “reconoció ante la policía de Trinidad y Tobago que él y Lugo habían colocado la bomba que hizo estallar en pleno vuelo el avión cubano”.

Más adelante señala que “la decisión de absolver a los terroristas constituye un crimen aún mayor que el propio sabotaje”.

“Si aquel hecho cobró 73 víctimas –argumenta– lo que hoy hace el gobierno venezolano puede costar cientos y miles de nuevas vidas inocentes”, ya que “los asesinos sedientos de sangre volverán a la calle con las manos libres”.

Pronostica que, de fallar la Corte Marcial a favor de los acusados, los cubanos Orlando Bosh y Luis Posada Carriles, y los venezolanos Freddy Lugo y Hernán Ricardo, “muchos otros asesinos semejantes a ellos se sentirán también alentados y estimulados para cometer los más bárbaros atentados”.

“Ese es el nefasto papel que ha escogido para sí el gobierno de Venezuela”, afirma “Granma”.

“Los impúdicos depredadores del honor nacional y de la responsabilidad de Venezuela ante la comunidad mundial tendrán que enfrentar, como les está ocurriendo ya, la repulsa decidida de todos los venezolanos honestos y la condena más enérgica de la opinión pública internacional”, añade.

“Por lo pronto, el gobierno venezolano será el único y absoluto responsable de todas las consecuencias que se deriven de este hecho, para las relaciones oficiales entre Venezuela y Cuba”, recalca el editorial.

Al hacer una comparación entre las administraciones de Herrera Campins y de su predecesor, Carlos Andrés Pérez, indicó que “todo cambió al instalarse en el Palacio de Miraflores la camarilla del partido Copei”.

“Granma” explica que al gobierno de Carlos Andrés Pérez “no le fue en modo alguno fácil llevar adelante el encausamiento de los criminales”, debido a que “tuvo que enfrentar maniobras dilatorias, presiones, amenazas, injurias e incluso intentos de sabotaje”.

No obstante “sus conocidas divergencias políticas con Cuba –señala–, ese gobierno supo actuar con firmeza, decoro y sentido de responsabilidad”.

“Mientras que el anterior gobierno supo mantener sus diferencias con Cuba en un marco respetuoso y digno –añade–, los actuales mandatarios venezolanos están entregados a la más sucia componenda con otras fuerzas reaccionarias internacionales para fomentar provocaciones, revivir amenazas, recrudecer el bloqueo y tratar de aislar a Cuba de los pueblos del continente”.

El portavoz de los comunistas cubanos opina que “mientras el anterior gobierno ejerció una política de soberanía e incluso de solidaridad internacional, el actual gobierno, por el contrario, está empapado con la heroica sangre del pueblo salvadoreño, a cuyos verdugos sostiene y asesora con absoluta impudicia”.

“Mientras que el anterior gobierno, por último, no tenía nada qué ver con los asesinos, hay políticos en el poder en Venezuela que sí están comprometidos y sí tienen mucho que ver con los autores intelectuales y materiales del bárbaro sabotaje de Barbados”, puntualiza el editorial.

“Granma” concluye el extenso comentario asegurando que “durante siglos”, se “recordará y aborrecerá esta decisión del actual gobierno de Venezuela, que multiplica el crimen y multiplica la infamia cometidos hace cuatro años. Pero ni crimen ni infamia quedarán impunes”.

La salida

Las visitas, el optimismo de los abogados, la euforia del momento, hicieron que me engañara y me autoconvenciera de que pronto sería libertado. Comienzo a preparar mi inminente salida. Paco Pimentel me ha traído de Italia varios trajes, camisas y corbatas. Ya he designado a quienes les dejaré mis pertenencias de prisión: mi pequeño televisor, mis ollas y cocinas; mis pinces y pinturas; mis libros, ya tienen dueños. En la calle, mis amigos preparan mi salida. Hermes Rojas me dice que ya se ha preparado una oficina en la DISIP para mi regreso. Le pido que me organice un operativo de seguridad

para cuando se produzca mi salida. Ya tiene un lugar en el litoral donde iré por unos días. También se ha ocupado de un carro para mi traslado, de los chalecos a prueba de bala y del armamento adecuado.

Los verdugos

Entre los oficiales del gobierno cubano tengo una fuente. Un funcionario cubano, en repetidas ocasiones, me ha proporcionado información valiosa. Hacía tiempo que no se comunicaba conmigo. Hoy lo hace a través del funcionario de la DISIP que, por orden mía, lo reclutó. El funcionario me visita y me dice:

-Traigo un mensaje urgente de Arturo, el de la Embajada. Dice que hace unos quince días entraron cuatro cubanos, con pasaportes nicaragüenses, y que están ubicados en una casa de seguridad en la Urbanización Los Rosales. Inmediatamente me extiende una lista con los nombres y números de pasaporte. También tiene apuntada la dirección. Mi primer impulso es pasar la información a la DISIP, seguro de que inmediatamente desmantelará el grupo. La DGI (Dirección General de Inteligencia) formará otro grupo de asesinos del cual quizá yo no tenga información. Pienso que es mejor pasarle la información cuando sólo falten uno o dos días para mi liberación. El funcionario cubano también me dice que por vía diplomática han llegado cuatro subametralladoras M3 con silenciador. Estoy advertido y alerta. Solamente discuto la información con Ricardo y le pido que guarde absoluto silencio.

El Mono comienza a hablar

Me visita mi amigo Francisco Chao Hermida. Ha llegado de Miami y me trae un mensaje de El Mono. El Mono ha caído en desgracia con el gobierno del Presidente Pérez. Orlando García le ha pedido cordialmente que abandone el país. Chao Hermida me cuenta que El Mono es prácticamente un alcohólico y que tal vez se ha hecho drogadicto. Que le ha contado cosas muy interesantes sobre la voladura del avión cubano y que está dispuesto a decírselas a nuestros abogados. Le cuenta que la bomba que voló el avión se plantó en el aeropuerto de Timehri,

en Guyana. Que fueron dos cartuchos de dinamita comercial dentro de una maleta, que iba en el compartimiento trasero de carga. Que estaba destinada a estallar entre Trinidad y Barbados, con detonador de tiempo, matando también a Hernán Ricardo. No explicó por qué querían la muerte de Ricardo. No quiso explicar los motivos que tuvo para llevar a cabo el sabotaje. Pero dijo que Orlando García estaba también involucrado en el plan. Se ofreció a testificar y ratificar lo que le había dicho a Chao, en presencia de los abogados.

Le relato la historia a Raymond Aguiar. Al siguiente día se traslada en su propio avión a Miami y hace contacto con El Mono. Raymond le pide que vaya a Venezuela a testificar. Este se niega, pero accede a hacer todas las declaraciones en un video. Raymond alquila un aparato de video con su operador y le toma una película, donde El Mono ratifica todo lo anteriormente dicho. También ataca violentamente al Presidente Pérez y lo acusa de haber invitado y permitido la estancia de Orlando Bosh en Venezuela, mientras por otro lado coqueteaba con Fidel. Sus declaraciones son duras y precisas. Raymond llega con el video a Venezuela, le saca varias copias y las distribuye entre personalidades políticas. También lo ofrece para su publicación a las cadenas de televisión venezolanas. Estas, después de verlo y analizarlo, no se atreven a publicarlo. El video en cuestión está en manos del Dr. Oswaldo Domínguez:

Posteriormente, en un juicio de narcóticos llamado "El caso tic tac", porque los micrófonos que instalaron los agentes federales americanos estaban cercanos a un reloj y se oía su tic tac y en el cual El Mono participó como testigo del Estado por el fiscal, El Mono, bajo juramento y habiéndosele concedido inmunidad, dijo que había sido el autor de la voladura del avión cubano y que ninguno de los procesados que se encontraban en prisión tenían nada que ver con el hecho. Estas declaraciones no fueron admitidas en el expediente por el Presidente de la Corte Marcial, general García Barrios.

La Corte Marcial

La Corte Marcial está formada por cinco Magistrados, un Fiscal y un Secretario. Los miembros que constituyen el Tribu-

nal son: el Presidente, el Relator y los otros tres Magistrados. Todos con derecho a voto. Los expedientes de los casos que estudian son leídos por el Secretario en audiencias convocadas por el Presidente de la Corte. Las audiencias son públicas y asentadas en un libro. Como el Presidente tiene la facultad de convocar a las audiencias para la lectura de los expedientes tiene, por lo tanto, control sobre la celeridad de los procesos. Si se paraliza la lectura de un expediente o se hacen muy espaciadas las convocatorias a las audiencias, el proceso se dilata. Como veremos más adelante, hay muchas formas de retrasar el proceso y demorar la sentencia.

Las Navidades del año 80 todavía están llenas de esperanzas. El comisario Pepe Vásquez viene de la DISIP con el consultor jurídico, Dr. Manolín Sarda, y me traen una caja de vinos y media caja de champaña. Todavía se nos permite ingresar la bebida al cuartel. Voy a la calle con el coronel a sacar las cajas del maletero del carro de Pepe. Nadie se imagina que el general Barrios ya está en contacto con Castro y que demorará el proceso durante un tiempo interminable. En ese momento todos, incluido yo, pensamos que el que la decisión de la Corte Marcial se haya demorado un poco, no quiere decir nada. En Navidad mi familia tiene vistas especiales. Comemos lechón que trae Nieves, y ayacas que trae la madre de Ricardo, todo rociado con buen vino y champaña. Mis hijos Jorge y Janet disfrutan y se sienten también esperanzados de mi pronta libertad.

Pasan los días, las semanas, los meses y la decisión judicial no se produce; a pesar de estar absueltos, continuamos presos. El lugar donde vivo ahora es mucho mejor; gracias a mi situación privilegiada ahora vivo en el pabellón de oficiales. Los oficiales que han sido procesados por un supuesto delito son confinados en este pabellón mientras dura su proceso. Aquí hay oficiales sujetos a juicio por malversación, desertión y homicidio. El lugar es limpio, aseado y la vigilancia es discreta. También para nuestros familiares y amigos es mucho más fácil visitarnos, los registros son más ligeros y no tienen que hacer las colas interminables. Ricardo y yo estamos ubicados en dos amplias habitaciones con baño. Bosh vive solo en una habita-

ción de otro sector del cuartel y Lugo vive separado, en otra habitación.

Pinto, leo, medito y converso con algunos oficiales. Recuerdo con cariño y admiración al comandante Godoy; pequeño, bien parecido, de penetrantes ojos verdes. ¿Por qué está preso? Por denunciar ante la prensa los robos e irregularidades administrativas de sus superiores. ¿Por qué a la prensa? Porque su denuncia no fue atendida por el Ministro de la Defensa. En dos ocasiones expuso al ministro sus quejas y denuncias. El ministro no le hizo caso. Continuaron los robos. Fue a ver de nuevo al ministro y éste no lo recibió. Godoy se fue a la prensa.

El teniente Chirinos desertó del ejército, no le gustaba la vida militar. Tocaba guitarra y cantaba. Tengo mucho que agradecerle por una actitud que tuvo hacia mí, que lo convirtió en mi hermano.

Poco a poco y a medida que pasan los días y los meses, a medida que veo la canallada jurídica que forja sin ningún pudor el general Barrios, voy perdiendo la fe en que se produzca mi libertad. Ya no creo en la justicia.

Me llegan noticias del oficial cubano de la Embajada; me asegura que el general Barrios es íntimo amigo de Fidel.

Mi visita también el negro Juan Ferrer, recién llegado de Cuba. Antes de salir de Cuba pasó por mi casa y me trae una carta de mi madre. Le pregunto que cómo está, me miente y me dice: bien.

Su rostro no puede disimular su mentira piadosa; mi madre está gravemente enferma y morirá pocos días después de la decisión de inocencia; murió creyendo que yo era libre. Pocas semanas después moriría mi padre. La pérdida de mis padres me causó profundo dolor. Mi tía Margot, a quien tanto quiero, llamó a Nieves desde Miami. Mi madre sufrió un cáncer pulmonar que duró un año.

Días largos y tristes, noches interminables. El sueño es mi gran amigo, cuando duermo no estoy preso, mi mente viaja por mis recuerdos. El nuevo día, implacable, se me aparece y me recuerda que estoy encarcelado.

Llevo ya dos mil días preso. Mi mente comienza a rebelarse contra la injusticia. Hoy de nuevo me hago un firme propósito:

jamás me daré por vencido, lucharé hasta el final. Un nuevo pensamiento se va formando en mi mente que me ayuda a vivir, a soportar lo insoportable, pido a Dios que me ayude en mi nueva empresa: lucharé hasta obtener mi libertad, nadie puede apresar mi alma, mi alma es libre y mi cuerpo la seguirá en el empeño. Y ¿qué es la muerte sino una forma de libertad?

De frente a la injusticia, a la canallada y a la humillación a que pretenden someterme, está mi voluntad inquebrantable de lucha. No creo más en la injusta justicia, no espero más. Mi astucia y mi decisión me darán la libertad.

Pasados los 45 días que el general Barrios había dicho a la prensa que tardaría para pronunciarse sobre la decisión del Tribunal Militar, en adelante comienza una serie de ruleteos y manipulaciones del expediente, que hace que la decisión se prolongue, violando los derechos de todo procesado a ser juzgado con prontitud.

Durante este interminable proceso, citaremos los hechos más relevantes.

1. El general Barrios solicita Autos de Mejor Proveer. Pide información adicional a Cuba, Barbados y Guyana. Estos países tardan casi un año en contestar a su requisitoria. Aunque la ley permite un lapso de seis meses para esta requisitoria, el expediente queda paralizado hasta no llegar los recaudos.
2. En abril de 1982, cuando el expediente ya lleva un año y ocho meses en el tribunal y se está terminando de leer la pieza N° 23 (el expediente consta de 24 piezas), se suscita un conflicto entre el relator coronel Alfredo Anzola Jiménez y el general Barrios. El relator se ve obligado a renunciar y es sustituido por el coronel Manuel Ruiz Siso. La sustitución del relator demora varios meses; mientras tanto, el expediente permanece paralizado.
3. Con la incorporación del nuevo relator a la Corte, la lectura del expediente debe comenzar desde la primera página, pues las audiencias de lectura deben realizarse ante la Corte en pleno y el nuevo miembro debe también conocer el expediente.

4. Las audiencias comienzan lentamente; pasan semanas sin que se efectúe lectura alguna.
5. Por problemas internos son sustituidos dos fiscales de la Corte.
6. Desde el inicio de este largo proceso, el general Barrios es acosado por los medios de comunicación que le solicitan fecha de sentencia. Promete durante diecinueve ocasiones, formular sentencia, engañando repetidamente a la opinión pública y sometiendo a los procesados a la tortura síquica de las promesas incumplidas.

Son las seis de la tarde; no enciendo las luces de mi habitación, la penumbra que la penetra me indica que termina el día y comienza la noche. Para mí es la hora en que tengo que sacar de mi interior toda la entereza para vencer la tristeza y angustia que siempre me trae esta hora. ¿Por qué será? Se asoman los espectros de la prisión, se me presentan los fracasos, quieren adueñarse de mi mente la desesperación y la impotencia. Firmemente voy derrotándolos uno a uno. Al fracaso le digo:

-Tú no existes.

A la desesperación:

-Siempre puedo aguantar más.

Al miedo:

-Jamás me daré por vencido.

Al pesimismo:

-Pronto alcanzaré mi libertad.

Después de vencer los espectros uno a uno, siempre llega la calma: me dedico a meditar y frecuentemente rezo una plegaria. Una sola idea me acompaña durante el día y la noche: la libertad, alcanzaré mi libertad, arriesgaré todo por obtenerla.

Los espías de Castro

De la DISIP recibo información de que una red de espías cubanos está operando en el país. Trato de obtener más información de el cubano de la Embajada de Cuba, que trabaja para mí. Este me responde que no sabe nada de una red, pero hay una venezolana, con el seudónimo de Lucy, que trabaja para los servicios de inteligencia cubana.

Paso la información a la DISIP y me contestan que me cuide de Alicia Herrera, que visita a Bosch. Frecuentemente, también me dicen que Alicia está sometida a investigación y vigilancia, así como un grupo de cubanos con los que Alicia mantiene relaciones de amistad.

Los equipos de vigilancia y seguimiento de la DISIP los siguen, intervienen sus teléfonos y toman fotografías de sus visitantes. En los momentos en que me pasaron la información, la DISIP ya estaba segura de las actividades de espionaje del grupo.

Aviso a Bosch, pero éste no me cree y dice sonriendo:

- Luis, estás viendo espías por todas partes. Yo insisto y le digo:

- Orlando, esto es en serio, por lo menos, si no lo crees, cuidate mucho.

- Yo siempre lo hago -responde Bosch.

Alicia Herrera era una periodista venezolana que trabajaba para la cadena Capriles; específicamente, fungía como la directora de la Revista *Kena*. Allí conoció a Freddy Lugo y a Hernán Ricardo. Por intermedio de Lugo, que tenía su celda en el mismo sector de Bosch, hizo contacto con éste y comenzó a visitarlo.

Alicia, una mujer pequeña y poco agraciada, se presenta con un flamante novio cubano, alto y bien parecido, que dice ser un ingeniero electrónico de nombre Raymundo Arrechega (a) Titón. En las investigaciones realizadas sobre este personaje, no se averiguó mucho; ninguna de las fuentes de exiliados cubanos que se consultó lo conocía, ni sabía de donde había salido. Titón visitaba a Bosch junto con Alicia.

Por otro lado, un matrimonio cubano, también desconocido entre los exiliados, tenía una oficina de distribución de enciclopedias.

La pareja: Noel Betancourt, ingeniero electrónico también y Olga Raluy se encuentran hace tiempo bajo vigilancia de los servicios de inteligencia venezolanos.

El 23 de abril de 1982, Alicia sin avisar a sus familiares, desaparece con Titón. El matrimonio Betancourt-Raluy, como por arte de magia, también se "disuelven".

La pregunta que se hacen los servicios de inteligencia venezolanos es la siguiente: ¿Era Alicia un agente cubano “sembrado” desde hace tiempo por la inteligencia cubana, o fue ésta reclutada por Titón? Lo que si era un hecho, sin lugar a dudas, es que el caso del avión cubano, en ese tiempo, era un asunto de alta prioridad para el gobierno cubano.

Además de los cuatro pistoleros cubanos que entraron al país con pasaporte nicaragüense con la misión de eliminarnos físicamente cuando obtuviéramos la libertad, a través de Alicia Herrera y los otros cubanos que formaban la red, había otros planes que no se han podido determinar. Al saberse detectados y sabiendo que no podrían seguir operando, “abortan la misión” y deciden escapar.

Los últimos días de los espías

A continuación una síntesis del resultado de las vigilancias y posterior investigación de la DISIP, sobre los cinco días previos a la desaparición de la red.

El 18 de abril, Alicia entregó a su hermana las llaves del apartamento donde vivía. Ese mismo día, por la tarde, Urrechega y Betancourt compraron ropa por unos \$1,000 dólares en el Centro Comercial Chacaito (eso hace deducir, que su viaje sería para un país socialista, donde escasea la ropa). Urrechega compró también un costoso reloj Rólex en una joyería del mismo centro comercial.

El 19 de abril es sábado y, como de costumbre, Alicia visita a Bosch en la prisión. Esa misma tarde Noel y Olga visitan a la madre de ésta y le entregan ropa para que la regale.

El 20 de abril Noel y Olga, le entregan a la madre de ésta un documento para que pueda movilizar su cuenta bancaria. Ese mismo día, Urrechega baja al litoral y le entrega al conserje las llaves del apartamento que tienen alquilado, diciéndole que se ausentaría por un tiempo.

El 21 de abril, Raymundo Urrechega vende su automóvil en la empresa Pineiro C.A. de la urbanización La Florida, a las 8:00 de la mañana. A las 8:50 alquila un carro en la Hertz de Chacaito; a las 9:40 cobra el cheque por la venta de su

automóvil. Ese mismo día, Josefina, la madre de Olga Ruley, firma en un banco la autorización para movilizar la cuenta de su hija y yerno.

El 22 de abril, Noel Betancourt suspende todas las cuentas de periódicos y otras de su negocio "Datar 1000". Ese mismo día, Alicia se retira temprano de sus oficinas en la torre de la prensa, alegando que no se siente bien. También ése mismo día, Noel compra dos boletos en la agencia de viajes Febres Parra, de la avenida Libertador, con el destino Zurich-Amsterdam. Posteriormente se supo que tomó la vía Praga, para dirigirse a Cuba.

El 23 de abril, Alicia vende su Fiat azul en la compañía Aragua Motors y llama a la torre de *La Prensa* para comunicarse con la periodista Gloria Fuentes.

El 24 de abril los servicios de inteligencia no pudieron detectar en Venezuela a ninguno de los integrantes de la red. Posteriormente, Alicia apareció en Cuba, donde mantuvo su residencia por un tiempo.

Alicia visitaba frecuentemente a Bosch y a Lugo.

A través de mi esposa Nieves, pidió visitarme. Sin embargo, alertado por el agente infiltrado en la embajada cubana en Caracas, rechacé sus visitas.

14

Y la libertad se hizo una obsesión

Cierro la puerta y observo el televisor que se encuentra frente a mí. Es un pequeño aparato "Hitachi" de 13 pulgadas; en su interior, ajustada con tornillos y pintada, se encuentra bien camuflada una pistola Colt 45. Aunque desarmaran el chasis del televisor para un registro minucioso, sería muy difícil encontrarla. Las piezas del arma están cuidadosamente mezcladas con las del televisor de tal forma que parecen parte del mismo. La semana pasada, en el día de visita a los oficiales militares presos, el comisario Rodríguez la pudo introducir pese al control de visita de la prisión, que se encuentra como a unos 100 metros de la puerta de entrada. Allí, una pareja de soldados y una mujer requisan a los visitantes, abren las bolsas en que traen la comida, buscando cualquier objeto que esté prohibido introducir en la prisión como son, desde luego, las armas, el licor y cualquier aparato que pueda servir para abrir una cerradura o cortar algún hierro. Después los soldados registran físicamente a los hombres que pasan a un pequeño espacio cerrado, mientras que una mujer registra a las damas visitantes. Hace dos semanas que no usan el aparato detector de metales que busca cualquier objeto de metal en el cuerpo de la

persona sometida a registro; se ha roto y lo han echado a un lado, intensificando el registro personal. Los visitantes de los oficiales presos pasan el control con más facilidad que el resto de la población penal. Los oficiales de alta graduación no son registrados físicamente; tampoco los paquetes que traen. El comisario Rodríguez está al corriente de todo esto; tiene un amigo militar preso y en dos ocasiones lo ha visitado para examinar el sistema de control de la prisión. En las dos ocasiones en que ha visitado a su amigo se ha identificado como funcionario de la DISIP; ha dejado bajo la custodia su arma de reglamento y, sin ser revisado, ha entrado al sector donde los oficiales reciben sus visitas. Después de las observaciones que ha realizado considera que, con sangre fría, es posible realizar la operación con éxito. No lo comenta con nadie, a excepción de mi gran amigo el comisario Santos. Este le ayuda a evaluar las posibilidades y se ofrece a acompañarlo el día escogido; Rodríguez le dice que será la próxima visita, dentro de tres días. Llega el día escogido. En su casa, Rodríguez se afeita el muslo derecho y con un adhesivo se fija el arma. Se pone el pantalón y se ajusta con un cinturón; en la parte izquierda de su cintura, luciendo lo más ostentosamente posible, está su arma de reglamento. Desayuna rápidamente, toma el carro y pasa por casa del comisario Santos, que ya lo está esperando. En el camino hacia la penitenciaría casi no intercambian palabras; los dos están decididos a arriesgar su seguridad por ayudarme a alcanzar la libertad. A las ocho y media se ponen en la cola de visitantes. Sin ningún nerviosismo, llegan al control. Primero se identifica Santos: entrega su arma de reglamento y pide visitar al militar amigo de Rodríguez. Posteriormente, éste hace lo mismo: deja su arma de reglamento y abre para revisión una bolsa que contiene un libro y unas frutas. El soldado casi no la mira y da la orden de que puede proseguir. El sitio de reclusión de los militares procesados está separado de las áreas abiertas del penal por una gran reja de hierro; a la derecha de la reja, sin entrar al espacio donde reciben las visitas los militares, hay una escalera que conduce al techo de la prisión. Ya han autorizado abrir la reja. Los cuartos de los oficiales están abiertos para recibir a sus visitas. Los que no tienen visita, también se en-

cuentran en sus habitaciones o por los corredores del sector; el área es pulcra y los pisos son encerados y pulidos dos veces a la semana. El sector, que tiene como unos treinta metros de largo, está separado por una reja que permanece siempre abierta hacia otro sector más pequeño, como de 10 metros de largo. Allí se encuentra nuestra habitación, en la parte de afuera hay una gran mesa donde están las cocinas para preparar nuestros alimentos y mesas pequeñas donde los visitantes se sientan con los detenidos a conversar.

El general Barrios miente sin recato ninguno a los medios de comunicación. Por diecinueve veces promete fechas para la emisión de sentencia definitiva. Por diecinueve veces miente. Está desprestigiado ante la opinión pública y ante la prensa que lo acosa. Ya no puede esgrimir más razones para dilatar la sentencia.

El hijo del general

El general Barrios tiene un hijo. Joven, discolo, como de unos veinte años, vive una vida libertina. Un día aparece muerto, tirado en una zanja con un balazo en la cabeza. El general aparece en televisión con voz llorosa. Acusa abiertamente a la "mafia cubana" (refiriéndose a nosotros) de haberle causado la muerte. Dice que el hecho sucede para presionar por una decisión favorable en el caso del avión cubano. La prensa y la opinión pública se indignan, e injusta e irresponsablemente atacan a los exiliados cubanos. Dos semanas después, la policía detiene a un sospechoso, amigo del hijo de Barrios. Confiesa el crimen y entrega el revólver con que lo cometió. El revólver, un .38 Smith & Wesson, es sometido a pruebas de laboratorio y resulta ser el arma asesina. El asesinato cometido tiene como móvil el reparto de un botín de drogas. El asesino, convicto y confeso, se encuentra purgando la pena en prisión.

Los abogados protestan y exponen públicamente la enemistad pública y manifiesta de nuestro juzgador.

A mí esos incidentes no me producen ninguna emoción. Vivo indiferente a los comentarios de prensa, a las reacciones públicas, ya sean buenas o malas. Cuando algo sensacional o

relevante sucede permanezco imperturbable, me pongo “mi piel de elefante” y le niego la entrada a mi mente a todo lo que no sea mi gran meta: la fuga.

Bosh en huelga de hambre

En marzo de 1983, cuando el proceso lleva seis años y medio de iniciado y dos años y medio en consulta de la Corte Marcial, Orlando Bosh inicia una huelga de hambre en protesta por esta situación. Bosh, debido a su precaria salud y a lo prolongado de la huelga, se encuentra en peligro de muerte. El general es presionado por los justos reclamos y la opinión pública. De Estados Unidos vienen comisiones de exiliados cubanos y se organizan manifestaciones de protesta. El alcalde de Miami, Maurice Ferre, viene a mediados de marzo. Llega en avión particular y se entrevista con el Presidente de la República, Luis Herrera Campins, protestando por la situación.

Bosh lleva más de 30 días en huelga de hambre, reclamando el derecho a que se le haga justicia. Muchos compañeros me critican porque no lo acompaño en su inmenso sacrificio. (Yo estoy preparando mi plan de fuga. A excepción de Ricardo, nadie sabe lo adelantado que se encuentra). Su salud quebrantada lo pone al borde de la muerte. Sin embargo, su voluntad indomable lo hace resistir y mostrarle al mundo la indolencia y la canallada de los hombres en que se apoya el estado de derecho de la democracia venezolana; y vienen a mi mente estrofas de una publicación que hizo Orlando antes de exigir, con su sacrificio, que no se prolongue más su agonía y se emita de una vez por todas la esperada decisión judicial. Uno de los párrafos dice así:

Cuando el hombre que ha entregado su vida a la lucha por la libertad y en fatal encrucijada se le negaren o postergaren injustificadamente los derechos y reclamos que pauten los códigos y la justicia en un estado de derecho, de aceptarlo y asirse a la resignación y conformismo se estaría suicidando cotidiana y moralmente, pues tal resignación va erosionando su voluntad de luchar, va disolviendo su compromiso histórico; va quebrantando el ineludible e irrenunciable deber ante

el altar de su patria, va prostituyendo los ideales enclavados en sus propias entrañas, la luz se le convierte en tinieblas, porque el fuego que lo alimenta va extinguiendo en las tenebrosas penumbras que asfixian su dignidad, el hombre apátrida resignado, es hasta cómplice del crimen que se comete contra los ideales que nacieron con respeto y después los contemplan impasibles morir atropellados. En consecuencia, en mi persona la fatal resignación a tener alma del traidor apocado por el miedo y la debilidad a la vera del pecado, de conocer mi verdad y mis derechos y ser canijo y cobarde para con ellos, yo he elasticado la paciencia y prudencia al máximo durante más de 5 largos y crueles años en la espera de justa e imparcial sentencia definitiva y después de haber sido vil y canallescamente trampeado y encarcelado, ofendido muchas veces y humillado demasiadas, pero hay un punto limite en que esa paciencia deja de ser una virtud para convertirse en complicidad a ese limite. Hace tiempo que estoy arrinconado frente al paredón de la injusticia. A un hombre honrado cualquier alternativa es válida, incluyendo el sacrificio hacia el riesgo de muerte. Su valor y grandeza está en el sacrificio.

Julio de 1982

El comisario Rodríguez deja a Santos conversando con el oficial visitado y se dirige a mi celda; me saluda efusivamente y entra en ella; sin apuro se introduce en el baño, baja sus pantalones y quita la cinta adhesiva que sostiene la pistola; abre la puerta del baño, me pide que entre y allí mismo me la entrega. Al recibir el arma, siento una profunda emoción; delante de mí se encuentra un hombre que acaba de correr un inmenso riesgo para ayudar a su amigo; nos fundimos en un fuerte abrazo. Ya tengo el lugar donde, provisionalmente, pondré la pistola hasta esconderla definitivamente dentro del televisor (después de las visitas frecuentemente hacen registros). La envuelvo en un pedazo de carne que inmediatamente pongo en el congelador de mi pequeña nevera. Pongo el control del refrigerador al máximo para que se congele rápidamente.

Llevamos varios días procurando un uniforme de militar y ya tenemos el plan para conseguirlo, los militares que están en

nuestro piso andan vestidos de uniforme y frecuentemente envían su ropa a una tintorería cercana a la penitenciaría; dos o tres veces por semana traen la ropa limpia y recogen la sucia, generalmente como a las ocho de la mañana. Cualquiera de los oficiales que esté cerca de la puerta de hierro cuando viene la tintorería, recoge la ropa de todos; con ella van los boletos de pago por separado; también entrega la ropa sucia por varios días; Hernán y yo estuvimos alertas para que, al llegar la tintorería, no hubiera ningún oficial presente.

Una mañana, a mediados de julio, llegó la tintorería y no había ningún oficial en el pasillo; rápidamente me dirijo a la reja y tomé el paquete con la ropa lavada. Afortunadamente, no hay ningún paquete de ropa sucia. Rápidamente llevamos el paquete hacia nuestra habitación, allí lo abrimos y tomamos el uniforme que más se adapta a mi complexión y estatura. Envolvemos de nuevo el paquete y lo ponemos encima de la mesa con las cuentas. Penetramos de nuevo a nuestra habitación y desenvolvemos un rollo de tela como de unos cuarenta metros de largo. Ricardo y yo pintábamos cuadros al óleo, por lo que en una esquina de la habitación se encontraban las pinturas, los atriles, los marcos y el rollo de tela. Pusimos el uniforme al final de la tela y sobre él la enrollamos. Cuando estuvo toda enrollada, nadie podía sospechar que en el interior de ese enorme rollo se encontraba un uniforme de militar. Sin sospechar nada un oficial, compañero de celda, se ofreció a comprarme un par de zapatos negros número diez del tipo militar, en la proveeduría. Las insignias, los botones dorados y las condecoraciones del grado de coronel no fue muy difícil introducirlas al penal; tampoco fue difícil comprarlas o adquirirlas en el exterior, ni esconderlas en tubos de pintura al óleo que se abrían por el fondo, se les introducían las insignias y se volvían a doblar. Sobre una mesa había letras de imprenta del tipo "letra-set", cera, unas tijeras y un radio; todo sería usado en nuestro plan de fuga. Ya Ricardo se había procurado su uniforme, iría vestido de oficial de la Marina, camisa y pantalón beige y corbata negra. Generalmente los oficiales de la Marina, sobre todo cuando son conductores, dejan su chaqueta en el carro y circulan por el penal con ese atuendo. Sin embargo,

faltaba lo más difícil: una gorra para ser equipada con las insignias de coronel; cuando ya había ensayado y pensado varias formas de introducir la gorra al penal se nos presentó la gran oportunidad. Un coronel del ejército llegó un día a visitar a un oficial procesado; el coronel, que había bebido bastante y se encontraba embriagado, puso su gorra en una silla y se separó para conversar con el oficial. Hablaba en voz alta, gesticulando y armando un gran alboroto. Ricardo y yo nos dimos cuenta inmediatamente de la situación y decidimos actuar con rapidez. Mientras yo le sacaba conversación al coronel y al oficial, Ricardo sustrajo la gorra y la echó rápidamente en un bote de basura, cubriéndola inmediatamente con desperdicios. Cuando terminó la visita, el coronel comenzó a buscar su gorra, pero yo le aseguré que había venido sin ella y que posiblemente la había dejado en su automóvil; medio convencido, abandonó el lugar sin protestar ya que él mismo no estaba seguro dónde la había puesto. Tampoco denunciaría la pérdida de la misma por la borrachera en que se encontraba.

Mientras nos procurábamos los implementos necesarios para la fuga, trabajábamos en el plan. Observábamos, sin que se dieran cuenta, todos los detalles del lugar: cuántos guardias había en el pasillo, hora en que cambiaban, y qué personal custodiaba las puertas. Mucha de esa información la conseguimos pidiendo que nos trasladaran a visitar al dentista del penal, o pidiendo bajo cualquier pretexto una entrevista con el director; en esas oportunidades bajábamos por el pasillo y veíamos cómo el personal militar que se encontraba en las instalaciones abría las puertas y nos daba paso siempre que íbamos acompañados de un oficial; discretamente, sin que se dieran cuenta, interrogábamos hábilmente a los militares que trabajaban en la penitenciaría; preparábamos comida y los invitábamos a comer o a tomar café y, en medio de esa camaradería, recabábamos información relevante.

De esa forma aprendimos que el teniente López, cuando estaba en su turno y debía permanecer en la puerta interior del penal de una a tres de la tarde, iba a dormir la siesta; así, la guardia de la puerta interna permanecía sin la supervisión de un oficial; y los soldados; sin la presencia del oficial, descuida-

ban sus deberes. También supimos que los carros de los oficiales eran conocidos por las postas que hacían vigilancia y seguridad en la puerta externa del penal. Los que generalmente conocían los carros y los oficiales los dejaban pasar libremente hacia dentro y hacia afuera, sin presentar ninguna identificación. Los oficiales, cuando venían a hacer su turno, entraban a un inmenso patio que separaba el penal de la DIM (Dirección de Inteligencia Militar). Ambos edificios estaban separados por unos ochenta metros en esa área, y más bien cerca del penal, estacionaban sus carros; adyacente a la DIM había un taller de mantenimiento de vehículos y muchos oficiales usaban las facilidades de los talleres para reparar sus vehículos. Después de haber observado y evaluado a todos los oficiales, acordamos que quien presentaba mejores características para ser dominado era el teniente Miranda. Éste era un oficial joven, como de unos 25 años; se había hecho muy amigo de nosotros y nos visitaba frecuentemente. Hábilmente fuimos evaluando su personalidad: tenía todo listo para casarse y amaba profundamente a su prometida; hablaba con frecuencia de ella. Era un muchacho honesto, pero sin ninguna aptitud para la carrera militar; podría haberse desempeñado con mucho éxito en cualquier otra carrera que no fuera la militar; confiado, trataba siempre de agradar; jamás se le vio emitir una orden. En conversaciones que sostuvimos con él, sabíamos que tenía mucho miedo a los explosivos y un total desconocimiento sobre los mismos.

Evaluando y sopesando todo lo que poseíamos y podíamos adquirir, incluyendo los estudios de personalidad de los oficiales custodios, elaboramos con más precisión el plan de fuga. Estábamos seguros de que la hora sería entre la una y las tres de la tarde, mientras estaba de turno el oficial que dormía su siesta. También estábamos seguros de que el oficial a someter sería, sin lugar a dudas, Miranda; el día sería aquel en que coincidieran las guardias de Miranda y del oficial que dormía.

Hoy es sábado, día de visita, y todo está listo, me levanto entusiasmado; dentro de hora y media veré a mi esposa, a Jorge y a Janet. Jorge tiene 16 años y es todo un hombre. Se esfuerza para sacar buenas notas en el colegio. Pese a que he faltado en

los años de formación, es un adolescente firme y honesto; jamás miente, pero también es un joven triste: no tiene amigos y sufre mucho mi prisión. Janet tiene 11, es una niña vivaracha, alegre y tiene muchas amistades; en la escuela es popular y saca muy buenas notas. Mi esposa, que ha soportado los largos y crueles años de la prisión, ha llevado la responsabilidad de ser padre y madre.

Les he preparado para el almuerzo una gallina hervida con verduras; con ellos viene mi hermano y amigo Paco Pimentel. Paquito siempre me visitó durante mis años de cautiverio y también carga paquetes: chocolates, libros. Y mi familia trae la comida que cocinaré durante la semana.

A ninguno de ellos le cuento mis planes (para qué preocuparlos), aunque todos adivinan que pronto, algo va a suceder. Son las diez y media de la mañana. Conversamos de todo, paseo a solas con mi hija y discuto sus problemas personales; después a solas con Jorge. No nos tenemos la confianza de un hijo para con un padre y viceversa; sin embargo, nos amamos mucho y nos respetamos. Antes de comer, reza: "El Señor es mi pastor". La comida siempre es triste, pocos comentarios. Paco sólo se toma el caldo del hervido y dice que está a dieta; desde que lo conozco, está a dieta.

Después de la comida, mi esposa siempre se acuesta en una cama y descansa. Llegan las dos de la tarde y comienzan de nuevo a cargar paquetes para la próxima visita. Las tres de la tarde: la tensión de las visitas me ha dejado exhausto. Salgo e intercambio algunas golosinas con los otros procesados que les han traído cosas de la calle. Me acuesto y trato de leer uno de los libros que me ha traído Paco, pero a los cinco minutos estoy profundamente dormido. Leo libros que nunca antes había leído: biografías, religiones, filosofía, todo lo que me cae en las manos. Continuamente tengo la vista cansada de tanto leer, ya no puedo leer más de quince minutos seguidos. Me he prohibido leer sobre cosas agradables e inalcanzables. No leo libros de deportes y cacería, que me trae mi hermano Rolando Santander cuando me visita. Rolando me visita muy frecuentemente y me hace cuentos de lo que yo no quiero oír: del rifle que le llegó, del venado que mató, cómo ha adaptado su carro para la cacería y

de otras muchas cosas que, como no puedo alcanzarlas, no quiero oír hablar de ellas. No leo sobre automovilismo (no sé cómo son los últimos modelos) ni sobre trajes, corbatas, etc. A pesar de eso, cuando Paquito viaja, me trae ropa, camisas, trajes, corbatas, que se van amontonando en el closet de mi casa para cuando salga. No quiero que me traigan nada de la casa. Quiero vivir con lo mínimo posible; no quiero tener esperanza de posesión de lo que no puedo alcanzar; es como si a un esquimal le mostraran fotografías y revistas de yates en las playas de Hawaii.

Hablo un rato con el comandante Godoy; su conversación siempre es instructiva, siempre refrescante; no siempre se tiene la oportunidad de hablar con un hombre honesto, firme y franco, plantado en su postura de militar, denunciando la corrupción y la malversación de sus jefes y superiores: su actitud lo tiene preso; vive muy pobre y, pese a ser de los primeros en su promoción y de poseer una aguda inteligencia, nunca ascenderá ni siquiera a teniente coronel. Los hombres como él no son de este mundo, su gloria la llevan dentro. Regreso a mi camarote, como le llama a su celda un vicealmirante de la Marina que se encuentra preso. De nuevo son las seis de la tarde. Estoy profundamente triste: hoy también tendré que luchar contra la tristeza. Llega la hora de la penumbra y comienza la lucha contra los espectros. Llega el espectro del odio contra mis enemigos, razono y digo: cuando odio me hiero a mí mismo. En el momento que estoy odiando ninguna de las saetas del rencor llega hacia ellos, el único que sufre en su impotencia soy yo. Pido a Dios que me dé fuerzas para perdonarlos, y así lo hago. Ese sentimiento dañino está dominado. A las siete salgo de nuevo al pasillo y como, sin ganas, algunos alimentos. Paseo, no quiero hablar con nadie; a las ocho enciendo el televisor, me paso las horas frente al aparato viendo lo que me gusta y lo que no me gusta. Cambio de canales frecuentemente; a las diez y media llega la mejor hora: una película, que generalmente ya he visto dos o tres veces pues los canales que ponen películas a esas horas de la noche no tienen un gran repertorio y las repiten.

Con las películas no pasa como con los libros: no hay cosa más agradable que leer un libro de nuevo, después que han pasado unos meses desde su última lectura. Así, he vuelto a leer de *El chacal*, *Los perros de la guerra*, *La alternativa del diablo*, *Médico de cuerpo y alma*, *El león de Judá*, libros de Mahatma Gandhi, del cura francés Taharda Chardin; libros que ya no recuerdo los autores como *Oh Jerusalén*, *Esta noche la libertad*, y otros. Cuando caen por segunda vez en mis manos se aclaran los conceptos y se retienen mejor sus enseñanzas.

Llegan las doce de la noche y se acaban los programas; mis ojos, después de cuatro horas de televisión, adoloridos, se cierran. Llega la mejor hora del día que se acaba; dentro de dos o tres minutos estaré profundamente dormido y viajaré por sitios de libertad: qué bello es volver en sueños a mis seres queridos, estar de nuevo en la calle, en mi trabajo. El sueño es la liberación de mi espíritu. Gracias a Dios sólo tengo sueños de libertad, nunca estoy preso, jamás estoy humillado ni fracasado temporalmente.

Mi último pensamiento antes de dormir es: libertad, serás mía o moriré en el intento, pues morir también es ser libre; nadie ni nada puede aprisionar tu alma; así, con esa idea fija, mis párpados se cierran y mi espíritu se libera y regocija, anticipándose a la victoria.

Ricardo ha hecho contacto con una señora de avanzada edad que tiene un pequeño apartamento en un edificio cercano a la Plaza Venezuela. Vive sola y, por un mecanismo que no puedo explicar, ella visita a Ricardo sin que su nombre ni su dirección queden registrados.

Ricardo le explica la situación y le pide su cooperación para quedarse en su casa tres o cuatro semanas, si tiene éxito en la fuga que está preparando; la señora accede. Un amigo nos consigue dos pasaportes y dos cédulas colombianas, sin problema ninguno y a un precio razonable. Nuestro plan, después de fugarnos, será "enconcharnos" (quedarnos encerrados tres o cuatro semanas en casa de la señora, hasta que piensen que hemos abandonado el país y así, entraremos a Colombia por caminos verdes de la frontera de Cúcuta. Una vez allí, un amigo, el mismo que nos consiguió las cédulas y los pasaportes, nos

movilizará hasta dentro de Colombia, donde usaremos nuestros papeles sin problema alguno. todo está preparado para el gran día.

Sábado 17 de agosto de 1982

Mañana nos fugaremos. Le toca el turno al teniente Miranda y al teniente que duerme; no habrá oportunidad igual hasta dentro de dos meses.

Todo está perfectamente preparado. Me pruebo la gorra con las insignias de coronel. Frente al espejo me pongo el bigote postizo canoso, los lentes de aro de carey, me introduzco dos pequeños rollitos de algodón a los lados de la boca, lo que hace parecer mi cara más cuadrada; me miro en el espejo y no me reconozco. El día anterior le he puesto todas las insignias al uniforme: lo único que no había podido conseguir era una barrita de varios colores que usan los oficiales encima del bolsillo izquierdo. Ésta la tuvimos que confeccionar Ricardo y yo con pequeños pedazos de tela y un trocito de madera; en Venezuela, los oficiales usan su apellido encima de todas las insignias, en el bolsillo izquierdo del uniforme. Yo había mandado hacer una plaquita negra con letras blancas, igual a la de los oficiales de las fuerzas armadas, con mi verdadero nombre, pues hubiera lucido muy sospechoso que la hubiera encargado con otro nombre. La plaquita decía: L. Posada; yo, con una navajita de afeitar, le había quitado cuidadosamente la parte superior de la "P" de Posada y le había hecho una rayita abajo, de forma que dijera L. Losada. El uniforme, con todas sus insignias, está en el rollo de tela. Guardo la gorra de nuevo en la parte de abajo del cesto de basura, le pongo un plástico por arriba y echo corteza de papa y otra basura en el cesto. La pistola .45 que me habían proporcionado días antes, con sus ocho proyectiles, estaba camuflada en el televisor. No la sacaré hasta el último momento. Paso el día completamente tranquilo, estoy pintando un cuadro: es una vista marina con un cielo claro; el mar me da sensación de libertad. La primera vez que llegué a Caracas, procedente de Miami, donde miraba el mar todos los días, me dio la impresión de falta de libertad, porque

no podía ver el mar. Para verlo, hay que ir al litoral, que queda como a unos 25 ó 30 kilómetros de distancia. Sin embargo, poco a poco me acostumbré.

Pensaba que al salir, lo primero que haría sería ir al mar. Almorcé algo ligero: una sopa de sobre que yo mejoraba echándole un poco de verdura. Después del almuerzo me acosté un rato a leer, pero no podía concentrarme en la lectura ya que revisaba una y otra vez el plan; a las dos y media de la tarde tocaron a la puerta. Abro y es el teniente de guardia quien, cortésmente, me informa que están haciendo requisa. El registro en este sector de la prisión es ligero: abren la nevera, la revisan; revisan abajo de la cama, los closets y las gavetas. El registro lo efectúa un grupo de soldados y ni por la cabeza del oficial ni de los soldados pasa encontrar nada sospechoso. Sin embargo, aunque yo sé que todo está perfectamente escondido, mi corazón late fuertemente y hago el ejercicio de pensar en otra cosa que no sea en los lugares que están escondidas las cosas necesarias para nuestra fuga.

El registro rutinario nos ayuda, pues ya sabemos que no habrán otros registros en los próximos días. Por lo tanto podemos, cuando queramos, comenzar nuestros preparativos.

Desarmamos el radio viejo, fijamos en una tablita piezas de radio, unidas con tornillos tirafondos. Una pequeña batería de $1\frac{1}{2}$ voltio y unos muelles dan la idea de un complicado y funcional aparato; con el tubo de cartón de un papel sanitario preparamos un tubo un poco más angosto que el original. Desarmado, el tamaño del tubo es correcto, pero el grosor es mucho mayor que el de un cartucho de dinamita comercial; forramos el tubo con papel estraza y, sin olvidarnos de la distancia entre letras, vamos poniendo letras negras, tipo imprenta, con las "letras set". Letra por letra vamos formando las palabras *Hi Explosive* (alto explosivo).

Con letras similares a las que se usan en los cartuchos de dinamita, debajo, con letra más pequeña, ponemos unos cuantos números y algunas letras; encendemos una vela y recogemos la parafina que dejamos caer sobre el rollo de papel con las letras; con una capa muy ligera, parafinamos todo el tubo: así tenemos lo que parecen dos cartuchos de dinamita. Los fijamos

también en la tablita. La tablita estaba recortada exactamente para que cupiera en una caja de *Kleenex*, que teníamos para tal efecto. La fijamos con goma, al fondo de la caja, y la cerramos. Es tanta la perfección del artefacto, que mi compañero Ricardo, inconscientemente, la trata con sumo cuidado. Los cartuchos de dinamita los pondremos hasta el momento de la fuga. No queremos correr riesgos.

Salimos a la mesa de afuera pues el comandante Godoy nos invitó a comer algo de lo que le trajeron sus familiares. Otros oficiales también nos ofrecieron alimentos; siempre que llegaba el día de visita, los familiares de los procesados traían revistas, libros y, tantos alimentos, que no podían comerlos. Nos sentamos a la mesa, comimos y charlamos. A las 9 de la noche regresamos a nuestra habitación. Teníamos proyectado hacer un minucioso registro de cada uno de los lugares de nuestra habitación para no dejar papeles, ni ningún efecto que pudiera comprometer a alguna de las personas que nos habían ayudado; así, registramos con minuciosidad hasta los bolsillos de las camisas. Ordenamos un poco la habitación y nos pusimos a ver televisión; no pudimos terminar de ver la película, a las diez, porque el agotamiento y la tensión nos rindieron. Me dormí inmediatamente. Mañana será el gran día.

8 de agosto de 1982.

Domingo. Día de visita de los oficiales procesados, también día de nuestra fuga. Me faltan dos meses para cumplir 7 años de prisión. Llevo también más de dos años absuelto por el Consejo de Guerra Permanente de Caracas; no me siento nervioso, estoy decidido: dentro de unas horas comenzará mi operación fuga. Este día, como es de visita, no habrá requisas. Todo está listo: el uniforme planchado, con todas las insignias, se encuentra en una gaveta, la bomba simulada. Ricardo limpia sus zapatos y no dice nada.

A las 9 de la mañana llegan las visitas de los oficiales, casi todos son familiares y se oye el bullicio de los hijos de los procesados; el olor a comida preparada que traen de sus casas llega hasta nuestra habitación. El teniente Miranda está de

guardia, y a las doce del día viene a hacer su acostumbrada visita. Entra y nos saluda cariñosamente. Se sienta en una cama y, en ese mismo instante, se desata nuestra operación. Ricardo, que momentos antes se ha afeitado su copioso bigote negro, parece otra persona; también se ha quitado unos lentes oscuros que usa por prescripción médica; viste un pantalón beige y unos zapatos negros, de los que usan los oficiales militares. Yo tengo zapatos militares y pantalón verde olivo, del traje del coronel; una camiseta tipo franela a rayas, no me hace lucir sospechoso. Lo más importante es saber si Miranda tiene la llave de su vehículo en el bolsillo. Si no fuera así, toda la operación abortaría porque no podríamos ir con él hacia los gaveteros de los oficiales en busca de la llave. Así, le pregunté a Miranda:

-Teniente, Ricardo y yo tenemos una discusión: él dice que la llave del Ford es redonda y yo le digo que es cuadrada. El que pierda pagará un arroz chino que nos comeremos entre los tres y que mandaremos a buscar afuera.

-De acuerdo, dice Miranda -metiéndose la mano en el bolsillo y extrayendo una llave tipo cuadrada-, tú perdiste y tienes que pagar el arroz frito.

Se desata toda la operación. Inmediatamente abro la gaveta y saco la pistola .45; Ricardo, como ya lo hemos practicado cientos de veces, extrae la caja de la misma gaveta y se la muestra a Miranda, mientras yo lo encañono con la .45 que en ese momento monto; no hay bala en el directo, pero él no lo sabe. Bajo la amenaza del arma, observa la caja que le muestra Ricardo, quien pregunta:

-¿Tú sabes lo que es esto, teniente?

-Sí, eso es una bomba.

-Su voz comienza a temblar y pregunta qué haremos. Sin dejar de apuntarle, tomo la conversación:

-Teniente, nosotros vamos a salir de aquí o vamos a morir y tú con nosotros. ¿Ves esa luz que tiene la caja prendida? Ese bombillito es el seguro del artefacto explosivo que ahora mismo le vamos a quitar.

Ricardo saca la clavija y el bombillito se apaga; el artefacto está sin seguro, listo para detonar, según Miranda. Ricardo le explica:

-Este artefacto explosivo tiene un radio de acción de unos 20 metros, todo lo que se encuentra en ese radio quedará destruido; si tú nos ayudas a salir de aquí, nada pasará; si no, haremos estallar la bomba, de todas maneras, es mejor estar muertos que seguir en esta prisión, tú lo sabes.

Miranda pregunta:

-Pero, ¿por qué a mí? ¿por qué me han escogido a mí?

Ricardo le responde:

-Porque tú eres un hombre que amas la vida, que nos conoces bien a nosotros y que sabes que estamos determinados a salir o a morir.

Miranda, sin dejar de mirar la bomba, dice:

-Yo los voy a ayudar. ¿Qué quieren que haga?

Ricardo pone la bomba sobre una mesa, yo le paso la pistola y me voy inmediatamente al baño; allí, rápidamente, me pongo pega sobre mi labio superior y me instalo los bigotes grises, profesionales; me pongo unos lentes de carey con cristales sin prescripción, la chaqueta y mi gorra de oficial y salgo vestido completamente de coronel del ejército. Miranda se impresiona más y se me ocurre decirle, aunque no estaba planificado:

-Miranda, este uniforme me lo consiguió el director del penal, esta es una operación sin riesgos porque tiene que ser así.

Lo único que atina a decir es:

-Comprendo, comprendo.

Ricardo se pone una corbata negra con camisa kaki, pantalón beige, zapatos negros y corbata negra; parece el auxiliar de un oficial de alta graduación, posiblemente su chofer. Sobre la guerrera de militar me pongo un suéter rojo y lo abotono hasta arriba. Pongo la gorra en una bolsa de plástico, oscura. Ricardo también se pone un suéter para tapar la corbata, meto la mano con la pistola en el bolsillo y lo convido a salir de la habitación; delante va Ricardo con la bomba, en medio va Miranda, atrás voy yo con el arma. Pasamos primero frente a los oficiales procesados y nadie sospecha nada: están conversando con sus familiares y no nos dedican ni una mirada. Salimos del pabellón de los militares, tomamos una escalera hacia abajo y pasamos justamente frente a la dirección. Es

costumbre que los procesados se muevan en el penal con un oficial. De custodio el único que va uniformado abiertamente es Miranda: lleva la cartuchera de su arma, pero su pistola no va en ella, ya que a los oficiales les prohíben estar armados dentro del penal. Tomamos un pasillo que pasa frente a la enfermería y odontología y a cuarenta metros una puerta; en la puerta están dos soldados armados custodiando; atravesamos la puerta que los soldados abren al vernos con Miranda. Doblamos un pasillo oscuro y allí, rápidamente, nos quitamos las chaquetas que van sobre los uniformes. Ya somos un coronel, un teniente y su ayudante. Saco la gorra de la bolsa plástica, me la pongo, continúo caminando, otra puerta, esta vez los soldados de la custodia no miran: simplemente se cuadran y abren la puerta. A unos 20 metros otra puerta custodiada por soldados que hacen lo mismo: sin mirar, se cuadran respetuosamente y abren la puerta. Salimos a un amplio patio como de unos 70 metros cuadrados y le pregunto a Miranda que dónde está su carro.

-Mi carro está en la DIM (Dirección de Inteligencia Militar).

La DIM es una dependencia de las Fuerzas Armadas, que ocupa un grande y viejo edificio que se encuentra como a unos 70 u 80 metros del penal; penetramos en la DIM, donde hay un mayor que nos pasa y me saluda respetuosamente; le contesto su saludo y sigo caminando. Allí está el carro de Miranda, un Ford viejo de dos puertas, bien conservado. Ricardo se pone al volante; a su derecha, Miranda, y en la parte de atrás, yo. Recorremos unos 50 metros en el carro y llegamos a la salida del penal; allí, seis soldados armados con ametralladoras, tres a cada lado, abren la puerta; un soldado se me acerca y me pregunta:

-¿A la izquierda o a la derecha, mi coronel?

Le contesto:

-A la derecha.

Tres soldados salen a la calle y paran el tránsito para que nuestro carro pueda doblar hacia la derecha. Avanzamos. Varias veces miro hacia atrás para mantener bajo control a Miranda; también le digo a Ricardo que mire por el espejo retrovisor si nos viene siguiendo nuestra custodia: un carro

Chevrolet gris, con tres compañeros que, para tal efecto, han venido desde Miami. Ellos nos siguen, dándonos protección.

Una breve estadía en la Embajada de Chile

Son las tres de la tarde del domingo y circulamos libremente por la gran Caracas. Ricardo va al volante, al lado el teniente Miranda, atrás, yo. A cincuenta metros de distancia, nos sigue nuestro carro de protección. En el camino, Ricardo y yo sostenemos una conversación para que oiga el teniente Miranda. Mencionamos un avión que nos espera en La Carlota. También tranquilizamos a Miranda sobre su situación ya que está muy nervioso.

Le decimos que sus superiores comprenderán que él ha sido intimidado por nuestras armas y que no tuvo más salida que apoyarnos. Miranda casi se convence. Vamos hacia el este de la ciudad. Paramos en una carretera muy poco transitada y ordenamos a Miranda que se baje; siempre seguidos por nuestro carro de protección regresamos, lo más rápidamente posible, pero sin ir muy veloces y llegamos al estacionamiento del hotel Holiday Inn y en la entrada tomamos una tarjeta para estacionar el carro; lo dejamos allí y salimos pasando por el lobby del hotel. En las afueras tomamos un taxi, que nos deja en la Avenida "Francisco Miranda", a la altura de Chacaíto. El carro de seguridad siempre nos sigue; penetramos en el edificio donde vive la señora que ha visitado en la cárcel a Ricardo y en cuya casa vamos a vivir. Tocamos el timbre de la puerta, nadie responde; insistimos, tocamos la puerta con los nudillos y tampoco hay respuesta alguna.

Más tarde nos enteramos de que la señora, sin saber que ese día nos fugaríamos, pues por medidas de seguridad acordamos no decirle día ni hora, había salido; cosa poco frecuente, porque casi nunca salía de su casa. Rápidamente acordamos seguir el plan alterno. Hacía más de treinta minutos que habíamos liberado a Miranda y era muy probable que nos anduvieran buscando. No fue difícil, en la avenida "Francisco Miranda", conseguir un taxi, al que le pedimos que nos condujera a la Embajada de Chile. ¿Por qué escogimos la Embajada de Chile?

Porque las relaciones entre Chile y Venezuela estaban muy deterioradas debido al hostigamiento que continuamente hacían los gobiernos demócrata-cristianos contra el general Augusto Pinochet. Unas semanas atrás, cuando la muerte del expresidente Frei, el representante de los demócratas cristianos, Rafael Caldera, se retiró de la funeraria cuando llegó el general Augusto Pinochet y, desairándolo, se negó a saludarlo.

Llegamos a la Embajada de Chile, pagamos al taxista y éste se retiró. Tocamos a la puerta y nos abrió un sirviente, a quien le decimos que estamos allí para solicitar asilo político, por lo que debe avisar de inmediato a su embajador, pero él no se encuentra en la sede; aprovechando el titubeo del sirviente, penetramos y nos sentamos a esperar la llegada del embajador.

Llegan dos funcionarios, muy jóvenes, quienes nos piden que nos retiremos pues no nos pueden conceder asilo político. Les contesto que esa decisión no la pueden tomar ellos, sino el propio embajador y que nosotros lo vamos a esperar. Al poco rato, como a las cinco de la tarde, llega el embajador y nos hace pasar a su despacho; nos trata con mucha amabilidad y dice que inmediatamente llamará a su gobierno para comunicarle nuestra solicitud. Nos informa también que él está seguro que nos concederán el asilo. En una conversación como de una hora, le explicamos nuestra situación; llevamos más de cinco años presos con un juicio interminable, en el que hace dos años fuimos absueltos por el tribunal militar que nos juzgó, que desde hace casi dos años esperamos la confirmación de nuestra sentencia y que ésta no llega, por lo que optamos por alcanzar la libertad fugándonos de la prisión para pedir asilo político. El embajador habla mal del gobierno de Venezuela. Dice que es increíble que en un país democrático se violen los derechos humanos de unos procesados, alargando un juicio al infinito y negándoles su libertad después de que han sido absueltos. Sin embargo, nos explica que él no es quien decide, que la cancillería de su país debe decidir sobre este particular.

Nos preparan una habitación en el interior de la enorme casa. Por la ventana de la sala observamos cómo la embajada está siendo rodeada por soldados y por la policía uniformada.

La actividad en el exterior de la embajada es intensa. Además de las fuerzas de la policía y el ejército, hay un enjambre de periodistas y cadenas de televisión, tratando de tomarnos algunas fotografías. A las ocho de esa noche nos sirven nuestra primera comida fuera de la prisión en muchos años: macarrones con carne y ensalada. Todavía no comprendo por qué, pero se nos prohíbe el acceso al televisor; tampoco nos traen periódicos. Dormimos creyendo que estamos a un paso de la libertad, animados por las palabras firmes y amables del embajador. Al día siguiente, un muchacho de aproximadamente 30 años, oficial de la embajada, se nos acerca y entabla conversación. Amablemente nos asegura que a través de él, se hacen las comunicaciones entre la embajada de Chile en Venezuela y la cancillería chilena. A las once de la mañana llega el embajador, nos manda llamar y nos comunica que ha tenido una entrevista con el canciller venezolano Zambrano Velasco. Que éste se ha expresado muy bien de mí, asegurándole que no soy un delincuente y que me considera una persona muy decente. Aprovecho la oportunidad para entregarle el arma que poseemos, una pistola cuarenta y cinco, y que nadie hasta ahora nos ha pedido. El embajador acepta el arma previamente descargada; además, le entregamos 100 bolívares al sirviente de la embajada para que nos compre algunos efectos de limpieza como jabones, pasta de dientes, cepillos, etc.; también le pedimos que nos compre periódicos.

Pedimos permiso para llamar por teléfono a nuestra familia y pedimos que nos traigan ropa. Como a las tres de la tarde tomamos un baño sin jabón, pues el sirviente no nos trajo nada, ni siquiera los cien bolívares que le dimos.

Por la tarde aparece de nuevo el funcionario joven de la embajada y nos dice que se ha comunicado con la cancillería en Chile; que el informe extendido por el embajador es muy favorable a nosotros, por lo que no tiene ninguna duda de que se nos concederá el asilo político. Nos dice también que nos acompañará a Chile y que ya está preparando el viaje. Pasa la tarde en medio de incertidumbres. Por la noche, a las ocho, llega el abogado Leandra Mora, que no reprocha nuestra acción y más bien asegura que fue correcta. Le preguntamos por nuestro

amigo Orlando Bosh, que ya lleva 32 días en huelga de hambre. Nos cuenta que sostiene su huelga con un valor increíble. Con la salud deteriorada, se niega a tomar alimentos, pidiendo que se le haga justicia y que se decida nuestra situación. Mora promete que nos visitará al siguiente día y nos da ánimos y esperanzas. A las ocho y media llegan los otros dos abogados, Raymond Aguilar y Oswaldo Domínguez; también aplauden nuestra decisión y se ponen de nuestro lado. Raymond cree que, bajo las circunstancias, no se negará el asilo político. Oswaldo dice que traía ropa de nuestra casa, pero que tuvo que dejarla en el carro porque no se la dejaron pasar en la embajada. También nos dice que en la cuadra que pasa frente la sede, han suspendido la circulación, y que las fuerzas armadas han situado dos tanquetas para bloquear las avenidas que dan acceso a la calle. El despliegue de fuerzas es ridículo y no se justifica.

Estoy en manos del destino, de otras mentes y de otros hombres. En este tercer día de nuestra estancia en la embajada, sin saberlo yo, una serie de acontecimientos que influirán profundamente en mí, se suceden. Me asomo por la ventana y veo la movilización por las calles: reporteros, cámaras de televisión, soldados uniformados. Me lavo los dientes con un trapito y un poco de jabón que, por casualidad, hay en el baño. También ha aparecido una toalla. Me traen el desayuno: café con leche, tostadas con mantequilla y un cereal. Ricardo, mi compañero de fuga, está sereno y optimista, pero fuera de la embajada se trama la traición. Exonero de esa traición al Presidente de la República, Dr. Luis Herrera Campins, y al Jefe de los Servicios de Inteligencia, Dr. Remberto Uzcátegui. No hay noticias, no aparece por ningún lado nuestro informante de la embajada. El embajador ha salido muy temprano, ya son las tres de la tarde y no ha regresado. Rápidamente, sin saberlo nosotros, los acontecimientos se precipitan. El gobierno de Venezuela y el gobierno de Chile deciden mi vida. El Presidente Herrera Campins habla con el Ministro de Defensa, general Narváez Churión, para que a su vez hable con el general Helio García Barrios, Presidente de la Corte Marcial, a fin de que le

prometa que el juicio se celebrará en un plazo máximo de dos meses. El ministro habla con el general Barrios y obtiene la promesa; después, el presidente habla con el canciller Zambrano Velasco y lo instruye para que llegue a un convenio con el gobierno de Chile, a través de su embajador.

El gobierno de Chile reclama al gobierno venezolano:

Primero, que cómo es posible que un juicio en el que los encausados han sido absueltos, se encuentren todavía detenidos en espera de una ratificación de sentencia, que no se ha producido en más de dos años.

Zambrano Velasco asegura al embajador que la decisión se producirá en menos de dos meses. Éste se lo comunica al gobierno de Chile, el cual, bajo la promesa de sentencia en un corto plazo, conviene con Venezuela en no concedernos el asilo.

El presidente llama a su jefe de policía política, Dr. Remberto Uzcátegui, un gran amigo y con quien pasé varios años trabajando, a quien tengo gran cariño y confianza sin límites.

A las 9 de la noche llega el Dr. Uzcátegui a la embajada. Solo, desarmado y pide hablar conmigo. Me da un abrazo y me dice que viene de parte del Presidente de la República, quien le aseguró que el presidente de la Corte Marcial había prometido que, en menos de dos meses, se celebrará el juicio. Como no existe ninguna prueba en mi contra, Remberto me aconseja que salga pacíficamente de la embajada y que regrese a la prisión en espera de la pronta sentencia y que convenza a Ricardo para que haga lo mismo. Recuerdo perfectamente mis palabras cuando le dije:

-Doctor, a usted lo pueden engañar.

También recuerdo claramente cuando él me contestó:

-Si me engañan, renuncio al cargo.

De nuevo a la prisión

Analizo mi situación: ¿qué puedo hacer? Si me niego a salir pacíficamente, el embajador, al no concederme asilo político, puede llamar a la fuerza pública y sacarme de allí por la fuerza. Me reúno con Ricardo y ambos decidimos salir y acogernos a la nueva promesa.

Salimos con el Dr. Uzcátegui, en su carro y no nos esposan. Llegamos de nuevo a la prisión del Cuartel San Carlos. Allí nos espera el director, a quien el Dr. Uzcátegui le dice:

—Señor director, vengo de parte del Presidente de la República para que a estos señores se les dé un trato justo y humano, sin someterlos a ningún tipo de represalias.

De nuevo prisioneros. De nuevo en la cárcel. Nos recluyen en celdas distintas; no recuerdo haber pasado una noche más negra en mi vida.

Cambian de director de prisión y en su lugar ponen un coronel joven, que estaba encargado de un batallón en Mérida; él decide adoptar estrictas medidas de seguridad para evitar otra fuga. En el techo de las cuatro celdas que dan a un pequeño patio siempre habrán guardias armados, que rotarán turnos cada seis horas, durante las veinticuatro horas del día. En el centro del patio, un guardia armado hace turno también. Las puertas son reforzadas con planchas de acero, para impedirnos el acceso al candado.

Dos días después de mi regreso recibo la visita del general de división Efraín Vega Echesuria. Le gustan mis cuadros, ofrece comprarlos y le regalo dos. Días después recibo un presente suyo: un pequeño televisor a colores de 13 pulgadas.

Orlando Bosh sigue en huelga, se le comunica la promesa del presidente, pero él exige que se publique en la prensa. Está en muy malas condiciones de salud pues ya lleva 32 días sin comer.

Dos días después, el 14 de agosto del 82, suspende la huelga; en un mensaje a la prensa, Orlando Bosh dice:

—El señor Ministro de Defensa, general de división Vicente Luis Narváez Churión, me ha comunicado oficialmente a través del general de división Efraín Vega Echesuria, Jefe de la Guarnición Militar de Caracas, que la sentencia en el caso del avión cubano, se producirá en el mes de octubre del presente año, con carácter de sentencia definitiva; es mi única justa petición y reclamo que me obliga al cruel y angustioso sacrificio y protesta no violenta de ayuno total. a partir de hoy, 15 de octubre, doy por concluida mi huelga.

Bosh permanece varios días en el hospital y después es trasladado a la prisión del Cuartel San Carlos. El coronel director me visita frecuentemente y confiesa que su principal preocupación es que nosotros nos fuguemos de nuevo, por eso toma todas las medidas de seguridad. Por la madrugada se despierta y no puede seguir durmiendo; su preocupación es tal que se viste, toma su carro y viene al cuartel a vernos. Una vez que nos llama por las rejas y nosotros le contestamos, vuelve tranquilo a su casa y duerme de nuevo. Pasa agosto, septiembre, octubre y el general Barrios, Presidente de la Corte Marcial, no decide nada; posteriormente, se tomará una foto abrazando a Fidel Castro. En aquel momento creíamos que no decidía por cobardía; ahora conocemos exactamente la razón.

Una delegación de Miami, encabezada por el alcalde de Miami, Mauricio Ferrer, viene a ver al Presidente Herrera y a protestar por lo tardío de la decisión judicial.

Han pasado 9 meses desde nuestra fuga y ninguna decisión judicial se ha producido; el Dr. Uzcátegui, cumpliendo con su palabra, renuncia al cargo. Le escribo una carta exonerándolo de toda culpa y pidiéndole que reconsidere su posición de renuncia y accede a mi petición.

Ante la injusticia y la desfachatez del ministro de la defensa, Orlando Bosh, bajo el lema de justicia o muerte, inicia otra huelga de hambre el 16 de marzo del año 83. Lleva ya 25 días sin comer y su estado es aún más grave que la primera vez; se teme por su vida.

La cobarde decisión del general

Al general García Barrios, decidido a no decidir, ante el grave problema de un hombre en huelga de hambre por no recibir justicia, se le ocurre una idea maquiavélica. Envía el expediente a la Corte Suprema, diciendo que se ha dado cuenta, después de seis años en la justicia militar, que el juicio no es de su competencia. La Corte Suprema, que había decidido seis años atrás que el juicio pertenecía a la justicia militar, contradice ahora su primera decisión: el juicio pertenece a la jurisdicción civil.

Orlando deja la huelga de hambre. Todo es confusión entre mis compañeros de causa. ¿Cómo será la jurisdicción civil? ¿Habrá que empezar el juicio de nuevo, o iremos a un tribunal superior para que decida nuestra situación?

A mí, particularmente, todo me da igual, no tengo ninguna confianza en la justicia, ni en sus trampas y artificios. ¿Quién puede tenerla después de siete años de estar encarcelado? Una sola idea ocupa mi mente: buscar la libertad o la muerte. Un hombre no puede sentirse tan engañado ni humillado sin reaccionar contra aquel terrorismo de Estado, contra aquel terrorismo judicial. Mis propósitos son cada día más firmes considerando que de aquí no me podría fugar jamás, me alegro de ir a otra prisión, donde pueda tener alguna posibilidad. Me mandan de nuevo a la Cárcel Modelo, cerca de Caracas. Es una cárcel construida por el dictador Pérez Jiménez, que alberga lo peor de la sociedad venezolana. Con gran alivio, el director de la prisión del San Carlos nos escolta personalmente y nos entrega oficialmente a nuestros nuevos carceleros.

Otra vez en la cárcel modelo

Llegamos en un carro blindado, rodeado de soldados; como a las nueve y media de la noche, un fiscal del ministerio público nos afirma que viene de parte del Ministro de Justicia para asegurarse de que no nos falte nada y que estemos en un lugar adecuado. Nos dividen en dos grupos. A Ricardo y a mí nos conducen a la antigua celda que se preparó para alojar al dictador Pérez Jiménez, cuando fue deportado de los Estados Unidos y sometido a juicio por malversación. La celda, que en otro tiempo fue adecuada y limpia, hoy es un desastre: un bombillo de 25 bujías alumbraba la habitación; el baño está totalmente roto y pululan las ratas y las cucarachas. A Orlando Bosh y a Freddy Lugo los ubican en otro sector, aislados también de la población del penal.

Los funcionarios del ministerio de justicia aseguran que todo se solucionará. Claro que todo se solucionó con nuestro dinero: compramos pintura y pintamos las paredes; reparamos

los servicios sanitarios y fumigamos, matando millares de cucarachas. La instalación eléctrica que nos permitiría usar estufa para cocinar, usar un aparato de televisión y otras facilidades, nos la vendieron e instalaron reclusos de la misma prisión. El espacio, de unos 10 metros cuadrados, daba a dos pequeñas habitaciones de cuatro metros cuadrados cada una y a un patio. Por encima del patio, una malla ciclón de acero evitaría o se suponía que evitaría cualquier intento de fuga. La puerta de entrada daba a la enfermería del penal; por un lado, guardias armados patrullaban continuamente. Le peor de todo era que ese espacio no tenía acceso a la calle, sino que estaba dentro de las instalaciones penitenciarias.

Todas las noches se oían los quejidos y las protestas de los enfermos, sin ninguna atención médica. Por los agujeros de la puerta de acero de la entrada podíamos ver lo que pasaba en la enfermería. Observamos una mesa donde los dos enfermeros jugaban al dominó con dos reclusos, mientras un preso gritaba de dolor sin que ellos le dedicaran su atención. Esto sucedió muchas veces y algunos de los reclusos enfermos murieron por falta de atención médica. Desde nuestra puerta pudimos ver el deterioro gradual de un recluso sentado en el suelo, alimentado por su compañero, que agonizó durante treinta días, hasta que al fin murió.

Pasaron el juicio a un juez de un tribunal superior que tenía fama de ser muy honesto y así se lo hacía saber a todo el mundo. Los procesados civiles, porque esa era una cárcel de procesados sin sentencia definitiva, vivían en las más inhumanas condiciones. La droga estaba generalizada y los guardias la introducían y la vendían. En los pabellones estaban alojados hasta cien reclusos. Todas las mañanas ellos mismos conducían un carretón con café con leche y pan; esa era la mejor comida. En la hora del almuerzo el mismo carretón, que había sido medio lavado, traía unas enormes pailas con espaguetis hervidos y huesos con carne. También traían pan. Los reclusos se peleaban para coger el mejor pedazo de aquella inmundicia.

La cena era muy parecida. ¡Qué se podía esperar, si el presupuesto en Venezuela para sostener un recluso era de dos bolívares diarios! Es decir, de unos cuarenta centavos de dólar

en aquel tiempo. Con eso se suponía que había que alimentarlo y proporcionarle sus necesidades básicas como papel sanitario, pasta de dientes y alguna aspirina; por supuesto, nada de eso le daban.

La población penal vivía de sus familiares y, los que no tenían, de las sobras que les daban los que sí tenían. Un preso sin familiares es un mendigo; en la cárcel no hay trabajo. No hay nada qué hacer, como no sea deambular por los pasillos de la prisión y vivir mendigando. Estos pobres seres no tienen zapatos, ni ropa, ni abrigo con qué cobijarse en las frías noches de invierno; ruegan por un poco de pasta de dientes, por un pedazo de trapo para cubrirse: son los llamados "fritos". Las peleas entre los reclusos son muy frecuentes: todas las semanas hay un muerto en el penal. Aquél que sostiene un duelo y mata a un compañero, generalmente no es procesado por esa muerte. Las heridas mortales se las producen con unos cuchillos que ellos mismos hacen, generalmente de barras de camas de hierro y a los que llaman chuzos. Semanalmente, la guardia hace requisas en todo el penal y decomisa numerosos chuzos. Sin embargo, a los dos o tres días han hecho de nuevo una gran cantidad. En el penal, por unos cinco bolívars (cerca de un dólar) se puede comprar un chuzo bastante bien confeccionado. Si durante la noche uno pone atención, puede oír a los presos haciendo sus chuzos y afilándolos contra el piso. Es un sonido peculiar que se puede distinguir fácilmente. En este mundo de corrupción, de drogas, bárbaro e inhumano, tendrá que haber para mí una posibilidad de escape. Una esperanza agujonea mi cerebro y me digo: nunca me daré por vencido, alcanzaré la libertad.

Tenemos un trato preferencial en lo que a comida se refiere; una vez a la semana nos dejan entrar a los almacenes donde guardan los víveres. Allí llenamos nuestros canastos de cebollas, ajíes, verduras, arroz, café, etc. Nuestros familiares solamente tienen que traernos la carne; para mantenerla fría, tenemos el pequeño refrigerador que me regaló mi amigo y hermano, Paco Pimentel.

Paco me visita frecuentemente, me trae chocolates y me consuela. Me da esperanzas, viaja mucho y siempre que hace

un viaje me compra ropa; me cuenta cómo son los trajes que me ha traído. En mi casa, desde hace años, reposan trajes franceses y trajes italianos de Nueva York, camisas y corbatas finisimas que, según la fe de Paco, algún día me pondré.

Comienzan a demoler la Cárcel Modelo. El ruido y el polvo son horribles. A medida que van destruyendo los pabellones, trasladan los reclusos a una nueva prisión que ha sido construida en las afueras de Caracas.

La nueva prisión se llama Combinado de Guarenas. Desde nuestras celdas oímos el derrumbe de los muros. Muchos de los reclusos ya están en el Combinado de Guarenas y sabemos de las quejas y los disturbios provocados por las condiciones infrahumanas de la nueva prisión. No hay agua y la luz eléctrica falta frecuentemente. No se les permite, por lo menos en aquel momento, llevar televisores, radios o cocinas eléctricas. Claro que eso se podría hacer en una prisión adecuada, con un régimen penitenciario eficaz, pero allí donde no hay comida, los presos tienen que cocinar sus alimentos; donde no hay trabajo, los presos tienen que distraerse aunque sea con un radio o un televisor.

Sin embargo, ahora que estoy escribiendo estas memorias, me atrevería a asegurar, sin temor a equivocarme, que ya se permitía de todo. Que había marihuana, que se podía comprar de todo y que el tráfico de influencias discriminaba a la población penal.

Nos negamos rotundamente a ir al Combinado de Guarena. Viene a vernos un oficial del Ministerio de Justicia, que después pasaría a ser director de otra cárcel que se encuentra en el centro de Caracas, llamada La Planta. Dicen que es la mejor del país.

El funcionario del ministerio de justicia simpatiza inmediatamente con nosotros y escribe un informe favorable para que nos trasladen a la cárcel de La Planta.

La Planta es más pequeña que las demás. Alberga solamente a unos 1.200 reclusos, aunque ha sido diseñada para 600; aún así, es la cárcel con menos población por metro cuadrado del país.

Llegamos allí e inmediatamente nos atiende el director. En todos lados somos presos importantes. Nos ponen en un enorme patio donde hay dos habitaciones y nos dicen: acomódense; otra vez a matar cucarachas y ratones, otra vez a hacer instalaciones eléctricas. Aquí nos permiten construir dos nuevas habitaciones, desde luego pagando nosotros. La mía la construyo dentro de un viejo almacén y Ricardo al lado de la iglesia. Orlando Bosh y Lugo ocupan las dos habitaciones que ya estaban construidas. Debo comprar inodoros, baños, hacer paredes y frisarlas, no le puedo poner techo porque no me lo permiten; tampoco le pongo mucho interés porque ya me está costando cerca de tres mil dólares.

El sábado llega mi primera visita: Nieves con mis hijos Jorge y Janet. Los acompaña Paco Pimentel; les he hecho un hervido de gallina, que todos comen y saborean sin hablar mucho.

La tristeza y la pena acompañan siempre estas visitas. A las doce del día, después del almuerzo, llega Hermes Rojas, quien ya es comisario de la DISIP. Sin embargo, me visita frecuentemente, sin importarle las consecuencias que pueda acarrearle a su carrera. Cuando me pregunta ¿cómo estás?, yo le respondo en forma de broma:

—Aquí preparando mi otra fuga.

Nos queremos y nos respetamos mucho, pero en su interior él sabe que no bromeo, que así será.

Comienzo a estudiar mi nueva situación y mis posibilidades de escape.

Ha pasado casi un año desde que el general Barrios no tuvo valor para decidir y quedar mal con su amigo Castro. ¿Qué pasó con los crueles seis años que pasamos entre jueces militares? ¿qué pasó con la sentencia absolutoria emanada de un tribunal militar?

Desde que llegué comencé a planificar mi próxima fuga. No creía una palabra de lo que decía a la prensa el próximo juez, Pérez España; soy justo, soy un juez justo y voy a dictar sentencia antes de fin de año.

Llega la Navidad del año 1983.

Hay de todo: penas, humillaciones, impotencia ante tanta canallada, pero lo que no llega es la sentencia y sigo trabajando en mi fuga.

En enero recibimos la visita de Pérez España. Una visita clandestina que no está en los expedientes. Viene, según puedo apreciar, a congraciarse con nosotros; sin embargo, hay algo significativo en esa visita. El juez nos dice en repetidas ocasiones que él es un hombre justo, que nos juzgará según su conciencia.

Orlando Bosh le dice que lo único que quiere es que nos acabe de juzgar, que no le pide nada sino justicia.

El juez, intempestivamente, responde que nos juzgará. Sin embargo, dice algo insólito:

–Yo soy un hombre y puedo tener miedo. Esto es un juicio político donde hay intereses muy peligrosos –refiriéndose a Fidel Castro, sin lugar a dudas.

Bosh le responde airadamente:

–¿Cómo me va a decir que un juez tiene miedo? ¿Qué pasará si usted se asusta?

El juez se ve atrapado en sus propias palabras y dice:

–No teman, que pronto habrá una decisión.

El 8 de febrero de 1984 nos llevan de nuevo a los tribunales.

Víctor Hoyer e Iván Maldonado, fiscales del ministerio público, adhiriéndose al petitorio del fiscal militar en el juicio militar a que se nos sometió tres años atrás, piden también nuestra absolución. Nadie duda que seremos absueltos de nuevo; hay euforia y esperanzas entre los detenidos, familiares y amigos. Yo permanezco imperturbable, sin emoción ni alegría alguna.

Una semana después el juez, como nos había dicho, tuvo miedo y decidió no sentenciar el caso, sino reponerlo a su estado inicial donde, según él, había ocurrido un vicio de forma al dictar los primeros cargos. Así, repone la causa al antiguo estado de cargos que se había producido siete años antes. Es decir, debíamos comenzar el juicio de nuevo, empezando los cargos, las indagatorias, la presentación de pruebas de los fiscales y la presentación de prueba de los abogados defensores, sentencia de un tribunal de primera instancia y, por último, sentencia de un tribunal superior.

¿Cuántos años demoraría este proceso, si lo llevaran al mismo ritmo que se llevó el juicio? Para mí eso no tiene ningún sentido; no me emociono en lo más mínimo.

De nuevo la fuga

Salgo de allí decidido a no someterme jamás a la injusta justicia del poder judicial venezolano; una sola idea está en mi mente: escapar, escapar, escapar.

Pongo en estudio varios planes de fuga que voy desechando por irrealizables. Nuestra ubicación en la cárcel está muy lejana de las salidas; es muy difícil, casi imposible, tener acceso a las puertas de salidas o a los altos muros de la prisión. Además, constantemente efectúan requisas en nuestras habitaciones.

Es sumamente difícil poder esconder algo sensible en una pequeña habitación de dos por cuatro metros. Sin embargo, un hombre que tiene todo el tiempo para pensar, siempre encontrará una vía más o menos adecuada, según las circunstancias.

Un coronel del ejército, jefe de la guarnición, se encarga a menudo personalmente de la requisita y ordena los registros minuciosos. Cada vez que llega nos asegura que a él no le podremos esconder nada, que mientras él esté allí nosotros no podremos fugarnos.

Es cruel, cínico y prepotente. Cada vez que hablo con él me pongo mi piel de elefante; con ella puesta nadie me puede irritar, nadie me puede ofender, nadie me puede sacar de mi armonía. Toda la ira, el rencor, las injurias, las maledicciones, las ofensas y otros dardos que se proyectan sobre mi persona no me llegan: todos chocan contra mi coraza de piel de elefante y mi mente comienza de nuevo a conspirar, a preparar fugas, a observar posibilidades, a tantear al personal que nos custodia, a conversar con mis compañeros y amigos que me visitan. Todo con miras a una sola idea: libertad o muerte. Nadie puede conmigo, nadie puede con mi decisión.

Pasa el tiempo, pasan semanalmente las tristes visitas de mi esposa, hijos y amigos. Otra vez el hervido de gallina. Con frecuencia me visitan Paco Pimentel, mi querido amigo y hermano; Joaquín Chaffardet, Nelly, Pedro, el comisario Her-

mes Rojas, mi buen amigo Pepe Quijano, Félix, la señora del gallego López Franco, que es como de mi familia: traen comida, chocolates, libros; transcurre el tiempo y también mis planes. La fuga es difícil, tiene pocas posibilidades, pero habrá que arriesgarlo todo. Ya tomé el camino, el camino del guerrero; ya pinté los colores de guerra en mi mente, ya tomé el hacha de la guerra. ¿El enemigo? Todo lo que se opone a mi libertad.

Son las ocho de la mañana de cualquier día; estoy todavía en cama esperando que pase el tiempo. Mientras más tarde me levante, más corto me parecerá el día. A las ocho y veinte me llama Ricardo. Hay que ir a buscar la comida a los almacenes. La comida, desde luego, es mucho mejor que en la Cárcel Modelo. Sacamos comida en abundancia, la suficiente para nosotros y para regalar a los presos más necesitados. Llego a mi celda y distribuyo los alimentos. Me encuentro a "La Culebra", un preso que se encarga de limpiar el patio y nuestros aposentos. Se pone contento con unos huevos, unos plátanos y un poco de harina que le regalo.

"La Culebra" es un pobre loco que está preso, acusado de un delito sexual con un niño; tiene la manía de robar. Siempre se roba algo después de una limpieza: un peine, unos cordones de zapatos, un tubo de pasta de dientes. Hace varios años que se encuentra en la prisión y nunca le han celebrado juicio.

A las diez comienza mi tiempo de lectura, leeré hasta las doce. Leo libros de filosofía y de religiones; me esfuerzo para no estar buscando siempre el absurdo de todas las religiones, pues todas están plagadas de cosas increíbles; sin embargo, mi subconsciente las rechaza a todas, menos a la religión cristiana. En mi mundo occidental, desde pequeño, me enseñaron a aceptar a Cristo como Dios o viceversa. Por eso, diariamente, sólo le rezo a Cristo. A las doce del día termino mi lectura. Mis ojos no dan más que para dos horas de lectura. Me preparo mi almuerzo en una cocina eléctrica, pongo una cacerola y vierto una sopa de sobre; también como unos huevos con chorizo. A las doce y media me acuesto de nuevo. Mientras duermo no me siento preso. Nunca, desde que estoy en prisión, he soñado con estar preso; siempre, durante el sueño mis pensamientos se trasladan a lugares ya conocidos: a la finca de Apure, donde

cazamos Hermes Rojas y yo; a mi oficina en la DISIP; a cosas y lugares placenteros que ocurrieron y que creo que ocurrirán; mi familia, mis hijos; puedo dormir todo el tiempo que quiera y soñar todo lo que quiera, pero tengo una disciplina que no me lo permite. A la una y media me levanto y comienzo a pintar. Pinto cuadros al óleo; la pintura también es un alivio para mí porque, cuando pinto, no me siento preso. Mi mente y la habilidad de mi mano, tratan de conseguir que mis pensamientos se conviertan en imagen.

Nunca estoy satisfecho, nunca lo consigo. Vendo algunos cuadros diariamente. A veces paro de pintar y voy a la habitación de Orlando Bosh a tomarme un café y a conversar diez o quince minutos. Orlando trabaja incansablemente: escribe, lee y también pinta.

A pesar de todo, los días se me hacen interminables, sobre todo por las tardes, cuando me siento muy tranquilo en una silla y miro hacia adelante tratando de poner mi mente en blanco. Cuando me sosiego y domino mi mente y mi cuerpo, me vuelvo imperturbable; poco a poco va llegando la serenidad y con ella la fortaleza. No podrán dominarme: me vuelvo a sentir de nuevo fuerte, poderoso, capaz de planificar y realizar cualquier cosa. Del pesimismo caigo en el optimismo: de éste también tengo que cuidarme.

El pesimista es un tonto triste y el optimista es un tonto alegre. Pero los dos son tontos. Debo cuidarme tanto de uno como del otro, debo ser realista, analizar mis posibilidades, sopesar mis fuerzas, revisar mis metas y decirme a mí mismo que allí llegaré. Así cambia el día y la noche y cambian también mis estados de ánimo.

Hay dos cosas que conservo de mi vida de pequeño burgués: el agua caliente para bañarme y un pequeño aparato de televisión. Me doy un baño caliente reconfortante y me pongo mi ropa diaria: una camiseta limpia, blanca y unos calzoncillos limpios, blancos; unos zapatos mocasines y nada más. Esa es mi ropa diaria, a excepción de los días de visita. Después del baño preparo mi cena y me siento a comer solo y tranquilo. Así transcurre una de las horas más agradables de la prisión. A los ocho pongo la televisión y veo de todo: horribles novelas, series

de televisión, hasta que llega la película que comienza a las once; cuando ésta llega, mis ojos están cansados, horriblemente cansados; sin embargo, resisto y la veo, aunque casi siempre es repetida. Al terminar la película solamente anhelo el sueño: con él viene mi más grande felicidad durante mi encierro; sueño que soy libre, que puedo transitar por las calles, pasear por las playas...

Un nuevo plan

En mi cerebro se suceden, uno tras otro, planes que voy descartando a medida que encuentro serias dificultades para realizarlos. En el patio, mientras efectúo mis ejercicios, pienso continuamente en un plan de fuga.

Con Ricardo, quien también tiene mi misma idea, ponemos a funcionar un sistema de observación y vigilancia de todas las actividades del penal. Preguntamos a nuestros visitantes cómo son las requisas en la puerta, si registran o no a las personas, los alimentos y las latas que introducen. Por nuestra parte, observamos el cambio de turno de los guardias, la frecuencia con que hacen registros a nuestras habitaciones.

La instalación penitenciaria está custodiada por la guardia nacional, que cuida el perímetro y las azoteas y realiza las inspecciones y requisas. El director del penal y el jefe de la guardia frecuentemente nos visitan para tomar con nosotros una taza de café y conversar un rato.

Ricardo comienza a salir del espacio en que nos tienen confinados y se mezcla con la población penal, recogiendo una información por aquí y otra por allá.

Por fin, después de descartar muchos planes, optamos por uno difícil y audaz, como la única posibilidad de escape; su elaboración y realización nos llevó mucho tiempo, tal vez más de seis meses.

La cárcel era un viejo edificio que estaba construido con paredes de ladrillo y concreto de hasta 30 centímetros de espesor. Rodeando el perímetro del edificio de la cárcel se encontraba una cerca de cuatro metros de altura. Cada cuarenta o cincuenta metros había garitas en donde hacían la guardia

los soldados. Después de las ocho de la noche, prohibían la circulación de los reclusos por las instalaciones y eran confinados en sus habitaciones, de donde no podían salir ni siquiera para hacer sus necesidades. Los guardias estaban armados con rifles Fal calibre 7.62 y apoyados por reflectores de iluminación; a las once de la noche los guardias civiles internos tampoco circulaban y la cárcel quedaba sumida en una gran quietud. El portón de acero que daba acceso a nuestro confinamiento era también cerrado con candado durante la noche.

Nuestro plan consistía en abrir un boquete, usando explosivos, en la pared interior del penal e inmediatamente y sin dar tiempo de reaccionar a la guardia, se abriría otro boquete, también con explosivos, en la cerca exterior.

Así, alcanzaríamos la calle. Cerca del lugar, como a unos 60 metros, tomaríamos un carro, que previamente estaría estacionado allí. La sorpresa y la rapidez serían elementos con los que habría que contar para alcanzar el éxito en nuestra operación.

La primera fase consistía en introducir en el penal todo lo necesario. Un compañero y gran amigo que me visitaba, experto en explosivos, hizo las mediciones y calculó la cantidad de explosivos que se necesitaría para abrir el boquete en la pared de 30 cms. y después en la pared de bloques de concreto de la cerca. La información que proporcionó fue excelente y él mismo, por su parte, realizó pruebas con paredes similares, llegando a obtener cálculos exactos. El explosivo no fue muy difícil de conseguir; claro está, que lo pondrían fuera del penal. Un capitán del ejército, que había pertenecido al batallón de ingeniería, consiguió más explosivos del necesario: siete barras de composición C-4 de dos libras y media cada una, que hacían un total de 17 libras y media de explosivo plástico. También nos consiguió cordón detonante y seis detonadores eléctricos número 8. A cambio, le di todas las armas que me quedaban: un rifle AR-15, nuevo, una escopeta Browning y un revólver 44 Magnum Smith & Wesson, modelo 29.

Antes de la operación, el explosivo estuvo en casa de tres distintos amigos y hermanos míos.

Ya tenemos los explosivos, también una pistola 45 Golden Cup, nueva, y una caja de cartuchos cal. 45; vuelvo a ponerme

en contacto con los dos comisarios que me introdujeron el arma en la prisión militar. Les explico mi plan, les pido que me ayuden y acceden de nuevo. La introducción del arma fue muy similar a la que se realizó anteriormente en la prisión militar del San Carlos. Serenamente, sin nerviosismo alguno, realizaron la misma operación de antes. Dejaron sus armas de reglamento a los guardias de la puerta y el comisario Ramírez introdujo el arma adherida a su pierna con cinta adhesiva. Siempre recordaré con afecto y cariño a este par de amigos que, con valor y serenidad, arriesgaron su libertad y estabilidad para socorrer al amigo preso. Ahora tenemos otro problema: esconder el arma y las municiones para que no sean detectadas en las frecuentes requisas que hacen los carceleros.

El coronel del ejército, que frecuentemente hace personalmente los registros, nos dice que él cree que nosotros nos vamos a fugar y que si introducimos algo al penal, él lo descubrirá. Mientras así se expresa, en el fondo de una humeante olla de arroz, forrada con amianto, descansa la pistola 45. Las balas están dentro de los zapatos que llevo puestos, el tacón ha sido habilidosamente ahuecado y después pegado con un pegamento conocido como dos toneladas, que lo ha fijado con gran fuerza a la suela. La pistola siempre está en la olla; cada tres días tengo que hacer arroz nuevo, cuando el grano comienza a deteriorarse.

Cuando llega la requisa lo único que tengo que hacer es encender la hornilla de mi cocina eléctrica, donde reposa la olla, y echarle un vaso de agua que tengo siempre cerca. La operación, que dura unos cuantos segundos, es muy rápida para que pueda ser detectada por los requisadores, que demoran cerca de un minuto en llegar desde la puerta de entrada a mi habitación. Cuando entran a mi cuarto, realmente parece que estuviera haciendo arroz. La requisa en verdad es minuciosa: quitan las sábanas de mi colchón para ver si ha sido modificado o cosido.

Un alambre eléctrico de 20 mts. de longitud, de dos polos, cuelga en el patio. En éste aparecen colgados los calzoncillos, mis medias y las de Ricardo. El alambre nos servirá para conectar los detonadores eléctricos a las baterías. Ahora viene

la parte más difícil: introducir las 17 libras y media de explosivo plástico y después esconderlo para que no sea detectado por la requisita.

El amigo que tiene guardados los explosivos me visita y me trae un pasticho oloroso, con queso derretido encima y relleno con carne molida; tres cuartas partes del pasticho, que forman las hojas que envuelven la carne, son de explosivo plástico. La única forma de detectarlo es comiéndolo y, para alguien que quiera probarlo en una requisita, estará una cuarta parte cortada de pasticho verdadero. La fuente con el pasticho se guardará dentro de mi pequeña nevera.

Cada cuatro o cinco días tengo que reemplazar la parte de pasticho verdadero y, por lo tanto, tendré que hacer pasticho frecuentemente. También me traen una caja de pintura al óleo: dentro de los tubos de pintura impermeabilizados, hay seis detonadores eléctricos a los que han cortado el alambre, dejando solamente dos pulgadas del mismo. Los tubos de pintura han sido cerrados a máquina. Una vez por semana, nuestro amigo nos traerá un pasticho; los soldados de la puerta de entrada no son los mismos y, por lo tanto, no sospecharán al ver nuestra gran afición por la comida italiana. Sin embargo, no podemos tener el explosivo plástico camuflado con varios pastichos.

Al lado de mi habitación hay un almacén con toda clase de materiales del penal, al cual puedo llegar, desde mi habitación, saltando una cerca; sin embargo, el almacén tiene movimiento, ya que frecuentemente meten y sacan mercancías. Ricardo y yo entramos y tratamos de ubicar algún equipo o material donde podamos esconder nuestro explosivo a medida que va llegando. Vemos unos enormes autoclaves de acero inoxidable, que hace años enviaron a la prisión y que nunca usaron en las cocinas; ahí reposan, llenos de polvo, en una esquina. Tenemos que correr el riesgo. Destornillamos una pata de la autoclave y adentro escondimos nuestro tesoro: los pastichos limpios y convertidos de nuevo en bloques de C-4. Cada vez que hacíamos esta operación teníamos que zafar los tornillos y rociar polvo blanco con un spray desodorante. Así, cualquiera que pasara no notaría que había unas partes limpias y otras con polvo.

Ahora venía la parte de procurarnos un auto. En principio pensamos en alquilarlo. Sin embargo, después, a través de un amigo y hermano solicité la cooperación de un cubano ya entrado en años con larga residencia en Venezuela, quien generosamente me ofreció el dinero para comprarlo. Nunca olvidaré el gesto de esa persona que ni siquiera me conocía, pese a que yo fui amigo de su hijo y aún le profeso una gran amistad; quiera Dios que pueda agradecerle su gesto alguna vez en la vida.

Con cédula falsa y con dinero en efectivo, se compró el auto. El amigo que lo consiguió también se ofreció para dejarlo estacionado el día de la operación. Ahora, lo más importante era poder salir de nuestras habitaciones y llegar hasta el lugar donde estaban las paredes para poner los explosivos. Otra vez se puso de manifiesto el ingenio del preso que pasa todo el día pensando.

El cura de la capilla que colindaba con la habitación de Ricardo, era un sacerdote simpático, agradable y muy trabajador, que continuamente pasaba por nuestras habitaciones tratando de darnos ánimos y de que arregláramos nuestros asuntos con Dios.

El sacerdote se quejaba de que el candado de la parte exterior de la capilla no estaba bueno y que los presos lo violaban y entraban a la capilla. Nosotros le regalamos un enorme candado Yale con todas las reglas de seguridad. Le dimos el candado y su llave, pero nos quedamos con una copia de la misma para nosotros; de esta forma contribuíamos con la iglesia y con nosotros. Este candado nos facilitaría la salida de nuestras habitaciones hacia fuera, donde podíamos alcanzar las paredes que íbamos a volar.

Cuando se va a perforar o hacer un hueco con explosivos es necesario aplicar la masa explosiva contra la pared; se utilizan sacos de tierra o arena para presionar la masa. El explosivo actúa sobre el lugar donde mayor resistencia encuentra, en este caso la pared. Para este fin nos procuramos dos sacos pequeños de azúcar y dos de arroz, distribuidos entre nuestras dos habitaciones. Para adosar los sacos contra el explosivo y éste contra la pared, hace falta un apoyo que generalmente es hecho

con madera; para este fin ordenamos construir para cada uno de nosotros dos grandes atriles para pintura y, con una segueta, los modificamos de forma que a los atriles iban amarrados los sacos y a éstos la carga explosiva. Con la forma y característica que tenían, podían perfectamente empujar toda la masa contra la pared y mantenerla en esa posición. Nadie sospechaba de los atriles que nos servían, inclusive, para pintar nuestros cuadros al óleo.

Pacientemente, con agilidad e ingenio y el apoyo de nuestros amigos, teníamos todo lo necesario para la gran aventura. Habíamos comprado en Colombia, por medio de un amigo, dos pasaportes y dos cédulas de identidas colombianas, perfectamente legales. El plan era permanecer un par de meses en un apartamento que para esos fines habíamos alquilado y que lo teníamos lleno de comestibles y todo lo necesario para nuestra permanencia. Cuando todo se enfriara, iríamos a San Antonio, El Tachira, y cruzaríamos la frontera. Allí teníamos a alguien que nos esperaría y nos trasladaría a Bogotá, Colombia.

Ninguno de nuestros compañeros de celda sabe nada. No tenemos intenciones de decírselo a Lugo, pues nos ha manifestado en repetidas ocasiones que nunca se fugará. Si embargo, tengo la obligación de exponerle el plan e invitar a la operación a mi amigo Orlando Bosch. A las nueve de la noche del día de la fuga, toco a su puerta; me abre, está escribiendo. Le digo:

—Orlando, me voy a fugar esta noche.

Al principio no me cree y se echa a reír. Le digo que lo tengo todo preparado y que voy a correr el riesgo esa misma noche. Y a continuación le explico el plan. No puede creer que tengamos todo el equipo dentro de la prisión. Sin embargo, ante la realidad y la firmeza de mis palabras, me dice:

—No le veo la más mínima posibilidad de éxito.

Trata de convencerme para que desista. Le digo:

—No tengo regreso, voy a continuar.

Está molesto conmigo, pero su entereza de hombre me concede el derecho que tengo a alcanzar mi libertad por cualquier medio posible. Termina nuestra conversación y me voy a mi habitación. A las 11 de la noche saco una bolsita azul y meto la pistola con dos cargadores; nuestro plan no contempla

usar el arma para matar a nadie, sino simplemente si detectan a Ricardo instalando la carga yo, que me considero un experto tirador de arma corta, podré mantener con mis disparos al guardia dentro de la garita, evitando que use el rifle contra ninguno de nosotros. Esa será la función y utilidad del arma.

Entre las 9 y las 11, las horas se hacen interminables; Ricardo permanece en su cuarto y yo en el mío. Estoy sereno y decidido. Dentro de la bolsita azul que va colgada de mi hombro, tengo un alicate y una batería cuadrada grande de seis voltios. En mi cartera, una cédula y un permiso de conducir de una persona que se parece bastante a mí. Ricardo también se ha procurado su documentación. Cuelgo mi bolsa, cargo mis dos sacos de azúcar y me dirijo hacia el cuarto de Ricardo; allí lo dejo todo, retrocedemos hacia mi cuarto y penetramos en el almacén donde destapamos el autoclave y sacamos todo el explosivo que metemos en las dos bolsas. Volvemos a brincar la cerca y penetramos en el cuarto de Ricardo. Allí preparamos tres cargas explosivas. Una pequeña con media libra de explosivos con un detonador eléctrico irá amarrada a un largo palo con un gancho de alambre en su extremo. Otra carga, de unas doce libras y media que amarramos, la unimos y empatamos con un cordón detonante que introducimos en el interior del explosivo para que actúe también como detonador.

La carga la forramos con cinta adhesiva; después está, otra carga más pequeña, de cuatro libras y media, que irá forrada con cinta adhesiva y traspasada con el cordón detonante, igual que la carga mayor. Cada una de ellas va amarrada con una soga de nylon, de esas que usan los paracaidas, resistente y fina.

Subimos sobre el escaparate de Ricardo y cortamos con el alicate la malla de acero que está por encima de la pared y que separa la capilla del cuarto de Ricardo. Abrimos un boquete. Con la soga de nylon bajamos los explosivos, la bolsita azul y los sacos de azúcar y arroz; también bajamos los atriles. Después que tenemos todo el equipo dentro de la capilla, nos descolgamos y bajamos nosotros. Allí acabamos de preparar las cargas. Las amarramos junto con los sacos de arroz y azúcar a los atriles y las cebamos con los detonadores. La carga pequeña ya

está preparada y cebada con un detonador eléctrico. Son las dos y media de la madrugada. En el exterior del penal, como a unos 125 metros, está estacionado un carro del que ya tenemos copia de la llave. El carro tiene en su interior nuestros dos pasaportes y demás papeles colombianos, así como una pistola Browning 9 mm. con tres cargadores y dos granadas de contusión. Nuestros amigos, hace media hora que lo dejaron estacionado. Cargamos con todo el equipo y los explosivos ya preparados y procedemos a abrir un agujero en la puerta de madera de la capilla, que nos permitirá introducir la mano y alcanzar el candado que, por fuera de la puerta, ha puesto mi buen amigo el cura. Nos toma 15 minutos abrir el hueco procurando hacerlo en el mayor silencio. A intervalos paramos nuestro trabajo y escuchamos con atención, para detectar algún ruido o alguna anomalía.

Después de 15 minutos de trabajo logramos abrir el boquete, lo suficientemente grande para que pueda penetrar mi mano. La llave con que abriremos el candado está atada a mi muñeca con una cuerda para evitar que se caiga y se pierda todo nuestro trabajo. La introduzco con algún trabajo en el candado y trato de hacer girar la cerradura. Después de pasar un poco de trabajo, oigo cuando el candado se abre y lo saco de los aros que están asegurando la puerta. Se abre la puerta de la iglesia, sacamos la cabeza y miramos por el largo pasillo sin detectar nada fuera de lo normal. Inmediatamente atravesamos el pasillo, cargando con nuestros atriles y explosivos y vamos en dirección a la otra nave que está enfrente y que tiene acceso al pasillo. Fácilmente la abrimos con una llave que tenemos y penetramos en la misma. No hay ninguna oscuridad, pues los reflectores de las garitas se filtran y le dan claridad al almacén. Ricardo coge la carga mayor y sale con ella. Yo lo sigo con la carga menor. Llegamos al final de la nave. Aquí hay un espacio abierto, a la intemperie, de unos 20 metros, hasta llegar a la pared. Cuidadosamente observamos el área; no vemos nada; la tranquilidad de la noche nos permite oír el ronquido de un guardia que se encuentra en una garita a unos 30 metros de donde vamos a instalar la carga explosiva. Con serenidad, Ricardo pone la carga amarrada al atril contra la pared. El saco

de arroz hace presión y la pega firmemente al concreto de la pared. Yo vigilo con la pistola amartillada, por si el guardia despierta y nos detecta.

El alambre eléctrico de esta carga es largo, como de unos 40 metros; Ricardo lo va desenrollando poco a poco y penetra en el almacén hasta casi la misma puerta; o sea a unos cuarenta metros de la pared. Allí fija una de las patas del cable eléctrico a la batería de 9 voltios; la otra pata la deja separada. Cerca de la pared, como a unos cinco metros, descansa la carga explosiva más pequeña que, una vez volada la pared principal, será instalada en la pared de ladrillos de concreto que forma el perímetro de la prisión.

Al llegar a la puerta del almacén, Ricardo y yo nos miramos y nos damos cuenta de que estamos serenos y listos para la acción que se aproxima. Al extremo derecho de la puerta del almacén y como a unos treinta metros, se encuentran, cerrados con una puerta de acero, los interruptores de un panel eléctrico que controla toda la electricidad del penal. En nuestros cálculos está destruirlo. En la puerta de acero hay una pequeña puerta, como de unos 30 centímetros cuadrados, que está abierta. Por allí introduzco una vara larga de madera, con un gancho en la punta y un taco de media libra de explosivo plástico con un detonador eléctrico. Con el gancho fijo la carga al panel. Primero amarro una de las patas del alambre al detonador eléctrico, al polo positivo y, seguidamente, sin esperar, toco con la otra pata el polo negativo; instantáneamente se produce la explosión y la puerta de acero es arrancada de la pared por la onda explosiva. La explosión es terrible y estremece todas las paredes del lugar donde estamos. Inmediatamente Ricardo toca el otro polo del detonador con las patas del alambre que llegan hasta la carga explosiva que está adosada a la pared de afuera. La carga explota, pero no con fuerza; nos precipitamos rápidamente al pasillo para ver los efectos de la explosión: encontramos todo el explosivo esparcido por el suelo y la pared intacta. El explosivo, por una razón que desconozco, se había deteriorado y sólo una pequeña parte explotó. Nos encontramos en la mitad del patio sin poder hacer nada. Estamos irremediablemente perdidos. Nos retiramos hacia atrás, penetramos de nuevo en el almacén

y vamos hacia el pasillo. Hay guardias civiles por todos lados. El penal completo despertó con la explosión. La guardia tardaría todavía bastante tiempo para llegar.

Saco la pistola y se la entrego a un guardia del equipo civil, advirtiéndole que no penetren en el almacén, pues todavía queda una carga explosiva sin detonar.

Miro a la noche caraqueña cuajada de estrellas, con angustia y desesperación. Poco a poco se va serenando mi mente ante lo inevitable y en ese instante de frustración mi voluntad reacciona y me digo: lo intentarás una y mil veces más, nadie podrá detenerte, nadie podrá mantenerte en prisión. La libertad o la muerte, y qué es la muerte sino la libertad.

15

En el mismo punto de partida

Ricardo y yo somos conducidos por la guardia civil del penal hacia un aposento con rejas, desde donde se puede observar todo; son las tres de la mañana y dentro del penal hay una gran movilización. Entra un equipo de expertos en explosivos de la DISIP, que desmantelan la carga destinada a la pared exterior. Expertos del mismo equipo evalúan los daños ocasionados por la explosión. A pesar de que quieren dramatizar, el explosivo puesto en un lugar abierto y adosado contra la pared sólo produciría un boquete que no significa ningún peligro para la población penal.

Más tarde llega el comandante de la guardia nacional y me dice:

—Quiero agradecerte un favor, dime dónde está la ametralladora que ustedes tienen, pues la puede encontrar otro preso y formar un grave problema.

Le aseguro que nosotros no tenemos ninguna ametralladora; se muestra respetuoso, cortés, y se retira. Frente a nosotros vemos pasar a Orlando Bosch, a quien llevan esposado para un sitio que desconocemos. Posteriormente nos enteramos de que

fue sometido a interrogatorios, pero que al comprobar su inocencia lo pasaron a su celda de nuevo. A las ocho de la mañana llega el personal del ministerio de justicia, encabezado por la directora de prisiones, Dunia Fariás, una señora gruesa e imponente, de malos modales, que viene acompañada por el oficial ejecutivo de prisiones conocido como “el Indio Andrade”. Pasan frente a nosotros, pero no nos hablan, no saben qué contestarán a los periodistas cuando les pregunten cómo entraron los explosivos, cómo entraron las armas al penal y cómo fueron burladas todas las medidas de seguridad para que se produjeran los hechos.

Inmediatamente, Dunia Fariás ordena que nos trasladen a una celda de castigo por dos meses. Ricardo y yo somos puestos en celdas separadas, sin luz eléctrica, sin cama y con un hueco o inodoro para hacer nuestras necesidades. Durante los próximos dos meses dormiremos en el suelo, no recibiremos visitas y no tendremos ninguna facilidad. La habitación de cinco por cinco está sucia y las paredes cubiertas por miles de cucarachas que, increíblemente, permanecen estáticas; por el hueco donde hacemos nuestras necesidades salen enormes ratas.

Dunia Fariás da órdenes en alta voz y personalmente revisa mi nueva prisión. Me amenaza en voz alta:

–Aquí te pudrirás durante dos meses.

Le lanzo una ofensa verbal y allí termina el incidente, por ahora. A las doce del día nos traen nuestros primeros alimentos: una bandeja asquerosa con alimentos fríos. Me niego a comer y, de pronto, se me ocurre una idea: si yo permanezco sin ingerir alimentos durante varios días, forzosamente tendrán que llevarme a un hospital o clínica, donde terminará el tormento de esta inhumana prisión. Sin nada más que hacer, me tiro en el suelo. Mi actitud no es de derrota, sino de lucha. rezo mis oraciones y le pregunto a Dios:

–¿Hasta dónde más me vas a llevar?

En esta oscuridad de la celda el día y la noche se confunden. Solamente cuando abren la puerta sé si es de día o es de noche. El frío es tremendo y no tengo ropa para abrigarme. Hoy he matado dos enormes ratas.

Al día siguiente es cuando me doy cuenta de que la celda que está al lado de la mía está ocupada por Ricardo. Le grito a voces mi decisión de no ingerir alimentos y él me dice que está en la misma situación. Hoy me trajeron una colchoneta vieja, que no se sabe de qué color es. Un preso que está en otra celda de castigo me ha enviado la mitad de su cobija, que partió en dos partes. Estoy en la gloria: duermo arriba de algo blando y mitigo el frío con aquella sucia colcha que agradezco profundamente.

Las horas pasan lentas e interminables. Hace tres días que no ingerimos alimentos. Vienen dos fiscales del ministerio público, que se horrorizan al ver las condiciones del cuarto y hablan entre sí de protestar ante el ministerio.

A las dos de la mañana del tercer día, viene un médico a tomarme la presión para ver cuáles son mis condiciones. Me niego a dejarme examinar; pienso que, de esa forma, los tendré preocupados. Me siento perfectamente bien. No tengo hambre, ni ningún malestar. Cuando uno deja de comer el estómago, sabiamente, deja de producir ácidos estomacales y, por lo tanto, no hay ninguna acidez ni malestar; sin embargo, eso no le ocurrió a mi compañero, quien ha comenzado a vomitar sangre, pero tampoco acepta ninguna asistencia médica.

Así pasan los días, interminables; increíblemente, en esa situación el hombre se acerca más a Dios. Al séptimo día viene de nuevo Dunia Farías y pide hablar conmigo. Petulante y cruel, me amenaza diciendo que, si no como, moriré en aquel lugar. Cambia su actitud al ver que permanezco imperturbable y me dice que me ayudará. Por no insultarla de nuevo, pido que me regresen a mi celda; allí me espera el médico, que trata de nuevo de tomarme la presión y de examinarme; trae dos hombres para forzarme. Sin embargo, al ver mi actitud, teme que al rebelarme y luchar me pueda provocar un infarto o algo similar, y desiste. Vuelvo a mi celda a pasar las horas y las horas.

A pesar de todo, estoy sereno y sé que esto terminará de una forma o de otra. Son las nueve de la mañana, me anuncian que tengo visita y me traen una camisa y un pantalón limpios que me niego a ponérmelos, diciendo que recibiré así a la visita.

Me trasladan a la dirección, donde me espera un nuevo director, pues el anterior, debido a los sucesos, ha sido cambia-

do. Está mi esposa y la fiscal del ministerio público, que tanto me ha protegido y protestado por mí. Ambas vienen a convencerme de que desista de mi peligrosa actitud de huelga; pido hablar a solas con mi esposa y le explico mi plan. No está convencida y teme por mi salud; sin embargo, siempre estará de mi lado y me apoyará.

Los nuevos empleados asignados a la prisión me ven con simpatía y me tratan bien. Por supuesto, no tienen nada qué ver con lo que sucedió; más bien están allí gracias a lo acontecido, sustituyendo a los empleados del ministerio de justicia que fueron expulsados. Prometen llevarme libros y resolver mi situación. Estoy muy débil y luzco horrible: despeinado, con la barba crecida de diez días, la ropa sucia y ajada, sin haberme bañado ni lavado los dientes. Mi cuerpo está débil y maltrecho, pero mi alma y mi espíritu están más firmes que nunca. A pesar de mi situación me siento poderoso; qué extraño que, mientras más golpean al hombre, le hagan sacar más fuerzas de su interior y más bravura. Sucede siempre así.

Doce días sin alimento. Ricardo está en mal estado y sigue vomitando sangre. Yo me encuentro perfectamente bien, aunque muy débil. Sin embargo, como el objeto de la abstinencia es que me saquen de aquí, finjo estar más débil que lo que en realidad estoy. Frecuentemente los médicos entran a mi aposento y me observan: no me tocan porque temen a mi reacción.

Sin que yo lo sepa, mi esposa ha ido a los periódicos y ha expuesto mi situación: hay una presión enorme contra el ministerio de justicia, que yo desconozco. Por donde quiera salen artículos donde se expone de nuevo la injusticia de mantenernos durante más de siete años en prisión con una sentencia absolutoria y sin recibir sentencia definitiva. Afuera, sin saberlo yo, todo es corre-corre. En la mañana del día 14 entran en mi celda dos fiscales del ministerio público, dos guardias nacionales y varios funcionarios que desconozco. Me dicen que me van a trasladar. Los guardias se ofrecen para ayudarme a caminar, me rehusó y camino un poco vacilante, pero erguido todo el largo pasillo de la cárcel. Los presos salen a verme y me ofrecen sonrisas y palabras de aliento. Salgo al patio y allí veo que también han sacado a Ricardo, quien luce

muy pálido, pero también firme y sereno. Nos esposan y nos meten en un pequeño carro cubierto de rejas; donde quiera que vaya, sé que he ganado la batalla; atrás queda el inmundo cuarto de cucarachas y ratones. Conmigo se van mi dignidad y mi hombría.

Se inicia el traslado. Delante del carro que nos conduce van dos carros repletos de soldados, yo calculo que con 30 ó 40 cada uno. Oigo volar un helicóptero que hará vuelos rasantes a ambos lados de la carretera que vamos a cruzar, dándole así más seguridad a la caravana; nunca vi un traslado con tanto alarde ni exhibicionismo.

Ricardo se siente muy mal y vomita el agua que ha ingerido hace breves instantes. Reconozco el camino: vamos hacia el llano venezolano. Después de recorrer unos 200 kilómetros en el Estado Guarico, llegamos a la famosa Penitenciaría de San Juan de los Morros.

Será la última vez que veré a Ricardo y a mis demás compañeros. Me bajan allí, mientras Ricardo continúa con la caravana de protección que lo dejará en la cárcel de Tucuyito, a unos cien kilómetros de la Penitenciaría de San Juan de los Morros.

San Juan de los Morros

San Juan de los Morros es una cárcel de máxima seguridad que alberga a unos dos mil reclusos; la mayoría de ellos, cumpliendo ya su sentencia definitiva. Está a unos 200 kilómetros de Caracas. La cárcel tiene un perímetro de más de un kilómetro cuadrado. La prisión está rodeada por una cerca de seguridad y cada 50 ó 60 metros se encuentran garitas ocupadas por soldados que custodian el perímetro. Un jeep con cuatro soldados y un conductor patrullan continuamente el perímetro en horas de la noche. Nunca tuve acceso al lugar de reclusión de la población penal. Desde el primer momento que llegué me aislaron completamente y me recluyeron en una celda que, en otros tiempos, sirvió de prisión a Marcos Pérez Jiménez, el ex-dictador venezolano. Mi celda tenía una habitación con baño; después, atravesando un pasillo, había una pequeña sala que

me serviría de estudio y de cocina; todo rodeado de ventanas fuertemente enrejadas y que daban a un pequeño patio al cual tenía acceso para tomar el sol. El patio también estaba enrejado por la parte de arriba. Esa instalación estaba dentro del penal y como a 50 ó 60 metros de la cerca de protección perimetral.

Me instalaron una cama de enfermería y mis familiares trajeron un colchón y un pequeño gavetero con lo que completé el ajuar de mi nueva habitación. En la sala instalé una cocina y el pequeño refrigerador que me regaló Paco Pimentel y que me había seguido en todas las cárceles que estuve.

Un camión con todas mis pertenencias llegó casi al mismo tiempo que la caravana de seguridad; allí se encontraba mi pequeño televisor de 13 pulgadas que me había regalado el general Vega Echesuria.

Inmediatamente me pasaron a hablar con el director, un buen hombre que comprendía mi situación y al que tengo mucho qué agradecer. Le expliqué que, debido a que ya me habían sacado de mi celda de castigo y trasladado a otra prisión, daba por terminada mi abstinencia de ingerir alimentos. La fiscal del ministerio público, que acompañaba la caravana y que estaba presente en la conversación pidió, increíblemente, que me quitaran el televisor, a lo cual el director se negó y me dijo que podía conservarlo. De aquí en adelante mi prisión sería completamente solitaria; recibiría visita dos veces a la semana, los miércoles y los sábados.

Mis familiares se encontraban en los Estados Unidos desde antes de mi última fuga o, mejor dicho, intento de fuga. Yo me había reunido con mi esposa y con mis hijos y habíamos acordado que lo mejor para todos era que ella se fuera con Jorge y Janet para los Estados Unidos. Jorge recién había terminado su bachillerato y Janet iba pasar a estudiar bachillerato. Yo seguiría insistiendo en mi fuga y los malos ratos que haría pasar a mi familia serían muy grandes. Con mucho dolor nos separamos. Hicimos lo que debíamos hacer. Yo seguiría insistiendo en mi libertad a costa de mi vida, si era preciso. Ellos comprendieron que mi decisión era impostergable y compartieron con mucha tristeza mi acto de voluntad.

En San Juan de los Morros frecuentemente recibía visitas de mis amigos y hermanos Pedro y Nelly, Paco Pimentel, que nunca me falló, Luis Aranguren, Manchego y Corzo, Pepe Quijano y un grupo de compañeros que vivían en Valencia a unos 50 kilómetros de la prisión. Cualquier visita significaba un sacrificio para mis visitantes: las distancias a recorrer en carretera y las requisas humillantes a que eran sometidos. Tengo muy presente el caso de un cura cubano, el arzobispo Boza Masvidal, a quien cuando venía a visitarme lo hacían quitarse los pantalones.

La Penitenciaría de San Juan de los Morros está ubicada en el Estado Guarico, en el llano venezolano. El verano es inelmente y hace un calor insoportable. En el invierno, que así se llama a la temporada de lluvia, a diario caen torrenciales aguaceros. Se caracteriza por la enorme cantidad de mosquitos, zancudos y toda clase de insectos. Además, el agua que viene del río Guarico y que abastece el penal, llega turbia, enlodada y de color chocolate. Con esa agua debemos bañarnos y lavar la ropa que, poco a poco, va adquiriendo un tinte marrón claro. Los más afortunados y privilegiados reciben semanalmente un botellón de agua potable.

Mi celda, como ya expliqué, estaba ubicada dentro del penal pero aislada de la población penal. La seguridad con respecto a mí, era exagerada. Un guardia o vigilante civil permanecía día y noche en una celda adyacente a la mía, vigilándome todo el tiempo. Los mosquitos lo acosaban y no lo dejaban dormir; no tenía servicio sanitario y tenía que pedirme permiso para usar el mío, cuando tenía necesidad. Al principio yo sentía lástima por el vigilante. Repetidamente le obsequiaba café y alguna de mis comidas y refrescos. También le permitía pasar y ver mi televisión sobre todo cuando yo estaba leyendo o pintando. La regla que me había impuesto a mí mismo, en mi régimen de prisión, me permitía ver televisión solamente de noche.

Mis atenciones hacían la vida un poco más llevadera a mis vigilantes; pensé que me sería imposible fugarme con un vigilante tan cerca de mí las 24 horas del día. Inicié un plan para deshacerme de ellos Separadamente llamé al vigilante y a su reemplazo y les hice la siguiente reflexión:

-Ustedes aquí hacen turnos de 24 horas; es decir, que la mitad de su vida permanecen presos junto conmigo. Por otra parte, yo no tengo nada personal contra ustedes, pero sí contra el régimen penitenciario del cual ustedes forman parte; por lo tanto, de hoy en adelante no les permitiré usar más mi baño, ni ver mi televisión, no les daré más alimentos, ni café, ni refrescos. Ustedes son vigilantes y yo soy preso y así serán las cosas.

A partir de ese momento la vida de los vigilantes fue insoportable. Sentados en una silla todo el día, y durmiendo en un catre, acosados por los mosquitos toda la noche. Comenzaron a faltar a sus guardias y había etapas en que me pasaba dos o tres días sin vigilancia. Al poco tiempo sólo enviaban a hacer ese trabajo a los vigilantes que eran castigados. A los dos meses se suspendió la guardia. Había ganado el primer paso hacia mi libertad.

Continúo, pacientemente, explorando las debilidades de la penitenciaria, con miras a un nuevo intento de evasión.

Cuando son las ocho de la noche y estoy viendo televisión sentado en un sillón de tela, llega el comandante en jefe de la guarnición con el director de la prisión; vienen a notificarme que mañana debo estar listo y vestido a las cinco de la mañana, porque me trasladarán a Caracas para leerme los cargos en un nuevo juicio. Les digo que no me presto una vez más a ninguna farsa de tipo jurídico y que, según me he documentado, a los cargos debe acudir el reo libre de apremio o coacción. Por lo tanto, como yo no creo en el sistema jurídico que me está juzgando, como llevo ya casi nueve años en prisión esperando sentencia definitiva, como fui absuelto hace ya casi cinco años y nunca se ratificó mi absolución, como he sido pasado de un tribunal civil a un militar y después a uno civil, no tengo ninguna razón para pensar en que esto no continuará así. Por lo tanto, me niego rotundamente a asistir a algún acto judicial. El director, de buena fe, trata de convencerme y explicarme que, si no voy a los descargos, el juicio no progresará y, por lo tanto, nunca alcanzaré sentencia y tendré que vivir indefinidamente preso.

No me convence; mi decisión es firme y nunca contribuiré a que me vuelvan a formular cargos y a comenzar un nuevo juicio después de nueve años de prisión. Reitero que, para sacarme de mi celda y conducirme al juzgado, tendrán que utilizar la violencia. Ambos se miran sorprendidos; por primera vez un preso se niega a acelerar su juicio; cortésmente les pido que se vayan de mi celda y me dejen seguir viendo la televisión. Sin embargo, el oficial dice que de todas formas vendrá mañana, a las cinco de la mañana, para ver si he cambiado de opinión. Le digo que haga lo que estime conveniente y le doy las buenas noches; al otro día, por la mañana, ni siquiera vinieron a mi celda.

Siguen pasando los días, monótonos. Mi familia está en los Estados Unidos; hace más de un año y medio que no veo a mis hijos. Mi hijo Jorge viene de Estados Unidos a visitarme. Pido un permiso especial para que le concedan visitas extraordinarias en los tres días que estará en Venezuela. El director, gentilmente me las concede. Mi hijo se aloja en un pequeño hotel cerca de la prisión y desde allí me visita. Durante los tres días que permanece en San Juan de los Morros le permiten que me visite de nueve de la mañana a cuatro de la tarde. Son días felices, en medio de la tristeza y la angustia de la prisión. Le explico que trataré de fugarme de nuevo. Comprende que la prisión sin esperanzas es peor que la muerte. Tristemente, accede a mis planteamientos y me apoya. En estos tres días que estoy con mi hijo puedo evaluar su serena madurez, su honestidad y el cariño que me profesa; se va mi hijo y sigue la monotonía de la prisión. Ha llegado la época de lluvia. Como ya dije, el agua que abastece el penal proviene de un río y llega a los baños sin tratamiento. Es un agua fangosa que muchas veces viene llena de pequeñas raíces y palos. Cuando uno se baña con ella, queda más sucio que cuando entró al baño. Para tomar y cocinar me traen un envase de cinco galones semanalmente de agua cristalina, que debo ahorrar hasta la próxima semana. Con ella, además de cocinar, me lavo los dientes y, si al fin de la semana sobra bastante, podré lavarme la cabeza. En la temporada de lluvias las hierbas crecen con exuberancia alrededor del penal.

Estoy trabajando en la fuga. Mi recinto carcelario está como a unos sesenta o setenta metros de una cerca que rodea el perímetro del penal. Por la parte exterior hay un pequeño patio donde tomo el sol, que está cubierto por una malla de acero, la que estoy seguro no es muy difícil de cortar. Me hace falta introducir una cizalla para poder cortar los alambres que cubren el patio y, posteriormente, abrir un hueco en la cerca exterior del penal. La cerca está custodiada por garitas, un jeep con un sargento y tres soldados patrullan regularmente el perímetro durante la noche. Mi plan es abrir un agujero en el techo del patio y deslizarme al patio exterior. En invierno, como las hierbas y los arbustos han crecido, ofrecen alguna protección. Sin embargo, entre el patio de mi celda y la cerca exterior hay un espacio de setenta metros que debo andar para llegar a la cerca, que está bastante iluminado; una vez que logre llegar a la cerca sin ser visto, abriré un agujero de medio metro cuadrado con la cizalla y trataré de salir al exterior. El día más adecuado será el miércoles o el domingo; es decir, los días de visita cuando, desde muy temprano, ya hay gente haciendo cola en la entrada del penal. Si logro salir por el agujero sin ser visto, mando a buscar a mis amigos de Miami para que me apoyen en el plan. Si lograra burlar la vigilancia, cortar la cerca y salir del penal, ellos me estarían esperando en un automóvil como a un kilómetro y medio de la prisión, a la hora convenida.

También tendrían que introducir la cizalla al penal para que yo pueda cortar los alambres. Introducir la cizalla es todo un proceso. Esta fue fabricada y cortada en Miami y todas sus partes soldadas en el interior de varias latas de leche en polvo que, posteriormente, fueron llenadas de leche y selladas. Las latas de leche llegaban a la prisión con las visitas. Así, no hubo mucha dificultad para introducir la cizalla. Cuando todo estaba listo y la fecha fijada, tres presos trataron de evadirse, cortando la cerca; lograron escapar, pero luego fueron capturados. A partir de ese momento las medidas de seguridad se intensificaron: cortaron la hierba, mejoraron la iluminación, los guardias de las garitas bajaron de ellas y cada 50 metros de la cerca había uno sentado mirando hacia ella. El patrullaje en el jeep se redobló; en fin, se hizo imposible realizar la fuga de esa forma.

16

La única solución

Estoy de nuevo en cero y pasan los días sin que se me ocurra nada. Me visita, como siempre, Paco Pimentel, quien siempre me trae ropa que reparto entre los presos. Pepe Quijano y los esposos Pedro y Nelly, Joaquín Chaffardet y mis amigos de Valencia, Pedro Corso y Manchego. El padre Bosa Masvidal me visita también, trayéndome consuelo y esperanza.

Los sábados siempre hago un almuerzo que comparto con mis visitas, quienes después de diez años de prisión creen, como yo, que la única solución es la fuga.

No tienen fe ni esperanza en los sistemas judiciales.

Sin embargo, mis amigos de Valencia, al analizar las pocas posibilidades que tengo para conseguir la fuga, me dicen con claridad que mis planes son un suicidio.

Mando a buscar a mi amigo Gaspar Jiménez a Miami. En la visita que me hace le expongo mi situación y le pido que, de acuerdo a las circunstancias y a la información que él pueda recabar, me haga un análisis de las posibilidades que tengo.

Recaba información, observa la seguridad de la prisión y viene con su opinión. Me dice:

–Caballo, tienes un 5% de posibilidades de salir de aquí; sin embargo, arriésgate pues aun con un 5% es mejor que morirse

aprisionado, humillado y sin hacer nada por conseguir tu libertad; yo tampoco creo que en un proceso judicial saldrán libre; te ayudaré en lo que pueda.

Con ese pequeño rayo de esperanza y con mi voluntad de triunfar o morir, me aferro a mi idea y así comienza otro plan de fuga.

Comienzo mi nuevo plan, observo y a través de preguntas capciosas me entero de las horas en que cambia el personal de guardia; es... a las doce de la noche, cuando veo que entra un grupo de guardias de unos 8 ó 10 vigilantes. También veo cuando salen los 8 ó 10 vigilantes por la puerta principal. La puerta de salida del penal siempre está custodiada por un guardia nacional y un vigilante; es imposible pasar por la estrecha puerta sin que ellos no se den cuenta. Veo pasar al segundo director de la prisión. Todos los días, a las ocho, entra al penal, pasa frente a mi cuarto y sube al segundo piso donde juega una partida de dominó. Me pongo a observar y a oír; oigo las fichas que chocan unas otras y las voces de los jugadores. A las once y media, invariablemente, se suspende la partida. Cesa el ruido de las fichas y oigo los pasos de Enebo cuando se dirige a la puerta de salida. Enebo es ligeramente más alto que yo, mucho más grueso, de vientre prominente, pelo y bigotes negros. También es como unos diez años más joven y tiene una peculiar forma de caminar.

Comienzo a imitarlo, me visto igual que él, me tiño el pelo de negro y uso unos bigotes muy parecidos a los suyos. Esto lo hago en horas de la noche, después de la una de la mañana, cuando las posibilidades de que se efectúen los registros son casi nulas. El plan es abrir las tres puertas que me dan acceso al pasillo y, diez minutos antes de él salga, salir y pasar frente a los guardias haciéndome pasar por Enebo. Después de haberme vestido unas veinte veces como él y confrontar mi disfraz con el espejo, descarto el plan. Nunca pasaría por la puerta como Enebo. Mientras descarto los planes me hago amigo de los guardias que están de turno, sobre todo de los jefes de régimen; con ellos mando a buscar a la carnicería carne de lomito y pescado. Hago succulentas comidas y los invito a comer; siempre pasan como a las ocho de la noche y comemos algo

especial. Tengo una pequeña plancha de un material especial para tomar impresiones de las llaves. Invariablemente, los jefes del régimen que tienen un voluminoso llavero lo dejan sobre la mesa. Mientras caliento la comida o la acabo de preparar miran la televisión y se descuidan.

Dos o tres veces a la semana saco impresiones de las llaves. Estas impresiones salen del penal en los días de visita y un experto cerrajero, que trabajaba para mí cuando estaba en la policía, me va haciendo una a una las llaves impresas. Cada vez que viene una llave con la visita, viene la esperanza; al probarla en la cerradura no abren y, tras uno y otro fracaso, por fin obtengo una llave que abre la primera puerta; aún me faltan dos; espero ansiosamente las visitas y el visitante quien, con su llavero personal, me trae cuatro o cinco llaves impresas. A los pocos días otra puerta abre. Sigo mi labor con los vigilantes; algunos de ellos me piden dinero a cambio de pequeños favores. Cien bolívares hoy, otros cien mañana y va naciendo la confianza. Les cuento de mis fugas anteriores, de cómo ninguna de las personas que me ayudó siguiendo mis instrucciones, ha sido procesada y que ni siquiera han sospechado con firmeza de ninguna de ellas. He escogido tres vigilantes para hacerles la propuesta. Mando a investigar a cada uno de ellos. De las investigaciones realizadas no puedo sacar mucho en claro: todos ganan un sueldo bastante pobre. Un jefe de régimen gana unos dos mil bolívares (en aquel tiempo unos doscientos dólares mensuales). Todos tienen grandes necesidades económicas y todos realizan pequeños sobornos en el penal; sin embargo, no me atrevo a decidirme por ninguno de los tres. Tengo que estar bien seguro para que mi plan no fracase. Por fin me decido por uno de ellos y comienzo a realizar lo que, en el argot policiaco llamamos "reclutamiento gradual".

El individuo escogido tiene grandes dificultades. Además de problemas económicos tiene problemas en el penal; en breve perderá su puesto y ha venido a verme para contarme de su situación y a pedirme que le consiga trabajo con uno de mis amigos. El reclutamiento gradual ha surtido efecto y ha llegado a la fase de lo que nosotros llamamos "reclutamiento directo". Entonces le digo que de una forma u otra me voy a escapar del

penal y, que si él me da alguna ayuda, podría beneficiarse y resolver sus dificultades económicas. Le digo también que, si sigue mis instrucciones, difícilmente le podrá pasar algo. Accede a ayudarme con la condición de que yo trate que él no se vea muy involucrado.

Mi familia está en Estados Unidos hace más de un año y estamos vendiendo nuestra casa, una pequeña quinta de cuatro habitaciones y dos plantas con sus paredes rodeadas de hiedra y una mata de coco en el frente. Antes de la devaluación del bolívar esa casa costaba unos 120 ó 130 mil dólares. Después, sólo valdría unos 40 ó 50 mil dólares. La vendo en 43 mil dólares; envío 23 mil para mi familia, en Miami, y me quedo con 20 mil para preparar mi fuga. Le ofrezco 200 mil bolívares (en aquel tiempo unos 17 mil dólares); más tarde me pediría 50 mil bolívares más para ofrecerle a un cómplice.

Inmediatamente comienza a darme información del penal: la forma en que cambian las guardias, la vigilancia que rodea las estructuras del penal y las del camino que conducen a la carretera.

Poco a poco me voy haciendo una idea perfecta de todo lo que sucede a mi alrededor y de las barreras que tendré que franquear. Comienzo a hacer contactos en firme con mis amigos y a planificar mi fuga.

En principio hacemos un plan que consiste en que el jefe de régimen, a quien en adelante llamaremos Julio, en un día de visita y cuando estuviera trabajando en la puerta de entrada, introduciría una cédula de una señora mayor en una casilla numerada; me daría un pase con el número de la casilla y, cuando las visitas se estuvieran retirando yo, disfrazado de vieja, entregaría el pase en la puerta y me darían la cédula. Mi disfraz haría que yo me pareciera lo más posible a la señora de la cédula. Con anterioridad ya me habría aprendido todos los detalles de la cédula, por si me hacían alguna pregunta. Muchas veces en la puerta preguntaban la fecha de nacimiento o el número de cédula o algo por el estilo, antes de dar el pase. Conseguí la cédula de una persona de unos 60 años, blanca, de ojos claros, de nacionalidad española residente en Venezuela.

Poco a poco me fueron introduciendo cosméticos, peluca y ropa para completar mi disfraz; aprendí a hablar disimulando la voz y a caminar como una anciana. Cada ensayo que hacía por las noches, con mi disfraz, me convencía más y más de que nunca pasaría la puerta de entrada; mi complexión de hombre no podía disimularse; mi nuez de adán; mis brazos musculosos y mi espalda ancha no me permitirían jamás pasar como una mujer. Desistí de la idea.

Casi todos los días, nos reuníamos Julio y yo para planificar la forma de poder salir de allí. Envié recados a Miami y mis amigos estaban en comunicación conmigo.

Algunos de ellos, los más decididos, están a favor de la fuga. Otros, creen que no tengo ninguna posibilidad y están en contra de ello.

De acuerdo a toda la información obtenida, voy completando un plan; el tiempo se acorta y Julio, aparentemente, en breve será removido de su cargo; por fin nos ponemos de acuerdo y comenzamos el nuevo plan. Julio me presta las dos llaves que daban acceso al corredor de la prisión y que no había podido hacer. Imprimimos las llaves con cuidado en el material que para esos fines tengo y el día de visita se las envío al cerrajero, quien le saca tres copias a cada una y me las hace llegar en la siguiente visita. Todas abren. Destruyo las dos copias restantes de cada una y me quedo con una sola copia que, cuidadosamente, entierro en el patio donde tomo el sol.

Por otro lado, debo presentar una tarjeta de crédito para poder alquilar un vehículo. En Venezuela, los lugares donde rentan vehículos exigen tarjeta de crédito para entregarlo.

Hay enormes dificultades para conseguir la tarjeta de crédito, ya que ésta debe ir acompañada del pasaporte que también exigirán al alquilar el carro. Deciden comprar un vehículo en lugar de alquilarlo y, posteriormente, dejarlo abandonado. También surgen muchas dificultades para comprar el vehículo.

El tiempo se me hace corto, pero ya mis amigos de Venezuela me han hecho llegar todo lo necesario para mi disfraz: pintura para el pelo, una chaqueta azul claro tipo "jacket" que son las usan los vigilantes internos de la prisión y un cuello de cura. Lo

único que falta es conseguir el carro y fijar la fecha. La persona que manejará el carro entrará a las doce y media en punto por la carretera que hace entronque con la carretera del penal.

Por fin, ante la demora para conseguir el vehículo, uno de mis amigos y hermanos, con un valor increíble, corriendo todos los riesgos y sin analizar siquiera la forma en que adquirirá el vehículo, alquila el carro, llega a verme y me dice, sin entrar en pormenores, que el vehículo está listo.

Tengo una cédula de identidad y un carnet de guardia de la prisión. El carnet tiene mi fotografía un poco retocada. A una vieja fotografía mía le han quitado algunos años y la han vuelto a retratar. La cédula, debido a su confección, es muy difícil de modificar. Es la de un hombre un poco más grueso que yo, con un ojo bizco y un poco calvo; en esos momentos, en nada se parece a mí, con infinito trabajo he logrado separar las dos capas de la cédula. En principio decidí rasurarme la cabeza para parecer un poco calvo, pero después se me ocurrió una idea que fue la más acertada: con un bolígrafo especial pinté al retrato de la cédula el pelo parecido al mío y con borrador y plumillas le enderecé el ojo bizco; así se parecía bastante a mí. Su nombre era Ramón Medina y tenía aproximadamente mi misma edad; por lo tanto, al carnet de guardia también le puse el nombre de Ramón Medina. Con esos documentos pasaría un retén que se encontraba a unos 50 kilómetros del penal, en el camino hacia un pueblo llamado La Encrucijada.

En ese retén, a todas las horas del día y de la noche detenían los vehículos y casi siempre pedían documentos.

Se apresuran los acontecimientos. El sábado 17 de agosto me visitan Pedro y Nelly y el domingo por la mañana viene mi amigo colombiano Luis Aranguren; viene cargado de comida, café, chocolates y libros. El y una señora que lo acompaña almuerzan conmigo. A Luis, aunque últimamente me visita frecuentemente, no puedo decirle nada sobre mi fuga. No quiero involucrarlo.

A las tres de la tarde se retira y comienza para mí la hora cero. Como siempre, se acercan a las rejas de mi celda numerosos presos pidiéndome algo. Cautelosamente reparto todos los víveres que me quedan y alguna ropa; quisiera dar más, pero

no puedo porque se puede hacer muy obvio. Estoy sereno y decidido, como siempre. A las cinco de la tarde me acuesto y comienzo mi media hora de relajamiento y meditación. Dos días antes he cortado los barrotes de mi celda con mucho cuidado para que no me detectaran. Cuando estaban casi cortados, los rellené con cera y los pinté con pintura de óleo. Así es imposible que noten que están casi aserrados. También tengo casi aserrados los sostenedores del candado que da al patio de tomar el sol.

El plan es abrir un gran boquete en la malla protectora que cubre el techo del patio para que crean que he salido por allí, cortando los barrotes y cortando el sostenedor del candado.

Los guardias del penal y las autoridades que investigarán el caso creerán que salí por el boquete, me deslicé hacia la cerca del perímetro y salté sobre ella.

Sin embargo, algo haría fracasar esta parte de plan. Entre las ocho y media y nueve de la noche terminé de aserrar los barrotes y dejé el boquete por donde saldré de mi puerta abierta; no uso las llaves. Me acerqué a la puerta que da al patio y acabé de aserrar el candado de salida al patio; solamente espero la cizalla o alicate que me entregará el guardián Julio.

Desde las seis de la tarde no sé nada de él y esto me pone un poco nervioso. Ya se le han entregado 250 mil bolívares, de los que él tomará 200 mil y entregará 50 mil a su otro compañero, el que manejará el carro.

Le expliqué a Julio que el dinero se les entregaría con dos días de anticipación, para que tuvieran tiempo de llevárselo bien lejos de donde estaban, entregándoselo a alguien de confianza o guardándolo en lugar seguro. Le volví a repetir que en mis fugas anteriores, interrogaron a las personas que me habían ayudado y que no se les pudo probar nada. Que si permanecía callado y resistía el interrogatorio, al no encontrarse ninguna prueba o vinculación conmigo no le podrían probar nada y tendrían que liberarlo. Que instruyera a su compañero para que hiciera lo mismo. Le advertí que el interrogatorio, en la primera etapa, sería duro, pero como habría tantos sospechosos y tantas personas a interrogar, tendría que llenarse de valor y soportar las primeras horas. Me aseguró que así lo haría. A las nueve y media pasó por mi celda, le pedí el alicate y me dijo:

-Más tarde te lo traigo.

Sólo me quedaba esperar. A las once de la noche, una hora antes de salir y sin haber podido abrir el boquete, me trajeron un alicate no adecuado para el trabajo que tenía que realizar. Cuando fui al patio y traté de cortar un alambre, resultó prácticamente imposible. Para mí era increíble que no me hubieran traído la herramienta adecuada, cuando se trataba de abrir un boquete precisamente para proteger a las personas que me estaban ayudando. Además, en dos ocasiones les había dado dinero para que me compraran el alicate. Sin embargo, decidí abrir un boquete en el centro de la alambrada con un palo que estaba allí. Como después se demostró, el hueco que abrí en el techo no convenció mucho. Contrariado porque se había perdido la primera parte del plan, regresé a mi celda y comencé, con serenidad, a ponerme el disfraz de vigilante. Los vigilantes que cuidan el penal son generalmente hombres jóvenes. Ninguno mayor de 35 años. Por eso me teñí el pelo de negro y me puse un pequeño bigote. En una bolsita tenía tres latas de Pepsi-Cola, un frasco de vitaminas múltiples, una máquina y crema de afeitar con dos hojillas y unos cubitos de pollo Maggi; si por casualidad el carro no venía a buscarme, me introduciría en el monte y, con lo que llevaba en la bolsa, podría aguantar varios días hasta que la vigilancia y la búsqueda cesaran. Entonces me pondría una camisa limpia que llevaba en la bolsa, me afeitaría y saldría del monte tratando de encontrar la ciudad; éste era el plan alternativo por si algo fallaba.

A las doce menos diez entró la primera pareja de vigilantes; venían a relevar el turno que salía; inmediatamente entraron tres o cuatro más, después dos más y luego otro, hasta completar los ocho. Los que terminaron su turno empezaron a salir, cada uno con bolsas pequeñas que contenían comestibles o algunos artículos que usaban durante las 24 horas de vigilancia.

1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, faltaba el 8, pero ya yo estaba abriendo las puertas con las llaves y casi saliendo al pasillo; abrí la puerta y... salió el vigilante número 8; a pocos pasos, detrás de él, iba yo con mi bolsita en la mano; al salir, vi en la puerta a un guardia sentado fuera del penal, conversando con Julio.

Los que salieron entraron en un pequeño edificio que llamaban "La Cuadra", situado como a 25 metros de la puerta principal del penal, donde dormirían hasta el día siguiente cuando tomarían autobuses para irse a sus casas.

Yo sabía que algunos vigilantes que, por alguna razón querían irse pronto a sus casas se iban de inmediato y tomaban el camino de la prisión hacia la carretera donde, alrededor de las tres de la mañana, pasaba un autobús. Este autobús era otra de las alternativas si el carro no venía, pues bien sabía yo que la fuga no sería detectada sino hasta el otro día.

Entré a la cuadra como los demás vigilantes y, gracias a Dios, no estaba iluminada. Salí y tomé el camino que conduce a la otra carretera; el camino mide más o menos un kilómetro y medio y a ambos lados hay guarniciones del ejército con guardias en la puerta. Tomé el largo camino y un guardia de los que hacen vigilancia en la cerca, pasó muy cerca de mí. Como yo tenía mi tarjeta de vigilante puesta en el bolsillo de la chaqueta, no me dijo nada. Cuando caminé unos 100 metros le di vuelta a la chaqueta y puse la parte azul para adentro y la parte negra para afuera; metí el cuello de mi camisa, me puse el cuello de cura y saqué el libro de la bolsa; así y de lejos, tomé la figura de un sacerdote. En el camino se me acercó un campesino y empezó a conversar conmigo sobre una enfermedad que tenía su hijo, deseando que yo rezara unas oraciones por él. Caminamos unos cuatrocientos metros, hasta llegar a un club que se encuentra a la derecha y que es frecuentado por soldados y oficiales. Había una gran algarabía y un carro estacionado. En este sitio me abandonó el campesino. Recorrí otros cuatrocientos o quinientos metros y ya estaba como a unos cien metros del entronque de la carretera, cuando vi un carro moderno que dobló y avanzó por la carretera del penal. Sus potentes faros me iluminaron, pero yo seguí como si no me hubiera dado cuenta; minutos después de cruzarse conmigo, vi el reflejo rojo de sus faros traseros; al pisar el pedal del freno, hizo una vuelta en U y retrocedió inmediatamente; me di cuenta de que era el carro que venía a buscarme. Me introduje en él y reconocí al guardia; pasamos por la puerta que da acceso a la carretera del penal, y donde también había una garita de

guardias, que no nos prestó la menor atención. Inmediatamente nos pusimos en camino sobre la carretera asfaltada que conducía al pueblo La Encrucijada.

Sin pronunciar palabra, observé con desagrado que el vigilante llevaba puesta ropa nueva y que, en la parte posterior del carro, iban varios paquetes de compras. Le pregunté si había comprado eso y me dijo que sí, que de su dinero había gastado como 6 ó 7 mil bolívares; es decir, lo que ganaba en tres meses. No quise incriminarlo porque todavía nos quedaba un paso difícil de cruzar y no quería perturbar su serenidad. Llegamos al retén; delante de nosotros un camión estaba detenido. Detuvieron nuestro carro y nos pidieron los papeles. Les mostramos nuestras identificaciones y nos hicieron abrir el maletero del carro; dijeron que continuáramos. Avanzamos velozmente hacia La Encrucijada. Antes de llegar al pueblo, le dije al vigilante que botara todo lo que había comprado, incluyendo la ropa.

Pero mi mente no estaba tanto en la seguridad del vigilante, como en los acontecimientos que se sucederían. Allí había dos carros: uno de ellos con dos de mis amigos y, el otro, con tres funcionarios de la policía que nos seguirían y nos custodiarían para que, en caso de ser detenidos, nos avalaran con sus credenciales. Así, en menos de una hora entramos a la ciudad de Caracas. En el camino hacia mi escondite encontramos dos patrullas de policía, que tampoco nos hicieron el menor caso; llegamos al escondite a las dos y 17 minutos de la madrugada del 18 de agosto de 1985.

El plan para salir inmediatamente del país fracasó. Aún no lo puedo relatar para no comprometer a las personas que me ayudaron.

Mientras, a las seis y media de la mañana, el vigilante que recorría todas las celdas abrió la mía y no me encontró; inmediatamente dio la voz de alarma. Avisaron al director del penal y al coronel jefe de la guardia, quienes notificaron a sus respectivas jefaturas.

Llegaron el general Gustavo Medina García, Director General Sectorial de Defensa y Protección Social del Ministerio de Justicia, y la doctora Dunia Farías, de la Dirección de Prisiones. El Ministro del Interior, Octavio Lepage, hizo declaraciones. En

Miami, todas las estaciones de radio anunciaban cada quince minutos la fuga sensacional.

La PTJ comienza a hacer las investigaciones y a buscarme. La Policía Técnica Judicial interrogó a casi todas las personas que me visitaron. Algunas permanecieron varios días bajo interrogatorio.

Mientras, al fallar el primer plan, otro es puesto en marcha, inmediatamente.

Dos de mis amigos de Miami entraron a Venezuela por la frontera con Cúcuta y hacen los arreglos para un nuevo plan. Cuatro de mis más queridos amigos me ayudan a esconderme y servirán de enlace con la gente de Miami. También se ocuparon de mi traslado hasta Coro, ciudad que queda a 700 kilómetros de Caracas.

A los 25 días de estar escondido, cuando la vigilancia y los retenes habían cesado, tres carros me trasladaron desde Caracas hasta Coro. Iba completamente disfrazado, pues la prensa y la televisión se encargaron de difundir mis fotografías, de forma que podía ser reconocido fácilmente. Tengo otra identificación, y trato de crear un disfraz que luzca como la persona de la cédula. También tengo un pasaporte venezolano vencido, por lo que en mi escondite mando a hacer un sello de goma a una imprenta y estampo en el pasaporte un letrero que dice "renovado"; pongo fecha de renovación y, abajo, la firma de Ramón Ignacio Velázquez, en aquel tiempo ex-Director de Extranjería y gran amigo mío; para tal efecto uso unos cuños de goma y los hice más o menos ilegibles. Con este pasaporte viajaría por varios países de Latinoamérica.

Sali de Caracas a las cuatro de la mañana y después de haber sido detenido durante el camino por tres retenes, sin ningún problema entré a la ciudad de Coro alrededor de las diez de la mañana. Me alojé en el hotel más céntrico de la ciudad. Al llegar a mi habitación tomé un baño y esperé a mi contacto que llegaría puntualmente a las doce del día. Al oír su voz por el teléfono bajé al lobby del hotel, liquidé el importe de la habitación y penetré en un taxi, en el que mi contacto tenía un montón de bolsas de compras que acababa de realizar en un mercado.

Nos dirigimos hacia La Vela del Coro, un puerto donde hay numerosas embarcaciones. Una lancha de 23 pies de eslora, con un motor *outboard in board* y con una persona a bordo nos espera. El taxista nos ayudó a trasladar toda la mercancía hacia la lancha. Mientras avanza la embarcación mar adentro, me cambio de ropa. Mi contacto me ha traído unas raídas ropas de pescador y unas alpargatas que inmediatamente me pongo. Lo único que no contrasta con mi vestimenta y que está fuera de tono es el pálido color de mi piel. Aunque en la prisión tomaba sol regularmente, un mes de encierro en el apartamento ha vuelto a poner mi piel blanca, contrastando con el color moreno bronceado de las dos personas que van a bordo; miro al sol y veo que avanzamos hacia el norte. Al cabo de una hora de camino divisamos una embarcación pesquera. La lancha se aparea a la embarcación y, con mucho trabajo, logro escalarla y abordarla. En el bolsillo derecho de mi pantalón llevo un pequeño revólver cal .38 Smith & Wesson, modelo Chief Special, que me ha entregado mi contacto. En el otro bolsillo llevo 4 mil 700 dólares en billetes de 20 y 50.

El barco es un bote camaronero con una tripulación de unos 15 ó 20 hombres, que parecen no preocuparse en lo más mínimo por mi presencia a bordo. Me imagino que el patrón y su tripulación estarán acostumbrados a ese tipo de operaciones y, tal vez, a algunas de contrabando.

Con alegría veo en el cielo que se está produciendo una tormenta; será una pequeña tormenta tropical que desaparece con rapidez, pero que sirve para impedir que las lanchas patrulleras venezolanas o algún avión de reconocimiento salgan al mar. Pasamos esa tarde, la noche y el día siguiente en el mar. La lenta embarcación no cruza a más de 7 nudos; es decir, 7 millas náuticas por hora.

Al amanecer del siguiente día tomamos tierra de nuevo. Me quito mi ropa de pescador y me pongo un pantalón, una camisa y unos zapatos que, para tal fin, estaban en el barco. Mientras éste atraca, me afeito y aseo lo mejor que puedo; todavía es de noche. Al desembarcar avanzo unos 300 metros y, según el mapa que me han dado, atravieso lo que parece un estadio de base ball; saliendo de éste, observo la carretera.

Debo estar en el punto acordado a las seis de la mañana; me escondo lo mejor que puedo entre unos arbustos y allí veo llegar las primeras luces del alba; con ella, los típicos ruidos de las casas rurales cercanas: ladridos de perros, cantos de gallos, etc. Exactamente a las 6 menos 3 minutos salgo de mi escondite y camino pausadamente hacia la carretera. El carro que me trasladará llega en el mismo momento que llego yo. No hace falta identificarlo porque en él, acompañado por un conductor, llega uno de mis amigos de Miami. Subo al carro y avanzamos por una carretera costera durante unos 15 minutos.

Estamos en una de las islas cercanas, frente a Venezuela; con mi cédula de identidad y mi pasaporte, vencido y renovado por mí, haré frente a cualquier problema de identificación. Gracias a Dios nada de eso sucede.

Nos dirigimos a un lujoso y carísimo hotel ubicado al lado de la playa. Paso a la habitación que previamente ha alquilado mi amigo y tomo un baño caliente que me quita toda la sal impregnada en mi cuerpo.

Con ropa de mi amigo bajo al comedor, donde tomamos un suculento desayuno. Todavía tenemos que esperar como media hora para tomar un taxi y dirigimos a la ciudad donde compraré alguna ropa. Allí compro un pequeño maletín de mano, tres pantalones, cuatro camisas, cuatro juegos de ropa interior, cintos y zapatos; también compro un par de lentes oscuros y un par de pantaletas de baño.

Regreso al hotel y mi amigo y yo tomamos un baño en las bellas y candentes aguas de la isla. La habitación que ocupamos cuesta 210 dólares diarios.

Al día siguiente gocé de una fiesta entre amigos: vi de nuevo a mi contacto, el que me había recogido en el hotel en Coro y me presentaron al piloto que me trasladaría a un país centroamericano. Le entregué mi pasaporte e, inmediatamente, se movilizó para conseguir permiso de volar sobre territorio colombiano.

A este amigo, natural de las islas, le tengo un gran afecto y le debo mucho. Desinteresadamente y con gran valentía participó en mi difícil traslado de Venezuela a la isla. Arriesgó mucho: joven y con una posición económica solvente, compartió el peligro y fue parte decisiva en mi plan; sin él, no hubiera

podido realizarlo. Cariño profundo y mi eterno agradecimiento a mi hermano Mr. R.

Al poco rato de estar instalado en el hotel llegó mi amigo Rolando Mendoza. Apuesto, varonil con su pelo gris, vino a mi encuentro. Nos abrazamos y sin casi decir palabra, nos dirigimos al bar del hotel y tomamos dos cervezas. Nadie se fijó en nosotros aunque yo, todavía receloso, lo observaba todo.

Todo está en orden. Por la noche invito a mi amigo, Mr. R., a su esposa y a Rolando a cenar al aire libre en la terraza del lujoso hotel, los precios son increíblemente caros. Por una comida de carnes de cuatro personas y una botella de vino pago la (para mí astronómica) suma de 150 dólares. Es el primer lujo que me doy en muchos años. Me siento seguro y doy gracias a Dios por todo lo acontecido. Paso dos días descansando en la playa y en la mañana del tercer día llega Mr. R. con las instrucciones de lo que debo hacer.

No he podido conseguir un pasaporte decente, por lo que viajo todavía con el viejo pasaporte venezolano renovado por mí. Me indica que temprano, a la mañana siguiente, emprenderé vuelo hacia Centroamérica. Una pequeña avioneta Cesna 310 de dos motores nos llevará a nuestro destino: el piloto ha sido contratado para ese vuelo especial y no hace preguntas.

Es un enorme indio que habla el español con mucho acento y que ha conseguido visas de entrada a Costa Rica para mí y para él. Solamente estamos esperando el permiso que extenderá el gobierno de Colombia para poder volar sobre su territorio. Para tal efecto hemos enviado un telegrama y solamente esperamos la respuesta.

Transcurren dos días sin recibir el permiso y decidimos emprender el viaje sin que éste haya llegado.

Salimos a las siete de la mañana. Nuestra primera parada será Panamá para reabastecernos de gasolina. Al sobrevolar territorio colombiano, los colombianos nos dicen por radio que el avión está volando sobre su territorio sin permiso; el indio discute en su español difícil de entender y dice que el permiso está solicitado. Lee la copia del telegrama que hemos enviado, pero un avión de caza tipo mosquito nos hace varios pases y trata de obligarnos a descender.

El indio se niega a descender y discute acaloradamente con la torre de control, mientras el avión caza sigue haciéndonos pases cada vez más de cerca. El incidente dura unos diez minutos y, por fin, los colombianos nos dejan continuar el viaje ante la negativa y testarudez del piloto. Entre las dos y tres de la tarde aterrizamos en el aeropuerto internacional de Panamá, donde nos dicen que necesitamos visa para llenar los requisitos de control. Explicamos que solamente necesitamos llenar los tanques de gasolina, pero se niegan a dejarnos continuar. Vamos al Departamento de Migración con nuestros pasaportes y allí tramitamos las visas. Por los trámites pagamos 100 dólares. Compramos algunos objetos de tocador en el puerto libre del aeropuerto y, al dirigirnos al avión, nos encontramos con otro problema. Los funcionarios del Departamento de Control de Drogas nos muestran una bolsita blanca que han encontrado en el avión. La bolsa contiene azúcar para endulzar el café que llevamos en un termo. Así lo explicamos a los funcionarios del Departamento de Control de Drogas, quienes dicen que de ninguna forma puede continuar el vuelo hasta que ellos no hayan analizado el producto en sus laboratorios, lo que tomaría alrededor de dos días. Otros cien dólares resuelven el incidente y, por fin, continuamos vuelo. En seguida estamos sobrevolando Costa Rica. El cielo está tormentoso y las nubes muy bajas.

Al llegar al aeropuerto internacional de Costa Rica la torre de control nos pide que usemos los instrumentos para descender en la pista. En ese momento me entero que mi piloto indio no sabe volar con instrumentos. Sin embargo la torre, magistralmente, lo va dirigiendo y, por fin, logra penetrar por un lugar donde no hay nubes, muy cercano a la pista de aterrizaje; aterrizamos sin dificultad. Para seguir volando sobre Centroamérica es necesario pedir un permiso a Nicaragua, cuya razón todavía no me explico. Nuestro avión saldrá de Costa Rica volando hacia el mar unas cincuenta millas. Inmediatamente que llegue a las cincuenta millas doblará y seguirá paralelo a la costa nicaragüense, hasta terminar el territorio de Nicaragua. Entonces girará en ángulo y se dirigirá a tierra. Sin embargo, ese día no podremos salir de Costa Rica porque las condiciones

atmosféricas son malas. Decidimos aplazar el vuelo hasta el siguiente día, aun sabiendo que nos estaban esperando.

Dejamos el avión bajo el cuidado de un funcionario del aeropuerto en San José y nos dirigimos a pasar los controles de migración y aduana en el aeropuerto. El indio saca de sus bolsillos dos frascos de perfume que había comprado en Panamá y se los da como obsequio a las muchachas de migración. Mirando apenas mi pasaporte, estampan el sello de entrada al país. Una vez pasados los controles, tomamos un taxi que nos conduce a un lujoso hotel de San José, allí me comunico telefónicamente con Miami y explico la situación. Ellos, a su vez, se comunican con las personas que nos esperan en El Salvador.

Félix Rodríguez, alias Max Gómez, compañero mío de la brigada, sin que yo lo sepa me está esperando en una pista militar en territorio salvadoreño. Félix vuela helicópteros de combate para la Fuerza Aérea Salvadoreña y es la persona que han contactado mis amigos de Miami para que organice mi recepción. En la pista hay un jeep del cual, al aterrizar el avión, salen Félix y un militar salvadoreño. Lo reconozco de inmediato: alto, bien parecido, me espera con una amplia sonrisa y un abrazo fraterno. En el jeep hay varios recipientes de cinco galones de gasolina de avión que, inmediatamente, colocan en los tanques de la avioneta. De inmediato el indio emprende el viaje de regreso y yo me voy en el jeep con Félix y el oficial salvadoreño, el capitán Roberto Leiva quien, valiente y decidido, me admite en la base aérea militar de Ilopango.

III PARTE

Mi actuación en Centro América

17

Comienza una nueva etapa de mi vida

El Salvador es un país pequeño de grandes hombres. Durante diez años se enfrascó en una guerra fratricida, que le costó a la nación 80.000 muertos.

La guerrilla del FMNL, apoyada por el comunismo internacional y principalmente por Cuba y Nicaragua, trataba de desestabilizar el sistema para lograr el poder. Las Fuerzas Armadas Salvadoreñas recibían ayuda en armamento, dinero y asesoría de los Estados Unidos. Las unidades guerrilleras atacaban instalaciones militares y estructuras económicas, sobre todo el suministro eléctrico. Los combatientes de ambos bandos morían y la población civil sufría el rigor de la guerra. Diariamente se producían apagones que duraban varias horas, la economía estaba por los suelos, atentados, sabotajes y bombas estremecían las ciudades. En estas circunstancias se produce mi llegada a El Salvador.

Félix Rodríguez trabaja para la Fuerza Aérea Salvadoreña. Vuela un helicóptero HUGH-500, artillado en misiones de combate. Esa noche duerme en la habitación que le han asignado dentro de la base. Nuestra conversación trata de los

viejos tiempos, de la invasión a Bahía de Cochinos; de la Base de Fort Benning, donde ambos fuimos oficiales del ejército americano; de los trabajos que realizamos con la CIA, etc. Trato de eludir el tema de la prisión y la fuga; los recuerdos son muy recientes y todavía causan dolor.

Al siguiente día, Félix sale a una misión muy de mañana y a su regreso lo estoy esperando. Tomamos un jeep blindado y nos dirigimos a la ciudad. Voy con mi mochila de viaje. Me alojo en una habitación del Hotel Camino Real, que su propietario, el señor Luis Poma, ha facilitado a Félix. Ahí viviré hasta que encuentre alojamiento.

Dos días después recibo la visita del Dr. Alberto Hernández, próspero médico y patriota cubano con residencia en Miami. Alberto en varias ocasiones me ha demostrado su valor y amistad. Esta vez, de nuevo está allí para apoyarme en mi difícil situación. Un grupo de Miami, gente muy calificada, entre las que están Jorge Mas, Feliciano Foyo, Pepe Hernández y otros, han hecho un "pull" para solventar mis necesidades económicas.

Alquilamos una casa. Alberto y yo salimos al automercado y compramos utensilios de cocina, cubiertos, sábanas, toallas y comestibles. Me asignan una cantidad de dinero suficiente, que me llega regularmente todos los meses. Una sirvienta llamada Angélica y un carro alquilado completan mis necesidades.

Unos días después de llegar me encuentro con una agradable sorpresa: Luis Orlando Rodríguez está en El Salvador, es segundo al mando del grupo militar de asesores que tiene el ejército americano. Lo conocí en Fort Benning, Georgia, cuando ambos éramos tenientes; ahora tiene el grado de teniente coronel. Me abraza efusivamente y desde ese momento se convertirá en mi ángel guardián.

Días después, con conexiones en la Fuerza Aérea, me consiguen documentos de identidad, pasaporte y un carnet para portar armas.

Me paso los días en la base aérea con Félix. Ocasionalmente vuelo con él en el HUGH-500. El capitán Leiva me concede que vaya a misiones de combate en un viejo avión DC3 artillado con

ametralladora calibre 50, que ametralla las zonas donde se encuentran los guerrilleros.

Así transcurren mis días, sin pena ni gloria; llega la Navidad del año 1985, la primera que disfruto a plenitud desde mis crueles y largos años de cautiverio.

18

La red de abastecimiento a la Contra

Abril de 1986

Un avión DC8 de la Compañía Arrow Air, procedente de Portugal, se dirigía a la base militar norteamericana de Palmerola, en Honduras, cargando un millón cien mil cartuchos 7.62 x 39 para fusiles AK-47, que serán entregados a las unidades de los Contras, estacionados en la base militar de El Aguacate, en territorio hondureño cerca de la frontera con Nicaragua.

Las fuerzas de los Contras, el FDN (Frente Democrático Nicaragüense) que combatían al ejército sandinista en el Frente Norte, eran comandadas por el coronel Enrique Bermúdez. Según lo convenido entre la CIA y la jefatura de los Contras, debían avisar con 48 horas de anticipación la llegada de cualquier avión de suministros al ejército de Honduras. Como en ocasiones anteriores, no se había cumplido con este requisito. El DC8, ya cerca de Honduras, se comunicó pidiendo autorización para el aterrizaje. El general Humberto Regalado Hernández desautorizó la entrada de la nave.

La carga del avión, unas 80.000 libras, había sido adquirida por el grupo del teniente coronel Oliver North, asesor del

Presidente de los Estados Unidos Ronald Reagan en materia de seguridad, que habían creado una red de abastecimiento para apoyar a los Contras.

Como bien se sabe, el congreso norteamericano había prohibido al gobierno que le suministrara material bélico a las fuerzas rebeldes en Nicaragua; solamente se permitía la ayuda no letal: uniformes, botas, medicinas, etc.

La CIA, que estaba a cargo de este proyecto, veía con muy buenos ojos que un grupo independiente apoyara con armas y municiones a los rebeldes antisandinistas.

Ante la urgencia de la situación, Rafael Quintero, viejo combatiente anticastrista y hombre de confianza del general Richard Seacord, quien pertenecía al grupo de North, se comunicó telefónicamente con Félix Rodríguez, pidiéndole que intercediera ante el general Juan Rafael Bustillo, comandante de la Fuerza Aérea Salvadoreña, para que dejara aterrizar la nave en la base militar de Ilopango. Bustillo no sólo accede sino que permitió descargar el avión y guardar la munición en los almacenes militares de la Fuerza Aérea.

Dos días después llegó a El Salvador Rafael Quintero. Nos reunimos en la casa del capitán Leiva con Félix Rodríguez. Quintero traía una nueva petición de parte del grupo de Washington ¿Permitiría el general Bustillo construir una nave que sirviera de almacenamiento de armas y municiones dentro de las instalaciones de la base aérea? Félix transmite la petición y Bustillo está de acuerdo.

Un avión L-100 (versión comercial del C-130) de la compañía Southern Air Transport, aterriza en Ilopango transportando un almacén prefabricado; con él viene también un técnico especializado, que promete terminar la construcción en dos semanas. Bloques de concreto, ladrillos, cemento, herramientas, instalaciones eléctricas son adquiridas en el país. Treinta obreros salvadoreños, dirigidos por el técnico, hacen posible la finalización de la nave en sólo 10 días. ¿Permitiría Bustillo traer un avión con su tripulación para hacer "tiros" de suministro a las tropas rebeldes?

Llega el primer avión, un C-7 Caribú Canadiense. Cerca de Ilopango sufre un percance: se le para el motor y, después de

botar la carga, ejecuta un aterrizaje forzoso. El avión es protegido por el ejército y la Fuerza Aérea le da apoyo para arreglar el desperfecto; al siguiente día aterriza en Ilopango.

Participo en la construcción del almacén y alquilo una casa para alojar a la tripulación del C-7. Otro Caribú, dos aviones del tipo C-123 y una avioneta Maul, constituyen nuestra fuerza aérea de suministro. Sawyer, Prowatti, Hugh, Cunni, Cooper, Bob Owens, pilotos mecánicos, *Riggers* (empaquetadores de paracaídas), *Kickers* (lanzadores de carga) en número de 30, integran la tripulación de los aviones.

El reclutamiento del recurso humano lo hace un coronel retirado de la fuerza aérea norteamericana, llamado Dick Gadd; a finales de mayo se hacen los primeros vuelos. Las tormentas, la falta de equipo de navegación y la información imprecisa hacen que las misiones fracasen una y otra vez. Un avión de la Southern Air del tipo L-100, con 40.000 libras de armas y municiones, dotado de equipo sofisticado de navegación, hace el primer tiro exitoso. Bonzo, un viejo piloto, conduce la nave; en la tripulación va el asesor de North, Robert Owen.

Suministramos al Frente Sur de Nicaragua, específicamente al grupo guerrillero comandado por el comandante Franklin, que ha sustituido a Edén Pastora.

El jefe de la "estación" de la CIA en Costa Rica, Joe Fernández, está en contacto con las tropas de Franklin y, día a día, nos transmite su posición. Sofisticadas máquinas de codificar y descodificar mensajes telefónicos del tipo KL-3, suministradas por Oliver North, nos permiten transmitir mensajes seguros a Washington y a Joe en Costa Rica. Hay varias de esas máquinas en las casas de seguridad. El coronel James Steel, jefe del grupo militar americano en El Salvador, tiene una de ellas. Joe nos da la localización de las tropas de tierra y, posteriormente, nos avisará si la misión de suministro ha tenido éxito.

Las tropas de tierra hablan español y las tripulaciones de los aviones solamente inglés. Viajo en los aviones para establecer las comunicaciones de tierra a aire y viceversa, y comunicármelas a los pilotos. Frecuentemente nos comunicamos con las radios sandinistas que se meten en nuestra frecuencia y,

haciéndose pasar por los Contras, tratan de desviar nuestro avión hacia ellos.

Las misiones, que se producen casi a diario, a medida que el tiempo mejora, comienzan a tener éxito. Construimos una pista de aterrizaje en la finca El Murciélagos, en la frontera entre Costa Rica y Nicaragua. Allí almacenamos gasolina para hacer más cortos los viajes desde El Salvador hasta la zona guerrillera en territorio nicaragüense.

En abril llega un Lear Jet, procedente de Washington; en éste vienen Oliver North, el general Seacord y Dick Gadd; traen piloto, copiloto y aeromoza.

Vienen a una reunión con el general Bustillo y con Bermúdez. A la reunión asisten también el capitán López y Félix Rodríguez. Dick Gadd sale conmigo a hacer un recorrido por los almacenes y casas donde están alojadas las tripulaciones.

En la reunión se discuten los distintos tópicos del proyecto de abastecimiento. El FDN no tiene pilotos y acepta que pilotos norteamericanos mantengan y vuelen los aviones.

Al retirarse como a las 4 de la tarde, después de un almuerzo, se llevan varias cajas de cerveza salvadoreña Pilsener.

El viaje desde Ilopango hasta la zona de suministro toma 5 horas en los aviones C-123, que van llenos de combustible, limitando su carga a 8.500 libras.

Recuerdo una noche que iba piloteando William Cooper y llevaba como copiloto a Plowatti; en territorio nicaragüense las tormentas eran tan fuertes que no se veía nada; además, los instrumentos del avión se dañaron. Pasamos sobre una base militar sandinista, donde nos hicieron fuego con ametralladoras calibre 50; se podían ver las balas trazadoras cruzando alrededor de la nave. Como a los 15 minutos, el avión recibió varios golpes fuertes. Observé por la ventanilla y pude ver que el motor jet del ala izquierda estaba destrozado. El C-123 tiene dos motores jet que auxilian a los motores de propela en el despegue, apagándolos cuando la nave toma altura. Al llegar a la base por la mañana, pudimos observar golpes en las alas del avión y sacamos pedazos de madera del motor destrozado: ¡habíamos pasado por dentro de un árbol sin darnos cuenta!

En un momento dado habíamos varios cubanos involucrados en la guerra. En Honduras se encontraba Mario Delamico, hombre de confianza del general Regalado y a quien éste había encargado de la logística; no había vuelo o barco que llegara con armamento para los Contras que no fuera controlado por Mario. El coronel Reynaldo García (a) El Chiqui, jefe del grupo militar de Estados Unidos en Honduras, cooperó abiertamente y en varias ocasiones arriesgó su posición participando en operaciones que le estaban vedadas por el ejército a que pertenecía. Corzo y Papito Hernández suministraron armamento y pelearon al lado de los combatientes del Frente Sur.

El coronel Luis Orlando Rodríguez, también cubano, y que no tenía nada que ver con el otro Luis Orlando, ocupaba una alta posición en Guatemala y, desde allí, fue hombre clave en las primeras etapas de la Contra.

En El Salvador, además de Félix y yo, estaba el coronel Luis Orlando Rodríguez, quien junto con su comandante, el coronel Steel, cooperaron más allá de sus límites. El capitán Peter Díaz, también del grupo militar, todos los días me entregaba personalmente el pronóstico del tiempo, tan necesario para los vuelos de nuestros aviones. Delamico fue la figura principal de un hecho poco conocido y, a la vez, histórico. Desde la guerra que sostuvieron El Salvador y Honduras existía antagonismo entre los dos países, el cual había crecido hasta el extremo de que no existía intercambio de información de inteligencia y mucho menos cooperación operativa entre ambos.

Mario, debido a sus conexiones, tuvo varias pláticas al más alto nivel, exponiendo las ventajas que para ambos países significaban el acercamiento y la cooperación en materia militar, tanto en la guerra de los Contras como en la guerra que el Salvador sostenía con los insurgentes de izquierda, cuyas unidades se replegaban en los bolsones fronterizos.

Los jefes de los ejércitos de El Salvador, general Blandón y de Honduras, general Regalado, acceden a enviar a sus emisarios para una conferencia en la frontera. Se reúnen el coronel Aplicano por Honduras y el coronel Orlando Cepeda por El Salvador. Mario asistió a la reunión. La CIA fue excluida por el alto mando de los dos países. El objetivo de la reunión fue el

desarrollo de un programa mutuo contra el enemigo común: el comunismo.

En El Salvador, el programa de suministro continuaba. En la Base de Ilopango, junto al almacén de pertrechos de guerra, había un almacén de piezas de repuesto.

El trabajo era intenso; diariamente los empaquetadores preparaban las cajas con los paracaídas. Los mecánicos se ocupaban de las máquinas de los viejos C-123 y C-7. Se realizaban vuelos de prueba diariamente. La Fuerza Aérea de El Salvador nos vendía el combustible que utilizábamos en nuestros aviones, los mecánicos de la base auxiliaban a nuestros mecánicos y, lo más importante, casi diariamente dejábamos caer armas y municiones a las unidades de tierra del Frente Sur.

El suministro del Frente Norte, en el cual nosotros no tomábamos parte, estaba con dificultades y el coronel Bermúdez nos pide cooperación. Se le envía un Caribú con su tripulación y un mecánico, que diariamente suministrara a las guerrillas del FDN en el Frente Norte.

De Washington envían al coronel (retirado) de la Fuerza Aérea de EUA, Bob Dutton, que se encargará de la jefatura de todo el proyecto. Dutton, hombre de valor, que tuvo parte importante en el rescate fallido de los prisioneros norteamericanos en Irán, pronto tiene fuertes roces con Félix.

Dutton se enroló en una misión en territorio nicaragüense donde suministraron con éxito.

A mediados de mayo, como a las 3:00 de la tarde, me encontré con Mario en completo uniforme militar con un M-16 en la mano. Me saludó y le pregunté que para dónde iba.

-Voy a San Miguel, a la base militar.

Y discretamente no me informó sobre su misión. Momentos después lo vi abordar un helicóptero.

Esa noche, como a las tres de la mañana, me llamó Félix Rodríguez y me dice que un numeroso grupo guerrillero ha atacado con fuerza. Los aviones y helicópteros están saliendo de Ilopango para hostigar a los atacantes.

Me acordé de Mario. Me vestí y salí para la base aérea. Vi llegar las tripulaciones, reabastecer sus naves de combustible y municiones y salir otra vez.

Al llegar el día, el ataque cesó y los guerrilleros se retiraron bajo fuerte hostigamiento.

Los muertos de ambos bandos fueron considerables; cerca de 90 soldados y un número menor, pero también significativo de guerrilleros.

El Batallón Arce, al mando del coronel Mauricio Estévez, vino al rescate de la base con 700 efectivos y recuperó la posición temprano por la mañana. Félix y yo, en un Hugh-500, conducido por Félix, llegamos a la base. La destrucción se observa por todos lados. En la nave donde dormían los soldados y donde fueron atacados con explosivos que plantaron grupos de guerrilleros especializados, se veía sangre y destrucción. A los muertos los estaban apilando y a los heridos evacuando. Buscamos a Mario, y pudimos saber que se encontraba a salvo y ya había sido evacuado.

Vuelos y más vuelos

Comenzamos a volar de día, arriesgando mucho. Nicaragua tiene helicópteros del tipo MI-24 y MI-25, máquinas formidables, con un poder de fuego tremendo y gran velocidad, que podían fácilmente alcanzar y destruir nuestras naves. Además, poseen cohertería de tierra a aire del tipo SAM-7, que tiene gran movilidad y puede ser trasladada con facilidad.

La ruta de nuestros vuelos se hace constante. Varias veces, en la habitación donde se planean las operaciones, Piowatti me lo hace saber. Hablo con William Cooper, jefe de los pilotos, pero éste sonríe y no le da importancia. Cooper, un hombre de unos 60 años, ha participado durante toda su vida en vuelos de transporte sobre territorio enemigo. Tiene más de 30.000 horas de vuelo. No conoce el miedo. Trabaja ocasionalmente para la empresa Southern Air. Es el jefe y todos los pilotos lo respetan mucho.

La noche del 7 de octubre hay una comida en mi casa. Angélica, la sirvienta, ha preparado magistralmente unos patos al vino, que cacé la semana anterior con mi amigo Franco Benedetti. Somos solamente seis comensales. Cooper se encuentra entre ellos. También está Félix Rodríguez. Cooper ha

bebido un poco y se muestra entusiasta y jovial. Cuando llega el postre y el plus-café se toma media botella de amareto con helado de chocolate. La última noche de su vida la vivió feliz. El siguiente día era domingo. Los domingos, a no ser una emergencia, yo jamás volaba.

El vuelo de la muerte

El vuelo, con 8.500 libras de carga, saldría a las 11 de la mañana. Llegué temprano a la base aérea de Ilopango y ordené llenar los tanques del C-123. La tripulación está compuesta por Cooper y Sawyer como piloto; Eugene Hassenfus, un americano alto y fuerte, va en la nave como *kicker*; es decir, el encargado de arrojar la carga al llegar el punto preseleccionado. Un joven nicaragüense, de unos 20 años, será quien hablará por radio con las tropas de tierra. El capitán López, jefe de logística de los Contras, se encuentra allí con un grupo de cuatro nicaragüenses que se ocupan de las comunicaciones. Tienen, en una habitación construida en el almacén de pertrechos, un radio por el cual se comunican con El Aguacate.

El joven que irá en el avión para establecer la comunicación con tierra, no llega. Son las 10:45 y el avión tendrá que salir a las 11:00. Comienzo a cambiarme la ropa para ocupar su lugar. Estoy disgustado. De repente lo veo venir, cuando ya estoy listo para abordar el avión. Le doy un fusil AK-47 y así, sin cambiarse, aborda la nave. Es una mañana esplendorosa. El avión carretea y levanta vuelo. Después de volar tres horas por la costa, llega a Nicaragua. Sigue la ruta que ha seguido en días anteriores. Los sandinistas han emplazado cuatro cohetes del tipo SM-7 con sus tiradores. Están esperando el avión. Este vuela bajo y, al pasar cerca de la instalación, disparan dos cohetes, uno tras otro. El segundo disparo pega en el motor izquierdo de la nave; un fuerte estremecimiento, y el avión comienza a descender. Con tanta carga es imposible controlarlo. Hassenfus, el *kicker*, hombre de mucha experiencia, se da cuenta de que pronto se estrellarán; rápidamente se pone el paracaídas, toma su fusil AK-47, abre la compuerta de descarga y tira la carga. Por la misma compuerta, y ya con el paracaídas

puesto, se lanza. Todos los paracaídas de la carga se van abriendo; también se abre el paracaídas de Hassenfus. La nave desciende vertiginosamente; Cooper y Sawyer no pueden controlarla y cae pesadamente, estrellándose contra los árboles. Todos sus ocupantes mueren en el impacto.

Se arma el escándalo

Las tropas sandinistas buscan a Hassenfus, quien es capturado en la selva varias horas después. En los interrogatorios a que lo sometieron posteriormente, me reconoció e identificó por los retratos que le mostraron.

Se arma un gran escándalo. Los sandinistas, con los cadáveres de dos norteamericanos y con otro detenido, emprenden una campaña publicitaria atacando a los Estados Unidos.

Aparezco en la primera plana del periódico *Miami Herald*, de Miami. Se descubre que un grupo de norteamericanos, entre los que figuran Oliver North, asesor del Presidente Reagan, y el general Seacord, desobedeciendo al Congreso de los Estados Unidos, suministran armas y municiones con aviones y pilotos americanos a los Contras.

Se destapa la olla del famoso caso conocido como IRAN-GATE, en el que la ganancia obtenida por la venta de armas a Irán, fue utilizada para comprar y suministrar pertrechos bélicos a los Contras.

En El Salvador también se produce un gran escándalo. Los periodistas de medios internacionales de prensa han detectado dos de las casas donde viven los pilotos y también detectan la mía. Nos rodearon tratando de obtener información y fotografías. Prohibí a los norteamericanos que salieran de la casa.

A las dos de la mañana del siguiente día, el general Bustillo me llama por teléfono y me pide que vaya a verlo a la base. Rafael Quintero, que está viviendo en mi casa, me acompaña. Los dos vamos armados, dispuestos a enfrentar lo peor. Tal vez, pensamos, nos detienen y nos encarcelan. No lo vamos a permitir. El general Bustillo es un hombre recto que habla de frente. Me pide información y también me dice que evite que los americanos salgan; que destruya papeles y equipos comprometedores.

Temer el escándalo de la prensa. Por él me entero que toda la operación de suministro se ha hecho sin la autorización ni el conocimiento del presidente Duarte. Bustillo nunca pidió su autorización para la operación.

Queda una vez más demostrado que en El Salvador el ejército, la fuerza aérea y el gobierno, tienen cuotas de poder por separado y solamente unifican su criterio en decisiones trascendentales.

La política internacional, como en este caso, siempre está controlada por el presidente, quien tomará las decisiones. En el caso del suministro de armas a la Contra, el presidente Duarte deberá enfrentar las consecuencias de las decisiones tomadas por el comandante de su fuerza aérea.

La CIA, conocedora de todo lo que estaba sucediendo (varias veces vi a sus funcionarios cerca de nuestros aviones), sin lugar a duda informó a William Casey, su director; éste, a su vez, debía informar al Presidente Reagan, de todo lo que estaba aconteciendo en El Salvador. Por conveniencia, o por instrucciones de Reagan, se hicieron de la vista gorda y permitieron que continuara la operación.

¿Quién podía negar que esta era una operación permitida y controlada desde Washington? analicemos: Oliver North era asesor de seguridad del presidente Reagan. Desde la Casa Blanca se establecía comunicación y se daban directrices a nuestros teléfonos. Las máquinas codificadoras y descodificadoras de conversaciones telefónicas estaban restringidas al uso del Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos y en cada una de nuestras casas había una. Casi todos, por no decir todos los pilotos, habían volado para la compañía Southern Air, que nos apoyaba con sus costosos aviones L-100 y cuyo personal, pilotos, mecánicos, etc., trabajaban para nosotros; era una compañía que pertenecía a la CIA, o que hacía trabajos para ella. Todos estos elementos indicaban que era muy difícil que Reagan no estuviera al tanto de todo lo ocurrido.

El día 10 de octubre, al final de la mañana, me encontraba en la Base de Ilopango conversando con el capitán López. Debíamos desalojar nuestros almacenes lo más rápidamente

posible, pues la prensa había pedido al presidente Duarte que permitiera una visita a la base de la fuerza aérea. Las casas descubiertas por los periodistas permanecían bajo acecho y los norteamericanos permanecían encerrados.

De pronto, un fuerte temblor de tierra me arrojó al suelo; parecía que las paredes se nos venían encima y las luces se apagaron. Al salir de la oficina, vimos que había ocurrido un terremoto de grandes proporciones. Salí de la base y, conforme avanzaba por las avenidas que me conducían a mi casa, iba apreciando la magnitud del sismo. Personas heridas eran trasladadas, casas destruidas, gente llorando y aterrorizada. Al llegar a la primera casa de seguridad, pude apreciar que los periodistas se habían retirado; así visité la segunda y tercera casa y la mía propia. De todas, los periodistas se habían retirado. Se desplazaban por toda la ciudad para cubrir el siniestro.

Aprovechamos bien el tiempo; trasladamos a todo el personal, unos 30 hombres, a la Base de Ilopango. La fuerza aérea me prestó camiones y personal militar uniformado y, esa noche, trasladamos cajas de documentos, desconectamos las radios y las grandes antenas de los techos. El armamento y todo el material sensible fue trasladado y almacenado en la Base Aérea.

19

Mi nuevo trabajo con los venezolanos

Después de la caída del avión viví en la Base Aérea de Ilopango por tres semanas. Poco a poco el escándalo de la prensa fue disminuyendo y la presión sobre nosotros cesó paulatinamente.

El *Miami Herald*, en primera página y a grandes titulares, publicó varios artículos sobre mi persona.

Me retiré a una casa de playa, de la que sólo salía para cazar palomas. Solamente un amigo, en quien confío mucho, Ramón Sanfeliu y su hijo José, conocían mi paradero.

Sé que mi vida está en peligro. Después de tanta publicidad, son muchos los que estarán deseosos de hacerle un favor a Castro. Los sandinistas, los guerrilleros del FMLN y los cubanos, cada uno por su lado o coordinadamente, me buscan de nuevo para matarme. A los dos meses de estar semiescondido, volví a San Salvador.

Un grupo de venezolanos están adiestrando a la policía salvadoreña. Un sujeto, de nombre Rivera, es el jefe del grupo. Lo conozco muy bien. Cuando yo estaba a cargo de las divisio-

nes de policía en Venezuela frecuentaba mi despacho, siempre adulador y tratando de congraciarse.

Cuando el general Bustillo solicitó al jefe del ejército un permiso para que yo portara armas, Rivera le mostró una foto mía, le dijo que yo era un prófugo de la justicia venezolana y le aconsejó que no me extendiera el documento. A pesar de todo, el documento que me permitía portar todo tipo de armamento, incluyendo subametralladoras y fusil, me fue expedido.

Los largos años de lucha me han enseñado a burlar a mis enemigos: nunca frecuento el mismo lugar; cambio de rutina; tengo cuidado con el teléfono; no hago citas, soy impredecible.

Rivera fue expulsado del grupo de asesores y tuvo que irse de El Salvador; la muerte de un instructor venezolano y de un guerrillero salvadoreño provocaron gran escándalo. Se descubrió que los venezolanos no sólo impartían enseñanza sino que también trabajaban con la policía. Una sustracción de fondos puso término a la estancia de Rivera en el país.

José Miguel Fritez, un chileno muy allegado a Duarte, controlaba los fondos de la Fundación Adenauer. Los fondos eran destinados a asesoría para el gobierno de Duarte. Los dos grandes núcleos de las asesorías estaban en el sector político, que Fritez dirigía personalmente con un gran aparato de publicidad, y en la asesoría a la policía.

Fritez, hombre de aguda inteligencia y de gran capacidad administrativa, camina siempre rodeado de ocho guardaespaldas. La guerrilla y la extrema derecha, principalmente el mayor D'Aubisson son sus enemigos.

Después de la salida forzosa de Rivera, vino a El Salvador, Hermes Rojas. Recuerdo muy bien que cuando lo introduce a la policía, tenía menos de 20 años. Desde el principio demostró gran capacidad, se hizo paracaidista, experto en explosivos, en operaciones *Swat*, piloto de helicóptero y llegó al grado de comisario.

Rojas traía como segundo a un funcionario cuyo seudónimo era Tomás, también muy calificado. Ambos hacían una buena pareja.

Cuando Hermes llegó al país, Fritez lo llamó y le encargó que me localizara. No me conocía, pero el excanciller de Venezuela,

Calvani, le pidió antes de morir que me encontrara y me ofreciera trabajo. También Calvani, que en ese tiempo era presidente de la Democracia Cristiana a nivel internacional, había encargado de mi búsqueda a Joaquín Chaffardet. Joaquín me localizó y estuvo varios días viviendo conmigo en El Salvador, pero me aconsejó no hacer contacto con los venezolanos, por ser Rivera quien, en aquel tiempo, fungía como jefe de ellos.

Ignacio Castro llegó a El Salvador e hizo contacto conmigo. A la semana de estar en el país se encontró con José Miguel Fritez, quien le preguntó por mí y le dijo que me andaba buscando para ofrecerme un trabajo. Cautelosamente y, temiendo una trampa, visité a José Miguel; fui con Ignacio Castro. Mis temores se disiparon cuando vi al comisario Hermes Rojas en la reunión. Agradable sorpresa; nos abrazamos y a Hermes se le humedecieron los ojos.

Esa noche me citaron a la casa de Hermes; al llegar, todo estaba silencioso y oscuro; de pronto se encendieron las luces y un grupo de mariachis comenzaron a tocar; me estaban dando una fiesta sorpresa.

Desde ese día comencé a trabajar con los asesores venezolanos. Hermes es el nuevo jefe de los asesores, en lugar de Rivera.

Tengo un apartamento con piscina en una zona residencial de San Salvador, de nombre La Sultana. En el departamento de al lado vive Polo Urrutia, Embajador de Guatemala en El Salvador, a quien profeso gran amistad. De Chile viene a visitarme mi gran amigo Marcelo Rosas; de Miami viene Syla Cuervo, Gaspar y Ramón Font.

Me cuido mucho, pues los enemigos están a la vuelta de la esquina; me amparo en la seguridad de Hermes y de Fritez, pues cada uno anda con un grupo de 8 a 10 guardaespaldas, con fusiles M-16 y subametralladoras Uzi. Dos veces por semana vamos al polígono de tiro, donde practicamos con pistola y subametralladoras. No me separo de mi arma, una pistola Beretta modelo 92. Cuando voy de cacería procuro ir con Hermes y con Fritez, ambos entusiastas de este deporte.

Transcurre el tiempo, sin pena ni gloria. Trabajo en mi casa en asesorías a la policía y preparo un boletín mensual de inteligencia. Hermes, con su grupo de venezolanos, y con Tomás como adjunto, desarrolla cursos de adiestramiento a la policía salvadoreña.

20

Guatemala, nuevos horizontes

En 1988 el Partido Demócrata Cristiano de El Salvador perdió las elecciones y, por lo tanto, se terminó el programa de la Anenauer. Fritez y los venezolanos abandonaron el país.

Al quedarme sin seguridad y sin trabajo, me convierto en blanco fácil de mis enemigos. Los guerrilleros del FMLN, mis enemigos naturales y alguno de los enemigos de Fritez, al ver mi vulnerabilidad, podrían intentar una operación en mi contra.

Decido trasladarme a Guatemala y buscar nuevos horizontes.

En Guatemala alquilo un apartamento en la zona residencial de Vista Hermosa. Tengo recursos económicos para poder aguantar unos meses.

Conozco al director de Teléfonos de Guatemala (GUATEL), Francis Ramírez, y por él me entero de los problemas de seguridad que tiene la empresa: robos de mercancía, mala organización en los servicios, sabotajes a las instalaciones por los mismos obreros, burocracia, etc.

La seguridad a GUATEL la proporcionan grupos de vigilantes propios de la empresa y una policía privada controlada por

el ejército, llamada Policía Militar Ambulante (PMA). Los vigilantes de ambas controlan el acceso a las instalaciones y vigilan los perímetros y las áreas dentro de las edificaciones.

La ineficiencia de ambas policías, su poco profesionalismo, los equipos y armamentos inapropiados que poseían, el deterioro, mala iluminación, servicios viejos e inadecuados contra incendios, malos sistemas de control y restricción de acceso a las instalaciones, hacían necesaria una evaluación de la seguridad.

Ramírez me muestra la propuesta de un estudio de seguridad que había hecho una compañía de servicios de seguridad controlada por un grupo de israelitas. La propuesta era deficiente y no abarcaba las principales necesidades de la empresa. Así se lo hice saber a Ramírez, y a continuación le ofrecí entregarle un estudio de seguridad a mi juicio, mucho más profesional, para que también lo presentara a su junta directiva.

En unos pocos días presenté mi propuesta y obtuve el contrato.

Mi trabajo se dividía en tres etapas. La primera sería visitar todas las instalaciones de GUATEL y hacer una encuesta de seguridad: altura y condiciones de las cercas; iluminación del perímetro, equipos contra incendios, condiciones de las ventanas, puertas, vulnerabilidad de las operaciones, control de visitantes, etc. Se fijaban fotográficamente las condiciones de los establecimientos y las fallas de seguridad.

La segunda etapa consistía en hacer recomendaciones para mejorar cada una de las fallas de seguridad y, la tercera y última, en trabajar sobre la implementación de los equipos necesarios y las medidas que se debían tomar para disminuir la vulnerabilidad de las instalaciones.

En el contrato estaba incluido el entrenamiento del personal de seguridad del director: comunicaciones, manejo defensivo, tácticas defensivas contra atentados y secuestro, defensa personal y uso de armamento.

Organizo el trabajo y todo marcha bien. No pierdo contacto con la gente de Miami. Como muchas veces, en nuestra larga

lucha, todo parece estancado y no se ve la solución por ningún lado. Espero con paciencia que se abra un nuevo camino.

Mientras tanto, sin yo saberlo, mis enemigos se confabulan para atentarse contra mí. Me han ubicado en Guatemala. En la sombra se organizan y trabajan en un plan siniestro.

El atentado

Septiembre de 1989

Un cubano de nombre Enrique (Kike) Fonseca llega a Guatemala con pasaporte nicaragüense. Su misión: hacer contacto con militares del ejército guatemalteco para planificar y ejecutar mi secuestro.

Al mismo tiempo, otros cubanos se reunían con un grupo de militares mexicanos para organizar la segunda parte del plan.

Tanto los militares guatemaltecos como los mexicanos cooperarían con los cubanos por una cantidad considerable de dinero.

Los guatemaltecos apoyarían mi secuestro en ciudad Guatemala. Los mexicanos proporcionarían una pista para aterrizar y despegar un avión Cessna 310, cerca de la frontera con Guatemala, en Tapachula.

Fonseca hace contacto con un coronel guatemalteco de nombre Nito Cabrera. El coronel recibe 40 mil dólares, comprometiéndose a efectuar el secuestro y trasladarme después a Tapachula, México.

Mientras, otro cubano, de nombre Manuel Cisneros Castro, ex-Jefe de Comunicaciones y Electrónica del Ministerio del Interior de Cuba, sobornando a los militares mexicanos, asegura la pista donde aterrizaría el avión Cessna 310 que me trasladaría a Cuba.

Pasan los meses de octubre, noviembre y diciembre; termina el año 89.

A la entrada del nuevo año, el coronel Cabrera no ha presentado ningún resultado. Los cubanos presionan para que se efectúe la operación. Cabrera alega que el secuestro es sumamente difícil y ofrece cambiar el operativo por mi eliminación física. Los cubanos acceden.

La cúpula de la muerte

Desde los tiempos de la dictadura del general Lucas García, en Guatemala se reunían semanalmente, específicamente los lunes a las 5:30 p. m. en el palacio presidencial, un grupo muy selecto de militares.

La reunión, presidida por el propio general Lucas García, contaba con la asistencia del Ministro de la Defensa, del Jefe del Estado Mayor, del Jefe de la Regional (servicio militar), del jefe de la PMA (Policía Militar Ambulante) y del G-2 del ejército. Recibían de este último la lista de las personas que debían ser asesinadas. Los motivos, generalmente políticos, se extendían hasta casos de venganza personal o económicos.

La junta decidía quién debía morir y quien no.

Una vez aprobado el asesinato, el G-2 encargaba a los coroneles subalternos la ejecución del mismo.

Los designados a efectuar la ejecución tenían un tiempo limitado, generalmente treinta días, para realizar los controles y vigilancia de las víctimas.

Las misiones de asesinato las podían efectuar con personal propio, o en algunos casos el G-2 apoyaba estos trabajos con personal especializado, asesinos que podían ser utilizados en operaciones críticas.

En el tiempo que nos ocupa y siendo Presidente de la República Vinicio Cerezo, los militares no confían en él ni en su Ministro de la Defensa, general Gramajo; por lo tanto, trasladan la reunión de los lunes para un lugar fuera del palacio y ni el presidente ni el ministro son invitados.

Las palabras que cruzaron Ortega Menaldo y Cabrera no han podido saberse, pero lo cierto es que este último recibió el visto bueno para ejecutar la misión de darme muerte.

28 de febrero de 1990

Salgo de mi casa, como de costumbre, a las 8:30 de la mañana. Voy vestido de traje y corbata. El edificio donde tengo mi apartamento tiene estacionamiento techado, cuya salida

tiene una subida muy pronunciada. Salgo del estacionamiento y doblo hacia la derecha.

Frente a mí, un hombre me dispara con una subametralladora que reconozco inmediatamente como un M3 A1 con silenciador. Las balas penetran el parabrisas delantero del carro, sin tocarme, milagrosamente. Piso a fondo el acelerador y le tiro el carro encima al tirador que tengo enfrente.

Otros hombres también con armas con silenciadores me están disparando por detrás y por el lado derecho. No escucho los estampidos, pero sí siento como pedradas cuando los proyectiles pegan en la carrocería del carro y lo penetran.

Llego a la avenida principal de Vista Hermosa, como a unos cien metros de donde me han disparado; estoy ileso, no me ha alcanzado ningún proyectil, pero la visibilidad del parabrisas delantero es muy precaria.

Doblo a la izquierda y avanzo por la avenida. A esa hora de la mañana el tránsito es intenso en ambos sentidos y avanzo como unos trescientos metros. En estos momentos, ya percatado de la situación, llevo en la mano derecha una pistola Beretta modelo 92 de 9 mm. Apresuradamente pongo en el asiento delantero derecho un cargador extra de 16 tiros.

De pronto me percaté de que un pick up blanco, con dos hombres en la paila me persiguen, disparando sus armas. Siento las balas pegando en el carro. Están a lado derecho y un poco detrás. No puedo disparar pues me es imposible bajar el vidrio de la puerta derecha, que está completamente destrozado por los proyectiles. Recuerdo perfectamente las clases de manejo defensivo que recibí de Hermes Rojas en El Salvador. Piso violentamente el pedal del freno. El chofer del carro perseguidor, sorprendido por la maniobra, queda a mi lado. Abro violentamente la puerta y estoy a un metro de distancia de los asesinos. Intercambiamos disparos casi a quemarropa. Veo que los dos hombres se desploman, pero siento que yo he recibido también varios balazos. El pick up se me adelantó y siguió a toda velocidad.

Sentí un profundo dolor en el brazo izquierdo, en el pecho y mi mandíbula estaba entumecida. Sangraba profusamente, pero no había perdido el conocimiento. Seguí conduciendo el

carro, buscando ayuda. La visión se me nubló, las piernas también se me entumecieron y no las sentía cuando presionaba el acelerador y los frenos. Tampoco podía ver bien por el destrozado parabrisas delantero. En esas condiciones logré avanzar hasta una bomba de gasolina, como a tres kilómetros de donde ocurrió el atentado. La sangre me cubría todo el cuerpo e inundaba mis zapatos. Cerca de la gasolinera, como a unas cuatro cuadras, hay un hospital. Una señora se bajó de un carro, me puso una mano encima y rezó por mí. Llegó un camión de bomberos, y en él me llevaron hasta el hospital El Pilar. Me bajé del camión de bomberos, caminando, apoyado en una persona que pertenecía al grupo de los bomberos. La vista se me iba, pero todavía conservaba el conocimiento; la sangre no me dejaba inhalar aire y me estaba ahogando.

Me pusieron en una camilla, me cortaron la ropa con una tijera y, rápidamente y a sangre fría, un médico me practicó la traqueotomía; un tubo penetró por mi tráquea. El dolor era intenso, pero sentí un gran alivio cuando entró aire a los pulmones. Pedí un papel y escribí: "soy alérgico a la penicilina". Demasiado tarde, porque ya me habían inyectado un millón de unidades de un medicamento que contiene penicilina. Milagrosamente, también, no se produjo ninguna reacción alérgica.

No podían detener la sangre que brotaba de mi boca. Una bala de calibre .45 me atravesó la cara de izquierda a derecha, fracturándome la mandíbula en dos partes y dañándome seriamente la lengua. Otra bala me atravesó el brazo izquierdo, tocando el hueso sin quebrarlo; otra me atravesó el pecho al nivel de la tetilla izquierda, saliendo limpiamente por la espalda, perforándome el pulmón y rozándome el corazón.

Me inyectaron un anestésico para poder trabajar sobre mi boca y tratar de detener la hemorragia. Perdí el conocimiento. Al instalar unas bolsas infladas dentro de la boca, presionaron las paredes de la misma y detuvieron la hemorragia.

A las 4 de la tarde volví en mí. Estaba sentado, cubierto de tubos y agujas, y mi cara estaba terriblemente hinchada. La lengua desproporcionadamente grande, pendía de mi boca como un pedazo de hígado sanguinolento. Un médico se me acercó y me dijo:

-La hemorragia de la boca está controlada; aunque hay una herida que te atravesó el pecho, no parece haber hemorragia interna y por el momento estás estable. No ha pasado el peligro, pero si sigues respirando así, vivirás.

No tengo dolor, porque el proyectil que rompió el hueso de la mandíbula en dos partes también seccionó el nervio principal que pasa por su interior y transmite las sensaciones dolorosas.

Mandé a buscar a Gaspar Jiménez a Miami. Llegó al siguiente día a las 8 de la mañana. Ese mismo día llegan Manuel Marchelli e Ino Leal.

El presidente Vinicio Cerezo ha comisionado al jefe de seguridad de palacio, Henry, para que organice la seguridad en el hospital. Henry, profesionalmente, desarrolla un plan de protección con quince hombres. Tienen prácticamente tomado el piso y hay hombres en las afueras del hospital. Ninguna visita que no sea autorizada por mí, es permitida.

Además de la seguridad de los hombres de palacio, tengo mi propia seguridad. Siempre habrá una persona de mi confianza a mi lado, armada y dispuesta a defenderme.

Estoy en cuidados intensivos. Mi cara está enormemente hinchada y la lengua, que se seca continuamente, no ha podido ser introducida en mi boca porque también está hinchada y tiene un color rojo muy oscuro. Las bolsas que me introdujeron en la boca me molestan mucho.

Permanezco doce días en cuidados intensivos. Con mucho cuidado me trasladan a rayos X para evaluar los daños. El hueso del brazo izquierdo no fue fracturado, aunque la bala lo golpeó. La bala que atravesó mi pecho, pasó rozando el corazón y salió limpiamente por la espalda sin romper costillas, aunque sí hizo un feo agujero en el pulmón. La mandíbula inferior está perforada por la rama izquierda y la derecha, la separación de la fractura en ambos lados es de cerca de una pulgada. Del lado derecho de la cara me extraen una bala calibre .45; me llevan a una sala de cirugía. Veo varios médicos a mi alrededor, me inyectan anestesia y pierdo el conocimiento. Un cirujano me extrae las bolsas. Al comprobar que no hay hemorragia y que mi lengua ha cedido a la hinchazón, procede a reparármela e inmoviliza mi mandíbula amarrando mis dientes con alambres.

Vuelvo en mí, estoy en mi cama. A mi lado Ino Leal se está desabrochando una bota de campaña de donde extrae varios billetes de 100 dólares. Me entrega 4 mil y me dice: "Vaya socio, para los gastos". Me emociono. Delante de mí está mi hermano Ino, que ha dejado su trabajo para protegerme y prestarme ayuda. Su mano generosa también empuñará sin titubear la pistola que porta para defenderme.

Pasan los días, comienzan a alimentarme con jugos, me siento mucho mejor, más fuerte, aunque he bajado cerca de 40 libras de peso.

De El Salvador llega mi amigo Ernesto Alwood, por segunda vez, y se asombra de mi recuperación.

A los treinta días exactos de haber ingresado al hospital, los médicos me dan de alta.

Llega la cuenta de gastos médicos y del hospital, son 22 mil dólares. El gobierno paga 4.500 y el resto, tengo que afrontarlo yo. Amigos como Rafael Prats, José Miguel Fritez, Ramón Cacicedo, Emilio Pastor, Luis Roses, Foyo, el doctor Alberto Hernández y otros, sufragaron los gastos del hospital y de mi recuperación.

De nuevo, fuerte y decidido

Una madrugada, con la seguridad brindada por Henry, Gaspar Jiménez, Ino Leal e Ignacio Castro me trasladan en avión a Honduras; allí me espera Toño, un hombre que envía Juan Aramendia para prestarme ayuda.

La gente de Miami se comunica con Rafael Nodarse para que me dé apoyo. Rafael me lleva al mejor hotel de San Pedro Sula, el Copantl. Allí permanezco durante dos meses. Rafael paga los gastos. Sus hijos, Tadeo y Joaquín, me protegerán mientras dure mi lenta convalecencia. Rafael siempre estará cerca de mí.

Mi convalecencia fue dolorosa. Me alimentaban con una jeringa y un tubo introducido por un lado de mi boca. Solamente podía ingerir alimentos licuados. Mi boca estaba sostenida y amarrada con alambres. Pesaba 140 libras, 40 por debajo de mi peso normal.

Comencé a pintar cuadros, los vendía y sufragaba mis gastos. Hice exposiciones de pintura en Miami y, con el producto de las ventas, pude pagar alguna de mis cinco operaciones. Eliécer Grave de Peralta, Rafael Peláez, Miguel Jiménez ayudaron con su esfuerzo económico a dos de las intervenciones quirúrgicas que me practicaron. Mi amigo Tony García pagó, él solo, la última, incluyendo una cirugía plástica que me reconstruyó mi maltrecha mandíbula.

Estoy en perfecto estado de salud y mi mente se encuentra equilibrada y con la misma decisión que antes. De nuevo estoy activo.

Con gran entusiasmo veo que se vislumbra el final. La batalla de la libertad se aproxima. Oigo a lo lejos los tambores de guerra. Nuestros muertos. Nuestros presos. El pueblo de Cuba que sufre nos ayuda y estimula en nuestra justa y necesaria contienda.

Mientras quede un cubano con honor y valor, la libertad de Cuba será conquistada.

Combatiremos, lucharemos, venceremos.

GUATEMALA - El empleado de la gasolinera estaba horrorizado. Ante él, un hombre herido de bala en la quijada y el pecho se había desplomado como un bulto sanguinolento sobre la rueda del timón. El empleado leyó con asombro una nota garabateada con apuro: "por favor ayúdenme", suplicaba la nota del asesor de Cerezo.

Con esta súplica desesperada, Luis Posada Carriles -veterano de Bahía de Cochinos, fugitivo de una prisión venezolana, ex ayudante de la oficina de suministro a los contras de Oliver North- salió a la luz pública, brevemente en febrero, del submundo de espías que ha habitado la mayor parte de su vida adulta.

Con igual rapidez desapareció de nuevo, esfumándose en marzo de la clínica El Pilar, donde fue visto por última vez.

Atrás, dejaba otra aventura que relatar, plagada de presuntas actividades clandestinas, intrigas políticas y, quizás, de asesinato.

Dos días después, el presidente guatemalteco Vinicio Cerezo negó tener nexo alguno con Posada, pero no hay duda, según diplomáticos y funcionarios, de que Posada trabaja para Cerezo.

Su misión era tan secreta que incluso tomó por sorpresa a los agentes de seguridad del gobierno que investigaron el ataque.

Posada es uno de los más fascinantes guerreros del Miami cubano. Natural de la ciudad portuaria de Cienfuegos, ha sido protagonista y sobreviviente de las más notorias acciones llevadas a cabo en la larga e infructuosa guerra de los exiliados contra Fidel Castro.

20 de mayo, 1990.

Cristopher Marquis
Redactor de *El Nuevo Herald*